

V R E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO VIII - NUEVO TESTAMENTO



Johan Vreugdenhil

**HISTORIA BÍBLICA
PARA LA JUVENTUD**

NUEVO TESTAMENTO
— TOMO VIII. —

EDITORIAL  PEREGRINO



Editorial Peregrino, S.L.
Apartado 19
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real)
www.editorialperegrino.net

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo VIII

ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-86589-72-X Tomo VIII

D.L.: B-6078-2004

Diseño de la portada: Lidia Muniesa

Impreso en Talleres Gráficos de Tesys
Passeig Comerç, 124
08203 SABADELL (BCN)

Printed in Spain

Índice

87	<i>"¿Por qué me has desamparado?"</i>	7
88	<i>Fenómenos acaecidos durante la muerte de Cristo</i>	12
89	<i>Cristo es sepultado honrosamente</i>	17
90	<i>La Resurrección de Cristo</i>	24
91	<i>"¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?"</i>	29
92	<i>Camino a Emaús</i>	36
93	<i>Los discípulos incrédulos son hechos felices</i>	44
94	<i>"¿Me amas?"</i>	49
95	<i>La ascensión de Cristo</i>	54
96	<i>Una bendición muy rica: Pentecostés</i>	59
97	<i>Un cojo es curado en el nombre de Jesús</i>	66
98	<i>Una mentira y sus consecuencias</i>	73
99	<i>Los discípulos son afrentados y detestados por causa del Nombre de Cristo</i>	79
100	<i>El martirio de Esteban</i>	87
101	<i>Las obras del diablo son deshechas</i>	95
102	<i>¿Entiendes lo que lees?</i>	100
103	<i>"Saulo, Saulo. ¿Por qué me persigues?"</i>	107
104	<i>Una mujer que nunca será olvidada</i>	116
105	<i>Una luz para revelación a los gentiles</i>	120
106	<i>Un rey soberbio es avergonzado</i>	128
107	<i>Un rey soberbio es citado por Dios</i>	136
108	<i>Primer viaje misionero de Pablo (I)</i>	140
109	<i>Primer viaje misionero de Pablo (2)</i>	147
110	<i>"Pasa y ayúdanos"</i>	157
111	<i>"El Dios no conocido"</i>	167
112	<i>"Diana o Cristo"</i>	175
113	<i>El último viaje de Pablo a Jerusalén</i>	183
114	<i>En prisiones y tribulaciones</i>	190
115	<i>"Un atentado frustrado"</i>	196
116	<i>"No hoy, sino más tarde"</i>	203
117	<i>"Pablo, estás loco"</i>	209
118	<i>Librado de necesidad y de muerte</i>	216
119	<i>Peleando la buena batalla</i>	225
120	<i>Juan en la isla de Patmos.</i>	231

Capítulo 87

“¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?”

Mateo 27: 45-46

Marcos 15: 33-34

Lucas 23: 44-45

Las horas pasan lentamente; el sol cada vez está más alto y los principales y el pueblo bromean y ríen. De repente, todos callan, no se oye una voz, se hace un silencio extraño... ¡Por qué! ¿Qué ha ocurrido? Algo maravilloso y extraordinario ocurre. Es mediodía y el sol brilla en todo su esplendor. La colina del Gólgota está bañada por la radiante luz del sol. En la Biblia podemos leer que era la hora sexta, lo que equivale a las doce en nuestro horario.

Entonces, de repente se hace una densa oscuridad. No ha sido el ocaso del sol, porque es imposible ya que son las doce del mediodía y el sol está en su cenit. ¿Por qué esta oscuridad total? El sol se ha eclipsado. En un momento Dios ha quitado la luz del sol; es como si el mismo sol se negara a alumbrar un espectáculo tan terrible. El día se ha convertido en una densa oscuridad, como si fuera plena noche. Esta oscuridad no sólo ha acontecido en los alrededores de Jerusalén o en el país de Canaán, no, la Palabra de Dios nos

dice que estas tinieblas fueron sobre toda la tierra y que duraron tres horas.

No es extraño que se hiciera un profundo silencio en el lugar del escarnio. Podéis estar seguros de que los corazones de los que allí están han palpitado con gran temor. Muchas veces ocurre que los grandes escarnecedores son quines más miedo tienen cuando ocurre algo especial. Estas bocas burlo-nas callan, el sudor aflora en sus frentes. ¿Hay entre vosotros algún burlador? Si fuera así, tengo para vosotros un mensaje terrible; si no abandonáis esta práctica, llegará la hora en que Dios mismo se burlará, pero se burlará de manera muy santa, cuando recibáis el castigo de la eterna perdición. Podéis leerlo en el Salmo 2:4

Los principales y el pueblo judío se han llenado de angus-tia; quizás pensando que la luz no volverá jamás. Estas tinie-blas son también una figura de las tinieblas eternas que reinarán en la perdición, como consecuencia del pecado.

Estas tinieblas también agravan el sufrimiento del Señor Jesús. Allí está colgado el Salvador en un total abandono. Imposible de describir el sufrimiento que durante estas tres horas ha experimentado el alma del Señor Jesús; no hay pala-bras para describirlo. Nuevamente la ira de Dios ardía contra el pecado en el alma pura del Señor Jesús. El no era culpable, pero los pecados de los suyos le estaban siendo imputados.

Dios castiga los pecados de los suyos en Su propio Hijo. Es espantoso. Jesús abandonado por su Padre celestial y, además sufriendo los ataques del príncipe de las tinieblas. Cristo está sufriendo en su alma las angustias del infierno. El sufrimiento del Señor Jesús llega a tal extremo que grita lamentán-dose: "Elí, Elí, ¿lama sabactani?", lo cual quiere decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Debemos tratar esta parte de la Biblia con gran temor y respeto; no podemos llegar a la profundidad de este doloroso sufrimiento. Recordemos, una vez más, que todo esto lo aceptó voluntaria-mente para salvar a culpables pecadores, condenados a la per-dición eterna.

Pensad en esta perdición: En el infierno habrá tinieblas eternas. Allí la ira de Dios arderá en las almas de los que se pierden. No escribo esto para intimidaros, sino para que penséis en la seriedad de la vida. No busquéis vuestra satisfacción en este mundo, viviendo solamente para el jolgorio y el placer; doblad vuestras rodillas implorando continuamente la misericordia y la gracia de Dios; pedid a Dios que os dé un corazón nuevo. Hoy aún está abierta la puerta de la Gracia, la que quizás mañana esté cerrada.

Mateo 27: 47-50

Marcos 15: 35-37

Lucas 23: 46

Juan 19: 28-30

En seguida que Jesús pronunció su cuarta palabra desde la cruz, vuelve la luz, el sol vuelve a brillar en todo su esplendor. Tal vez, entonces un suspiro de alivio subió de los corazones de los muchos espectadores. Todos miran hacia el profeta de Nazaret que está allí, clavado en la cruz. Todo sigue como antes, nada ha cambiado. La lucha del alma ya ha pasado para el Salvador; el príncipe de las tinieblas ha tenido que ceder. Pero cuando la lucha del alma ha pasado, Jesús siente el sufrimiento de su cuerpo con redoblada intensidad; una sed ardiente le atormenta y de su boca sale una corta frase: "Tengo sed".

Uno de los soldados romanos que le oye correr y toma una esponja, la sumerge en un vaso lleno de vinagre, luego la coloca en una caña y de esta forma se la acerca a los resecos labios del Señor Jesús, el cual lo probó un poco. ¿Por qué lo hace? Jesús hace esto para que se cumpla todo lo que fue profetizado de Él. La profecía que David hizo en el Salmo 69 de que "en su sed le darían a beber vinagre" se está cumpliendo ahora.

Jesús no ha pagado la mitad o una parte de la deuda del pecado, la ha pagado completa.

Entretanto algunos, bromeando, comienzan a gritar: "Llama a Elías." Deja, veamos si viene Elías a librarle! ¿Cómo es posible que de nuevo se burlen de El. No les ha causado ninguna impresión la oscuridad? ¿Tan pronto se han olvidado? Sí, ya lo han olvidado. Qué gente más mala, ¿verdad?. Pero ¿creéis que vosotros sois mucho mejores? Cuando hay una fuerte tormenta os asustáis, cruzáis vuestras manos y oráis al Señor para que os guarde, pero apenas ha pasado la tormenta os habéis olvidado de todo. A veces, incluso, os habéis reído de alguno de vuestros hermanitos que corrían a refugiarse junto a vuestros papás llenos de miedo. ¡Cuántas veces ocurre esto! Qué pronto nos olvidamos de la majestad de Dios, y sentimos vergüenza de nuestro miedo por la tormenta ¿Os dais cuenta que no sois mejores? Por naturaleza todos tenemos un corazón malo y perverso; olvidamos las amonestaciones del Señor y no nos acordamos de ellas.

En la colina del Gólgota otra vez se burlan de las palabras pronunciadas desde lo más profundo del alma de Jesús. Estaban equivocados, Jesús no llamaba a Elías para que le librara, sino que dijo: "Elí Elí, ¿lama sabactani?" El Hijo de Dios no necesitaba de Elías para que lo librara si él así lo hubiera querido. Él es Dios omnipotente y podría liberarse así mismo si lo hubiese deseado.

Cuando Jesús tomó el vinagre, exclamó con potente voz, de tal forma que cuantos estaban en el Gólgota pudieron escucharlo: "Consumado es". Es como si con esta frase Jesús dijera: El fin para el que vine a la tierra ha sido alcanzado, he hecho todo cuanto tenía que hacer. Ahora todo ha sido consumado. Ha llevado la ira de Dios contra el pecado sin faltar a nada y ha pagado por los pecados de los suyos. Cuando esta palabra: "Consumado es", resonó en el Gólgota, los diablos huyeron temblorosamente; habían fracasado totalmente; el Señor Jesús venció y el Diablo perdió la batalla para siempre.

Cada año se conmemora este día de la muerte del Señor. Este día se llama "Viernes Santo" y en algunos idiomas: "Viernes bueno" y, efectivamente es un "Viernes bueno" este día para el pueblo de Dios, ya que este día el Rey de Israel adquirió la salvación eterna para todos ellos. Durante todo el tiempo que Jesús vivió en este mundo padeció, pero muy especialmente padeció en la Cruz.

Dios dijo en el Paraíso: "El día que comieres del árbol, ciertamente morirás". Adán y Eva fueron desobedientes al mandato divino, comieron del árbol prohibido y, como consecuencia, vino la muerte al mundo. Todos los hombres son pecadores ante Dios y consecuentemente tienen que morir, estando sujetos a la terrible muerte. Estas son las consecuencias horribles del pecado. El Señor Jesús no era pecador; en Él no había pecado y por tanto la muerte no tenía derecho sobre Él. Jesús no tenía que morir por sus propios pecados, porque no los tenía. Pero quería morir como Fiador y Salvador de los suyos. Con su muerte llevó por todos los suyos el aguijón de la muerte. Toda la gente muere, y una vez muerta, la cabeza se inclina sobre el pecho. Pero con Jesús aconteció lo contrario, primeramente inclinó la cabeza y después murió. Por última vez exclamó con gran voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Con los demás la muerte es implacable, no pregunta cuando o cómo quiere morir; la muerte sencillamente toma la vida, sin embargo, el Señor Jesús da la vida. Todos los hombres han de morir, la mayoría contra su voluntad. Pero Jesús quería morir, puso su vida voluntariamente. ¿Lo comprendéis?, espero que sí. Al Señor Jesús nadie le quitó Su vida, es Él quien la dio voluntariamente por los suyos, para pagar por todos sus pecados y poder darles nueva vida y dársela en abundancia.

Capítulo 88

FENÓMENOS ACAECIDOS DURANTE LA MUERTE DE CRISTO

Mateo 27: 51

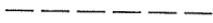
Marcos 15: 38

Lucas 23: 45

Vayamos por unos momentos con nuestro pensamiento al Templo de Jerusalén. Son las tres de la tarde, los judíos la llaman la hora nona o novena, por corresponder a nueve horas más tarde de la salida del sol. Todo está preparado para el sacrificio vespertino. El sacerdote sacrifica el cordero de la Pascua y recoge la sangre en un recipiente; a continuación coloca el cordero sacrificado en el altar del holocausto y en seguida se alza hacia las nubes el humo del sacrificio. Todo esto es muy normal, puesto que así se hace cada día, siglo tras siglo. Hecho esto, toma el recipiente con la sangre y entra en el Santuario. Cerca del velo que cubre el Lugar Santo está el altar de oro para quemar el incienso; hacia este altar dirige sus pasos el sacerdote. Encenderá el incienso, mojará su dedo en la sangre que lleva y pondrá esta sangre sobre los cuatro cuernos del altar; es el ritual que ha de hacerse cada día.

De pronto el sacerdote se asusta, con sus ojos llenos de miedo observa el tupido velo que está frente a él. Este espeso velo se rasga de arriba a abajo y se abre. El sacerdote mira cuanto está ocurriendo con los ojos llenos de espanto. ¿Qué ocurre? ¿Cómo es posible que suceda esto tan de repente? No acierta a comprenderlo, es un enigma. Pero fuera de Jerusalén, sobre la colina del Gólgota, en este mismo momento está muriendo el Hijo de Dios, el Salvador. La mano de Dios desgarró en dos este sólido velo. De ahora en adelante no serán necesarios más sacrificios, el servicio sacerdotal ha finalizado para siempre.

Todos los corderos sacrificados hasta ahora anunciaban al Señor Jesús que vendría. Pero ya ha venido, ya ha derramado Su sangre y, por tanto, los sacrificios ya no tienen ningún significado ni fin. Dios mismo quiere dar una prueba a los sacerdotes de que los sacrificios ya no son necesarios. ¿Lo comprendieron así los sacerdotes? No, no creyeron en el Señor Jesús; pensaban que era un engañador. Repararon el rasgón y siguieron celebrando los sacrificios, como si no hubiera ocurrido nada. No comprendieron la señal que Dios les dio, no quisieron comprenderla. Todos los sacrificios que realizaron a partir de entonces han sido vanos e inútiles.



Mateo 27: 52-53

No sólo en el templo de Jerusalén ocurrieron fenómenos durante la muerte de Cristo, sino que también fuera de la ciudad hubo fenómenos extraordinarios. Mientras los ancianos estaban de pie cerca de la cruz, de pronto la tierra tembló y se sacudió. Asustados se miran unos a otros, y quizás hasta tuvieron que sujetarse unos a otros para no rodar por tierra. Un terremoto hace temblar la tierra, sacudiendo las rocas que se parten. ¡Cómo se asustan estos escarnecedores!

Sin embargo ocurrió algo más, como podéis leer en la Palabra de Dios. "Abriéronse los sepulcros". Como ya sabéis en Canaán se enterraba a los muertos en sepulcros labrados en la roca, lo cuales eran cerrados con pesadas piedras para evitar que las fieras devorasen los cadáveres. En los alrededores de Jerusalén había muchos sepulcros de éstos. Pues bien, se abrieron los sepulcros y los que yacían se levantaron. No todos los muertos de los alrededores de Jerusalén se levantaron, no. Leemos en la Biblia que: "Muchos cuerpos de los santos se levantaron". En los alrededores de la ciudad estaban sepultados los cuerpos de los creyentes, pero también los cuerpos de los inconversos. Ahora fueron levantados los cuerpos de muchos santos. El Señor Jesús había muerto por ellos y ahora son resucitados, son vivificados. ¿Quiénes fueron?. La Biblia no nos lo dice y por lo tanto nada podemos decir.

Mientras el Señor Jesús estuvo en el sepulcro, ellos también quedaron en los sepulcros. ¿Os resistís a creerlo?, podéis leerlo en el capítulo 27, versículo 52 y 53 del Evangelio de Mateo; en el versículo 53 leemos: "Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él vinieron a la ciudad santa y aparecieron a muchos". Vemos, pues, que no salieron inmediatamente de los sepulcros, sino que se quedaron en ellos hasta después de la Resurrección de Cristo. Después de la Resurrección de Jesús salieron de los sepulcros y vinieron a la santa ciudad, que es Jerusalén, y aparecieron a muchos. Visitarían a los verdaderos creyentes, al verdadero "pueblo de Dios"; quizás, visitarán a sus amigos y conocidos con quienes convivieron en la tierra. Es maravilloso, ¿verdad? Esto también es una prueba de la victoria del Salvador, Jesús venció a la muerte para los suyos, como podemos ver aquí. No puedo describiros más acerca de esta resurrección, porque nada más dice la Biblia.

Sin embargo, un día, en el gran día del juicio, todos los hijos de Dios se levantarán en cuerpo y alma y alabarán por siempre a Dios. Ciertamente, también los inconversos se levan-

tarán, pero éstos serán arrojados en cuerpo y alma a la perdición eterna. ¡Qué abismal diferencia entre los piadosos y los impíos! ¿Dónde estará vuestro lugar? Creo que es una pregunta muy seria, sobre la que debéis reflexionar profundamente ya que uno de los dos será vuestro lugar, puesto que no existe un tercero, no hay un tercer destino.

Mateo 27: 54

Marcos 15: 39

Lucas 23: 47

Cuando el terremoto sacudió la tierra, el centurión romano y sus soldados saltaron asustados. Ellos, por supuesto desconocían que habían resucitado los creyentes, pero las densas tinieblas que oscurecieron la tierra durante tres horas y ahora este terremoto, los ha impresionado mucho. Esto es algo maravilloso, extraordinario. Verdaderamente, este crucificado no era un hombre común. Son abiertos los "ojos del alma del centurión" y con emoción, exclama: "Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios". Así lo describe Marcos, pero Lucas escribe que este centurión dijo: "Verdaderamente, este hombre era justo" ¿Quién de los dos tiene razón? Muy difícil, ¿verdad? No es tan difícil, lo que nos dice la Palabra de Dios es verdad; el centurión romano dijo ambas cosas. Exclamó que Jesús era "Hijo de Dios" y que Jesús era "justo". Marcos nos escribe una de las frases, Lucas la otra. De la boca de este pagano el pueblo judío tiene que oír que el Cristo, a quien ellos han rechazado, es justo. He dicho "este pagano", pero desde ese momento dejó de ser pagano, pues Dios abrió sus ojos y le dio un corazón nuevo, porque, también por los paganos derramó Su sangre el Salvador.

Lentamente la gran multitud de espectadores regresa a la ciudad. ¿Para qué quedar más tiempo allí de pie? Los dos ladrones aún están con vida, pero a ellos ésto no les interesa; aquel por quien realmente han venido ya está muerto. Jesús de Nazaret ya no vive, todo ha pasado. Sin embargo, todos regresan en silencio; ya no charlan, no se ríen, no bromean. Los fenómenos y maravillas acaecidas los han impresionado.

Aquella mañana habían gritado muy audazmente: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos", pero ahora están muy lejos de tener tranquilidad; la voz de su conciencia los acusa de que ha sucedido algo muy terrible. ¡Su conciencia los acusa! Han hecho algo espantoso. Mirad como regresan cabizbajos, golpeando su pecho, en señal de dolor. Quizás no todos están arrepentidos sinceramente del crimen cometido; sin embargo tienen miedo del castigo, porque comprenden que un hecho tan criminal no ha de quedar impune. ¿Acaso su miedo sea un presagio de los sucesos que han de acontecer. No sabemos si entre ellos algunos confesaron verdaderamente su culpa, sólo Dios lo sabe.

Quizás vosotros estéis alegres porque no participasteis de la crucifixión de Jesucristo, ¿verdad? Sin embargo, cuando vosotros rehusáis escuchar la voz de Dios que domingo tras domingo viene a vosotros por medio de los siervos de Dios, cuando continuáis viviendo descuidadamente por las sendas del pecado, también estáis rechazando al Señor Jesús. Si morís inconversos, golpearéis también vuestros pechos y gritaréis a los montes: "Caed sobre nosotros", y a los collados, "Cubridnos". Esto sucederá cuando el Hijo de Dios venga en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Buscad al Señor ahora que vivís. La puerta de la Gracia está abierta y aún es posible ser salvos.

Capítulo 89

CRISTO ES SEPULTADO HONROSAMENTE

Juan 19: 31-37

En la noche de este turbulento día, nuevamente unos ancianos judíos se dirigen al palacio de Poncio Pilato; en esta ocasión tampoco entran y de nuevo Pilato ha de salir a ellos. Podéis estar seguros de que este día no ha sido nada agradable para Pilato. Probablemente ha estado pensando acerca de este "Hijo de los dioses"; las tinieblas que se prolongaron durante tres horas y el súbito terremoto han hecho temblar de miedo su supersticioso corazón.

Ahora, cuando el sol se va poniendo lentamente por el occidente, estos judíos vienen a él para pedirle que se quiten los cuerpos de los crucificados. No era esta la costumbre, pues en muchas ocasiones los cuerpos de los crucificados quedaban durante días colgados en la cruz, pero hoy era distinto; a las seis comenzaría el sábado, el gran sábado de la Pascua y por ello piden que sean retirados los cadáveres. Pilato consiente en ello y al saber que los crucificados no han muerto aún, envía a un centurión con algunos soldados para que le den el golpe de gracia a los ejecutados.

Los crueles soldados se apresuran hacia el Gólgota y a los pocos minutos se encuentran cerca de uno de los ladrones. Al ver que aún vive quiebran las piernas de este desventurado que rápidamente muere. Con el otro ladrón hacen lo mismo. Para el ladrón que fue convertido por Dios, esto no es malo. Él había orado: "Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino" y esta oración la había respondido Jesús: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Ahora la promesa se cumple, es librado del sufrimiento tan doloroso y su alma marcha a la gloria eterna, en la cual Cristo ha preparado un lugar para él, porque también era su Salvador.

Cuando han quebrado las piernas de los dos ladrones, los soldados se dirigen hacia el tercer crucificado, a Jesús. Piensan que con unos pocos golpes quebrarían también sus piernas, pero... cuando alzan la mirada hacia arriba en sus rostros se dibuja la sorpresa, descubren que ya está muerto. Se miran unos a otros y dudan. No, no necesitan quebrar sus piernas, sería inútil. Sin embargo, uno de los soldados levanta su lanza y con fuerza la clava en un costado de Jesús. Estos soldados paganos no respetan ni a un muerto.

Una profunda herida se abre en el cuerpo del Señor Jesús, de la cual brota sangre y agua; es señal inequívoca de que Jesús está realmente muerto. Si no hubiera estado muerto aún, de la herida sólo habría salido sangre; pero al ver que le sale sangre y agua los soldados no vacilan, Jesús ha muerto. No hay duda alguna. Abandonan la colina del Gólgota y se dirigen presurosos a Jerusalén.

El alma del Señor Jesús fue al Cielo, y su Padre cuidaba su cuerpo. Dios había ordenado en sus leyes que las piernas del cordero pascual no fueran quebradas, por eso, ni un hueso es quebrado del verdadero Cordero pascual. Además, podéis leer la profecía en el libro de Zacarías, capítulo 12, versículo 10, donde leemos: "Y mirarán a mí, a quien traspasaron". Todo lo que había sido profetizado acerca del Señor Jesús se cumplió literalmente. Es una prueba más de que Él es el Mesías, el Rey de Israel, que había sido prometido muchos años antes.

Mateo 27:57-60

Marcos 15:42-46

Lucas 23:50-54

Juan 19:38

Por las calles de Jerusalén deambulaba un hombre, toma el camino del palacio del procurador romano y muy pronto llega frente a él; vacila quizás, se pasea un par de veces ante él, regresando sobre sus pasos; ¿esperará a alguien?. No, no espera a nadie. De repente comienza a subir las escaleras y entra al palacio. Han terminado sus vacilaciones y al fin se decide. En la Palabra de Dios leemos que: "vino y entró osadamente a Pilato". "Entró osadamente", lo cual nos hace pensar que antes le había dado miedo. Sin embargo, cuando toma su decisión, no vacila ni un momento y entra resueltamente.

Muy pronto se encuentra ante Pilato; éste le mira inquisitivamente y piensa, ¿qué nueva petición me traerá este judío? Pilato se está cansando ya de este asunto. Pasados los primeros momentos, el hombre pide a Pilato el cuerpo de Jesús. ¿Qué quiere hacer con el cuerpo de Jesús? ¿Quién es este hombre? Ya lo sabéis, ¿verdad? Es José de Arimatea, anciano de los judíos y miembro del Sanedrín. Él no había consentido en la condena de Jesús, había votado en contra. Secretamente es discípulo del desdenado Jesús.

Creía que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías, pero no se atrevió a confesarlo públicamente porque tenía miedo de las iras y burlas de los restantes miembros del Sanedrín. Sin embargo, con valentía votó en contra y ahora que Jesús ha muerto, cuando todo parece estar perdido, pide el cuerpo de Jesús. ¿Por qué?, ¿qué quiere hacer con este cuerpo? No puede soportar la idea de que el cuerpo de Jesús sea sepultado en un hoyo, junto con el cuerpo de los dos ladrones.

En lo más recóndito de su corazón hay un gran amor por este gran profeta de Nazaret. No ha desaparecido su amor por él, al contrario, hay un gran dolor en su alma porque Jesús ha

muerto y quiere hacer algo por este odiado y despreciado Jesús de Nazaret; al menos, le dará una sepultura honrosa. Por esta razón ha venido a pedir a Pilato el cuerpo de Jesús. Con inquietud espera la respuesta del procurador. ¿Ha muerto ya Jesús?, pregunta Pilato sorprendido; llama al centurión y le pregunta si es verdad que ha muerto el Nazareno y el centurión le responde afirmativamente.



José de Arimatea pide el cuerpo de Jesús

“Bien”, dice el procurador a José de Arimatea, “puedes disponer del cuerpo del muerto”. Con gran alivio minutos después, el distinguido anciano judío sale del palacio del procurador, compra una sábana y se apresura hacia el Gólgota, donde Jesús había exhalado su último aliento.

Juan 19: 39-42

Por la colina del Gólgota sube un hombre. ¿Quién es? Estoy seguro que lo reconoceréis: es Nicodemo. Él también es miembro del Sanedrín judío. Ya sabéis que Nicodemo fue de noche a Jesús para hablar con El tranquilamente. Ya fue narrada su historia. En aquella ocasión vino intencionalmente de noche para que los judíos no lo viesan, temía la burla y el desprecio de los otros fariseos. Ahora ya no teme, ahora demuestra públicamente su honra y estima por el Nazareno despreciado.

También en su corazón hay amor por este Profeta que ha sido afrentado. Ha comprado cien libras de mirra y alóes, porque también quiere participar en las honras fúnebres. Estos dos distinguidos judíos llegan al Gólgota al mismo tiempo. Probablemente ni se habían puesto de acuerdo, ni conocía el uno las intenciones del otro; pese a ello, a ambos los mueve el mismo fin, los dos tienen su corazón lleno de amor hacia el Rey de Israel. No se preocupan de la burla, el escarnio y los desprecios de los judíos. ¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios! Dios los une para que puedan ayudarse mutuamente.

Los dos están ante la cruz, su corazón repleto de un profundo y silencioso respeto cuando miran al muerto querido. ¿Habría también vergüenza y dolor en sus almas, por no haberle confesado públicamente? Sólo Dios lo sabe. Ayudándose mutuamente quitan los largos clavos de las manos y pies del Señor Jesús, delicadamente le bajan de la cruz y le envuelven en una sábana muy preciosa. En los pliegues de la sábana esparcen las especies que Nicodemo había comprado y lleva consigo. Hacen esto para que el cuerpo de Jesús no se descomponga pronto. No comprendían que el cuerpo de Jesús no se descompondría nunca, puesto que El no tenía pecado. La descomposición de los cuerpos en el sepulcro es una consecuencia del pecado, ya que la sentencia divina era: "Polvo eres

y al polvo volverás". Pero Jesús no tenía pecado y su cuerpo no vería la corrupción.

Todo está preparado, y ahora... ¿qué harán?. ¿ a dónde llevarán el cuerpo? Nicodemo no lo sabe; quizás mira a José de Arimatea interrogativamente. Pero José de Arimatea sí lo sabe; muy cerca del Gólgota posee un sepulcro nuevo labrado en la peña que no ha sido usado nunca. En este sepulcro será sepultado el cuerpo de Jesús. Por su Maestro muerto está dispuesto a darlo todo, incluso, este costoso sepulcro.

Juntos llevan el cuerpo, examinan el sepulcro y lo colocan delicadamente en su lugar. Aunando sus fuerzas colocan la pesada piedra a la puerta de la tumba para que las alimañas no puedan entrar. Hecho ésto vuelven a sus casas. ¿Qué pensamientos cruzan por sus mentes? ¿Qué preguntas los invaden? No podemos saberlo, pero podemos saber que estaban llenos de melancolía; no habían podido sospechar que todo iba a terminar así.

Unas mujeres que siempre habían seguido y servido con sus bienes al Señor Jesús y han presenciado todo, han visto cómo el cuerpo de su querido Maestro ha sido tomado de la cruz por José de Arimatea y Nicodemo; han visto cómo le han envuelto en una sábana muy limpia y ha sido sepultado. Ahora, también, estas mujeres se vuelven a Jerusalén con sus corazones llenos de dolor y pena. Para ellas la vida ahora no tiene sentido. Jesús ha muerto.

Queridos lectores ved como Cristo ha sido sepultado honrosamente. Es verdad que cuando vivía fue contado entre los pecadores, pero ahora, cuando ha muerto, es llevado por los ricos en su sepultura. Una vez más se cumple la profecía, Isaías había profetizado: "más con los ricos fue en su muerte" (Isaías 53:9).

— — — — —

Mateo 27: 62-66

Rápidamente anochece; el sol se ha puesto tras las montañas y las tinieblas se esparcen por la tierra. En el huerto de José

de Arimatea, donde está el sepulcro, hay un profundo silencio, no se oye nada. ¿Nada? Silencio... ¡callad!... ¿qué ocurre? Se oyen unos pasos... ¿quines son? Unos soldados romanos que se acercan. ¿Qué vienen a hacer aquí a una hora tan avanzada? El centurión se dirige al sepulcro y sella la piedra, nadie puede levantar este sello y si alguien osara hacerlo sería castigado muy severamente. ¿Por qué hace esto el centurión?, ¿qué significado tiene?

El Sanedrín se había reunido una vez más. Algunos piensan que se reunió aquella misma noche del viernes, otros creen que lo hizo en la mañana del sábado. No están tranquilos porque han recordado que Jesús había dicho que a los tres días resucitaría. Estas palabras los asustan. Esto no puede ocurrir y se dicen: ¡A ver si los discípulos van al huerto, roban el cuerpo y luego van diciendo por todas partes que Jesús ha resucitado! Tiemblan ante este pensamiento ya que si fuera así todo habría sido peor. Deciden tomar medidas para que ésto no pueda ocurrir; harán lo posible para que los discípulos no puedan hacer una acción así.

Rápidamente acuden al procurador y le piden una guardia. Pilato que no desea saber más de este asunto, se la concede enseguida y ésta es la razón por la que los soldados romanos están ante el sepulcro de Jesús. Durante toda la noche vigilan los soldados. ¿No duermen? Jamás durante una guardia se duerme un soldado romano. Regularmente recorren el huerto de un lado a otro, sus sordos pasos resuenan en el silencio de la noche. No sospechan los fariseos que esto es un honor para Jesús muerto, así está siendo guardado el cuerpo del Rey de reyes, tal como es costumbre ante el cuerpo de un rey terrenal.

¿Habían pensado los discípulos robar el cuerpo del Señor Jesús? ¡Qué ocurrencia! Los discípulos se habían dado a la fuga, cada uno por su lado. Habían abandonado a su Maestro y ahora están llenos de miedo, desilusionados, con dolor y angustia. No tenían los fariseos por qué temer de los discípulos; éstos no harían nada. Son las conciencias de estos malos ancianos de los judíos las que hablan y por ello tienen miedo.

Capítulo 90

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Mateo 28: 2-4

Es la madrugada del domingo y aunque el sol aún no ha salido, una raya luminosa en el cielo oriental indica la llegada del nuevo día. Comienza a amanecer muy lentamente; debajo de los árboles la oscuridad es aún total. Los guardias, cerca del sepulcro, acogen el nuevo día con alegría. No pasará mucho tiempo y pronto serán relevados de su guardia. Durante toda la noche han estado custodiando el sepulcro del Nazareno crucificado. Al menor ruido han "aguzado" sus oídos y han tomado las armas firmemente en sus manos. Nunca se puede saber si hay peligro... es posible que los discípulos de Jesús osen acercarse al sepulcro... Durante toda la noche estaban sobre aviso, vigilantes. Pero nada ha ocurrido y desean que llegue el momento en que puedan marcharse y otros soldados se encarguen de la guardia para que ellos puedan descansar, un descanso bien merecido.

De repente se asustan violentamente y se miran con caras aturcidas ¿Porqué se asustan esos veteranos y robustos guardianes? Leedlo en la Palabra de Dios. Estaba sucediendo un gran terremoto, se abre el suelo bajo sus pies y se sacude y tiembla la tierra. Pero ocurren más cosas. Un ángel, un mensa-

jero celestial, desciende del cielo. Todo el huerto en el que está el sepulcro se ilumina brillantemente (y esto no es sorprendente, porque el aspecto de este ángel era como un relámpago y su vestido blanco como la nieve).

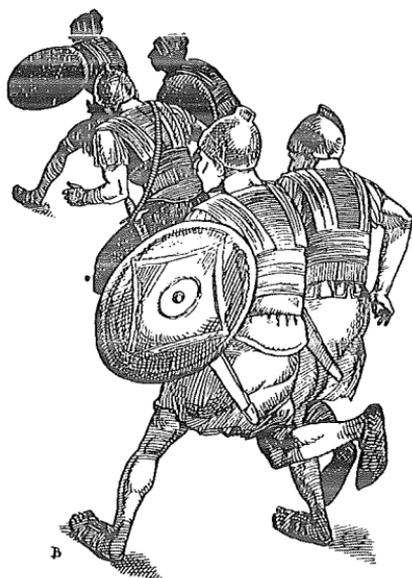
Desciende el mensajero celestial y serenamente va al sepulcro y remueve la pesada piedra de la entrada. Pero... ¿esto no puede hacerse! La piedra había sido sellada. ¿No temerá el ángel la venganza del César? En mi pensamiento os veo sonreír por esta pregunta. Naturalmente el ángel no tiene en cuenta el sello de un príncipe terrenal, porque es enviado por el Creador del Cielo y de la Tierra. Los guardianes ven todo esto. ¿Por que no cogen sus armas? ¿Por que no defienden el sepulcro? Ese es su deber, para eso han sido puestos allí. ¡Guardias, mostrad vuestro valor! ¿Defender? ¡No!, no pasó por sus mentes.

Allí están los fuertes y valientes soldados; no se mueven, han quedado como muertos y sus piernas tiemblan, sus corazones laten velozmente contemplando asustados lo que ocurre; están como clavados en el suelo y ven cómo es movida la piedra y cómo el ángel la pone a un lado del sepulcro y se sienta sobre ella. ¿Qué ocurre entonces? Se dan a la fuga presos de miedo cervical. No se atreven ni a mirar hacia atrás, y mucho menos a volverse. Solo un pensamiento hay en sus mentes; escapar, escapar de éste lugar tan terrible, escapar tan pronto como les sea posible. Mirad como corren fuera del huerto rumbo a Jerusalén. Corren más rápidamente que nunca y muy pronto desaparecen de la vista. Poco a poco se va apagando el ruido de sus pasos.

Ahora todo está en silencio en torno al sepulcro, ¿Qué ocurre? Poco puedo deciros, no puedo narraros porque la Biblia calla acerca de ésto. Sin embargo, puedo decir una cosa; el Señor Jesús, que fue puesto allí por José de Arimatea y Nicodemo en la noche del viernes, resucita y sale fuera. Es el signo, la confirmación de que todo ha sido cumplido. Vino a la tierra para llevar la ira de Dios sobre el pecado, para pagar la culpa de los suyos. Si el diablo hubiera conseguido hacer pecar a Jesús, no habría resucitado el Señor; en este caso Jesús habría quedado en estado de muerte, pues en tal caso, su muerte

hubiera sido un castigo a causa del pecado, pero ahora es una muerte en pago del pecado.

La resurrección de Cristo es el signo de que ha pagado por completo nuestra deuda, la ira de Dios es aplacada por la pasión y la muerte de Cristo para todos sus elegidos. Sus pecados serán perdonados. Su culpa es saldada por la muerte del Salvador. Esta resurrección es el recibo de la satisfacción completa de Jesús, y como el Señor Jesús ahora resucita de la muerte y sale del sepulcro, también todos los hijos de Dios resucitarán de la muerte, saliendo de sus sepulcros, para entrar en la gloria eterna. Para los impíos habrá una resurrección terrible, porque serán juzgados por Dios, el Justo, y por ellos no intercederá el Salvador. Sin embargo, para el pueblo de Dios será una resurrección dichosa, porque entrarán para siempre en el Cielo, librados del pecado y de sus consecuencias. Para siempre alabarán y glorificarán a Dios. Para todos los suyos el Señor Jesús ha cerrado el infierno, vencido la muerte y abierto el cielo.



Los guardias huyen

Espero que hayáis comprendido esta parte, aunque es un poco difícil de comprender. No pretendo que comprendáis todo, pero orad para que el Señor os enseñe todo ésto. Qué felicidad cuando vuestros pecados sean perdonados por la pasión y la muerte del Salvador. La resurrección es el consuelo y la alegría de todo el pueblo de Dios. No tienen un Salvador muerto, sino un Salvador vivo; el Rey de Israel vive para siempre, por toda la eternidad y, por tanto, su pueblo vivirá también para siempre. ¡Qué pueblo más feliz! ¿Verdad? ¿No lo envidiáis? Éste es el significado de nuestra Pascua, en ella recordamos cada año la resurrección de Cristo.

Para miles de personas la Pascua es sólo una formalidad muerta, sin ningún contenido. Miles emplean el día de Pascua para hacer mil cosas. Pero qué poco se piensa en la bendita resurrección del Hijo de Dios. Quiera Dios que vosotros celebéis de verdad la fiesta de la Pascua.

Hay una cosa que quiero deciros; quizás pensáis de vez en cuando, ¿por qué los judíos tenían su día de reposo en el sábado y por qué nosotros guardamos el domingo? El sábado es el último día de la semana y el domingo es el primer día. Para vosotros, quizás sea un poco difícil, pero comprenderéis bien esto; tenemos el día de reposo el domingo, porque es el día de la resurrección del Señor Jesús.



Mateo 28: 11-15

Venid, volvamos de nuevo a los guardias que huyeron con gran temor hacia Jerusalén. Sin aliento y completamente desconcertados, llegan a la ciudad y directamente se dirigen a algunos sacerdotes, a algunos miembros del Sanedrín. Les cuentan agitada-mente lo que ha ocurrido de madrugada alrededor del sepulcro, y porqué han huido. Los ancianos judíos escuchan con caras en las que se puede ver el susto y la consternación. Cuando los guardianes les han contado todo, hay unos minutos de silencio total. Los fariseos y saduceos que escuchan esta narración se

miran. Con toda rapidez es convocado todo el Sanedrín. ¿Qué tienen que hacer? ¿Confesar su culpa? ¿Reconocer que se han equivocado? No, solamente un pensamiento llena sus corazones, este pensamiento es: El pueblo no debe enterarse de esto. Los guardianes tienen que callar acerca de lo ocurrido en el sepulcro, pues si el pueblo llegara a enterarse, todo estaría perdido para ellos. Hay que evitar a toda costa que el pueblo se entere.

Sus ojos brillan maliciosamente y con una falsa sonrisa en sus labios, dicen a los soldados: ¿Queréis ganar mucho dinero? ¿Sí? Pues bien, callad, silenciad estas cosas maravillosas, no las contéis a nadie. Decid que os habéis dormido y que los discípulos de Jesús vinieron; decid que han forzado el sepulcro y robaron su cuerpo. Es una mentira tonta, porque no estaban dormidos y, además uno que duerme no puede saber lo que ocurre cerca de él. Si se hubieran dormido ¿cómo iban a saber que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús? ¿Comprendéis lo absurdo de éstas palabras?.

Pero, los ancianos judíos dan tanto dinero que los soldados ceden a la tentación y prometen contar por todas partes esta mentira. Sin embargo, hay una dificultad para ellos. Un guardia no puede dormirse. Si un guardia duerme durante el servicio es castigado severamente, muchas veces con la muerte. Cuando el procurador oiga esto, serán matados y por eso temen la ira de Poncio Pilato. Pero los sacerdotes los calman; no tengáis miedo, esto lo arreglamos nosotros; hablaremos con Pilato y conseguiremos que no seáis castigados. Entonces consienten los guardias, toman el dinero y por todas partes van contando que se han dormido, y ello, para su propia vergüenza.

Embaucan al pueblo judío diciéndole que el cuerpo del Nazareno fue robado por los discípulos y el pueblo se cree esta mentira. ¿Cómo es posible? ¡Qué pérfido es el diablo! ¿Verdad? Muy pronto se extiende por todo Jerusalén que el cuerpo de Jesús ha sido robado. Esos ancianos endurecidos y contumaces no retroceden ante nada, son capaces de todo a condición de que la verdad sea ocultada. Sin embargo, Dios se cuidará de que la verdad sea sabida. No la mentira, sino la verdad triunfará. Cómo ocurre esto os lo contaré en el próximo capítulo.

Capítulo 91

“¿PORQUE BUSCÁIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE VIVE?”

Mateo 28: 1,5-8

Marcos 16: 1-18

Lucas 24: 1-10

Juan 20: 1-2

Esa misma mañana, cuando los guardias huyeron a Jerusalén, se apresuraban algunas mujeres hacia el sepulcro. Eran María Magdalena, María la madre de Jacobo y algunas otras mujeres. Cuidaron al Señor Jesús cuando vivía y predicaba y creyeron en Él. Hasta el último momento han estado cerca de la cruz y han visto cómo ha sufrido su querido Maestro. Vieron dónde fue sepultado y, entonces, se marcharon con sus corazones llenos de tristeza. En la noche del viernes compraron apresuradamente algunas especies aromáticas, pero reposaron el sábado y, ahora, están camino del sepulcro. Quieren ungir el cuerpo de su Maestro; es lo último que pueden hacer por Él.

Si hubieran sabido que el sepulcro estaba sellado y custodiado por los soldados romanos, se habrían quedado en casa, pero cuando llegaron las mujeres al sepulcro los romanos se habían marchado ya. Sabían solamente que la gran piedra

había sido colocada ante el sepulcro y nada más. Ahora, en el crepúsculo de la madrugada caminan hacia el sepulcro. De pronto una de ellas dice: "¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro?" No habían pensado en ello cuando salieron de casa, pero ahora les ha venido a la mente. Ellas, mujeres con pocas fuerzas, nunca podrían mover esta gran piedra; ese es un trabajo para hombres fuertes y no para mujeres. ¿Qué hacer?

Aún están lejos del sepulcro, pero cuando se van acercando a él ven que la piedra está quitada. ¿Cómo es posible? ¿Qué significará esto?. Un pensamiento angustioso se les ocurre: ¿Habría sido forzado el sepulcro por los enemigos de Jesús? ¿Habrán robado ellos el cuerpo de Jesús?. Una de las mujeres, cuando ve esto, se vuelve y corre hacia Jerusalén. Es María Magdalena; va muy deprisa para contarlo a los discípulos. Las otras mujeres siguen andando hasta llegar al sepulcro. Sí, está quitada la piedra, se miran un instante y tímidamente se acercan al sepulcro abierto, entrando en su interior.



Las mujeres se dirigen al sepulcro.

Al entrar se asustan pues ven en la gruta a dos ángeles con vestiduras resplandecientes. “ No temáis, vosotras”, suena amablemente la voz de uno de los ángeles, “Porque ya sé que buscáis a Jesús”. No tienen que temer, ni temblar como los guardias, porque aman a Jesús. Entonces el ángel continúa: “No está aquí, ha resucitado. Ya os lo dijo el Señor”. No tienen que buscar al que vive, entre los muertos. Él vive. Después de esto, el mensajero celestial, indica el lugar vacío y dice: “Mirad, aquí fue puesto Él. Id a Jerusalén y contadlo también a los discípulos. Decidle también a Pedro que Jesús resucitó. Decidle que tiene que ir a Galilea y allí le verán”

¡Qué mensaje tan alegre para esas mujeres! Sí, temen, sin embargo, hay una gran alegría que llena sus almas. Su Maestro vive, ha resucitado y corren a Jerusalén. Probablemente han dejado sus especies aromáticas cerca del sepulcro pues ya no las van a necesitar.

— — — — —

Lucas 24: 11-12

Juan 20: 3-20

Con profundo desaliento los discípulos están sentados juntos. Su Maestro ha muerto y ha sido sepultado. Habían creído firmemente que Él era el Mesías, el Hijo de Dios, pero ahora... Desalentados se encogen de hombros, de momento no saben nada. ¿Qué creer? La duda invade sus corazones. ¿Se han equivocado? ¿Ha sido todo una mentira, un engaño? En lo más recóndito de sus corazones hay una voz que grita: ¡No! ¡No! Sin embargo, cuando observan este terrible fin... Una vez más, desalentados se encogen de hombros, pero, pese a todo, no pueden enfadarse con Jesús; durante un momento se habrían irritado por su extraño comportamiento en el huerto de Getsemaní, pero eso ya ha pasado; ahora una tristeza profunda invade sus corazones y lágrimas brotan de sus ojos, lágrimas de tristeza.

Súbitamente son turbados en sus pensamientos. Entra María Magdalena y les da la noticia de que el sepulcro está abierto, la piedra está quitada. Rápidamente Pedro y Juan salen porque quieren ir a verlo, quieren saber más acerca de esto. Pedro corre más rápidamente, impulsado por una agitación secreta... ¿Qué habrá ocurrido con el cuerpo de su Maestro? ¿Lo habrán robado? Corre más rápidamente que Juan y pronto va dejando atrás a este; sin embargo, a medida que se va acercando al sepulcro su marcha se va debilitando. Juan le adelanta y llega primero al sepulcro.

¿Por qué Pedro acorta su rápido paso? Podéis comprenderlo, ¿verdad? ¿Tiene él que había negado tres veces a su Maestro, que correr tan rápidamente? ¿No lo conocía? La voz del remordimiento de su conciencia le hace bajar la cabeza con vergüenza e involuntariamente retardar su paso. Pese a ello, no se vuelve, sino que sigue avanzando. Juan se agachó cuando llegó a la puerta y miró a su alrededor. Ve el lugar vacío, ve los lienzos, pero no ve a los ángeles que estaban presentes. Pedro llega, también se agacha, mira y entra a la gruta del sepulcro. Tampoco Pedro ve a los ángeles.

Cuando Pedro entra, Juan le sigue; allí están los dos en silencio, no ven nada desordenado. Los finos lienzos en que fue envuelto Jesús por José de Arimatea y Nicodemo, no están revueltos por el suelo; por el contrario, todo está bien ordenado. El sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús está doblado en un lugar aparte, en la cabecera. Todo esto les causa una enorme impresión. En el Evangelio de Juan se puede leer que lo vio y creyó. Hay algunos que dicen que creyó que se habían llevado el cuerpo de Jesús, pero no le fue necesario creer esto puesto que podía verlo, el sepulcro estaba vacío. Hay otros que dicen que creyó que Jesús había resucitado de la muerte y así será. Unos momentos después ambos vuelven a Jerusalén ensimismados.

Marcos 16: 9-10

Juan 20: 11-18

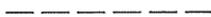
Fuera del sepulcro hay una mujer que está llorando amargamente. Está mujer es... María Magdalena. No podemos decir si acompañó a Pedro y a Juan al sepulcro o si llegó sola más tarde. Pero si sabemos que, cuando los dos discípulos se marcharon, ella se quedó cerca del sepulcro. Lloro amargamente su tristeza, ha perdido a su Maestro, lo ha perdido todo. Antes había sido una mujer muy desgraciada. En el Evangelio de Lucas capítulo 8:2, podemos leer que habían salido de ella siete demonios. Pero esta desdichada mujer fue liberada por el Señor Jesús de estos espíritus inmundos. Los siete demonios tuvieron que soltarla por mandato del Hijo de Dios y, por lo tanto, no es de extrañar que amara al Señor tiernamente con toda su alma.

Ahora su Maestro ha muerto y quiere unguir su cuerpo como última prueba de su amor, pero han robado este cuerpo. Su cuerpo se estremece al sollozar; llorando se agacha y mira dentro y ve dos ángeles con ropas blancas. "Mujer, ¿por qué lloras?" Es la pregunta de uno de los mensajeros celestiales. Su triste respuesta es: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto" Está tan afligida y sus ojos tan oscurecidos por las lágrimas que no se percata que son ángeles los dos que están sentados en la gruta del sepulcro. Esto no le entraba en la cabeza porque la tristeza se había apoderado por completo de ella.

De pronto escucha pasos detrás de sí, rápidamente se vuelve y ve a un hombre; piensa que es el hortelano, el jardinero. El desconocido le pregunta: "Mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Fijaos bien, no pregunta: ¿Qué buscas? Sino ¿A quién buscas? Sabía que le buscaba a Él. María Magdalena no ve la mirada llena de amor del desconocido. Apresuradamente responde: "Señor, si tu te lo has llevado, dime dónde los has puesto, y yo lo llevaré" En lo sucesivo su vida estaría vacía y triste sin Jesús, quién la libero de los siete demonios. ¡Si pudiera tener aunque sólo fuera su cuerpo para unguirle! Por un

momento calla el Desconocido porque sabe lo que pasa en su corazón, puesto a tan dura prueba... conoce su dolor.

Enfáticamente suena su voz y sólo dice una palabra: "María". ¿Qué ocurre? Miradla gritando: "Raboni", que significa: "Maestro". Caen de rodillas delante de Él, queriendo besar sus pies. De pronto reconoce a su querido Maestro, no le había pasado antes por la cabeza que fuera Él, pero ahora contempla a su Salvador. Había venido para unguir a un Jesús muerto, pero recibe a un Jesús que vivió. Es indescriptible la alegría que ahora llena su alma y quiere coger sus pies y besarlos, pero Jesús no se lo permite. "No María", dice, "no me toques". ¿Por qué no se lo permite? Porque María quería tener a Jesús muy cerca de sí como antes, pero eso ya pasó, en lo sucesivo tendrá que vivir por fe. "Ve a mis queridos hermanos", así le manda el Señor Jesús, "Y díles a quién has visto". Jesús llama a esos infieles discípulos "sus hermanos". Le habían sido infieles, le habían dejado en la hora del peligro, pero Él no olvida, ni deja nunca a sus discípulos. ¡Mirad cómo corre María hacia Jerusalén para anunciar a sus discípulos la buena nueva!



Mateo: 28: 9-10

Entretanto, las mujeres que primero llegaron al sepulcro, ya están muy cerca de la ciudad, están temerosas y, sin embargo, están alegres. No dicen nada a los transeúntes, no se atreven, pero a los discípulos transmitirán el mensaje que han recibido de los ángeles. De pronto se asustan; allí, delante de ellas, en medio del camino hay un hombre, un Desconocido. ¡"Salve"!, les dice. Miran y un rasgo alegre asoma a sus caras. Le reconocen. Ese Desconocido es... ¡El Señor Jesús! Su querido Maestro. Con santa veneración caen delante de Él, adorándole y abrazando sus pies. Han oído y creído el mensaje de los ángeles y ahora ven a su Maestro que ha resucitado de la muerte. También a estas mujeres encarga que cuenten todo a sus discípulos.

Esta es la segunda aparición del Señor Jesús. Primeramente apareció a María Magdalena, y ahora a estas mujeres. Con ojos que brillan de alegría, llegan poco después a los discípulos; "Hemos visto al Señor" dicen alegremente sus voces. ¿Cuál es el resultado de sus palabras? Los discípulos no lo creen. "Habéis sido engañadas" replican quizás, porque en el capítulo 24 de Lucas está escrito que las palabras de las mujeres fueron consideradas como locura. Los discípulos están tan desalentados que se niegan a creer las alegres noticias. Las mujeres les aseguran que no es locura, sino toda la verdad, pero es inútil. Los discípulos no lo aceptan. Poco después entra María Magdalena y agitadamente narra lo mismo, pero tampoco creen lo que les dice María Magdalena.

Marcos 16:11

Las mujeres y María Magdalena sin duda alguna se han contado unas a otras cómo han visto a Jesús.

Para ellas ahora es verdaderamente la fiesta de Pascua. Cristo resucitado se les ha aparecido. Por la fe le contemplan ahora, no sólo como el Hijo de Dios, el Rey de Israel, sino también como el Redentor y Salvador que ha pagado por sus culpas.

Los discípulos y algunos seguidores más del Señor Jesús están sentados en presencia de las mujeres, con caras llenas de tristeza, impasibilidad, incredulidad. Están oyendo todo y sin embargo, no lo creen y se sienten tristes y desgraciados. La alegría de las mujeres les hacia estar aún más tristes. Dos de ellos no pueden soportar seguir escuchando más y de improviso se levantan y se marchan. ¿A donde van? Podéis leerlo en el capítulo siguiente.

Capítulo 92

===== CAMINO A EMAÚS =====

Marcos 16: 12-13

Lucas 24: 13-14

Al noroeste de la ciudad de Jerusalén está la pequeña aldea de Emaús. En la Biblia se puede leer que distaba 60 estadios de Jerusalén y, según la mayoría de los comentaristas, esto significaba que podía recorrerse esta distancia a pie en dos horas y media. La misma tarde dos hombres salen de la ciudad y marchan en dirección a la aldea de Emaús. No van alegres, ni contentos. ¿No veis un rasgo triste y sombrío en sus rostros? ¿No oís el tono triste de su voz? Toda su actitud demuestra el desaliento. ¿Quiénes son esos hombres? No es necesario decirlo, pues ya lo sabéis, ¿verdad? Son los hombres que no podían soportar por más tiempo quedarse junto a los discípulos y a las mujeres, y se marchan.

Todo está perdido. Jesús está muerto y queda muerto, está claro. No hay más remedio, todo se ha terminado para siempre. Cuando entraron las mujeres con María Magdalena y les anunciaron el alegre mensaje de que Él vive, cuando narraron que le habían visto, han movido tristemente las cabezas; no podía ser verdad, esas mujeres estaban engañadas. Si hubiera sido verdad lo que decían, ¿por qué Pedro y Juan no habían visto nada? Ellos también habían ido al sepulcro para ver si

había algo singular. Su “está vacío el sepulcro” es verdad, pero si hubiera habido ángeles allí, los discípulos los habrían visto también, ¿no?

Se irritaron con las mujeres y no podían soportar el estar más tiempo allí. La alegría de las mujeres les enfadó y enojados se levantan y se marchan. No desean quedarse allí por más tiempo, no quieren escuchar más estos bulos. Ahora están fuera de Jerusalén camino a Emaús y hablan entre sí muy animadamente de Jesús, ¿por qué? Sí, todo ha terminado; Jesús está muerto y queda muerto, ¿no? ¿Para qué hablar más de este “Engañador”? ¿Engañador? ¡No! No se atreven a pensar tal cosa estos discípulos que marchan a Emaús. No quieren decirlo tampoco ya que en sus corazones vive profundamente el amor por Jesús al que no pueden olvidar; sin Él sus vidas están vacías y no tienen sentido.

Sin embargo, tendrán que vivir sin Él, porque está muerto. Por eso están tan tristes y hay en sus rostros un rasgo tan sombrío. No le podrán olvidar nunca y por eso hablan entre sí de las cosas que ocurrieron durante los últimos días. Sus corazones tiemblan de tristeza y amargura. ¿Por qué? ¿Por qué ha ocurrido todo de esta manera? Si era verdaderamente el Mesías, ¿por qué no se ha defendido? ¿Por qué no mostró su omnipotencia? ¿Por qué no aniquiló a sus malos enemigos con su ira? ¿Por qué fue el fin la muerte maldita en la cruz? No pueden responder a todas estas preguntas; éstas preguntas les espantan. ¿Un engañador? No se atreven a pensarlo, ni a decirlo.



Lucas 24: 15-24

Repentinamente un Desconocido se dirige a ellos y se asustan ya que probablemente ni siquiera le han visto antes. Parece que ese desconocido también va a Emaús ya que camina con ellos. No creáis que se han alegrado con su compañía, más bien parece que hubieran preferido seguir los dos solos;

además, con ese desconocido con ellos, no podrán hablar confidencialmente entre sí. Furtivamente le miran, no le conocen. "¿Qué pláticas son éstas que traéis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?" Pregunta el caminante desconocido. "¿Por qué estáis tan tristes? ¿Ocurrió algo especial?"

Cleofás, así se llama uno de los hombres que caminan a Emaús, responde brusco e irascible "¿No has sabido que ha acontecido en Jerusalén estos días?" "¿Tú solo eres forastero en Jerusalén?" No responde directamente a la pregunta que le hace el caminante desconocido, le responde irónicamente. Sin embargo, el desconocido no se enoja, amablemente pregunta: "¿Qué cosas?" Quiere decir: "¿Qué cosas han sucedido? Narrádmelas". Y cuando el desconocido les insta tan amablemente acceden a su gentileza, contando acerca de Jesús, su Maestro. Le dicen que fue varón profeta, poderoso en obra y palabra. Pero también le cuentan cómo Jesús fue apresado por los príncipes judíos y cómo fue crucificado. Sus corazones están llenos de estas cosas. Dicen que esperaban que Jesús el Nazareno fuera el Mesías, pero, ahora hace tres días que está muerto y es claro que... Desconsoladamente, con un gesto desesperado, encogen los hombros y, dado que han comenzado a hablar le cuentan todo. "Sí", continúan, "algunas mujeres nos dijeron esta mañana que el sepulcro estaba vacío y que han visto a ángeles en el sepulcro. Estos ángeles habrían dicho que Jesús vive. Sin embargo, cuando dos de sus discípulos fueron a ver, hallaron el sepulcro vacío, pero no vieron nada más." En sus palabras se refleja la duda, la incredulidad. Quizás terminaron su relato con un suspiro, mirando delante de sí con sus ojos húmedos por las lágrimas.

— — — — —

Lucas 24: 25-32

¡"Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho"! ¿Quién dice esto? Lo dice este desconocido a los dos hombres, que van a Emaús. El los llama

“insensatos” y tardos de corazón”, haciéndoles un reproche. ¿Se enojan cuando oyen estas palabras? No tienen tiempo para enojarse, porque el desconocido empieza a decirles que todo esto tenía que acontecer. Moisés y los demás profetas, todos habían profetizado la venida del Mesías, hablando también acerca de la pasión y muerte de Cristo. El desconocido comienza a explicar todas esas profecías, les explica todo muy claramente, hablándoles de la significación de las profecías y les demuestra que con los últimos acontecimientos todo se ha cumplido. Era necesaria la muerte de Jesús. Casi sin respirar escuchan los dos hombres que caminan a Emaús. Nunca les habían hablado a ellos de esta manera, nunca les explicaron tan claramente las Santas Escrituras. Todo lo que dice este desconocido es verdad. Sus ojos han sido abiertos de tal forma que comienzan a comprender las profecías. Olvidando su tristeza y amargura, sólo escuchan.

Calmada y sosegadamente habla este caminante desconocido y, cuando no ha terminado aún, entran en la aldea de Emaús; sin darse cuenta han llegado al fin de su camino, el tiempo ha pasado volando. Cuando están frente a la casa el desconocido los saluda y quiere seguir adelante, pero no desean esto los dos hombres de Emaús y le piden si quiere aposentarse con ellos esta noche. Le dicen “Ya se hace tarde y el día ha declinado, muy pronto la oscuridad será completa, quédate con nosotros.” Por fin, el desconocido cede y entra con ellos a la casa. Arden sus corazones de anhelo.

Antes comerán algo ya que han caminado durante horas. Rápidamente se prepara una comida sencilla, y entonces... No es Cleofás, ni su amigo quien pide al Señor la bendición sobre la comida, sino que es el desconocido quien lo hace. El desconocido toma el pan, lo parte y se lo da a comer; se comporta con ellos como si el fuera el hospedador. Los dos hombres de Emaús ven todo esto con gran asombro y se sorprenden mucho. De pronto estos dos hombres incrédulos experimentan una conmoción mental. Por fin se abren sus ojos y en un momento ven quién es su invitado desconocido: es el mismo Señor Jesús.

Quizás han visto las llagas en sus manos y reconocen a su Maestro "muerto". Pensaban que estaba muerto, pero ahora ven que vive. El mismo ha caminado con ellos hasta Emaús desde Jerusalén. De sus labios han oído la explicación de las profecías. En un momento desaparece de su vista, no le ven más, pero queda una gloriosa alegría en sus corazones; ha desaparecido su incredulidad, su duda, su enojo, todo esto ha sido quitado de sus corazones por el Salvador. Ahora tienen una respuesta a todas las preguntas que surgieron en sus mentes; ahora no dudan más y saben que las mujeres se han avergonzado de su incredulidad, pero ahora casi saltan de alegría.

Lucas 24: 33-35

Poco después esos dos hombre corren rápidamente de vuelta a Jerusalén ¿Por qué? ¿Quedarse en Emaús cuando el Señor se les apareció? ¡No! Tienen que decirlo a los otros discípulos; tienen que compartir su alegría y por eso, cierran la puerta y se vuelven a la ciudad. Ya se ha puesto el sol y tienen que andar el largo camino a oscuras, pero esto no importa; es más fuerte su deseo de volver porque quieren llevar su alegría también a los otros, que quizás están desalentados.

Unas horas después caminan ya por Jerusalén, llegando a la casa donde los discípulos están reunidos; llaman a la puerta y esperan a que sea abierta. Esta puerta estaba cerrada cuidadosamente porque tenían miedo, corrían rumores extraños por la ciudad... Les habían acusado de robar el cuerpo de Jesús, quizás, incluso podrían ser detenidos por los soldados romanos y castigados severamente por el Procurador. Por eso han cerrado la puerta con toda seguridad, sus corazones están llenos de miedo, escuchan cada ruido que les llega de fuera. ¿Comprendéis ahora porqué la puerta es abierta con mucho sigilo?



“¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros?”

Abierta la puerta, entran los dos hombres de Emaús y antes que puedan narrar lo que les ha sucedido, los discípulos les gritan: ¡El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Simón! Después ellos les cuentan lo que les ha ocurrido en el camino a Emaús. Reina la alegría en los corazones de las mujeres, en el corazón de María Magdalena, la alegría brilla en los ojos de los dos hombres de Emaús. ¿No véis cómo Simón está emocionado?. Para ellos verdaderamente la Pascua es una realidad: El Cristo resucitado les ha aparecido. ¿Ha sido también para vosotros la fiesta de la Pascua una realidad?

Lucas 24: 34

1 Corintios 15:5

Cuando volvieron los hombres de Emaús los discípulos les dijeron: "¡Ha resucitado verdaderamente el Señor, y se ha aparecido a Simón!" Simón... Simón... ¿Qué Simón? ¿Lo sabéis ya? Cuando dicen "Simón" quieren decir "Pedro". ¿El Señor Jesús ha buscado a Pedro, a este embustero, a este perjuró? Sí, el Señor buscó a su discípulo infiel, que le negó tan alevosamente. Pedro se ha marchado del círculo, ¿por qué? ¿Se ha enojado? ¿También le irritó la alegría de las mujeres y de María Magdalena? ¿No quería tampoco escuchar los "bulos"?

No, Pedro se ha marchado por otra cosa, no podía quedarse más tiempo allí, ¿por qué no? Las mujeres habían dicho que Él vivía. Con nitidez y dolorosamente los pensamientos de Pedro le recuerdan lo que ha hecho: ha negado a su Maestro, bajo juramento ha dicho que no conocía a este Hombre. Probablemente Jesús no tendrá nada que ver con él y no pertenecerá más a los discípulos ya que es un discípulo infiel, un embustero. Ahora sabe que Jesús vive. La duda anida en su corazón, ¿será verdad? Si es verdad no tiene valor para encontrarse con su Maestro. Ha acompañado a Juan al sepulcro y allí ha visto efectivamente que estaba vacío...

Ha buscado un lugar solitario y allí ha llorado su tristeza y su miseria porque el dolor de su alma es insoportable a causa de su delito. No puede vivir sin Jesús, suspira su alma por su Maestro... No es digno de que Jesús vuelva la cabeza hacia él. Lo que ha ocurrido durante estas horas en su alma no lo sabemos, pero en mi reflexión personal le veo sentado y derramando copiosas lágrimas de dolor y arrepentimiento.

Súbitamente su Maestro aparece a su lado. No, Jesús no le rehuye, el Salvador le busca, y ésto es mucho más de lo que Pedro había esperado. No sabemos qué le dijo, porque la Biblia no dice nada acerca de ello, sólo sabemos que el Señor Jesús también apareció a Pedro. La Palabra de Dios no nos dice más, pero una cosa es cierta; Pedro había pecado gravemente, muy

gravemente, pero este pecado le fue perdonado por el Salvador, que también por él murió en la maldita cruz. Sí, también por Pedro derramó Su sangre.

¿Qué pensáis, habría lugar en el corazón de Pedro para el amor del Salvador? No es necesario preguntarlo, podéis dar una respuesta sin vacilar, ¿verdad? Pedro fue un pecador perdido, pero exactamente para los perdidos, culpables y dignos de ser condenados, adquirió Cristo la Vida con su muerte. No, Jesús no vino para los justos, sino para los pecadores perdidos. Actualmente hay miles de personas que hablan del "buen Jesús" sin saber nada de los pecados personales; nunca se han reconocido verdaderamente pecadores ante Dios, ni se han reconocido a sí mismos como pecadores perdidos. Queridos lectores, nunca olvidéis que para llegar a conocer personalmente al Salvador, antes es necesario que os reconozcáis perdidos en pecados y culpas. Es el Espíritu Santo quien obra ésto en los corazones de todo el pueblo de Dios; por tanto, suplicad al Señor que os haga comprender también ésto a vosotros.

Capítulo 93

LOS DISCÍPULOS INCRÉDULOS SON HECHOS FELICES

Marcos 16: 14

Lucas 24: 36-49

Juan 20: 19-23

Vayamos una vez más con nuestros pensamientos a la casa donde los discípulos están reunidos. Es de noche, pero todavía están juntos. Como os he narrado en el capítulo anterior, habían cerrado cuidadosamente la puerta de la calle, pues los rumores extraños de que ellos habían forzado el sepulcro, y robado el cuerpo de Jesús, se extendían y, por tanto, temían la venganza de los judíos y el castigo del Procurador romano. ¿Quién sabe lo que les espera? El miedo invade sus corazones, no están alegres, ni contentos; ya han experimentado bastante miseria durante los últimos días. Todas sus esperanzas fracasaron; habían esperado que el querido Maestro llevara la corona real y... Obtenía una corona de espinas; habían esperado que sería agasajado con honores y ha sido clavado en una cruz. Todo había sucedido de una forma totalmente contraria a lo que ellos esperaban.

Y, para colmo, ahora esos rumores extraños de que ha resucitado. Al comienzo no quisieron saber nada de esto; para ellos sólo eran "bulos", pero ahora, Pedro también dice que ha visto

al Señor; los dos hombres de Emaús cuentan como Él los ha acompañado hasta su aldea, y ahora ya no se atreven a decir que se trata de "bulos". Ahora no dudan, hasta creen en la resurrección de Jesús, sobre todo cuando oyen y gritan los dos hombres de Emaús: "¡Ha resucitado el Señor verdaderamente!" Sus corazones se llenan de un profundo deseo de Él. ¡Ah! si pudieran ver al Señor: La añoranza de Jesús invade sus corazones.

Súbita e inesperadamente aparece en medio de ellos. "Paz a vosotros", sale de su boca. Le miran con ojos llenos de espanto. Le han anhelado y, cuando está presente temen; piensan que es un espíritu y sus corazones galopan a causa del temor; tiemblan sus manos. Pero el Señor Jesús conoce los pensamientos que hay en sus corazones. "¿Por qué estáis turbados y suben tales pensamientos a vuestros corazones? ¿Pensáis que soy una simple aparición? No, soy Yo mismo. ¿No veis en mis manos y mis pies las llagas?" Les muestra sus manos y sus pies para calmarlos. Sí, ahora tienen que creer porque le ven y, no obstante... es demasiado para ellos. De gozo no pueden creer, ni se atreven a creer todavía.

Pero el Señor va a quitarles toda duda. "¿Tenéis algo de comer?", pregunta el Señor. Sí, hay algo; le presentan parte de un pez asado y un panal de miel. Jesús acepta estos alimentos y los come delante de ellos. Jesús ya no necesitaba de alimentos porque tenía un cuerpo glorificado, pero sí podía tomar alimentos y de esta forma toda la duda es despejada de los corazones de los discípulos, ya que un espíritu o aparición no puede comer. "Os he dicho de antemano que acontecería todo esto", les dice el Señor. También los profetas lo habían anunciado. El Cristo tenía que sufrir y después de tres días resucitaría, pues bien, todo se ha cumplido.

Y entonces, escribe Lucas, que abrió su entendimiento; de repente todo fue claro y evidente para ellos, el Espíritu Santo aclaró todo en sus corazones. Así es también ahora, queridos lectores, el Espíritu Santo tiene que abrir nuestros corazones e iluminar nuestros entendimientos, de otra manera no entenderíamos nada. ¿Pedís esto al Señor en vuestras oraciones?

Es una noche alegre para los discípulos, el Señor Jesús les ha

mandado que tienen que predicar, porque ellos han visto todos los milagros del Señor Jesús y son testigos de su resurrección, y pueden describir mejor lo que aconteció. Tienen que predicar el Evangelio a un mundo que está bajo el maligno; tienen que comunicar al mundo la posibilidad de ser salvos por la Sangre de Cristo, la cual solamente puede quitar los pecados de los hombres y limpiar sus almas. Ahora también los siervos del Señor, los pastores, predicar este mensaje, es un mensaje que no cambia nunca; el Evangelio es siempre el mismo durante los siglos y hasta el fin del mundo. Los discípulos tienen que comenzar en Jerusalén. Este mensaje alegre ha de ser llevado primero a los judíos endurecidos, pero después también a los paganos. Será anunciado el Evangelio y Dios bendicirá esta predicación en los corazones de muchos por la obra del Espíritu Santo.

En este primer día, el día de la resurrección, Cristo se apareció cinco veces y voy a mencionar una vez más, todas las apariciones: Primeramente apareció a María Magdalena, después a las mujeres en el camino a Jerusalén, después a Pedro en la soledad, posteriormente a los hombres de Emaús, y, por fin, a los discípulos que estaban reunidos en la sala. Recordadlo.



Juan 20: 24-25

Uno de los discípulos no estaba presente esta noche; todos los discípulos estaban en la casa a excepción de Tomás. ¿Por qué no estaba con los demás? ¿Estaba enfermo? No, no era esta la causa que le impedía estar con ellos. La duda y la incredulidad desgarraban su corazón; había escuchado el relato de las mujeres, pero no lo creía. ¿Tan indiferente es? Al contrario, la tristeza atormentaba su alma, pero al mismo tiempo, teme el engaño; si no fuera verdad, serían engañados y la decepción sería aún mayor. No lo cree, no se atreve a creer y se levantó y se marchó.

Así, cuando los demás discípulos estaban sentados juntos y se les apareció Jesús, Tomás no estaba con ellos. ¡Qué lástima!

Sin embargo, los otros discípulos no abandonan a Tomás y probablemente al día siguiente lo han buscado y alegremente le han dicho: "¡Hemos encontrado al Señor!" Esperan que su hermano ahora creerá, pero Tomás, meneando la cabeza obstinadamente y en su persistencia les dice: "Si no viera la señal de los clavos en sus manos y en sus pies, y si no metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré". Tengo que ver y tocar antes de creer; no me dejes engañar, no me dejes embaucar. Esto fue un error de Tomás; fue incredulidad pecaminosa, aunque es verdad que temía al engaño y, por eso, se resistía a creer.

Así pasa lentamente una semana, que para Tomás es una semana terrible, porque ve en los otros discípulos la alegría que le falta a él. Cada día que pasa es más miserable, más infeliz. Podéis estar seguros de que Tomás estaba pasando una semana muy difícil. Felizmente el Señor Jesús va a quitar del corazón de Tomás la duda y la incredulidad pecaminosa.



Tomás: No seas incrédulo, sino creyente.

Juan 20: 26-29

Exactamente una semana después los discípulos están de nuevo reunidos. En esta ocasión Tomás está también con ellos; callado y con el corazón lleno de tristeza escucha las conversaciones, pero no participa en la alegría de sus almas. "¡Paz a vosotros!" Suenan, bendiciendo, las palabras del Salvador que, una vez más, está en medio de ellos. Sorprendidos agradablemente, todos levantan las cabezas y también Tomás se levanta bruscamente de sus tristes pensamientos.

Entonces el Señor Jesús se dirige al discípulo incrédulo: "Ven aquí", son las palabras invitadoras del Hijo de Dios: "¿No quieres creer si no metes tus dedos en las llagas de mis heridas? Pues bien, puedes hacerlo". ¡Qué paciencia muestra el Señor para con los suyos! ¿Verdad? Realmente es el Buen Pastor, que reúne a sus ovejas esparcidas. "Mete tu dedo en las llagas de mis manos, Tomás, y mete tu mano en mi costado para convencerte de que soy de verdad tu Maestro, y no seas incrédulo, sino creyente".

El Señor Jesús le muestra su omnisciencia, ya que nadie le ha dicho las palabras de Tomás y, sin embargo, las conoce. Y Tomás... ¿metió sus dedos en las llagas? ¡No! Ahora que ve a su Maestro y que oye sus palabras, la incredulidad y la duda salen por completo de su corazón. Oíd lo que dice con mucho respeto: "Señor mío y Dios mío" "Si Tomás" -dice el Señor, "ahora crees porque has visto; bienaventurados los que no vieron y creyeron". Son estas palabras un suave reproche.

Podría contaros más de esta historia pero nos alargaríamos demasiado. Como podréis daros cuenta, en los días posteriores a la resurrección, el Señor Jesús no estaba diariamente con sus discípulos, se aparece a ellos de vez en cuando, pero ya no está con ellos continuamente como antes.

Capítulo 94

“¿ME AMAS?”

Juan 21: 1-14

En una noche tranquila y silenciosa unos hombres van al lago de Genesaret, también llamado en la Biblia “el mar de Tiberiades”. El sol ya se ha ocultado detrás de las cumbres de las montañas de Galilea; muy rápidamente anochece y las tinieblas van extendiéndose hasta hacerse oscuridad completa. Por la noche, normalmente, casi toda la gente se va a sus casas, cumplida su tarea diaria para disfrutar del merecido descanso en sus moradas. Sin embargo, esos hombres (son siete) se dirigen a una barca que está preparada, entran en ella, sueltan las amarras y, lentamente, la barca pesquera se va alejando de la orilla. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué navegan precisamente en la noche?. Esos siete hombres son siete discípulos del señor Jesús.

El Señor Jesús les había ordenado que fuesen a Galilea, se lo había dicho antes de su muerte, y también después de su resurrección. ¿Qué tendrían que hacer allí? Sencillamente tienen que esperar, esperar al Señor Jesús que se aparecerá a ellos. Así, pues, los discípulos están en Galilea esperando la venida del Señor. Las esperas siempre son difíciles y, máxime cuando no se tiene nada que hacer. Por eso Pedro dijo a los otros: “Voy a pescar.” Como ya sabéis los discípulos eran, originalmente, pescadores de profesión; antes de que Jesús los llamara se ganaban la vida pescando. Ahora deciden

ir a pescar, una vez más, para no aburrirse; es ésta la razón por la que estos siete hombres se dirigen a la orilla del mar, entran en la barca pesquera y comienzan a navegar. Pero... ¿por qué hacen esto durante la noche? Así acostumbraban a hacerlo los pescadores de allí ya que por la noche era el tiempo más apropiado para pescar.

Tranquilamente flota la barca, no muy alejada de la orilla, y entonces los hombres echan la red por la borda; poco después levantan las redes esperando encontrar muchos peces en ellas, pero se decepcionan; no hay ni un sólo pez. Nuevamente lanzan las redes y cuando las levantan por segunda vez resulta que las redes están vacías. Así pasan las horas y todo su trabajo resulta infructuoso, en toda la noche no han pescado nada. Comienza a clarear. La hora del amanecer se acerca, los discípulos comienzan a acercarse a la orilla.

Cuando se van aproximando hasta la orilla ven que un hombre desconocido está caminando por la ribera. No era nada de extrañar, pues, esto ocurre con mucha frecuencia. Los discípulos no le dan importancia. De pronto, el caminante les pregunta: "¿Tenéis algo de comer?" ¡Qué lástima! Si hubieran pescado podrían haber dado algo a este hombre, pero no tienen absolutamente nada. Su respuesta es seca y cortante: "No." Les da vergüenza reconocer que no han pescado nada. Esperan que el desconocido siga caminando y no tengan que darle más explicaciones, pero no es así.

"Echad la red a la mano derecha de la barca y hallaréis pesca", les dice el desconocido caminante. Con admiración, los discípulos se miran uno a otro. ¿Lo harán? No tienen muchas ganas de hacerlo pero, al fin, no quieren hacerle un desaire y hacen lo que el desconocido les dice. La red desaparece a la mano derecha de la barca, poco después la quieren recoger, pero no pueden hacerlo: la red está llena de peces. Podréis imaginaros los rostros asombrados de estos robustos pescadores. ¿Qué ha sucedido tan de repente? No pueden responder a esta pregunta. Uno de los discípulos mira con detenimiento al desconocido, este pescador es Juan. Repentinamente se dirige a Pedro y le dice en voz baja: ¡Es el Señor! Ha reconocido a este caminante solitario, es su Maestro, al que ama tan tiernamente.

Pedro se levanta bruscamente al oír estas palabras, mira y una alegre sonrisa aparece en su rostro, él también reconoce al Señor

Jesús. Deprisa, coge su ropa, porque durante el trabajo se había quitado su túnica. En la Biblia se puede leer que estaba desnudo, pero no quiere decir que estuviera totalmente desnudo, sino que trabajaba llevando sólo su ropa interior. Cuando oye que su Maestro está en la orilla, se ciñe la ropa y camina hacia la orilla, pues, la barca no estaba muy alejada y, por tanto el agua no tenía mucha profundidad. Vadea por el agua hasta la orilla, porque quiere llegar a Jesús el primero de todos. Los otros discípulos siguen en la barca, no pueden recoger la red por la cantidad de peces que contiene, así que la arrastran con la barca para que no se desgarre. Ponen la barca en la orilla arenosa y, muy pronto, todos están alrededor del Señor Jesús.

Entonces se dan cuenta de que en la arena de que hay unas brasas puestas, en las cuales hay algunos peces y también, al lado, hay pan. ¿De dónde ha sacado el Señor Jesús esos alimentos? Acaso, ¿era algo imposible o difícil para el Rey de los reyes? Él es todopoderoso. No, el Señor no necesita sus peces, ya se ha cuidado de proveer pan y peces. Sin embargo, quiere usar algo de su pesca y les dice el Señor: Traed de los peces que cogisteis.

Sin demora Pedro se levanta, va a la barca, donde está sujeta la red, la arrastra un poco más hacia la tierra, es un trabajo árduo, ya que la red está completamente llena y, pese a ello, la red no se rompe. La sacan y resulta que han cogido ciento cincuenta y tres peces y, en esta ocasión, no hay peces pequeños, todos son grandes. ¡Qué maravilla! El todopoderoso conducía la red de tal forma que sólo fueron pescados peces grandes. De verdad es el Rey de toda la tierra, hasta los animales tienen que obedecerle. Toman algunos peces y se los traen a Jesús.

Juan 21: 15-25

Están sentados en la playa, dispuestos a comer; en sus corazones hay admiración, respeto y mucha veneración y, también hay alegría. Ninguno de ellos se atreve a preguntar: "¿Quién eres?" Porque todos saben que él es el Señor. Entonces Jesús toma

el pan y lo reparte entre los siete discípulos y, también, cada uno recibe su parte de los peces. En silencio toman la sencilla comida, cada uno está ocupado en sus propios pensamientos. Por fin, la comida termina y todos se encuentran totalmente saciados.

De repente el Señor Jesús se dirige a Pedro y le pregunta: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? ¿Es tu amor mayor que el de los otros discípulos, Pedro?" Pensabas que sí, te has elevado sobre los demás discípulos porque pensabas que tu amor era el más grande. Sorprendido, Pedro, levanta los ojos cuando oye esta pregunta, ¿por qué le pregunta esto precisamente a él? Sin embargo, su respuesta no se hace esperar, al instante sale de su boca: "Sí, Señor, tú sabes que te amo." Jesús le dice: "Apacienta mis corderos." Con estas palabras el Salvador quería decir que Pedro, como apóstol y maestro, tiene que enseñar y confortar al pueblo de Dios.

Hay unos momentos de silencio y enseguida, por segunda vez, Jesús pregunta a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Sin comprender, Pedro, mira a su Maestro. ¿El Señor Jesús no le cree? ¿No le ha entendido bien? Inmediatamente su respuesta es: "Sí, Señor, tú sabes que te amo." "Apacienta mis ovejas." le dice Jesús. Por segunda vez se ordena a Pedro que enseñe y aleccione al pueblo de Dios.

De nuevo pregunta, por tercera vez, el Señor a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Una sombra de tristeza aparece en el rostro de Pedro, sus ojos se llenan de lágrimas, se entristece; no se enoja, aunque parezca que el Señor Jesús desconfía de él, solo se entristece. No sería extraño que su Maestro desconfiara de él, porque, ¿no ha negado tres veces a Jesús? Con mucha tristeza recuerda aquella terrible noche, sin embargo, el amor a Cristo arde en su alma. Con voz baja responde por tercera vez: "Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo."

Es como si Pedro quisiera decir: "Señor, no soy digno que vuelvas la mirada a mí, pero sabes que mi corazón rebosa de amor por ti, no puedo vivir sin ti." Entonces Jesús le dice: "Apacienta mis ovejas." Tres veces había dicho Pedro que no conocía a Jesús y ahora el Señor Jesús le hace repetir por tres veces que le ama de todo corazón. Quizás os sea un poco difícil comprender el sentido, sin embargo, en ésta escena vemos que Pedro es restablecido en su

oficio de apóstol. En esta misma escena el Señor Jesús profetiza a Pedro que pasado algún tiempo será detenido y apresado. Ahora, Pedro, es libre, puede ir donde quiera, pero llegará un día que no gozará de libertad, será tomado y hecho prisionero.

Después de todo esto el Señor se levanta y comienza a caminar. Pedro piensa en todo lo que ha oído y mira a Juan; un pensamiento atraviesa su mente, ¿qué sucederá con Juan? Le preguntará. Su curiosidad le empuja a querer saber qué ocurrirá con Juan, si para él también vendrán días amargos. "Señor, dice Pedro, tu me has anunciado lo que me ocurrirá en el futuro, pero, dime también la suerte que correrá éste", señalando al apóstol Juan, al pronunciar estas palabras. "No tienes tú porqué preocuparte de esto", le responde Jesús, reprendiéndole. "Si quiero que él quede hasta el último día, cuando yo venga en las nubes del cielo, ¿qué a ti?" No es necesario decirlo, Pedro es curioso y por eso es reprendido por su Maestro.

Pero los discípulos entendieron mal lo que dijo Jesús, pues llegaron a pensar que Juan no moriría; sin embargo se equivocaban, porque Jesús no había dicho eso, Jesús dijo: "Si yo quiero", pero no dijo que lo quisiera. Juan no vive ahora, ya hace mucho tiempo que murió y goza delante del trono de Dios en la gloria celestial.

Si os preguntara a vosotros el Señor Jesús. "¿Me amáis?" ¿Cómo responderíais? ¿Podrías verdaderamente y con alegría responder: "Sí, Señor, tú sabes que te amo"? Por naturaleza, por nuestra condición humana, nadie ama al Señor Jesús; en el corazón de cada uno de nosotros hay, desde el nacimiento, odio y enemistad contra el Señor, ¿lo dudáis? Pues es verdad, somos desde nuestro nacimiento enemigos de Dios y de su servicio. Solamente cuando Dios nos concede este amor, amamos verdaderamente a Jesús; de otra manera es imposible. Sólo cuando el Señor nos da un corazón nuevo es quitada nuestra enemistad natural. Qué el Señor os conceda este amor, como el que tenía Pedro. Doblad las rodillas y pedid diariamente al Señor que renueve vuestro corazón. El Señor no tiene obligaciones para con nosotros, pero Él puede darnos de gracia todo lo que necesitamos. "Y el que a mí viene, no le hecho fuera", dice el Señor en San Juan 6: 37.

Capítulo 95

== LA ASCENSIÓN DE CRISTO ==

Mateo 28: 16-20

1 Corintios 15: 6-7

Ya os he narrado cómo el Señor Jesús se apareció varias veces a sus discípulos. El primer día apareció a María Magdalena, a las mujeres, a Pedro, a los hombres de Emaús y a los discípulos sin Tomás. Una semana más tarde se apareció otra vez a los discípulos, estando Tomás con ellos. En el capítulo anterior hemos podido ver su aparición a los siete discípulos en el mar de Tiberíades y esta fue la séptima aparición desde la resurrección.

Después apareció a más de quinientos hermanos, al mismo tiempo, en un monte de Galilea. Fueron quinientas personas las que verdaderamente creyeron en el Señor Jesús. ¿De dónde vinieron todas éstas personas? No lo tenemos escrito en la Palabra de Dios, pero podemos creer que han llegado de todas partes del país de Canaán, de Galilea, Judea, Decápolis y Perea. Han venido a Galilea, el monte que Jesús les había indicado antes de su muerte.

Mientras están reunidos allí, anhelando su venida, súbitamente Jesús aparece en medio de ellos. Algunos no se creían aún que hubiera realmente resucitado, pero ahora tienen que creerlo, porque allí, en medio de ellos, está Él y le ven con sus

propios ojos; oyen su voz que les es muy conocida y escuchan sus palabras alentadoras cuando les afirma: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra". Él, el Rey de Israel, que gobierna, protege y guarda a su pueblo, cuidará de los suyos; no tienen nada que temer porque nunca los abandonará ya que los compró al precio de sangre.

¡Desead pertenecer al pueblo de Dios, pueblo muy feliz!
¡Esos quinientos hermanos regresaron a sus casas, pero nunca olvidarán ese día!

También la Palabra de Dios menciona una aparición del Señor a Jacobo sólo. Pero lo que haya hablado no lo sabemos, porque la Biblia nada nos dice de ello. (1 Cor. 15:7)

Marcos 16: 15-20

Lucas 24: 50-53

Hechos 1: 4-9

Poco tiempo después encontramos a los once discípulos nuevamente en Jerusalén. Saliendo de Galilea una vez más, han viajado a Judea. Allí en Jerusalén el Señor se apareció por última vez a sus discípulos. Estaban reunidos en Jerusalén, quizás en el mismo aposento en que habían celebrado la Pascua, aunque no podemos afirmarlo con certeza. La realidad es que leemos en la Palabra de Dios que Jesús los sacó hasta Betania. Salen de Jerusalén, caminando hacia el monte de los Olivos, el Señor habla por última vez con sus discípulos. Les dice que tienen que quedar en Jerusalén. Tienen que esperar. ¿Esperar a qué? Tienen que esperar el derramamiento de Espíritu Santo; el Señor les promete que esto ocurrirá pronto.

De pronto los discípulos de preguntan: "Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?" ¿Escucháis? Los discípulos no pueden apartar de su pensamiento en reino terrenal, esperan que Jesús ahora restaurará el reino de David; aún

sueñan con poder y gloria terrenal. El Mesías les responde que tienen que dejar esto a Dios. Ciertamente el reino del Rey Jesús dominará algún día con toda gloria; esto ocurrirá en el día del gran juicio, cuando la Iglesia de Dios, perdonada de toda culpa y castigo, entrará en cuerpo y alma en la gloria celestial para cantar por toda la eternidad para la gloria de Dios.

Ahora los discípulos reciben una comisión, un trabajo: Tienen que predicar en Jerusalén, en Judea, en Samaria, por todo el mundo.

Hablando entre ellos llegan al fin al Monte de los Olivos. Están de pie en la cumbre del monte; debajo, en la profundidad, está el huerto de Getsemaní, ¿Piensan los discípulos en estos momentos en aquella espantosa noche, ya hace algunas semanas? Han sucedido tantas cosas... Ya hace cuarenta días que su Maestro resucitó de la muerte. Permanecen de pie, en silencio, juntos durante unos momentos, y no tienen mucho tiempo para pensar en estas cosas, porque... ¡mirad! Jesús alza sus manos sobre ellos y los bendice.

¿Qué ocurre? Lentamente es levantado de la tierra hacia lo alto. Los discípulos con sus ojos siguen a su querido Maestro, aturdidos de sorpresa. Ven como Él los deja y es elevado al cielo, produciéndose en sus corazones una santa veneración. Ven elevarse a su Rey, su Salvador a las alturas. Pero, leed lo que dice la Palabra de Dios: "Una nube le ocultó de sus ojos". Esto quiere decir que una nube se interpuso entre el Señor Jesús y la tierra de forma que los discípulos no pudieron verle más.

¿Qué clase de nube fue? No lo sé, hay algunos que piensan que esta nube, fue una multitud de ángeles, porque puede leerse en el Salmo 68: "Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares", y en el Salmo 47: "Subió Dios con júbilo". Según ellos, esta nube de ángeles habría conducido al Rey de reyes con júbilo al cielo. No puedo deciros si realmente fue así, porque la Biblia dice simplemente: Que una nube le ocultó de sus ojos.

Lo cierto es que Él salió del cielo y ahora vuelve, no como un vencido, sino como Vencedor. ¡Cómo se habrán alegrado las almas de los que ya habían muerto cuando entró su Fiador y Salvador! ¿Sabéis que el Sumo Sacerdote entraba una vez al año, al lugar santísimo en el gran día de la expiación? ¿Sabéis que llevaba consigo la sangre de un macho cabrío para expiar los pecados del pueblo? Pues bien, el sumo sacerdote de los judíos era un símbolo del Señor Jesús, el Sumo Sacerdote celestial. En este día de la ascensión, el Sumo Sacerdote celestial, entró en el cielo, no con la sangre de toros y de machos cabríos, sino con su propia sangre.

El día de la Ascensión es el día de la coronación del Señor Jesús. Él, el Rey de reyes, entró de nuevo en la gloria celestial, tomó asiento a la diestra de su Padre y, desde el cielo, rige ahora toda su Iglesia. Ciertamente el Señor Jesús gobierna todo el mundo, pero, en su merced, ve a su pueblo que aún está en la tierra; este pueblo no ha sido abandonado aquí, no, felizmente no. El los guarda, los cuida, los protege y los conducirá un día a la gloria eterna.

Hechos 1: 10-12

En el monte de los Olivos han quedado los once discípulos. ¿Por qué son sólo once? Ya lo sabéis, ¿verdad? Judas, el traidor no pertenece ya al grupo de los discípulos... Aún siguen los discípulos mirando hacia arriba, pero ya no ven a su querido Maestro, una nube le ha ocultado de sus ojos. Jesús ya está en el Cielo y ellos están en la tierra. Pero, sus pies estando sobre el Monte de los Olivos, sus almas están, por decirlo de alguna manera, en el Cielo porque con sus pensamientos acompañan a Jesús y una alegría celestial invade sus almas.

No sabemos por cuanto tiempo permanecieron en esta actitud, pero de repente son turbados; dos ángeles con vestidos blancos y rodeados del resplandor celestial, están junto a ellos, vienen a comunicarles un mensaje de su Maestro que ha sido

recibido arriba. El copero, en la corte de Faraón, se olvidó de José cuando volvió al palacio del Rey, pero el Señor Jesús no se olvida de los suyos. Sabe lo que hay en sus corazones, no es tristeza, ni dolor, sino un santo anhelo.

Apenas ha llegado el Señor al cielo, cuando envía a dos mensajeros celestiales a la tierra. Vienen a confortar a los discípulos. Escuchad lo que dicen: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo". Es como si los ángeles quisieran decir: Miráis arriba como si de un momento a otro viérais volver a vuestro Maestro. Ciertamente esto sucederá, volverá con las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Un día volverá como Rey, y también como Juez, pero esto no ocurrirá ahora, sino en el tiempo en que Dios así lo ha dispuesto.

Dicho esto, los ángeles se vuelven al Cielo y los discípulos se vuelven a Jerusalén. ¿Regresan tristes y desalentados? Nada de eso. Escribe Lucas que volvieron con gran gozo. Por la fe han visto y aceptado que su Maestro ha ido delante de ellos. Él les había dicho que: "en la casa de su Padre hay muchas moradas y que iba a preparar un lugar para ellos". Creyeron firmemente que, en el tiempo dispuesto por Dios, ellos le seguirían porque Jesús los ha rescatado, los ha comprado al precio de su propia sangre; ésta fe, ésta certeza, llenaba sus almas. ¿Llorar? ¿Verter lágrimas porque su Maestro ya no estaba con ellos? No, con gran gozo vuelven a la ciudad peligrosa, a la ciudad sanguinaria, para predicar. Gritarán a éste pueblo que, también para ellos existe la posibilidad de ser salvos. A lo mejor, ya deseaban la Salvación. Sin duda, los discípulos ya estaban ansiosos de ir a predicar a sus compatriotas.

En muchos países el día de la Ascensión es un día de diversión, nada más.

Y vosotros, en este día, ¿Pensáis en la riqueza espiritual del día de la Ascensión?

¿Está el Señor Jesús en el centro de vuestros pensamientos? ¿Tenéis en todo por objeto su honor? Respondeos con sinceridad.

Capítulo 96

UNA BENDICIÓN MUY RICA: PENTECONTÉS

Hechos 1: 13-26

Diariamente los discípulos del Señor Jesús se reúnen en Jerusalén. Han visto a su Salvador ser arrebatado al cielo, han escuchado sus palabras; su mandato es que esperen en la ciudad hasta la venida del Espíritu Santo y ahora, ellos están esperando el cumplimiento de esta promesa, aún cuando no sabían cuando sería pero tienen la certeza de que la promesa será cumplida. En amor y en paz están todos reunidos, pero... ¿son sólo once discípulos? No, en la Biblia se nos dice que eran ciento veinte en número los reunidos. ¿Quiénes eran? Con ellos estaban también las mujeres y María, la madre del Señor. ¿Sabéis quienes estaban además presentes? Los hermanos del Señor Jesús (Hechos 1:14).

Anteriormente os he narrado que existen diferencias sobre el sentido de la palabra "hermanos". Hay comentarios que dicen que eran realmente hermanos de Jesús y otros, por el contrario, que eran parientes; sin embargo, es probable que se tratara realmente de hermanos ya que podemos leer en la Biblia que Jesús era el primogénito de María. Sea como fuere, ahora sus hermanos están en el círculo de los que se encuen-

tran en Jerusalén orando. Por favor, leed Juan 7:5, ahí se nos dice: "porque ni aún sus hermanos creían en él", es decir, se oponían al Señor Jesús. Ahora, sin embargo, después de la muerte del Señor, están diariamente con los discípulos, esperando con ellos el derramamiento del Espíritu Santo. Como podréis suponer, en ellos se ha producido un gran cambio; también los hermanos del Señor Jesús se han convertido a Dios, de nuevo es una prueba de la grandeza de la Gracia de Dios.

Uno de estos días de espera, Pedro súbitamente se levanta porque tiene algo que decir. Recuerda que antes de la muerte de Jesús siempre fueron doce apóstoles, pero uno de ellos ya ha muerto... Con ésto hace referencia a Judas Iscariote, el traidor. Judas se había ahorcado porque no pudo soportar el remordimiento de su malvada traición y cayendo de cabeza, rota la soga, se estrelló contra las peñas. Ahora Pedro les propone elegir a otro apóstol en lugar de Judas, para que de ésta forma, esté completo el número de los doce. Todos están de acuerdo y se proponen los nombres de dos hombres que siempre han estado junto a Jesús; uno de ellos llamado José y el otro, Matías. Después suplican al Señor que se plazca señalar a uno de estos dos para que ocupe el número doce, y orando y levantando sus pensamientos a Dios, echan suertes y ésta recayó sobre Matías. Este, pues, ocupa el lugar vacante. De nuevo el número de los doce está completo. Este pasaje podéis leerlo en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles.

— — — — —

Hechos 2: 1-13

Está muy próxima la fiesta del Pentecostés, que era una de las tres grandes fiestas que los judíos celebraban desde hacía siglos. En esta fiesta conmemoraban la entrega que Dios mismo hizo de la Ley en el monte Sinaí. En este día también

llevaban al Templo panes amasados con harina de nueva cosecha y por eso, al día de Pentecostés, también se le llama "la fiesta de las primicias".

Al igual que en la Pascua, ahora decenas de miles de judíos se reunían en Jerusalén, no solamente judíos del país de Canaán, sino también judíos que vivían en la "dispersión", es decir, los que vivían en los países alrededor de Palestina. Por otra parte, en aquellos tiempos, había muchos paganos que habían abrazado la religión judía, a los cuales los llamaban "prosélitos".

En esta fiesta de Pentecostés muchos de los participantes en la fiesta se dirigían al Templo, la casa del Señor, porque querían estar presentes cuando se encendía el holocausto de la mañana, lo cual siempre se hacía en la hora tercera, que corresponde entre nosotros a las nueve de la mañana. También los discípulos y las mujeres acuden a la casa de Dios; en alguna de las dependencias se sientan todos juntos por algún tiempo. Sus almas están ansiosas de que se realice la promesa de Jesús porque es el décimo día desde que se fue el Salvador al cielo y están esperando. El atrio del Templo está lleno por una multitud que espera; miles de judíos y prosélitos se han reunido para esperar que el holocausto sea encendido.

De pronto el murmullo de las voces se apaga y se hace un silencio absoluto. Todos levantan la cabeza y escuchan, en sus ojos hay una expresión de miedo y consternación. ¿Por qué? Escuchad: todos oyen con claridad un gran estruendo. ¿Qué ocurre? ¿Se ha levantado repentinamente un fuerte viento? No, nada de eso, las ramas de los árboles no se mueven y, sin embargo, el estruendo es semejante al de un fuerte vendaval. Para todas aquellas personas que están en el Templo es un enigma de dónde procede ese estruendo.

Mirad allí, gritan, y todos los ojos se dirigen a las ciento veinte personas que están reunidas en una de las dependencias del Templo, un poco aparte... Con gran asombro, reflejado en sus semblantes, todos miran a este sencillo grupo de personas, y ven en las cabezas de los discípulos llamas, como de fuego,

que se elevan. En la Biblia podemos leer que eran "lenguas repartidas, como de fuego", no eran llamas, son lenguas repartidas como de fuego. Pero hay algo más; este estruendo, como de un fuerte vendaval, y las lenguas repartidas como de fuego son solamente señales externas y visibles, pero en la Palabra de Dios leemos que todos fueron llenos del Espíritu Santo.

Los seguidores de Jesús se levantan y comienzan a hablar en otras lenguas. Allí está un egipcio, que escucha con sorpresa. ¿Cómo es posible esto? Cada uno los oye hablar en su propia lengua; un árabe oye hablar a otra persona en la lengua que él entiende y así podríamos continuar, cada uno los entiende en su propia lengua; podéis leerlo en la Biblia en Hechos 2: 9-11, hacedlo. Todas estas personas, de varias naciones, oyen hablar a los discípulos en sus lenguas maternas. Su sorpresa es aún mayor porque saben que los discípulos de Jesús no son personas doctas, sino simplemente unos galileos sencillos e iletrados. ¿De qué hablan?, ¿De diversiones, paseos, concursos, premios? ¿De su honra y su fama? ¡Ni mucho menos! Habían de las maravillas de Dios, las maravillas de Dios en la Naturaleza y en la Gracia.

Se hace un silencio total, las miles de personas que han venido para celebrar la fiesta del Pentecostés, escuchan casi sin respirar. Ahí está el grupo de los discípulos con caras radiantes de alegría, porque una alegría celestial llena sus almas. No pueden callar, el Espíritu Santo llena sus corazones y hablan de las maravillas de Dios. Cuando en el colegio varios niños hablan al unísono, nadie puede entenderse, sin embargo, aquí varias personas hablan a la vez y no hay confusión, es algo extraordinario. Los reunidos se miran unos a otros y en sus corazones se produce un sentimiento de angustia; la Biblia nos dice que estaban atónitos y perplejos. ¿Qué quiere decir ésto?, se preguntan, impresionados profundamente. Sin embargo, pronto puede escucharse una risa burlona, algunos de los judíos dicen: ¡Están llenos de mosto!. Es decir: Esta gente está borracha. ¿No los oís? ¿Dicen que es la palabrería de borrachos? Es espantoso. Estos escarnecedores tienen la "audaz valentía" de

decir que la obra del Espíritu Santo es palabrería de borrachos. ¿Borrachos parlanchines? ¿Y las lenguas como de fuego reparatidas? ¿Y el estruendo como de un fuerte vendaval?. Bien sabían ellos que no estaban borrachos. Todo esto los había impresionado profundamente, pero querían rechazarlo y se dejaron usar por el Diablo para ridiculizar la obra de Dios.

Ya he escrito con anterioridad, en el capítulo 30, que es muy peligroso burlarse de las cosas santas; el burlarse de la obra del Espíritu Santo ya ha cerrado aquí en la tierra la puerta de la gracia para muchos. Por la gracia de Dios todos los pecados pueden ser perdonados, pero el pecado contra el Espíritu Santo no puede ser perdonado. Para quienes cometen el pecado contra el Espíritu Santo el tiempo de la gracia, aún aquí en la tierra, ha pasado. El príncipe de las tinieblas, el Diablo, siempre trata de deshacer las obras de Dios y, en este caso también lo hace, tratando de desvanecer la profunda impresión que a todos había embargado. ¿Vencerá el Diablo?

Hechos 2: 14-47

“Varones judíos y todos los que habitáis en Jerusalén”, suena de pronto una voz. ¿Quién dice esto? Mirad, Pedro está en pie y se dirige a la multitud. Cuando oyó este horrible y blasfemo escarnio, no pudo soportarlo por más tiempo, y alzando su voz amonesta a la muchedumbre judía para que no preste oídos a estos burladores. No, dice indignado, no estamos ebrios, es muy temprano para eso; no hemos bebido ni una gota de mosto, antes bien, se está cumpliendo lo que profetizó Joel, que en los últimos días sería derramado el Espíritu Santo. Pues bien, aquí y ahora se está cumpliendo esa profecía. Por un momento calla, la risa burlona enmudece.

De nuevo, la voz de Pedro resuena por la gran plaza; ahora no tiene miedo, ahora no niega a su Maestro, al contrario, les predica a Jesús el Nazareno. Les recuerda las muchas señales, y

las grandes maravillas que realizó el Señor Jesús. Recuerda a la multitud que escucha, su terrible pecado, cuando hace unas semanas entregaron al justo Jesús al Procurador romano, Poncio Pilato. Entonces exigieron su muerte, su muerte en la cruz. "Pero", dice Pedro, "este Jesús, a quien habéis matado, resucitó de la muerte. ¡Vive! No podía quedar en la tumba, porque es verdaderamente el Mesías, el Rey de Israel. Somos testigos de su resurrección porque le hemos visto; no es una mera ilusión, hemos hablado con Él." No puedo detenerme a narraros todo el mensaje de Pedro porque nos alargaría demasiado, por eso, sólo relato un poco de él para que podáis retenerlo.

Las palabras de Pedro dejan una impresión tremenda y muchos de los judíos se compungieron de corazón. El Espíritu de Dios obra fuertemente en los corazones de cientos de judíos que se dan cuenta de sus pecados; ahora ven cuán grandes son los pecados que han cometido y, con vergüenza, muchos inclinan la cabeza. "¿Qué haremos?" Ésta es la pregunta angustiada que dirigen a Pedro y a los otros discípulos. Se dan cuenta de que nunca podrán enmendar sus delitos, de que son dignos de los castigos de Dios. Pero Pedro también tiene otro mensaje para ellos; no les señala su inmensa culpa para, luego, enviarlos a casa. Les señala, también la Gracia.

Es muy cierto que su pecado es grande, y grave su culpa, pero, con todo, también es cierto que fue por pecadores culpables por quienes el Señor Jesús derramó su Sangre. Pedro les señala al Salvador, les habla de la posibilidad de ser salvos en el Señor Jesús. Con seriedad y énfasis les amonesta que no rechacen más a este Jesús, sino que le busquen como su Fiador y Salvador. Les decía: "Sed salvos de esta perversa generación".

Este sermón es bendecido grandemente por Dios y una multitud de tres mil personas cree en el Señor Jesús; Dios les concede la fe sincera y salvífica y, por ésta fe, abrazan al Salvador como el Redentor, que paga sus culpas. Quizás, muchos de ellos gritaron semanas atrás: ¡Crucifícale, crucifícale! Pero, ahora, reciben por Gracia la certidumbre de que éste mismo Jesús ha derramado su preciosa Sangre por sus pecados, y también creen que sus peca-

dos son perdonados por la muerte del Salvador. ¿Se convierten todos a Dios? No, sin embargo, a todos les llega el mismo mensaje; Pedro ha anunciado las mismas palabras a todos los presentes, a todos les ha anunciado la posibilidad de perdón en la Sangre purificadora del Salvador, pero, sólomente aquellos en cuyos corazones hay lugar para el Señor Jesús, le abrazan por la fe.

Recordad y no olvidéis nunca que sin la acción vivificadora del Espíritu Santo, nadie abrazará a Jesús para ser salvo; es necesario que seamos transformados, de muertos en vivos, y ésto lo olvidamos con demasiada frecuencia. No todos los que escuchan se convierten; hay muchos que no abrazan al Mesías, éstos se endurecen y se marchan. ¡Qué cosa más espantosa! Porque la responsabilidad es completamente de ellos, y, una vez, en el gran día del Juicio, este sermón testificará contra ellos. No podrán decir: Pedro no habló para mí o, no lo hemos sabido; al contrario, su deber era escuchar ésta voz sería y sincera, humillarse ante Dios y suplicarle con sumisión el perdón.

Así fue, pues, el derramamiento del Espíritu Santo. También vosotros, cada año, celebráis la fiesta del Pentecostés, pero... ¿Cómo celebráis esta fiesta? ¿No habéis sentido jamás el deseo de que la acción del Espíritu Santo obre en vuestros corazones? Solamente Él puede vivificaros ya que desde el nacimiento estáis muertos. ¿Anheláis esto?

Frecuentemente el día del Pentecostés sólo se dedica a divertirse. Pero más vale, en este día, darse cuenta que el Espíritu Santo está actuando hoy también.

Por medio de este sermón de Pedro se convirtieron en un día tres mil personas a Dios. Que esto os conmueva y provoque en vuestros corazones un ardiente deseo de pedir la Gracia y la acción del Espíritu. Pedro dijo a la multitud: ¡Arrepentios! Y cada domingo los siervos de Dios, los pastores, os llevan el mismo mensaje, aún se sigue predicando, también a los chicos y los jóvenes: ¡Arrepentios! ¡Buscad al Señor!

Para los judíos la fiesta de Pentecostés, era la "Fiesta de las Primicias" y, efectivamente, en la fiesta de Pentecostés fueron añadidas a la Iglesia tres mil "primicias" que se salvaron.

Capítulo 97

UN COJO ES CURADO — EN EL NOMBRE DE JESÚS —

Hechos 3: 1-10

Una tarde dos hombres caminan tranquilamente hacia el templo, son más o menos las tres. En la Biblia podemos leer que era la hora novena, la hora de oración, cuando los sacerdotes realizaban el sacrificio vespertino. Muchas veces se dirigía una numerosa multitud a la casa del Señor. El sacerdote de turno, después del sacrificio, bendecía a la multitud que se reunía.

También, en esta tarde, muchos judíos caminan hacia la casa de oración, el Templo. Ésta es también la intención de los dos hombres que caminan mezclados entre la multitud, para presenciar el culto de la tarde. ¿Quiénes son éstos dos hombres? Ya los conocemos, se trata de dos discípulos del Señor, cuyos nombres podemos leer en Hechos 3.

Pedro y Juan caminan en fraternal unión; muy pronto llegan a los magníficos edificios de la "casa del Señor" y se dirigen a la puerta que conduce al amplio atrio, pero de pronto se detienen. ¿Qué ha ocurrido? En la puerta misma está tendido un hombre inválido; la Palabra de Dios nos dice que era cojo. No sufría esta tara como consecuencia de un accidente, sino que estaba lisiado desde su nacimiento y ahora tenía más de

cuarenta años, durante los cuales siempre había estado postrado en cama.

Ciertamente su niñez y juventud debieron ser muy tristes ya que no podía correr y jugar con los demás niños de su edad. ¿No creéis que le hubiera gustado mucho jugar con los niños de su edad? Ciertamente que sí, pero no podía hacerlo porque sus pies estaban paralizados. Muchos jóvenes comienzan a trabajar para de ésta forma ganarse la vida; pero tampoco él podía hacerlo, ya que siempre tenía que estar tendido en la cama, sin fuerzas para hacer nada; lo único que podía hacer era pedir limosna. Seguramente que muchas veces se llenaría de tristeza pensando que sólo podía ganarse la vida mendigando.

Es seguro que algunos amigos o parientes le llevaban cada mañana a la puerta del Templo. Esta puerta era llamada "La Hermosa". Hay quien dice que estaba totalmente construida de cobre y, por esa razón, era llamada "la puerta hermosa". Le llevaban a esa puerta porque era por ella por dónde más personas entraban y salían del templo y, por tanto, donde más limosnas podría recibir para ganarse la vida. Por la tarde volvían a recogerlo para llevarlo a casa y esto día tras día, año tras año. Una vida monótona e inútil la de este inválido.

Los habitantes de Jerusalén lo conocían muy bien, ya que estaban acostumbrados a verlo todos los días en el mismo lugar; a veces le daban una limosna y, en otras ocasiones, no le daban nada. Como era su costumbre, a todo el que pasaba le pedía una limosna y esta tarde hizo lo mismo. Cuando se acercan Pedro y Juan, también a ellos les pide una limosna; ellos se detienen y le miran fijamente y sus corazones se llenan de compasión.

"Míranos", le dice Pedro; es decir "fija la mirada en nosotros". El cojo hace lo que le dicen. Si bien no comprende el porqué, ya que nunca le había ocurrido esto. Lo normal era que los transeúntes le echaran una pieza de dinero y siguieran caminando. ¿Por qué tiene que mirar fijamente a éstos desconocidos? Sin embargo, obedece, esperando un don extraordinariamente grande; ¿tendría este día algo de especial? Así lo espera y con mucha esperanza mira a los dos hombres que están delante de él.

“No tengo plata, ni oro”, le informa Pedro. Quizás, un rayo de decepción desvaneció la esperanza del cojo ya que esperaba, precisamente, un don de plata y oro. “Pero lo que tengo te doy”, continuó el apóstol. ¿Qué es lo que tiene el apóstol? Nada; si hubiera llevado consigo algunos panes o alguna botella de vino podría habérselos dado, pero los apóstoles no llevan nada consigo, y están delante del pobre mendigo con las manos vacías. Parece como si Pedro quisiera burlarse de él. ¿Por que no puede darle nada? ¿Eso es verdad? No, escuchad con atención.

Con gran énfasis sale de la boca del apóstol: “En el nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y anda”. Ésta orden parece ser cruel ya que este hombre no puede hacerlo, ¿verdad? Nunca pudo moverse en sus cuarenta largos años y, sin embargo... ¡mirad! Pedro tiende su mano, coge al inválido de la mano derecha y lo levanta. Desaparece la parálisis de sus pies, se le afirman los tobillos. Quizás pensáis, que difícil y lentamente se va levantando el cojo, ¿verdad?. No, la Biblia no nos dice ésto, sino: “Y saltando...” La curación no es parcial, sino total. Es curado por completo de tal manera que entra a la casa de Dios saltando y brincando de alegría. El no esperaba esto, ni lo había pedido; esperaba recibir alguna moneda de oro o de plata y ha recibido la salud y ésta vale mil veces más que el dinero.

Pensaréis que este hombre se volcaría en agradecimiento hacia Pedro y Juan, ¿verdad?. Pues no; una vez más os equivocáis. La Biblia no nos dice que fuera así, sino que nos dice que no fue el hombre, sino Dios quien recibió el honor de su curación. De esta forma confiesa que es Dios quien le concedió este gran beneficio, por medio de Pedro y Juan.



Hechos 3: 11-26 y 4: 1-3

Poco después una gran conmoción se extiende por la casa del Señor, la multitud se va congregando alrededor de tres hombres: ¿Quiénes son esos tres hombres? Ya os lo imagináis, son

Pedro, Juan y el cojo, que ahora está curado. El pueblo ha descubierto la maravilla que se ha obrado y se ha llenado de asombro y espanto. "¿Qué ha ocurrido?" Se preguntan todos. Se miran unos a otros y luego miran fijamente a Pedro y Juan con ojos llenos de respeto y asombro. Pedro ve ésto y les dice: "Varones, no penséis que hemos hecho nada por nuestro propio poder, ni mucho menos; somos hombres normales, no podemos hacerlo. Este hombre no ha sido curado por nosotros, sino por el Nombre del Señor Jesús." Quizás estas palabras produjeron un gesto de incredulidad en el rostro de los judíos. ¡El Señor Jesús! ¡Imposible! No puede ser así, El ha muerto, fue crucificado.

"No." Dice Pedro apasionadamente, "Jesús no está muerto, sino que vive. Dios le resucitó de la muerte y nosotros somos testigos de ello, le hemos visto. El mismo Jesús que entregásteis al Procurador romano, Poncio Pilato; al que negásteis cuando elegísteis al ladrón Barrabás, dejando crucificar a Jesús, éste mismo Jesús ha sanado a este hombre de su dolencia incurable."

Estas palabras producen una impresión tremenda. Nuevamente los judíos son amonestados sobre los acontecimientos acaecidos hace algunas semanas. De nuevo se les dice que tienen un homicidio en su cuenta. En algunos un gesto de miedo se asoma en sus caras, otros... inclinan sus cabezas... Sin embargo Pedro nuevamente, les indica la posibilidad de perdón. Es verdad que han pecado gravemente, pero la situación no es desesperada para ellos, puesto que aún viven; la puerta de la gracia no está cerrada. "Arrepentios y convertios", les dice Pedro en alta voz, "para que sean borrados vuestros pecados; confesad vuestra culpa delante de Dios y suplicadle el perdón, todavía no es tarde." De esta manera se dirige el apóstol a la gran multitud. El Señor, de nuevo, bendice esta predicación y muchos reconocen su culpa delante de Dios y creen en el Señor Jesús, reconociéndolo como su Fiador y Salvador. El número de los que se convierten a Dios ascendió a cinco mil. En el día del Pentecostés ya habían sido añadidos tres mil y ahora, éste número asciende a cinco mil. ¡Qué bendición tan abundante!

Casi sin respirar la multitud está escuchando el ardiente

discurso de Pedro, pero muy pronto, el respetuoso silencio es turbado por varios Ancianos y Saduceos que atravesando entre la multitud se colocan en primer plano. Se han enterado de lo ocurrido y el miedo y el odio se ha apoderado de sus corazones. El miedo, porque sus conciencias los acusan; el odio, contra estos hombres que tan audazmente se atreven a hablar del odiado Nazareno. Deciden de una vez terminar con esto, y con miradas llenas de ira hacia Pedro y Juan los cogen y se los llevan. La multitud se retira y se marcha a sus casas hablando ávidamente de lo que ha ocurrido; mientras tanto, los dos apóstoles son encarcelados. Es la recompensa del bien que han hecho. Es espantoso, ¿verdad? Es la malvada ingratitud.

Los han metido en la cárcel sin más razones; han cerrado la puerta y allí están los dos hombres sin ningún ruido que perturbe el denso silencio.



Hechos 4: 5-31

“Ahora tenéis que decirnos cómo habéis curado a ese cojo. con qué poder o en qué nombre lo habéis hecho”, preguntan los miembros del Sanedrín, fijando sus miradas, llenas de odio y amenazas, en Pedro y Juan. También el cojo, recién sanado, está presente, ¿Lo pusieron, también en la cárcel? NO lo sabemos.

Esto está ocurriendo al día siguiente de la curación. Con toda rapidez han convocado al Sanedrín para que investigue este extraño suceso. Cuando estuvo completo el Consejo, enviaron a buscar a los presos, y ahora los apóstoles están de pie delante de ellos, para responder a sus preguntas. Se produce un silencio amenazador..

¿Tiemblan Pedro y Juan cuando sobre ellos caen, desde todas partes, miradas amenazantes? ¿Temblar? Ni mucho menos. Los ojos de Pedro comienzan a brillar y audazmente responde: “¡Hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo!” Si hubieran cometido un crimen, un mal, no

sería extraño que les interrogasen, pero han hecho un beneficio y por ello son interrogados judicialmente. Hay como una denuncia en las mismas palabras. "Muy bien", continúa Pedro, "¿queréis saber con qué potestad, o en qué nombre hemos hecho esto? Puedo decíroslo muy pronto; este milagro ha ocurrido en el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificásteis, pero a quien Dios ha resucitado de los muertos. Pensáis que Él está muerto, pero os equivocáis. Él vive. En el nombre del Cristo viviente, este hombre está en vuestra presencia sano. (Cuando Pedro pronuncia estas palabras señala al cojo sanado) Si queréis ser salvos, ¡oh gobernantes del pueblo judío! tenéis que creer en Jesús, el Nazareno. Fuera del Señor Jesús no hay ninguna posibilidad de ser salvos. También vosotros, miembros del Sanedrín, necesitáis reconocerle como vuestro Fiador y Salvador, de otra manera, os perderéis para siempre."

¡Qué valentía hay en Pedro! ¡Cómo responde a esos poderosos gobernantes! ¿Cómo se atreve a hacerlo? Porque el Espíritu Santo llena su alma y por esta razón dice la verdad al Sanedrín sin ningún temor. Tras estas palabras, se hace un prolongado silencio. Los miembros del Sanedrín no saben cómo responder a estas palabras. Sí, se asombran de la audacia de estos hombres y no pueden frustrarles lo que han dicho, ¿qué van a decir? Ha ocurrido una maravilla y nadie puede negarlo, todo Jerusalén lo conoce y habla de ello.

Ordenan a los apóstoles y al cojo que ha sido sanado, que salgan de la sala un momento e inmediatamente ellos obedecen. Cuando quedan solos, los gobernantes se preguntan, ¿qué hacemos con estos hombres? Se encuentran ante un asunto difícil porque el milagro es un hecho. Por fin deciden una cosa. Se les prohibirá severamente que hablen de Jesús, el Nazareno. No se les permitirá que mencionen más ese nombre. Este nombre tiene, por fuerza, que ser olvidado. Está decidido. Los harán callar por la fuerza.

Nuevamente llaman a Pedro y Juan y les ordenan que en adelante, no hablen más de "este Jesús". No les permitirán que sigan predicando. Pero Pedro y Juan responden: "No callare-

mos, no nos podéis hacer callar sobre lo que hemos visto y oído, sobre lo que hemos experimentado. Somos sus testigos y tenemos que obedecer a Dios antes que a vosotros."

Allí están sentados estos "piadosos" y distinguidos Fariseos y Saduceos. Un odio feroz invade sus corazones; si tuvieran valor harían callar para siempre a estos hombres, se cuidarían muy bien de que no pudiesen volver a decir ni una palabra, los asesinarían. Pero no se atreven a hacer esto por temor al pueblo. Por fin sueltan a los apóstoles, no sin antes lanzarles espantosas amenazas, pero no tienen más remedio que soltarlos, porque no existe ninguna acusación contra ellos. Sin embargo, su odio y su ira aumentan y con puños apretados y labios comprimidos los miran al salir.

¿Tienen miedo los dos apóstoles? No, se marchan y cuentan a los demás lo ocurrido y todos loan y alaban a Dios. Unánimes elevan sus corazones a Dios y le piden fuerza y vigor para la lucha que se aproxima. "¡Oh Dios!" oran: "mira sus amenazas y concéde a tus siervos valor." Necesitan mucho la ayuda del Señor. Esta oración sincera es atendida por Dios y el lugar donde están congregados, tembló. Si fue un terremoto; un recio vendaval, no lo sabemos, pero Dios les muestra que ha oído su oración y que ha escuchado a sus siervos y, de nuevo, fueron llenos del Espíritu Santo. Pese a las amenazas del Sanedrín, ellos siguen predicando diariamente a Jesucristo, el Nazareno, el Hijo de Dios.

¿Seríais capaces de hacer también esto vosotros? Hay muchos que abandonan el servicio del Señor por causa de las burlas de sus amigos y amigas. Muchos se avergüenzan de hablar del Señor Jesús, y cuando la gente se burla de Dios y de su servicio, se callan... ¿Por qué? Muchos tienen miedo a que se rían de ellos, tienen miedo de la burla y se callan o, incluso, participan en las burlas, lo cual es aún peor. ¿No creéis que esto es muy grave? ¿Sabéis lo que ha dicho el Señor Jesús? "Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre". Pensad seriamente esto y pedid al Señor que El os haga fieles siempre.

Capítulo 98

UNA MENTIRA Y SUS CONSECUENCIAS

Hechos 4: 32-37

En la congregación recientemente fundada en Jerusalén, reinaba el amor, la paz y la concordia. Desearíamos que también hoy día siempre fuera así. Con gran poder los apóstoles predicaban la resurrección del Señor Jesús. Antes de la pasión del Maestro siempre se entristecieron cuando el Señor les hablaba de su pasión y muerte. No comprendían por qué tenía que suceder de esta forma. Ahora, sin embargo, comprenden con toda claridad por qué tenían que suceder todas estas cosas. Por medio de su pasión y muerte El ha ganado la salvación para toda la iglesia; si antes no comprendían la necesidad de su muerte ignominiosa, ahora lo comprenden muy bien; lo han experimentado y lo comprenden y han conocido al Cristo resucitado. Más tarde han recibido al Espíritu Santo y les es imposible callar acerca de todo esto.

Diariamente predicaban con todo denuedo en el Templo y cada día el Señor añadía a la congregación los que se salvaban. Diariamente se convertían hombres y mujeres, ricos y pobres eran vivificados espiritualmente por la obra regeneradora e imprescindible del Espíritu Santo. No solamente eran ricos,

también los había pobres y estos pobres eran ayudados, lo mismo que ocurre actualmente en nuestras congregaciones, en las cuales están encargados los diáconos de su atención.

En estos primeros días de la Iglesia aún no había diáconos y, por tanto, eran los apóstoles quienes también se encargaban de esta obra. Pero... ¿De dónde sacaban el dinero que necesitaban? Entre nosotros se recogen ofrendas para los pobres, pero en la congregación de Jerusalén no había ofrendas. Sin embargo, los apóstoles disponían del dinero suficiente para atender las necesidades vitales de los pobres de la congregación. ¿De dónde les venía el dinero? En ésta primera congregación cristiana los ricos entregaban de su abundancia a los apóstoles y así éstos podían atender las necesidades de los pobres. Hacían esto por amor a los pobres del pueblo de Dios; en ninguna manera eran obligados a hacerlo, sino que lo daban voluntariamente. El amor divino llenaba los corazones de los miembros ricos de la congregación que, con alegría, renunciaban a parte de lo suyo para sus prójimos más pobres.

Uno de estos ricos, un tal Bernabé, vendió un campo y el importe obtenido lo llevó a los apóstoles para que ellos distribuyeran a los pobres. Esta acción llegó al conocimiento de la congregación y todos hablaban con amor y respeto de esta acción de Bernabé. Éste era levita y no pertenecía al país de Canaán, sino que había nacido en Chipre, una isla en el Mar Mediterráneo. Más adelante volveréis a oír más de Bernabé, retened su nombre.



Hechos 5: 1-6

En una casa de Jerusalén habita un matrimonio. ¿Sabéis sus nombres? Se llaman Ananías y Safira, probablemente no tienen hijos. Hablan muy animadamente y deliberan. ¿De qué se trata su conversación? Están hablando de la acción realizada por Bernabé. Por todas partes se comenta con respeto lo hecho por este piadoso levita.

Pero Ananías y Safira no lo comentan con respeto, sino con envidia, pues ellos también desean recibir este respeto y estar en las bocas de todos. Ananías pertenece a la clase rica, posee fincas y, quizás, otras posesiones. Escuchad, van a imitar a Bernabé. Venderán también un campo y llevarán lo obtenido de la venta a los apóstoles, así también ellos serán honrados y alabados. Como podéis ver, en el caso de Ananías y Safira no se trata del amor para el pobre del pueblo de Dios, sino del vil orgullo que les impulsa a este acto. De ello podemos deducir que externamente pertenecen a la congregación, pero realmente no son miembros del pueblo de Dios; no habían sido convertidos por el Señor.

Ananías sale de la casa. ¿A dónde va? Va a vender su campo. Poco después vuelve muy deprisa y entra en su casa, donde la esposa lo espera. Ha tenido éxito y lleva consigo una buena cantidad de dinero. A decir verdad, es demasiado como para regalarlo así como así. ¿Es realmente necesario ese dinero? ¿No pueden quedarse con un poco y dar lo demás? Son pensamientos que surgen en el corazón de ambos. Hablan entre sí de esto y entonces... Ananías toma parte de este dinero que ha recibido por la venta y lo guarda, lo guardan para sí. El resto lo mete de nuevo en la bolsa y Ananías se marcha para llevarlo a los apóstoles. Se apresura por las calles de Jerusalén, y su corazón late de alegría porque dentro de poco la gente también hablará de él. Su nombre, junto con el de su esposa, será mencionado con honor en lo sucesivo en la congregación. Entra en la casa donde están reunidos los apóstoles y otros miembros de la congregación y con orgullo pasa delante: "He vendido un campo y el producto de su venta lo entrego para los pobres. Aquí lo tenéis, podéis dar a cada uno lo que necesite", dice y, con presunción en su rostro, pone la bolsa que contiene el dinero a los pies de los apóstoles.

Espera que todos los presentes alabaran su acción; quizás ha mirado alrededor muy satisfecho de sí mismo, es un don muy apreciable. Los apóstoles se alegrarán de este don generoso y, naturalmente, agradecerán a Ananías su generoso rasgo,

¿verdad? Pues no ocurre así. Con mirada inquisitiva, Pedro fija sus ojos en Ananías por un momento y su cara está muy seria. "Ananías", dice el apóstol con toda seriedad; "¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo y sustrajeses del precio de la venta del campo?" ¿Cómo sabe Pedro esto? Nadie se lo ha podido decir, pues solamente Ananías y su esposa lo saben. Es fácil saberlo, ha sido el Señor quien se lo ha comunicado. Pero ¿no podía Ananías quedarse con una parte? Efectivamente, Ananías era libre de actuar como quisiera, pero su deber era decir la verdad. Ahora Ananías estaba mintiendo, no con sus palabras, sino con sus hechos. Hizo creer que había dado todo y esto no era verdad, pues en su casa se había reservado parte de la ganancia obtenida de la venta.

Ananías era demasiado avaro como para darlo todo, pero en cambio, sí deseaba recibir la honra como si efectivamente lo hubiera entregado todo. Estaba fingiendo. Si hubiera dicho: "He aquí una parte del producto..." hubiera sido diferente, habría sido correcto, pero lo que hizo era un engaño. Pedro se lo dice con toda sinceridad: "Nadie te ha pedido este dinero. No te hemos forzado a hacer ésto, pero era tu deber decir que era solamente una parte", dice el apóstol, y termina diciendo: "No has mentido a los hombres, sino a Dios" ¿Qué ocurre entonces? Mirad; Ananías cae repentinamente al suelo muerto. Es el castigo de su terrible engaño. Se hace un profundo silencio... con espanto todos miran lo que sucede. No puede quedar allí el cadáver de Ananías y unos jóvenes se levantan, lo preparan todo y poco después llevan el cadáver al sepulcro. Dios no puede ser burlado.

Hechos 5: 7-11

En su casa Safira espera el regreso de su marido; en sus pensamientos lo ha acompañado. ¿Cómo habrán abierto los ojos los apóstoles sorprendidos de alegría! ¡Claro que sí! Sin embargo, aún les queda a ellos una parte del dinero guardado

en el armario, pero los demás no sabrán nada de esto, antes pensarán que lo han entregado todo. No hay que ser tan escrupulosos porque, en definitiva, su donativo ¿no ha sido importante? Tal vez éstos pensamientos están surgiendo en la mente de Safira. De vez en cuando mira para ver si regresa Ananías. Pero no, aún no viene, no se le ve...



¿Vendisteis en tal precio la heredad?

Lentamente van pasando las horas y Safira llega a preocuparse, su marido ya tenía que haber regresado. ¿Dónde estará tan largo tiempo? ¿Le habrá ocurrido algo malo? No puede soportar por más tiempo la intranquilidad y decide salir a ver que ocurre. Sale de su casa y apresuradamente se dirige al lugar donde sabe que los apóstoles están reunidos. Entra y se da cuenta de que su marido no está allí, y probablemente pregunta si él ya ha salido hace mucho tiempo, pues leemos que Pedro le respondió. Sin embargo, no recibe respuesta a su pregunta angustiada. "Dime", le pregunta Pedro, "¿vendisteis en tanto el campo?" ¿Por qué pregunta esto si ya lo sabía? El Espíritu Santo se lo había revelado.

¡Claro que lo sabe! Pero no sabe si Ananías ha actuado sólo, sin el concurso de su esposa, o si ambos son cómplices del engaño; quiere saberlo y por está razón hace esta pregunta personal. Aún cuando Safira no contaba con esta pregunta, su respuesta es rápida y tajante: "Sí, en tanto". Entonces Pedro le responde con indignación: "Descubro que tú y tu marido os habéis confabulado para engañarnos. ¿Por qué has tentado al Espíritu de Dios? Eres tan culpable como tu marido y, por tanto sufrirás el mismo castigo que él. Oigo que los jóvenes que han sepultado a tu marido, regresan; oigo sus pasos a la puerta. Pues bien, porque mentiste, también te sacarán a ti. O lo que es lo mismo, también van a sepultarte." Cuando Safira oyó esto, también cayó al suelo muerta. Los jóvenes que entran ven con consternación que aún no ha finalizado su trabajo; han de sepultar a Safira: La recogen y se la llevan y la ponen en el mismo sepulcro en que antes pusieron a Ananías y, terminado su trabajo, vuelven a los apóstoles muy impresionados.

Muy pronto es notorio en todo Jerusalén lo que ha ocurrido y gran temor viene sobre toda la iglesia y, también sobre los judíos. Habían esperado Ananías y Safira que se hablara en todo Jerusalén de ellos y así está ocurriendo, pero de una manera muy distinta a como ellos habían pensado. Son puestos como ejemplo de escarnio a todos los que oyen esto para que no vayan a los apóstoles con mentira y engaño. En esta ocasión, Dios manifestó con gran poder, que Él es el Vindicador del pecado.

Esta triste historia contiene una lección para nosotros. Es realmente terrible que exista tanta mentira y engaño entre nosotros; que reine muchas veces, la hipocresía y la doblez. Acaso ¿pensáis que Dios habrá cambiado? Dios no cambia nunca, es el mismo siempre. Si entonces se enojó por la hipocresía de Ananías y Safira, hoy también se enoja. Dios detesta la mentira, y con toda seguridad castigará a los mentirosos. Sed siempre sinceros, decid siempre la verdad, pues el Omnisciente, en el Cielo, lo oye y lo ve todo. Deseo que vosotros, por gracia, aprendáis a ser sinceros delante de Dios, delante de vosotros mismos y delante de vuestro prójimo. Dios no dejará sin castigo a quienes mienten.

Capítulo 99

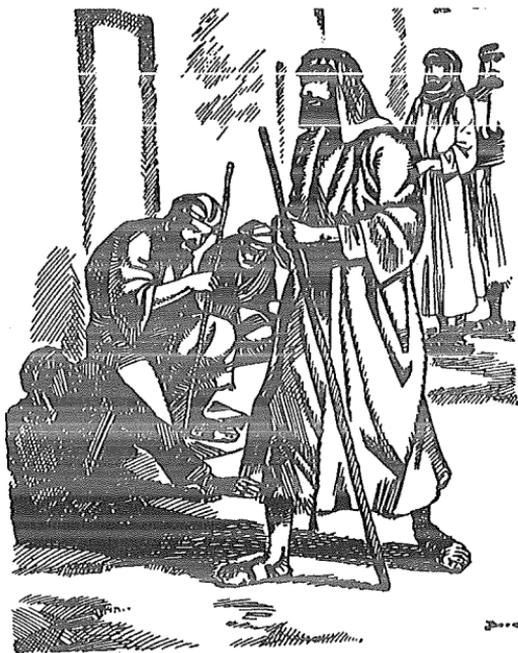
LOS DISCÍPULOS SON AFRENTADOS Y DETESTADOS POR CAUSA DEL NOMBRE DE CRISTO

Hechos 5: 12-16

En las orillas de algunas calles de Jerusalén hay tendidos muchos enfermos, viejos y jóvenes; han sido puestos allí por sus familiares o conocidos. Aquí hay un paralítico, allá un cojo, más allá otro que padece una enfermedad grave, otros atacados por altas fiebres. Continuamente están llegando enfermos hasta tal punto, que se forman grandes hileras. De vez en cuando estos enfermos echan un vistazo a toda la calle y parece que están esperando a alguien. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué han traído a tantos enfermos? Poned atención; por la calle se acerca un hombre cuando el sol oriental brilla con toda intensidad. Tranquilamente este hombre camina por la calle, pasando junto a los muchos enfermos, que han sido colocados en largas filas; la sombra del caminante se extiende sobre las muchas camas y así que la sombra pasa sobre alguno, el enfermo se levanta curado por completo. El paralítico se levanta brincando, enrolla su colchón y, con alegría, se marcha; el cojo vuelve a su casa completamente sanado.

Cuando la sombra recae sobre un enfermo, la fiebre desaparece, y éste vuelve a casa curado. ¡Qué maravilla! Pero... ¿Cómo ocurre esto? ¿Quién es el caminante? Este sencillo caminante es Pedro, que marcha al Templo o se dirige hacia una casa.

En esos días cosas maravillosas ocurren en Jerusalén, porque no sólo Pedro, sino también los otros apóstoles hacen muchas señales y prodigios. Muchos enfermos, ciegos, mudos, cojos y, hasta endemoniados y leprosos son sanados por los apóstoles en el nombre de Jesús, el Nazareno. Es verdad que el pueblo judío estaba casi acostumbrado a esto, cuando era hecho por el Señor Jesús, pero ahora, los discípulos de este Nazareno hacen exactamente lo mismo. Tal poder salía de los apóstoles que, cuando Pedro caminaba por la calle y su sombra llegaba al enfermo, éste se levantaba tras él sanado.



La sombra de Pedro sana a los enfermos.

El rumor de estas curaciones maravillosas muy pronto se supo en todos los alrededores de tal forma, que no solo los enfermos de Jerusalén son llevados a los apóstoles, sino también los de otras ciudades son llevados a Jerusalén, para buscar allí la curación de sus dolencias, y todos sin discriminación son curados. Es esta la razón por la que los enfermos eran colocados en fila a los lados de la calle, esperaban ser cubiertos por la sombra de Pedro. No era por tanto de extrañar que todo Jerusalén hablara de ello. Por todas partes se hablaba con respeto y veneración de los apóstoles, tal como podemos leer en la Biblia: El pueblo los alababa grandemente.

Diariamente los apóstoles predicaban al Cristo resucitado, amonestaban al pueblo que no siga obstinado rechazando a este Jesús, hablan a las gentes de las riquezas de la gracia en Cristo. Su predicación no era en balde, pues el Señor santifica estas predicaciones en los corazones de muchos. Podéis leer lo que nos dice la Palabra de Dios: "Y los que creían en el Señor aumentaban más". El Espíritu Santo obraba con todo poder en los corazones de los pecadores, muertos espiritualmente. No, los apóstoles no podían dar la salvación a nadie, la conversión es obra de Dios. Ellos predicaban al pueblo judío al Cristo crucificado, y el Espíritu Santo usaba esta predicación para la conversión de muchas personas.

¡Qué tiempo de bendiciones era éste! Nadie se atrevía a juntarse a la Iglesia para buscar su gloria o su fama propias, porque lo que había ocurrido a Ananías y Safira había sido un ejemplo de amonestación a todos los hipócritas. Todos aquellos que verdaderamente reconocían al Señor Jesús como su Fiador y Salvador fueron bautizados, pero los demás no se atreven a unirse a la Iglesia del Señor. Repasad esta historia en Hechos 5: 12-16

Hechos 5: 17-23

Los miembros del Sanedrín siguen los acontecimientos con mucha atención, pues éstos los asustan; no van bien las cosas. En

lugar de que el nombre de Jesús el Nazareno caiga en el olvido, toda Jerusalén está "tocada" por este nombre, ésta en los labios de todos y no se habla de otra cosa. Los Saduceos, sobre todo, están llenos de enojo y ferocidad, pero... ¿Por qué, exactamente ellos? La doctrina de los Saduceos enseñaba que no hay resurrección y, precisamente, los discípulos del odiado Nazareno están predicando la resurrección de este Jesús. Si ésto es cierto, ellos están equivocados, están en un completo error. Sin embargo, quieren tener razón y es ésta la causa por la que están llenos de ira.

El sumo sacerdote, que es Saduceo, se levanta para indicar a los miembros del Sanedrín el peligro que les amenaza. Si las cosas siguen así, pronto todos creerán en Jesús. Los ancianos judíos deciden terminar con ello y ordenan arrestar a los apóstoles y ponerlos en la cárcel. Parece que ésta operación la hicieron caída la tarde, ya que el Sanedrín acuerda convocar una asamblea para el día siguiente para tratar todos unidos acerca de este tema. Para mayor seguridad ordenan colocar guardias ante las puertas de la cárcel; de esta forma será imposible que los apóstoles intenten la huida.

A la mañana siguiente el Sanedrín se reúne, y cuando todos están presentes, el sumo sacerdote ordena a los siervos que sean traídos los presos para ser interrogados. Los siervos acuden a la cárcel, allí está la guardia que ha permanecido vigilante toda la noche. No ha ocurrido nada anormal, al menos ellos no han observado ningún movimiento, por tanto ¡Abrid las puertas!, ordena el jefe. Se corren los cerrojos, se abre la puerta y... la cárcel está vacía, los presos han desaparecido sin dejar rastro. Los rostros de los guardias se llenan de confusión y, junto con los siervos, se quedan atónitos mirando el interior vacío. ¿Cómo ha sido esto posible? Los guardianes ni se han dormido, ni han visto nada durante la noche.

Es algo misterioso.

Vuelven al Sanedrín con las manos vacías. "Hemos ido a la cárcel, (informan), y hemos hallado la puerta cerrada con toda seguridad y los guardias vigilando ante las puertas, más

cuando hemos abierto a nadie hemos hallado dentro". Podéis imaginaros las caras llenas de incredulidad y asombro. Cuando los siervos se afirman en que están diciendo la verdad, los principales de los judíos no saben en qué va a terminar todo esto; una vez más es algo maravilloso, inexplicable. ¿Qué ha sucedido con los presos? ¿Dónde están ahora? ¿Cómo han podido escapar de la cárcel? ¿Por qué los guardias no han visto ni oído nada? Todas estas preguntas se amontonan en sus mentes, pero son incapaces de encontrar una respuesta. ¿La sabéis vosotros?

Hechos 5: 24-42

Inesperadamente un hombre entra en la sala, donde está reunido el Sanedrín y les da la noticia de que los apóstoles están libres en el templo y están predicando. Los ancianos se miran unos a otros con sorpresa. Involuntariamente ha surgido en la mente de todos una pregunta: ¿Cómo han escapado los apóstoles de la cárcel?. Quizás vosotros mismos os preguntáis esto; la respuesta podéis leerla en la Biblia.

Un ángel del Señor había abierto las puertas de la cárcel durante la noche y este mensajero celestial había acompañado hasta la salida a los presos. Pero... fuera estaban vigilando los guardias; acaso ¿no vieron nada? No, probablemente fueron heridos de ceguera temporal, sus ojos fueron velados y, por tanto, no pudieron ver nada de lo que sucedió, de tal modo que los apóstoles fueron puestos en libertad sin que ellos se apercibieran de nada. Una vez libres, el ángel les mandó: "Id, y puestos de pie en el Templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta Vida" No les dice que se escondan, sino que tienen que seguir predicando, tienen que predicar "las palabras de esta Vida", es decir, predicar a todos la posibilidad de ser salvados por Cristo. Los apóstoles, como si nada hubiera ocurrido, por la mañana marchan al Templo y, cuando el Sanedrín piensa

que aún están en la cárcel, anuncian el Evangelio a una numerosa multitud.

Podéis estar seguros de que los principales de los judíos cuando supieron que los apóstoles estaban predicando en el Templo, se maravillaron. Inmediatamente, el jefe y la guardia son enviados al Templo, la casa del Señor, para que cojan de nuevo a los apóstoles. Obedecen, pero no se atreven los guardias a traer a los apóstoles por la fuerza, pues el pueblo manifiesta una actitud amenazante. Si hubieran usado la violencia, quizás habrían sido apedreados por el pueblo. Los apóstoles van con ellos de propia voluntad, al menos, no se resisten y, momentos después, están ante el Consejo judío.

Con voz desabrida y descontenta, dice el sumo sacerdote: "¿No os ordenamos tajantemente que no enseñáseis en ese nombre? Sin embargo, habéis hecho lo contrario, habéis llenado Jerusalén con esta doctrina, queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre." Poned atención. Dicen: "Ese hombre". Con toda intención el sumo sacerdote no quiere usar el nombre "Jesús". "Ese hombre". ¿Cuánto menosprecio hay en sus palabras! Menosprecio, pero también, miedo.

Es verdad que gritaron: "Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos", pero ahora temen que venga sobre ellos la venganza de esta sangre inocente que fue derramada. Este pensamiento los aterra, los inquieta. ¿Cuál es la respuesta de los apóstoles? Escuchadla: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien matasteis colgándole en un madero. Pero Dios le ha exaltado por Príncipe y Salvador. No se ha quedado muerto, sino que ha resucitado, vive. Nosotros somos testigos de estas cosas, le hemos visto a Él, hemos hablado con Él y predicamos a este Jesús al pueblo, pues por Él es posible la conversión y el perdón de los pecados. Sí, todos los que por la obra del Espíritu Santo le abrazan por fe, reciben perdón de sus pecados en y por su Sangre." No temen nada los apóstoles; perciben el odio y la ira, pero esto no los desanima, al contrario, audazmente confiesan su fe. El Espíritu Santo llena sus corazones.

Cuando los miembros del Sanedrín oyen estas palabras se produce un salvaje tumulto: quizás algunos de ellos en su ira ciega, gritan: "Matadlos". Con ira cierran sus puños, pero en el interior de sus corazones hay un temor que los remuerde. En la Biblia leemos que se enfurecieron. Piensan que matando a los apóstoles los harán callar para siempre.

Entonces uno de los fariseos se levanta, quiere decir algo y, quizás levantándose, sea la única forma de llamar la atención, ya que posiblemente, no había forma de entenderse. Al ver de pie a este hombre, por quien sienten un profundo respeto, se hace un profundo silencio.

Se llama Gamaliel y es doctor de la ley. "Sacad fuera un momento a estos hombres", manda al jefe de la guardia, señalando con la mano a los apóstoles. Cuando los apóstoles están fuera dice: "Varones, oídme un momento; no tenemos que precipitarnos. Si Jesús el Nazareno es verdaderamente un impostor, todo fracasará sin ninguna duda. Ha habido otros sediciosos que al principio tenían bastantes seguidores, pero al fin, todo fue un fracaso, no quedó nada de lo que decían. Os aconsejo, pues, que os apartéis de estos hombres y los dejéis. Tened presente que si ésta obra es de los hombres se desvanecerá, pero si es de Dios, no la podremos destruir. Dejad, pues, a estos hombres y esperemos a ver cómo termina todo esto; seamos prudentes y esperemos." Después de estas prudentes palabras hay un silencio por unos momentos y posteriormente se decide seguir con el consejo de Gamaliel.

Nuevamente son traídos los apóstoles a la sala. Sin embargo, los coléricos Saduceos no pueden resistirse a soltarlos sin antes cebar su ira en ellos, y ordenan que sean azotados. Los golpes de los azotes caen estridentemente en los cuerpos desnudos de los apóstoles. Después de haberlos azotado, ordenan de nuevo a los apóstoles que no prediquen más en el nombre de Jesús el Nazareno, y así los ponen en libertad. Son libres. Quejándose y lamentándose por el dolor, los apóstoles salen de la sala... No, no está escrito así, leedlo. No se lamentan, al contrario, se alegran; ¿alegrarse? ¿No sienten el dolor de los azotes? Claro que sí, el dolor recorre sus cuerpos, pero están alegres. Les parece un gran honor el

padecer afrenta por causa del nombre de su querido Maestro.

Es de suponer que en lo sucesivo los discípulos se comportarían con más cautela y prudencia. ¿Verdad? ¿De verdad lo pensáis? Pues os equivocaríais por completo. En la Biblia leemos: "No cesaban de enseñar en el Templo y por las casas y de predicar a Jesucristo". ¿Estaríais dispuestos a sufrir tanto como los apóstoles por el nombre y servicio de Jesucristo? En muchos casos, no. Muchos ni siquiera están dispuestos a soportar una palabra de burla, ¿no es verdad? Pues bien, sed sinceros. ¿Os atrevéis a decir con toda franqueza y valentía lo que creéis, cuando se burlan de vosotros y os ridiculizan? Creo que no es así en la mayoría de los casos y, peor aún, muchos se unen a los burladores para huir de esta forma del escarnio y la burla de sus compañeros. Que el Señor os haga fieles de modo que nunca neguéis vuestra profesión de fe.

Capítulo 100

== EL MARTIRIO DE ESTEBAN ==

Hechos 6: 1-7

De tejas para abajo nada es perfecto, y este dicho también se hizo realidad en la Iglesia de Jerusalén. Se produce el descontento entre los miembros de la comunidad. ¿Por qué? Todo iba muy bien, se hacían grandes señales y maravillas por los apóstoles, diariamente el Señor convertía a hombres, y los ricos daban sus bienes a los apóstoles para que se pudiera atender a los pobres. Todo marchaba perfectamente, muy bien, no existían motivos para el descontento. Todo ésto es verdad, pero pese a ello, el descontento se produce. ¿Por qué, si no existía motivo para ello? Trataré de aclararos la causa de este descontento.

Los apóstoles tenían que predicar y anunciar el Evangelio, éste era el mandato primordial de su querido Maestro, antes de subir al Cielo: "Id, predicad el Evangelio". Fielmente lo hacen, diariamente enseñan en el Templo, diariamente son añadidos a la Iglesia los que se salvan, Pero los apóstoles también tenían que visitar a los enfermos, guiar y gobernar las iglesias cristianas, muy numerosas en aquellos días. Además tenían que cuidar a los pobres y distribuir entre ellos el dinero que recibían para tal fin. Como podréis comprender los apóstoles estaban muy ocupados, realmente, estaban demasiado ocupados. No podían atender, tal como se requería, esa enorme obra.

La Iglesia de Jerusalén se componía de judíos “nacionales” y de judíos “extranjeros”. En la Biblia leemos que los griegos murmuraron contra los hebreos. Con “griegos” se quiere decir los judíos extranjeros, y con “hebreos”, los judíos nacionales. Los judíos extranjeros son aquellos que vivían en el extranjero, los judíos de la dispersión. Estos habían venido a Jerusalén para celebrar la fiesta de Pentecostés y durante esta fiesta habían sido convertidos a Dios y, a partir de ahí, no habían abandonado Jerusalén, sino que permanecían en la ciudad.

Los judíos “nacionales” eran aquellos que vivían en el mismo país de Canaán, en Jerusalén u otras ciudades de su país. Pensaban los judíos “extranjeros” que sus viudas no eran cuidadas igual que las de los judíos “nacionales”; decían que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria. ¿Era ésto verdad? Es posible, ya que los apóstoles estaban tan ocupados que difícilmente podían atender todo su trabajo y, por consiguiente, es muy posible que alguien, siempre involuntariamente, no fuera bien atendido. Cuando esta murmuración llegó a oídos de los apóstoles, éstos decidieron acabar con ella y para ello, convocaron a todos los miembros de la iglesia. Hoy diríamos que celebraron una asamblea de iglesia. En esta asamblea, los apóstoles dijeron con toda franqueza que ellos estaban demasiado ocupados y les faltaban manos para atender toda la obra. Dicen: Cuando queremos cuidar con toda solicitud a los pobres, nos falta tiempo para predicar y ésto no puede ser.

Los miembros de la iglesia escuchan con sumo interés y comprenden perfectamente que un hombre no puede hacer tantas cosas a la vez; sin embargo, la obra hay que realizarla, pero ¿cómo? Los apóstoles someten su opinión a la congregación: “¿Sabéis que tenemos que hacer? Hay que elegir a siete hombres, hombres sabios, temerosos del Señor, los cuales se cuidarán de los pobres. De esta forma nos repartiremos el trabajo, nosotros continuamos con la predicación de la Palabra, y ellos cuidarán de los pobres, ¿estáis de acuerdo?” Ciertamente es un acierto; era necesario un cambio de la situación, era imposible continuar así. La congregación aceptó por unanimi-

dad la propuesta, incluso es posible que se alegraran con esta solución.

Posteriormente la congregación elige a siete hombres, que se encargarían del trabajo de cuidar a los pobres, en lugar de los apóstoles. Estos hombres son llamados "diáconos", nombre que se mantiene hasta el día de hoy en nuestras congregaciones. Después de la elección, los apóstoles oran a Dios para que se sirva bendecir esta decisión. A partir de ahora todo marcha mucho mejor, los apóstoles predicán y los diáconos se cuidan de los pobres. En Hechos 6:5 podéis leer los nombres de estos siete diáconos.

¿Habéis comprendido esta historia? La bendición del Señor sobre ésta decisión es visible, porque leemos en la Palabra de Dios: "Y crecía la palabra del Señor y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén". Mucha gente se convirtió en esos días, ¿verdad? En los días de los apóstoles ocurría diariamente, incluso, muchos de los sacerdotes obedecían la fe, lo que quiere decir que muchos, una multitud de sacerdotes, conocieron al Señor Jesús por la fe.



Hechos 6: 8-14

Voy a narraros en este capítulo algo acerca de uno de estos diáconos recientemente elegidos; se llamaba Esteban y leemos que él era un hombre lleno de gracia y del Espíritu Santo. Visitaba a los pobres, llevándoles lo que necesitaban. Esteban siempre ejecutó su trabajo con amor y, cuando el trabajo se realiza con amor, siempre va bien. No les llevaba solamente unas monedas frías y se despedía, no, su corazón ardía de amor. Durante estas visitas consolaba a las viudas, los pobres y, por dondequiera que iba hablaba a todos de las riquezas de la Gracia. En una ocasión entró en casa de una familia, donde la madre estaba enferma; después de orar Esteban el Señor sanó maravillosamente a la mujer, de manera que se levantó de la cama y cui-

daba de su familia. En otra ocasión, en el nombre del Señor Jesús, sanó al hijo de una viuda pobre. Por medio de Esteban eran sanados cojos, ciegos, paralíticos, mudos; muchos enfermos.

Hacía grandes señales y prodigios entre el pueblo y por ello, no es de extrañar que muy pronto en todo Jerusalén, se hablara de Esteban, su nombre era muy conocido y respetado. Esteban no sólo era diácono, sino también predicador. Pese a todo, Esteban también tenía sus enemigos en Jerusalén, sobre todo entre los judíos extranjeros, que vivían temporalmente en Jerusalén, los cuales no estaban de acuerdo con la doctrina predicada por Esteban, porque él predicaba abiertamente que ya no era necesario los sacrificios en el Templo.

En el Antiguo Testamento el mismo Dios había dado las leyes para los diversos sacrificios y estas leyes fueron comunicadas al pueblo mediante Moisés; pero todos estos sacrificios eran como una sombra que apuntaba al Mesías venidero, pero ahora, ha venido el Señor Jesús. Ha derramado su Sangre en el monte Gólgota y, por tanto, dice Esteban, "son superfluos los sacrificios diarios y todos los demás sacrificios". En todo esto Esteban tenía razón, estaba diciendo la verdad. Además, Esteban, amonestaba al pueblo acerca de los juicios venideros de Dios. Dijo: "Este templo será destruido por los romanos. Éste será el castigo de Dios por cuanto la nación judía ha rechazado al Mesías"; también en esto tenía razón, pues, ya el Señor Jesús lo había profetizado.

Cuando Esteban estaba predicando de esta forma, los judíos extranjeros se enfadaron, trataron de contradecir a Esteban y burlarse de su predicación, pero Esteban se defendió con tal ardor, que hizo enmudecer a sus enemigos. Cuando éstos no pudieron vencerlo, sus corazones se llenaron de odio, envidia y enojo. ¡Aborrecían a este diácono con un odio diabólico! No habían podido hacerlo callar, ya que Esteban era más sabio que ellos porque había sido enseñado por el Espíritu de Dios. Al ver que no pueden contradecirlo por las buenas, tratan de hacerlo de una manera falsa; instigan al pueblo y a los escribas contra Esteban. Un día, cuando Esteban predica en el Templo, lo atacan y lo arrastran fuera del templo, lo llevan ante el Sanedrín y

lo acusan falsamente. Dicen que habla palabras blasfemas contra el Templo y contra la ley de Moisés. En la sala donde está reunido el Sanedrín, se hace un profundo silencio, miran a Esteban con miradas llenas de indignación, pero ésta indignación es cambiada en asombro. Voy a explicarles por qué.

Hechos 6: 15

Hechos 7

Hechos 8: 1-2

El fiel diácono está delante del consejo de los judíos, es casi palpable para él el odio y la enemistad que le rodea; ve la ira diabólica que brilla en los pérfidos ojos de los que le rodean. No hay entre ellos ni un sólo amigo que lo ayude; esta sólo, sólo en medio de tantos enemigos encarnizados. ¿Está sólo realmente? No, Esteban mismo sabe que no está solo. Por un momento dirige la mirada hacia arriba; en el Cielo está su Rey, su Salvador. Una paz celestial desciende a su alma, más aún, su rostro comienza a brillar como si fuera el rostro de un ángel irradiando la gloria celestial.

Probablemente Esteban no se da cuenta de ello, pero los miembros del Sanedrín lo están viendo y, por ello, lo miran con asombro y sorpresa. Parece que esto los impresiona, porque el sumo sacerdote no le reprocha nada, por el contrario, casi con timidez, pregunta a Esteban: "Es ésto así" ¿Son ciertas las acusaciones que éstos presentan contra ti? Entonces Esteban pronuncia un discurso tan convincente, animador y ardoroso, que hasta sus propios enemigos tienen que escucharlo. No podemos tratar de exponer todo el discurso, pues entonces este capítulo sería demasiado extenso; trataré por tanto, de resumir los puntos principales.

Esteban les narra lo que sucedió en los siglos pasados, les recuerda los muchos beneficios de Dios, pero también, la ingratitude del pueblo judío, que siempre abandonaba a Dios. Dios

llamó a Abraham desde Ur de los Caldeos y lo llevó al país de Canaán; Dios prometió a Abraham que haría de él un gran pueblo en su descendencia, pero los hermanos de José, por envidia lo vendieron a Egipto. Y todo esto lo dirigió el Señor; José fue encarcelado, pero el Señor lo sacó y, como virrey de Egipto fue un instrumento en la mano de Dios para salvar la posteridad de Abraham de una muerte cierta por hambre. Cuando ese pueblo en Egipto era gravemente oprimido, Dios pensaba en su pacto y envió a Moisés para ser su salvador. Otra vez más, el pueblo manifestó su enemistad contra la dirección del Señor; sin embargo, Dios permaneció fiel y libró a este pueblo, culpable e ingrato, de la esclavitud del rey de Egipto, y en el desierto, Dios dió su ley a este pueblo. Dijo Dios: "Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás dioses ajenos delante de mí". Pero el pueblo dijo a Aarón: "Haznos un becerro de oro", es decir, haznos otro dios. De nuevo resistió el pueblo las leyes y ordenanzas del Señor.

De esta manera hablaba Esteban al Sanedrín reunido y termina su arenga con estas palabras: "Y vosotros hacéis lo mismo que hacían vuestros padres. Dios envió a su Hijo, pero vosotros habéis rechazado al Rey de Israel." Como una indignación santa se apodera de Esteban y dice: "Habéis entregado a la muerte al Señor Jesús. ¡Duros de cerviz que resistís siempre al Espíritu Santo! Lo mismo que hicieron vuestros padres habéis hecho vosotros".

Hasta este momento han escuchado a Esteban tranquila y atentamente, pero al escuchar estas palabras, el diablo entró en estos "piadosos" fariseos y saduceos. ¿Por qué? Porque Esteban toca sus conciencias, porque les acusa de que han matado al Cristo inocente, entregándole a Poncio Pilato. Pone sobre ellos toda la responsabilidad de la sangre inocente de Cristo que fue derramada. Esto no lo pueden soportar y se enfurecen en sus corazones. Se crispan sus puños, rechinan sus dientes, dirigen sus ojos hacia él, llenos de rabia. No parecen personas, parecen encarnaciones diabólicas, capaces de ejecutar cualquier crimen.

Esteban desvía su mirada de esta asamblea terrible. Dirige sus ojos hacia arriba y... se abre el cielo. Ve a Jesús, que está a la

diestra de su Padre y exclama con entusiasmo: "Veo los cielos abiertos y al Hijo de Hombre, al Señor Jesús, mi Salvador". Cuando pronuncia estas palabras parece que se ha desencadenado toda la furia del infierno, hay un ruido salvaje. Los principales judíos ya no quieren escuchar más, no se atreven a escuchar más porque sus conciencias les dicen que lo que Esteban habla es verdad. Se tapan los oídos tratando así de dominar el miedo. Este miedo se transforma en la ira loca y diabólica, en odio. Odio contra su acusador que toca sus conciencias. Los "piadosos" hipócritas lo atacan. En su ira bestial, lo arrastran fuera de la ciudad para apedrearlo.



"Señor, no les tomes en cuenta este pecado."

Rápidamente se despojan de sus ropas y las amontonan a los pies de un joven, un cierto Saulo, que cuida de ellas. Esteban sabe que su suerte está decidida, no puede esperar misericordia. Grandes y duras piedras arrojan con todas sus fuerzas, a la cabeza de Esteban. Se atreven a ello. "Señor

Jesús", invoca, "recibe mi espíritu", Esteban no hace el más mínimo reproche a sus verdugos, dice algunas palabras, pero ¿cuales? Por encima del ruido infernal y el salvaje alarido, suena su voz con toda claridad: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado..."

Sus últimas palabras son una oración para sus verdugos. Después de decir esto, Esteban duerme. Fijaos que os digo: duerme. Cuando los asesinos se vuelven a Jerusalén, con una sonrisa en los labios, el cuerpo destrozado de Esteban yace abandonado en el campo, fuera de la ciudad. ¿Será presa de las fieras? No. Dios se cuidará de esto. Poco después, algunos hombres se acercan con prudencia; cuidadosamente y con respeto alzan el cuerpo exámine de Esteban y lo llevan al sepulcro; quizás, algunos de estos piadosos hombres son sus amigos. Un dolor profundo llena sus almas y las lágrimas corren de sus ojos; cuidadosamente colocan su cuerpo en el sepulcro y lo cierran con una gran piedra; después se marchan con emoción, inclinadas sus cabezas. Leemos en la Biblia que hicieron un gran llanto sobre él.

Descansa en paz, Esteban, descansa en paz.

Cuando resuene el toque de la trompeta: "Salid, muertos y venid al juicio", también su cuerpo resucitará del polvo. Entonces glorificará a su Rey con alma y cuerpo. Pero, entonces, sus asesinos serán citados al majestuoso tribunal de Dios. Su Salvador le dirá: "Ven, hijo mío, hereda el Reino. He comprado un lugar para ti con mi Sangre". Por el contrario, la sentencia destructora para sus asesinos que continuaron en su estado inconverso será: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno". Apartaos, apartaos para siempre. Y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos.

¡Posibilidad terrible ésta!

Capítulo 101

LAS OBRAS DEL DIABLO SON DESECHAS

Hechos 8: 3-4

El Diablo es el gran enemigo de Dios y de su culto. Para el Diablo no hay gracia y él lo sabe, por eso está lleno de su odio desenfrenado. Siempre trata de deshacer las obras de Dios, trata de seducir al pueblo de Dios a pecar y, cuando no lo consigue, trata de exterminarlos. Su afán es borrar a la Iglesia de Dios de la tierra. Pero nunca tendrá éxito, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Dios. Ésta es la promesa que hay para la Iglesia, que está aquí en la tierra. Con frecuencia el Diablo, en su odio desenfrenado, está tan ofuscado en su ira que hace las cosas más estúpidas. Pero, con mucha frecuencia, su ira contra Dios y su Iglesia es, precisamente, un medio más para la extensión del Reino de Dios.

La prosperidad de la Iglesia cristiana en Jerusalén era un escándalo para Satanás. Por esta razón trata de arruinar a esta primera Iglesia: Satanás desencadena una persecución muy dura. Saulo, el joven que guardaba la ropa de los que apedreaban a Esteban, asolaba a la Iglesia, siendo instrumento del "Príncipe de las tinieblas". Como si de una fiera se tratara, Saulo va por las calles de Jerusalén, entra en las casas de los miembros de la Iglesia

y, sin misericordia alguna, arrastra a los hombres y mujeres, y los entrega al Sanedrín, que los encarcela. No es, pues, extraño que casi todos huyan. Solamente los apóstoles permanecen en Jerusalén, los demás se escapan. Toda la Iglesia está esparcida por los campos de Samaria y Judea. Parece que el Diabolo ha logrado su obra. La primera Iglesia cristiana está esparcida y ya todo está terminado. Así parece, pero la realidad no es esa, la obra de Dios no ha sido exterminada, al contrario, ahora en realidad comienza.

Esos cristianos huidos no podían callar acerca de la Gracia de Dios que habitaba en sus almas; donde quiera que estaban predicaban en el Nombre de Jesucristo el Nazareno, el perdón de los pecados. El Señor bendijo estas sencillas palabras de los cristianos y muchos habitantes de las ciudades y de las aldeas de Judea y Samaria se convirtieron a Dios, por la obra del Espíritu Santo que les dió nuevos corazones.

¿Sabéis que sucedió? Cuando hay un cubo de agua en una habitación, el agua está contenida solamente en el cubo, pero si arrojamus con fuerza una gran piedra al cubo, el agua salpica y toda la habitación se moja. Es un ejemplo muy simple, pero supongo que entendedís lo que quiero decir con ello. Antes de la persecución sólo había una Iglesia, que estaba en Jerusalén, fuera de la ciudad no existía ninguna otra Iglesia, ésta "salpicó" y, como consecuencia de la persecución, se originaron iglesias por todas partes, y, hasta en lugares muy lejanos, se predicaba el Nombre de Jesucristo. Antes de la persecución, sólo Jerusalén está lleno de este Nombre, pero iniciada la persecución, todo el país de Judea y Samaria se llenaron del Nombre. El Diabolo que intentaba la ruina de la Iglesia, sólo logró la extensión de la Iglesia. En lugar de conseguir algo, "la potestad infernal", perdió mil veces más.

— — — — —

Hechos 8: 3-25

Uno de los cristianos llegó a la ciudad de Samaria, se llamaba Felipe y era uno de los siete diáconos y, por tanto, co-diá-

cono de Esteban. Leed lo que dice de él la Palabra de Dios: "Les predicaba a Cristo". Por fin, el Evangelio, también es llevado a los samaritanos, que eran tan odiados y aborrecidos por los judíos. Esto no habría ocurrido si la persecución en Jerusalén no hubiera contribuido a que Felipe tuviera que huir. Su predicación en ese país no quedó sin frutos, los samaritanos escucharon las ardientes palabras de Felipe, que fueron acompañadas de señales y prodigios. Personas que tenían espíritus inmundos que los atormentaban, son librados de ellos; paralíticos y cojos que vienen a Felipe son restaurados en la salud y hay un gran gozo por toda la ciudad.

En esta misma ciudad donde Felipe predica, vive un tal Simón, el cual era mago y, por tanto, un instrumento de Satanás. Éste hombre hacía muchas artes mágicas, juegos de manos, etc. y, como consecuencia, tenía mucha influencia sobre las gentes de Samaria, Practicaba toda clase de ocultismo y se presentaba ante las gentes como si fuera algo grande, y los samaritanos creyeron a éste impostor, pensaban que él tenía un gran poder de Dios.

Pero cuando Felipe viene y predica al verdadero Mesías y acompaña su predicación con verdaderas maravillas, Simón pierde su influencia y los samaritanos, prendados por la predicación de Felipe, dejan de creer en Simón y se dan cuenta de la diferencia que existe entre las artes mágicas de Simón y las señales y prodigios que son realizados por Felipe en el Nombre de Jesús el Nazareno. El Señor obra por Su Espíritu en los corazones de muchos samaritanos; hombres y mujeres creen en el Señor Jesús y son bautizados. De ésta forma se constituye también en esta ciudad una floreciente iglesia cristiana. Hasta Simón se hace bautizar, y ese "gran mago" se añade a la Iglesia. ¿Se ha convertido a Dios y cree verdaderamente en el Señor Jesús como su Salvador?, no. Se ha convencido intelectualmente y reconoce que el contenido de la predicación de Felipe es verdad, pero sólo eso. Siempre está junto al piadoso diácono, admirando las señales y prodigios que realiza.

La noticia de que la predicación de Felipe en Samaria es muy bendecida, llega a Jerusalén y los apóstoles se enteran de que se ha fundado allí una iglesia y, entonces, envían allí a Pedro y a Juan, para que supervisen todo cuanto allí se desarrolla y organicen lo que sea necesario.

Los apóstoles emprenden el viaje y pronto llegan a Samaria viendo las grandes maravillas de Dios y gozándose de ello. Reunida la iglesia oran para que reciban el Espíritu Santo y, levantando las manos, bendicen a la multitud que está presente y en ese mismo momento, es derramado el Espíritu Santo sobre los samaritanos que creen, tal como sucedió en Jerusalén el día del Pentecostés. Es muy posible que no se haya escuchado ningún ruido, como de un fuerte viento, ni se hayan reparado lenguas, como de fuego, pero sí hablaban en otras lenguas las maravillas de Dios.

Simón, el mago, está presente y observa con sorpresa cuanto ocurre. Piensa que son realmente Pedro y Juan, quienes mediante la imposición de sus manos, derraman el Espíritu Santo. No sabe que el derramamiento del Espíritu Santo es un don de Dios y que los apóstoles son solamente un instrumento en las manos de Dios. La envidia invade su alma perversa... Sí él pudiera hacer también eso... Nerviosamente toma su bolsa y piensa... Trataré de sobornar a Pedro y a Juan. Se acerca a ellos y les ofrece dinero, mientras les dice: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos, reciba el Espíritu Santo.

Pedro le mira con indignación y severamente le dice: ¿Piensas que el don de Dios se obtiene con dinero? He sabido que eres un hipócrita y un impostor. Tu dinero perezca contigo. Arrepiéntete y ruega a Dios por si, quizás, te sea perdonado este tu pecado. Simón se asusta tremendamente cuando escucha estas amonestadoras palabras "Rogad vosotros por mí al Señor", pide tembloroso, "para que no sea castigado". ¿Qué ha sido de Simón? Algunos escritores, no bíblicos, dicen que Simón lo pasó muy mal y se convirtió en un acérrimo enemigo del verdadero pueblo de Dios hasta su muerte. Pero la Biblia no nos dice nada acerca de él.

Cuando Pedro y Juan lo dejan todo arreglado en Samaria, se vuelven a Jerusalén y durante su viaje de regreso, predicán la Palabra del Señor en varias aldeas de Samaria.

Este capítulo nos enseña la Omnipotencia de Dios. La ira del Diablo la ha usado Dios como un medio para extender su Iglesia. "El príncipe de las tinieblas" no ha tenido éxito.

Pero también, nos enseña ésto, que siempre hay hipócritas que entran furtivamente en la Iglesia de Dios. El Señor nos guarde de la hipocresía; no olvidemos nunca que podremos engañar a la gente, pero a Dios jamás podremos engañarle. La gente no puede ver más que nuestro "exterior", pero Dios ve y escudriña lo más profundo de nuestros corazones.

Capítulo 102

== ¿ENTIENDES LO QUE LEES? ==

Hechos 8: 26-27 a

La ciudad de Gaza era una de las cinco ciudades de los Filisteos; éstos vivieron en la parte suroeste del país de Canaán, en la llanura cercana al Mediterráneo. Antiguamente se trataba de una ciudad grande y muy poblada. ¿Recordáis que hace muchos siglos, Sansón, el juez fuerte, se llevó las puertas de Gaza a un alto monte? En esta misma ciudad, también Sansón, hizo derrumbar el templo de Dagón, haciendo morir a muchos filisteos distinguidos.

Esta misma ciudad de Gaza, en los días de Jesús, solamente era un montón de ruinas, ya que un siglo antes, poderosos enemigos, la asolaron y quemaron, y no fue reconstruida.

Desde Jerusalén a Gaza había un camino y, dado que Jerusalén estaba situada en los montes y Gaza en la llanura, el camino era descendente. Había sido un camino muy concurrido, pero desde la destrucción de Gaza, muy pocas gentes lo usaban ya y, por tanto, estaba siempre muy solitario y también muy abandonado. Era necesario que hiciera esta descripción, porque un día, por este camino solitario y abandonado, marcha un hombre, caminando tranquilamente en dirección a las ruinas de Gaza.

¿Por qué este hombre se dirige hacia las ruinas de Gaza, qué tiene que hacer allí? Ni él mismo lo sabe. ¿De quién se trata?, es Felipe, uno de los siete diáconos de Jerusalén. Pero ¿no estaba Felipe predicando en Samaria? Sí, allí lo dejamos en el capítulo anterior, pero ¿cómo se encuentra ahora aquí, en este desértico camino? Un ángel del Señor le anunció que tenía que salir de Samaria e ir al camino que va de Jerusalén a Gaza; nada más le dijo el mensajero celestial. Parece incomprensible esta orden ¿verdad? Precisamente cuando las cosas marchaban tan bien en Samaria, trabajaba en una iglesia próspera, era amado por todos, deseaba realizar allí un gran trabajo y, sin embargo... tiene que salir de Samaria y dirigirse a un camino desierto, donde no hay nadie... Pero, Felipe no replica, sino que incondicionalmente obedece la orden del Señor. No comienza a razonar, sino que va, y aquí lo tenemos andando por este solitario camino. Quizás, en su corazón ha surgido la oración: Señor, ¿por qué me envías a éste lugar?

Hechos 8: 27b-28

Muy lejos, al sur de Egipto, en la calurosa África, había un imperio grande y poderoso; en este imperio las gentes no eran blancas, sino de color (negros), que eran llamados "etíopes" y estaban gobernados por una reina. En Egipto a todos los reyes se les llamaba "Faraón". En Etiopía, varias reinas se llamaron "Candace". Esta soberana era rica y poderosa y tenía muchos cortesanos y siervos. Uno de estos cortesanos fue nombrado por Candace administrador de sus bienes y finanzas. Nosotros diríamos que era "Ministro de Hacienda". Un día este poderoso etíope sale de viaje y, naturalmente, no va solo. Estos poderosos personajes nunca viajaban solos ya que entonces el viajar era muy peligroso, porque los caminos eran malos y había muchos enemigos y salteadores. Por ello el etíope lleva consigo varios siervos, que conducen su carro y que le defenderán

contra los bandoleros, si es necesario. ¿Hacia dónde se dirige? Regresa de Jerusalén, la capital del reino judío.

Es necesario decirnos que en Etiopía, en este tiempo, vivían muchos judíos, los cuales hablaban de su país, de su Dios, de su maravillosa historia. Y este poderoso etíope también había escuchado la maravillosa historia del pueblo judío. Ha sabido que el Dios a quien los judíos sirven es muy poderoso, que este Dios ha sacado al pueblo judío de Egipto, que ha traído sobre los egipcios plagas, hasta hacerlos perecer en el Mar Rojo. Ha sabido como Dios ha mantenido a su pueblo en el desierto con pan celestial y los ha conducido hasta la tierra de Canaán. En resumen, ha conocido todas las maravillas y milagros que Dios ha realizado con Israel.

Como consecuencia, en su corazón se ha producido un gran respeto y veneración al Dios de Israel. Ha comprendido la diferencia que existe entre los dioses a los que se rinde culto en Etiopía, y el Dios de los judíos y, por consiguiente, él también desea servir al Dios de Israel. Ha viajado hacia la lejana Jerusalén, quizás con ocasión de alguna de las grandes fiestas, para adorar a este Dios en el Templo. Es un viaje muy largo y muy peligroso, pero los peligros no le desaniman, al contrario, desea conocer mejor a este Dios. No sabemos cuanto tiempo permaneció en Jerusalén, y qué hizo, pero es casi seguro que habrá oído algo acerca de Jesús el Nazareno, pues toda Jerusalén estaba llena de este Nombre. Todos hablaban de Él.

Ha asistido a los servicios del Templo, y al fin, regresa a su patria, a su reina, donde su trabajo le espera... Pero, puedo asegurarnos que no ha hallado paz para su alma. Frustrado en sus esperanzas, sale de Jerusalén para emprender el viaje de regreso a su lejana Etiopía. Sin embargo, en su corazón hay un sincero deseo de conocer a este Dios como su Dios. Cuando sale por las puertas de Jerusalén, ordena a sus siervos que tomen camino hacia Gaza. Como se trata de un camino solitario y desierto, podrá leer tranquilamente las profecías de Isaías, rollo que probablemente se compró en Jerusalén.

Lentamente avanza el carro, probablemente conducido por el esclavo y mientras tanto, él toma el rollo de Isaías que lleva consigo y comienza a leer. En aquellos tiempos la gente acostumbraba a leer en voz alta y este etíope también lo hace así. Tiene ante sí el capítulo 53 del libro de Isaías y en este capítulo lee de Alguien que es despreciado y desechado entre los hombres. Lee: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas" y un poco adelante: "El castigo de nuestra paz fue sobre Él". Muchas preguntas surgen en su corazón. ¿De quién habla el profeta? No lo comprende. ¿Qué quiere decir Isaías con estas palabras? No puede contestar.

De repente el etíope se espanta en sus pensamientos pues oye una voz desconocida. Cuando asombrado levanta sus ojos, ve a un hombre que marcha al lado del carro, quien le pregunta: ¿Entiendes lo que lees?

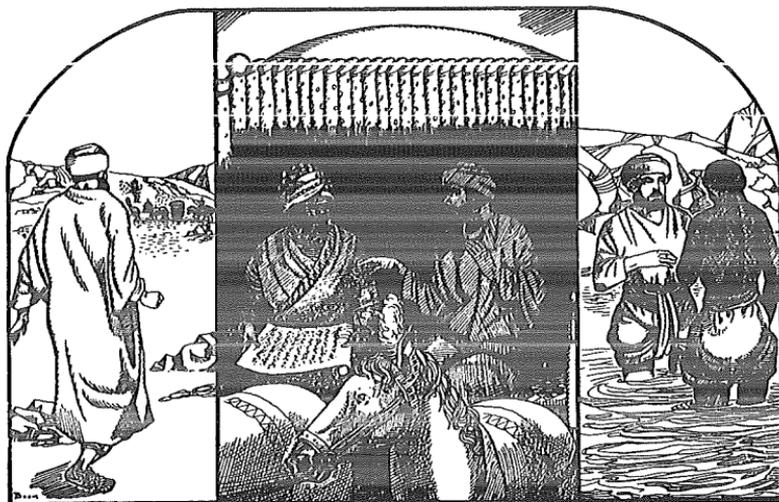
¿Quién es este solitario caminante, en este desierto camino?

Hechos 8:29-40

Como ya hemos visto al comienzo de este capítulo, Felipe, fue enviado por un ángel al camino que va de Jerusalén a Gaza. Lo hemos visto caminar por este solitario camino tranquilamente.

De repente ve a lo lejos que se aproxima una comitiva de viajeros. ¿Quiénes son? Felipe no lo sabe. Cuando el grupo se aproxima, Felipe se da cuenta de que se trata de un grupo de etíopes. Quizás se ha apartado un poco del camino para dejarlos pasar, pero entonces, el Espíritu Santo le dice en su corazón: "Acércate y júntate a ese carro". Inmediatamente Felipe obedece. Cuando se acerca al carro que va avanzando lentamente oye que el distinguido etíope lee: "Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia; más su generación, ¿quién la contará? Porque fue quitada de la tierra su vida."

Cuando Felipe oye esto, pregunta con interés. “¿Entiendes lo que lees?” Con toda sinceridad el etíope le responde: “No, no comprendo nada de esto. No tengo nadie que me lo explique”. Sin duda se había apercibido de que Felipe quería hablar acerca de su lectura y, por ello, le pide aunque no lo conoce, si quiere subir y sentarse en el carro con él. Felipe consiente y, mientras el carro se detiene un momento por orden del etíope, Felipe sube rápidamente al carro y se sienta junto al etíope. De nuevo el carro comienza a moverse y los dos hombres se enfrascan en una conversación seria. El etíope pregunta: ¿Acerca de quién escribe el profeta Isaías, habla de sí mismo o de algún otro? Entonces, Felipe comienza a explicar esta profecía y le habla acerca del Señor Jesús, el Hijo de Dios, que vino a la tierra para salvar a los pecadores.



Felipe y el funcionario etíope.

El Señor Jesús fue llevado como oveja a la muerte, el Señor Jesús no abrió su boca delante del Sanedrín, el Señor Jesús se

humilló hasta la muerte. El ha sacrificado su vida en la maldita cruz. Mientras habla Felipe acerca del Salvador sus ojos se iluminan; es imposible hablar acerca de todo esto de una forma fría e impassible ya que no es una lección que ha aprendido de memoria sino que es algo que ha experimentado realmente en su propia vida, algo de que el mismo Dios ha revelado a su corazón y a su alma acerca de este Salvador.

Casi conteniendo la respiración, el etíope escucha; ha oído mucho en Jerusalén acerca de este Jesús Nazareno; quizás le han dicho que era un impostor; quizás le han descrito como un engañador, no habrá oído nada positivo de Él, y hasta es posible que hayan hablado de Él con insulto y escarnio. Sin embargo, ahora Felipe le explica clara y comprensiblemente quien es realmente este Jesús y porqué ha ocurrido todo esto. El Espíritu Santo bendice las palabras de Felipe en el corazón de este etíope. Todas sus preguntas son respondidas y aclaradas y una paz celestial desciende al corazón del etíope. Lógicamente Felipe, también le anuncia que el Señor Jesús resucitó y subió al cielo y que está sentado a la Diestra del Padre y que vendrá en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Este despreciado Jesús es el Rey de reyes.

Felipe calla y se hace un profundo silencio; una alegría celestial hay en los ojos del etíope, húmedos por las lágrimas. Por la fe ve en Jesús al Salvador de los pecadores, y por esta fe, abraza a este mismo Jesús como su Salvador personal. Una paz indescriptible llena el alma de este poderoso etíope. De pronto el carro pasa junto a un charco de agua y el etíope lo ve y pregunta: "¿Qué impide que yo sea bautizado?" Felipe le responde: "Si crees de todo corazón, bien puedes". ¿Qué responde el etíope a todo esto? Escuchadlo. Desde lo más profundo de su alma salen sus palabras: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". Esta respuesta es una confesión de fe, porque no dice esto a la ligera, sino que lo cree con todo su corazón. Ambos descienden al agua y Felipe solemnemente bautiza al etíope y seguidamente suben del agua y, entonces... Cuando el etíope alza sus ojos, no ve a Felipe por ninguna parte. El Espíritu de

Dios lo arrebató y el funcionario de Candece no lo vio más.

Seguramente pensaréis que el etíope seguirá su viaje llorando de tristeza, ¿verdad? No, no está escrito así, leedlo. La Biblia dice: "y siguió gozoso su camino". Cuando el funcionario conoció al Señor Jesús como su Salvador y Fiador, no necesitaba más a Felipe. Dios le era suficiente. ¿Pensáis que se habrá callado cuando llegó a su patria? En tiempos posteriores hubo iglesias muy prósperas en este país, el etíope trabajó y predicó con mucha bendición entre los etíopes. Aunque es algo que no podemos aseverar.

Pero... ¿Dónde estaba Felipe? El Espíritu de Dios le arrebató. ¿Al cielo? No, se encuentra en los alrededores de la ciudad de Azoto. También Felipe estaba gozoso, ahora comprendía porqué había sido enviado a ese camino solitario y desolado, todo lo tenía ahora muy claro. Dios le quería emplear para anunciar al etíope el camino de salvación. Desde aquí, Felipe, viaja a Cesarea, anunciando el evangelio por las ciudades y aldeas.

Es una historia preciosa, ¿verdad? Ya sabéis lo que dijo el Señor Jesús: "Muchos primeros serán los últimos y muchos últimos serán los primeros" y así ha sucedido aquí. El Señor dejó a miles de judíos y convirtió a este negro. Este hombre de la lejana Etiopía, cantará eternamente de la gracia de Dios que le fue dada. ¿Y, vosotros, os perderéis eternamente con haber sabido el camino de salvación?. ¡Ojala que no sea así!

Este Etíope tenía hambre de la Palabra de Dios, y ¿vosotros?. Este etíope hizo un largo y peligroso viaje a Jerusalén, y vosotros ¿qué dejaréis por servir al Señor? ¿Qué desean vuestros corazones? ¿Cuál es la meta en vuestras vidas? Poned estas palabras en oración delante del Señor. Dice el Salmista: "He aquí Filistea y Tiro, con Etiopía, éste nació allí", es decir "Se convirtieron a Dios". Doblad vuestras rodillas delante de Dios y pedidle que también tengáis un lugar en el Reino celestial. Suplicad que al Espíritu de Dios le plazca preparar un lugar en vuestros corazones para el Salvador.

Capítulo 103

“SAULO, SAULO, ¿POR QUÉ ME PERSIGUES?”

Hechos9: 1-2

Con el descontento marcado en el rostro, Saulo de Tarso, marcha por las calles de Jerusalén. ¿Por qué? No está contento en Jerusalén porque a pesar de todos sus esfuerzos, casi nunca tiene éxito en su persecución a los “odiosos cristianos”. Al comienzo de la persecución asoló las casas arrestando a los cristianos y llevándoles ante el Sanedrín; pero ya los cristianos han huido, en Jerusalén solo han quedado los apóstoles, los demás, incluso los diáconos han abandonado la ciudad. Por esto Saulo no está satisfecho, porque ya no puede apresar a casi nadie y él sabe que en otras ciudades hay muchos cristianos. Es verdad que la Iglesia de Jerusalén está dispersada, pero esto no satisface a Saulo. Piensa que esos odiosos cristianos no sólo han de ser apresados, sino también aniquilados; ¡Desea acabar con toda esa gente que cree en el odioso Nazareno. ¿Qué va a hacer ahora? En Jerusalén no puede hacer mucho más.

De repente, se le ocurre una magnífica idea, y un brillo maligno aparece en sus ojos. Conseguirá arrestar a todos esos tontos, seguidores de Jesús Nazareno. Apresuradamente avanza por las calles de Jerusalén; ¿Adónde se dirige? Marcha a ver al sumo sacerdote. Saulo sabe que muchos cristianos han huido a Damasco, la

capital de Siria. Allí piensan estar seguros, pero muy pronto descubrirán que no es así. Irá a Damasco, los apresará y los traerá encadenados a Jerusalén. Ardientemente desea perseguir a los cristianos también en Damasco. Una sonrisa amenazadora se dibuja en sus labios... En aquel tiempo muchos judíos vivían en Damasco y allí había sinagogas en las cuales se reunían semanalmente.

Ahora, Saulo, se presenta al sumo sacerdote y le pide que le dé cartas para los principales de las sinagogas de Damasco a fin de que le ayuden a buscar cristianos. Enseguida el sumo sacerdote está de acuerdo con Saulo y escribe unas cartas y se las entrega. Saulo prepara todo lo necesario para el viaje: algunos le acompañan, quizás, son siervos del Sanedrín. Desea salir cuanto antes y se recrea en el pensamiento de que pronto estará de vuelta en Jerusalén con muchos presos para entregarlos al Sanedrín. Cuando todo está preparado, Saulo y sus acompañantes salen de la capital judía camino a Damasco.

Antes de seguir quiero narraros algunas cosas, porque quizás, algunos de vosotros os estáis preguntando quien es realmente Saulo. Pues bien, Saulo no había nacido en el país de Canaán; sus padres eran judíos, de la tribu de Benjamín, pero vivían en la ciudad de Tarso, que estaba situada junto al Mar Mediterráneo y era la capital de una provincia romana. Toda la ciudad había recibido un día el "derecho de la ciudadanía romana" . Las personas que tenían este derecho, aunque no vivieran en Roma, tenían los mismos derechos que los ciudadanos romanos. Pues bien, en esta ciudad nació Saulo. Su padre era fariseo y, por tanto, Saulo fue educado como fariseo. Su padre le hizo estudiar mucho las leyes de Moisés y, aparte de esto, aprendía a hacer tiendas, pues de esta forma aprendía una profesión. En los alrededores de Tarso había muchas cabras y con el pelo de estas cabras, hilando, le preparaban la tela para hacer las tiendas. Saulo aprendió este oficio para más tarde poder ganarse la vida. Fue una decisión muy sabia por parte del padre de Saulo, y éste más tarde lo aprovechó muchas veces.

Cuando tuvo la edad suficiente, su padre le envió a Jerusalén para ser enseñado más profundamente por los fariseos y los escribas. Probablemente durante su estancia en

Jerusalén, vivió en casa de una hermana suya que estaba casada. El sabio Gamaliel era su "maestro". En el capítulo 5 de Hechos ya habéis leído acerca de Gamaliel; volved a leerlo.

Saulo tenía un entendimiento brillante; podía estudiar muy bien, y muy pronto llegó a ser uno de los mejores estudiantes, como podemos leer en Galatas 1: 14. Así pues, Saulo, llegó a ser un fariseo muy instruido. Es posible que hasta llegara a ver al Señor Jesús alguna vez en el Templo, cuando el Señor hablaba al pueblo; no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que sentía un odio mortal por ese Nazareno. Sus maestros, en Jerusalén naturalmente le habían hablado muy mal acerca de Jesús. Saulo sólo sabe que ese Jesús Nazareno es un hombre peligroso, un impostor, un seductor, un revolucionario.

Por ello ahora, persigue con tanta saña a los seguidores de Jesús. Jesús ya ha muerto, pero él no descansará hasta que los seguidores de Jesús, ese carpintero de Nazaret, hayan sido exterminados. Bien, ahora ya sabéis quien es Saulo, no lo olvidéis porque volveremos a leer más de él. Sobre todo, no olvidéis que tenía la ciudadanía romana, que hacía tiendas, que era fariseo y que tenía una hermana casada que vivía en Jerusalén. No creo que sea demasiado para que lo retengáis en vuestra memoria, ¿verdad?

Hechos 9: 3-8

Cerca de Damasco un grupo de viajeros se apresura hacia la ciudad. Son Saulo y sus acompañantes que ya casi están para finalizar su viaje, porque están a punto de llegar a Damasco. A lo lejos se divisan las torres de la capital de Siria.

Es mediodía y el sol brilla en todo su esplendor (Hechos 22:6). Repentinamente, desde el cielo brilla una luz tan refulgente, que ciega a Saulo y a sus acompañantes. Leemos que esta luz era más potente que la luz del mismo sol. Espantados, caen todos a tierra. Los acompañantes sólo ven la luz deslumbradora que brilla alrededor de ellos, pero Saulo ve más. Ve en esta luz, al Señor Jesús glorificado. En este momento se oye una voz desde las alturas; los compañeros de

Saulo oyen la voz, pero no entienden lo que dice, pero Saulo sí entiende las palabras que dicen: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Temblando todo su cuerpo, pregunta temeroso: ¿Quién eres, Señor? Entonces responde la voz celestial: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Saulo se espanta porque él creía que Jesús estaba muerto y ahora le oye, y le está viendo. El Señor Jesús no dice: ¿Por qué persigues a mis seguidores?, sino: "¿Por qué me persigues?"

Saulo iba camino a Damasco lleno de odio e ira contra los cristianos. Realmente estaba convencido de que hacía una buena obra, pero, ahora, escucha con consternación que persigue a Jesús. Entiende que persiguiendo a los hijos de Dios, está persiguiendo al mismo Dios. No está haciendo una buena obra porque a pesar de su celo, es un perseguidor de Dios.

Esto también tiene un significado para vosotros. Si alguna vez os reís o ridiculizáis u ofendéis al pueblo de Dios, que son gentes piadosas, es al mismo Dios a quien lo hacéis. Y, ¿pensáis que Dios se deja ofender impunemente? No, Dios castigará, con toda seguridad, a aquellos que se burlan y persiguen a sus hijos. El Señor dice en su palabra: "El que toca a los míos, toca la niña de mis ojos". Pensadlo muy bien.

Pero, escuchad, el Señor Jesús dice más aún: "Dura cosa te es dar coces contra el aguijón". Saulo oye esto que viene desde el cielo. ¿Qué significan estas palabras? Escuchad: En el oriente, los labradores usan bueyes cuando aran los campos. En otros muchos países, normalmente, son los caballos o tractores los que tiran del arado. Estos bueyes, muchas veces eran tozudos y obstinados, se paraban y no querían seguir adelante. También ocurría que, entonces, con sus fuertes patas daban coces y esto era muy peligroso porque o dañaban el arado o podían dañar al labrador.

Para evitar esto, el labrador iba siempre provisto de una fuerte vara que finalizaba en una aguda punta de hierro y cuando los bueyes coceaban, el labrador colocaba la punta de hierro justamente detrás de las patas de los bueyes, de tal forma que cuando el buey coceaba se clavaba la punta aguda en sus patas, sangrando abundantemente en muchas ocasiones. Como comprenderéis los animales por instinto trataban de no cocear y, si lo hacían, siem-

pre se encontraban con la aguda punta metálica. Esta aguda punta de hierro era llamada "aguijón", y ahora el Señor Jesús está usando esta misma figura para Saulo. Quizás digáis: Saulo no coceaba hacia atrás, Saulo no era un buey. No, el Señor Jesús no quiere decir esto a Saulo pues para él tiene otra significación.

A sangre y fuego Saulo perseguía a los cristianos, pero en ello no tenía paz. Pensaba que estaba haciendo una buena obra, pero su conciencia secretamente, le acusaba. En su alma, la voz de su conciencia, le amonestaba que no era lícito lo que estaba haciendo. Pero Saulo, no quería escuchar esta voz. Hacía la obra de persecución, pero la inquietud no desaparecía de su alma; al contrario, aumentaba. Ahora es como si el Señor le dijera: "Saulo, ¿por qué no escuchas la voz que te amonesta? ¿Por qué no escuchas a tu propia conciencia?" ¿Comprendéis ahora el significado de estas palabras? Creo que sí.

¿Hay entre vosotros alguno que hace lo mismo que Saulo? Cuando queréis hacer cosas malas una voz interior os advierte que no lo hagáis. ¿Escucháis esta voz? O ¿preferís hacer las cosas malas? Dura cosa os es dar coces contra el aguijón. Esto quiere decir, que tenéis una vida difícil y llena de temor y la inquietud y la angustia os atormentará.

También Saulo tenía una vida llena de tormento y angustia, aunque él no quería confesarlo. No nos debe extrañar que ahora, Saulo este tendido en tierra tembloroso y que mientras está así, pregunte: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Al momento le llega la respuesta celestial: "Levántate y ve a Damasco, allí te dirán lo que debes hacer".

Tras estas palabras la luz desaparece y Saulo se levanta. Pero... no puede ver nada, se ha quedado ciego. Los acompañantes de Saulo también se levantan y cuando se percatan que Saulo está ciego le toman de la mano y le llevan a la ciudad de Damasco. Le llevan a la casa de un tal Judas, que vivía en la calle principal. Naturalmente no se trataba de Judas el traidor. La calle dónde vivía el tal Judas era larga y recta y por esta razón era llamada: "Derecha". Saulo entró en Damasco, pero de una manera muy diferente a como él había pensado.

Hechos 9: 9-26

Un hombre está arrodillado orando. Escuchemos lo que dice: "Oh Dios, he pecado" dice mientras derrama abundantes lágrimas, "he pecado gravemente. He perseguido a tu Iglesia. Perdón, Señor, perdona esta grave culpa". Este hombre que ora es Saulo, el cruel perseguidor de los cristianos. Ya lleva en Damasco tres días y durante ellos, ni ha comido, ni bebido, ni tampoco ha dormido. No puede comer, ni dormir. Sus pecados son como una carga abrumadora que abate su alma. Pensaba hacer una obra que fuera grata a Dios, pero ahora, por la luz del Espíritu Santo, se da cuenta que era una obra para el servicio de Satanás. Comprende que era un instrumento del "Príncipe de las tinieblas". Saulo no sabe que hacer. Lloro amargamente, lágrimas de contrición vienen a sus ciegos ojos. Creía que Jesús era un impostor y ahora sabe que estaba grandemente equivocado. Jesús le ha llamado desde "lo alto" a él. Jesús se le ha aparecido en el camino de Damasco. Jesús vive. El ha perseguido a este Jesús.

Aquí en esta casa, Saulo, el piadoso fariseo, se reconoció pecador delante de Dios. Allí descubrió su culpa. Allí aprendió que sería muy justo si Dios no quisiera saber nada de él y le condenase eternamente. Queridos lectores, ¿Os habéis reconocido pecadores delante de Dios? ¿Habéis llorado lágrimas de contrición por vuestros muchos pecados?

Han transcurrido tres días y tres noches, durante los cuales Saulo está tendido orando. Sabe que merece la perdición eterna, se ha hecho digno de condenación. Comprende la justicia de Dios y, aún, ama esta justicia. Comprende que por sus pecados, se ha puesto fuera de la comunión con Dios y, sin embargo, desea ardientemente en su corazón conocer a Dios.

A veces ni siquiera puede orar; no puede encontrar palabras, de tal forma que solamente un suspiro brota de su alma atribulada. Siente vergüenza ante Dios y los hombres y el dolor por sus delitos desgarrar su alma. Es muy difícil expresar con palabras lo

que ocurre en el alma de Saulo durante estos tres días. Parece que ha de vivir sin Dios y, sin embargo, él no puede vivir sin Dios.

Súbitamente se abre la puerta y un hombre entra en la habitación donde Saulo ora y llora; se acerca emocionadamente a Saulo, le pone suavemente la mano en el hombro y amablemente le dice: "Hermano Saulo; el Señor Jesús, que se te apareció en el camino de Damasco, me ha enviado a tí". ¿Cómo sabe él esto? ¿Quién es?

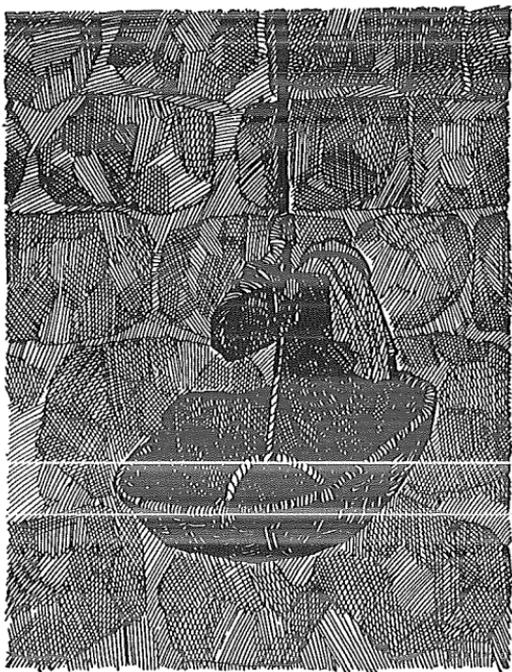
Se trata de Ananías, pero no confundáis a este Ananías con el esposo de Safira, que había mentido y cayó muerto. Este Ananías es un hijo del Señor, hombre piadoso, a quien todos los cristianos de Damasco respetan mucho. El Señor le ha dicho a Ananías que vaya a visitar a Saulo y le ha indicado dónde le encontraría, es decir, le ha dicho que fuera a la casa de un varón llamado Judas, que vive en la calle "Derecha".

Cuando Ananías conoció la orden del Señor se asustó mucho y, temblando, respondió: "No me atrevo, Señor, porque Saulo es un perseguidor cruel, que no ha respetado a nadie en Jerusalén. Después de todo el daño que ha causado a Tu pueblo en Jerusalén, ¿tengo que ir a verle?". Pero el Señor tranquilizó a Ananías y le dijo: "No tienes que temer nada de Saulo, Ananías, porque no te hará daño alguno; él, ahora, esta orando. Le he escogido para predicar el evangelio a los gentiles."

Ananías obedeció el mandato divino y ahora está junto a Saulo. No le reprocha nada; no le dice, ahora, ¿estás aquí, perseguidor malvado? No, el corazón de Ananías no está lleno de rencor ni de odio; no le habla con dureza ni con frialdad, pues éstos no son dones de Espíritu Santo, sino incitaciones del Diablo. Ananías le llama: "Hermano" Saulo. A sido enviado para confortar a Saulo, que está muy abatido y tiene hambre de Dios. De pronto termina la ceguera de Saulo, Dios le sana y Saulo se levanta.

No sabemos los detalles de esta conversación entre los dos hombres, pero es indudable que Ananías ha dicho a Saulo que el Señor, que se le apareció, es el Salvador y Fiador de los pecadores. Le ha anunciado a Saulo el perdón de los pecados por la Sangre de Cristo, y le ha hablado de las riquezas de la Gracia. El Espíritu de Dios obra con fuerza en el corazón de Saulo y,

por fe, reconoce al Salvador. Sí, Saulo, abraza al Señor Jesús como su Salvador personal. El Espíritu Santo le muestra que, también, por él murió el Señor Jesús.



Saulo descolgado por el muro

Una paz celestial desciende sobre su alma y es bautizado. No es esto una formalidad para Saulo ya que él está plenamente convencido de que sus pecados son perdonados por la Sangre purificadora del Señor Jesús. Saulo reconoce al Salvador resucitado. Seguidamente toma los alimentos que le ofrecen y lemos que "recobró fuerzas".

Son maravillosos los caminos de Dios, ¿verdad? Nunca desesperéis la Gracia de Dios. El que convirtió a Saulo, también os puede convertir a vosotros. El que borró la enemistad de Saulo, también puede borrar la enemistad de vuestros corazones. ¿Lo creéis?

Doblad vuestras rodillas y suplicad sinceramente la Gracia de Dios. La puerta de la Gracia aún está abierta, aún es posible ser salvado.

Ahora que Saulo conoce al Señor Jesús como su Salvador, le es imposible callar lo que ha ocurrido. Leemos en la escritura que, enseguida, predicaba en la sinagoga. El que había acudido a Damasco para perseguir a todos los que creían en el Nombre de Jesucristo, unos días después estaba predicando en este Nombre de Jesucristo. Los judíos de Damasco estaban asombrados; Saulo, quien asolaba a la Iglesia en Jerusalén, ahora es un predicador.

No sabemos por cuanto tiempo permaneció en Damasco, pues poco tiempo después de su conversión, viajó hasta Arabia, dónde permaneció durante unos tres años. Seguramente que allí se ganó la vida confeccionando tiendas, pero es indudable que también predicó el Evangelio. Desde Arabia, regresa a Damasco (Galatas 1: 17-18).

Cuando Saulo otra vez predica a Cristo, los judíos incrédulos se enfurecen y quieren matarlo. Afortunadamente Saulo se entera, pero ¡qué espanto! No puede escapar por que las puertas de la ciudad están muy celosamente vigiladas. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Los cristianos encuentran una solución; durante la noche le ponen en una canasta y le descuelgan por los muros, de esta forma puede huir a Jerusalén. Más tarde volveremos a hablar de Saulo, pero he de decir una cosa, de aquí en adelante no le llamaremos Saulo, sino Pablo, porque la Biblia después de su conversión le llama Pablo.

Capítulo 104

UNA MUJER QUE NUNCA SERÁ OLVIDADA

Hechos 9: 31-35

Después de la conversión de Pablo, el gran perseguidor, la persecución de los cristianos termina. Las iglesias en Judea, Galilea y Samaria tenían paz, es decir, ya no eran expulsados ni perseguidos; había tranquilidad y los cristianos, lógicamente, estaban muy agradecidos al Señor por ello. Las iglesias se acrecentaban fortalecidas, lo cual quiere decir, que el Señor convertía cada día a nuevas personas.

En este periodo de tranquilidad, Pedro hizo un viaje por todo el país; deseaba visitar todas las iglesias y ahora podía hacerlo sin ser molestado. En cada iglesia que visitaba confortaba a los cristianos. De Jerusalén a la ribera del Mar Mediterráneo había un buen camino, lo cual era necesario ya que en esta ribera estaba situada la ciudad portuaria de Jope. Muy cerca de Jope había otra ciudad llamada Lida, que estaba en el camino de Jerusalén a Jope. Tanto en Lida como en Jope se habían establecido iglesias cristianas.

En este viaje de Pedro por todo el país, la primera ciudad que visitó fue Lida, donde encuentra a un inválido llamado Eneas; era paralítico y llevaba en cama ocho años. Hay comen-

tarios que dice que hacía ocho años sufría de una apoplejía, que le tenía paralizado en la cama. No sabemos qué haría durante esos ocho años, pero lo más probable es que estuviera en algún lugar del camino, viviendo de las limosnas que recibía. Sea lo que fuere, Pedro se encontró con él y... Por un momento Pedro clava sus ojos en él y le dice con voz segura: Eneas, Jesucristo te sana. Levántate de la cama en la que has estado postrado durante ocho años.

En ese mismo instante el inválido Eneas se levanta, siente que las fuerzas vuelven a sus piernas paralizadas, enrolla la cama en que había estado postrado y se marcha. Que alegría debió embargar a este hombre; quizás pensaba que su destino era estar siempre en su cama y ahora, inesperadamente, es sanado de su dolencia, jamás había pensado en esto. Muy pronto toda la ciudad de Lida se entera de lo ocurrido, ya que estos le conocían y les inspiraba compasión. Ahora camina por entre todos completamente sano. Esta curación impresiona profundamente a los habitantes de Lida y el Señor emplea este milagro como medio de Salvación para muchos.



Hechos 9: 36-43

En la ciudad portuaria de Jope también había una iglesia del Señor. En esta ciudad vivía una mujer llamada Tabita o Dorcas, la cual era discípula del Señor, es decir, creía en el Señor Jesús como Mesías y, más tarde, creyó también que Jesús había pagado por sus pecados. Era una mujer piadosa, que tenía el corazón lleno de amor a su prójimo. Muchas viudas habían visto aliviados sus males, pues con frecuencia ella les ayudaba. Pero hacía más. No sólo de vez en cuando daba limosna, sino que también hacía ropas para dar a las viudas pobres, a cada una daba conforme a sus necesidades. Por esta razón, Tabita, era muy conocida en todo Jope, amigos y ene-

migos de la Iglesia la respetaban y todos amaban a esta mujer dulce y generosa.

Un día Tabita enfermó; toda Jope pensaba en ella, pero su enfermedad se agravó y murió. Esto produjo gran dolor en la Iglesia de Dios en Jope y, sobre todo, las viudas estaban muy afligidas y la echarían mucho de menos, porque nunca dejó marchar sin ayuda a cualquier persona pobre que acudía a ella, siempre las ayudaba. Muy grande era el dolor de todos por la pérdida de esta mujer que tanto les ayudaba. Lavaron su cuerpo y lo colocaron en una sala.

Cuando estamos afligidos todos tenemos necesidad de consuelo, y lo mismo ocurría a la iglesia de Jope. Se enteran de que Pedro está en Lida y, como Lida está a una distancia más o menos a una hora de camino a pie, enseguida envían dos hombres a Lida rogando a Pedro que venga sin tardanza. Si es posible, le ruegan que vuelva a Jope con ellos. Es muy posible que su deseo de tener a Pedro con ellos no fuera sólo para recibir palabras de consuelo, sino con la esperanza de que el Señor, por medio de Pedro, resucitase a Tabita. Tal vez por eso, después de lavarla, la han puesto en la sala. No lo podemos asegurar, porque la Biblia no nos lo dice, pero es posible.

Cuando Pedro recibe el mensaje se prepara de inmediato para el viaje y acompaña a los hombres hasta Jope, donde nada más llegar, le llevan a casa de Tabita, haciéndole entrar en la sala donde reposa el cuerpo de la mujer a quien todos aman. Tal vez en su rostro se veía la paz. En la sala estaban muchas viudas llorando lastimeramente por el dolor y la pena, y todas hablan a Pedro de las ropas que recibían de Tabita. En la Biblia leemos que lloraban mostrando las túnicas y vestidos que Dorcas hacía para ellas. Pedro escucha sus palabras y mira las ropas.

De pronto ordena que salgan de la sala todas las mujeres que están allí llorando. ¿Por qué hace ésto? Mirad, cuando todas han salido de la sala, cierra cuidadosamente la puerta, se postra de rodillas y ora profundamente al Señor. Pone delante del Señor las necesidades de la iglesia de Jope, ora muy pro-

fundamente al Señor. Siente que el Señor recibe su oración y cree que el Señor va a hacer maravillas. . Se levanta y tranquilamente se dirige a la cama donde está la noble muerta y dice enfáticamente: "Tabita, levántate." ¿Qué ocurre? La muerta suspira y abre sus ojos, y cuando ve que Pedro está en la sala, junto a su cama, se incorpora. Entonces, Pedro, le da la mano y la levanta. Allí está, de pie, la muerte ha huido. Ha sido resucitada por el poder de Cristo.

Pedro se apresura a la puerta, la abre y ordena entrar a las afligidas viudas. Con asombro y emoción reflejados en sus rostros miran a la que ha sido resucitada. Se hace un silencio total, pero el brillo de sus ojos y la satisfacción de sus rostros confirman que están muy contentas. La alegría se refleja en sus caras. Su "acción de fe", (si la había) llamando a Pedro no ha defraudado su fe y esperanza.

Muy pronto corre por la ciudad de Jope la noticia de este milagro, en cada casa se habla de la resurrección de Dorcas y en Jope muchos creen en el Señor Jesucristo. También, en Jope, muchos se convierten a Dios por medio de este prodigio.

Pedro permanece durante muchos días en esta portuaria ciudad de Jope, predicando la Palabra de Dios con gran gozo. Se hospeda en la casa de un tal Simón, curtidor, hoy diríamos "zapatero".

Dorcas o Tabita es una mujer que nunca será olvidada. En muchos lugares hay asociaciones de señoras que hacen ropa para los pobres y varias de estas asociaciones reciben el nombre de "Dorcas". De esta forma es honrada esta mujer después de tantos siglos. El ejemplo que nos da esta mujer, puede sonrojar a muchos. ¿A alguno de vosotros también? O ¿estáis dispuestos a hacer mucho por vuestro prójimo? O, por el contrario ¿sólo pensáis en vosotros mismos?

Capítulo 105

UNA LUZ PARA REVELACIÓN A LOS GENTILES

Hechos 10: 1-2

Como ya sabéis el pueblo judío estaba bajo la dominación de los romanos y, dado que los judíos, muchas veces, se habían sublevado intentando su total independencia, los romanos mantenían un ejército de ocupación en el país de Canaán.

En la costa del Mar Mediterráneo, al norte de la ciudad de Jope, estaba la ciudad de Cesarea. Era una ciudad moderna, mandada edificar por Herodes, el que hizo degollar los niños de Belén. En esta ciudad se hizo edificar un espléndido palacio de mármol blanco para su residencia. También, Herodes, ordenó construir un magnífico templo, no para la adoración a Dios, sino un templo pagano dedicado a la idolatría. En aquellos tiempos Cesarea era una ciudad llena de las más diversas y mundanas diversiones. En esta ciudad estaba asentado un gran ejército romano de ocupación y durante las grandes solemnidades judías, muchos de estos soldados eran enviados a Jerusalén para estar de guardia por si estallaba una de las rebeliones de los judíos. Cuando las fiestas concluían, los soldados volvían a Cesarea.

En Cesarea vivía un centurión, un oficial romano llamado Cornelio; era romano, de origen pagano, es decir, había sido

educado en el culto idólatra de los templos romanos. Sin embargo, en la Palabra de Dios leemos que: "era piadoso y temeroso de Dios". Cornelio, por tanto, no era ya pagano, sino que Dios le había convertido, aunque no sabemos cuando ocurrió su conversión. Hay comentaristas que dicen que Cornelio era el centurión que estaba junto a la cruz de Jesús y que fue el que, cuando Jesús murió, dijo: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios". Aunque esto no pueda asegurarse con pruebas bíblicas, sin embargo, pudiera ser que se tratara del mismo centurión.

Pero sea o no cierto, la realidad es que Cornelio servía al Dios de Israel, se había despojado de sus ídolos y buscaba con toda su alma al Dios verdadero. Pero su obsesión era si realmente el Dios de Israel, quería ser su Dios, ya que él pertenecía al pueblo romano y, por tanto, a los enemigos de la nación judía. Pero, él no podía vivir sin Dios, amaba a este Dios y procuraba no oprimir a los judíos, al pueblo de Dios, sino ayudarlos cuanto le era posible. También sabemos que daba muchas limosnas a los pobres de entre los judíos. Y... ¿sabéis qué hacía muy frecuentemente? "Oraba a Dios siempre". ¿Se puede decir lo mismo de vosotros? O quizás, ¿este centurión es un ejemplo que nos hace sonrojar? Oraba mucho, pero ¿le escucharía Dios, que es tan santo y excelente? ¿Serían oídas alguna vez sus oraciones? Cornelio no lo sabía.

Hechos 10: 3-8

Una tarde Cornelio estaba solo en su habitación; durante todo el día no había probado bocado, lo había dedicado al ayuno y ahora, solo en su habitación, ora a Dios, porque su alma desea conocer mejor a este Dios; desea conocer a este Dios como su Dios. ¡Qué feliz sería si un día experimentara esta gracia de Dios en su alma! De pronto un varón vestido de blanco está junto a él; es un ángel de Dios. Cornelio mira a este mensajero celestial con ojos llenos de asombro y temor, su corazón galopa por el susto. En la Biblia leemos que: "se ate-

rorizó". Temblando, pregunta: "¿Qué es, Señor?" es como si dijera: ¿Qué tienes que decirme, Señor? ¿Qué tengo que hacer? Entonces el ángel amablemente, le respondió: Cornelio, a veces, piensas que Dios no escucha tus oraciones, pero te equivocas. Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios, y Él me envía a ti para decirte lo que tienes que hacer. Envía hombres a Jope, y haz venir a Pedro, que está alojado en casa de un cierto Simón, el curtidor. Él te dirá lo que es necesario que hagas. Dicho esto, el ángel volvió al cielo.

¿Qué ocurrió en el corazón de Cornelio? Sin duda, su sorpresa ha sido grande al comprobar que Dios si quería tener que ver con él. Rápidamente llama a dos de sus siervos y a un soldado que estaba a sus órdenes. En la Biblia leemos que: "era un soldado devoto" quien quizás impresionado por la vida de Cornelio, también ha decidido servir al Dios de Israel. Pero... ¿vuestras vidas hacen impacto también en vuestros amigos? Cornelio cuenta a estos tres hombres lo que el ángel le ha dicho y los manda a Jope para que hagan venir a Pedro. Los mensajeros se marchan y Cornelio queda en casa, esperando ávidamente la llegada de Pedro.

Hechos 10:9-48

Pedro está en Jope en casa de Simón ya varios días. Un día sube a la azotea para orar. Como sabréis, las casas en Oriente todas tienen una azotea. Era la hora sexta, es decir, más o menos la hora de la comida. Pedro siente hambre y quiere comer algo, pero no hay nada aún preparado, han de preparar antes la comida y entretanto que Pedro espera ocurre algo extraordinario. En éxtasis, ve que el cielo se abre y desde él desciende algo, semejante a un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Lentamente el lienzo va descendiendo hasta llegar a Pedro, el cual puede ver el "lienzo", en el cual abundan los animales, cuadrúpedos terrestres, aves, toda clase de animales allí mezclados.

Animales limpios e inmundos se mueven en el lienzo. De pronto se oye una voz que dice: "Levántate, Pedro, mata y come". Pedro, responde: "Señor, no; porque ninguna cosa común o inmundada he comido jamás". Ya sabéis que los judíos no podían comer animales inmundos, pues ellos mismos se volvían inmundos. Dios lo había prohibido en sus leyes y es por ello que Pedro rechaza decididamente acatar ésta orden.

Pero, oíd de nuevo la voz del Señor: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común". Poco después el mandato divino se repite: "Levántate, Pedro, mata y come". Nuevamente Pedro rechaza decididamente, y la respuesta de que no llame inmundado a lo que Dios ha limpiado se repite, y así sucesivamente por tres veces, volviendo Pedro a rechazarlo y por tercera vez se le dice que lo que Dios ha limpiado, él no puede llamarlo inmundado. Después de ésto, el lienzo volvió a ser recogido en el cielo. Como podréis comprender no se trataba realmente de un lienzo, era una visión, la Biblia nos dice que: "le sobrevino un éxtasis".

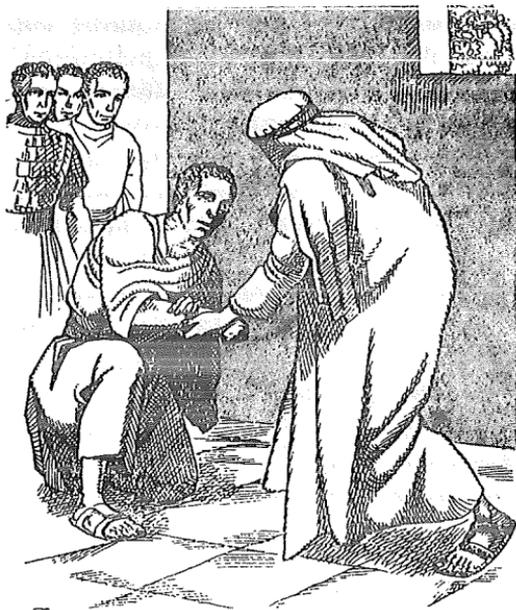
Sin embargo, esta visión celestial que el Señor mostró a Pedro, tenía una significación mucho más profunda y así lo comprende Pedro, aunque sin llegar a entender aún lo que el Señor quiere decir con ella.

Mientras está reflexionando sobre la visión, oye que abajo golpean la puerta, ¿quién será? Abren la puerta y Pedro escucha que unos hombres preguntan por él y, al momento, el Señor le revela que estos tres hombres le buscan. El Espíritu del Señor le dice: Levántate y ve con ellos. No temas pues no te harán ningún daño, les he enviado yo. Pedro se apresura a bajar y pide a los hombres que entren. Como podéis imaginar se trata de los tres mensajeros que Cornelio envió y Pedro decide ir con ellos. Se alojan todos durante la noche en casa de Simón, el curtidor, y a la mañana siguiente Pedro parte con ellos hacia Cesarea. Salen muy temprano, porque el viaje a Cesarea es largo, no llegarán hasta el día siguiente, seis hombres más de Jope les acompañan.

Los tres mensajeros llevan a Pedro y a sus seis acompañantes a la casa de Cornelio, quien lo está esperando con ansiedad. Cuando Pedro entra en la habitación, ésta está llena de

gente. Cornelio ha invitado a sus parientes y amigos más íntimos y todos están esperando la llegada del apóstol. Cuando entra Pedro, Cornelio se adelanta y se postra a sus pies queriendo adorarle, pero Pedro le levanta rápidamente y le dice: "Levántate, pues yo mismo también soy hombre", queriendo decir con ello: No soy digno de este honor.

Ahí está Pedro de pie en la casa de este centurión romano. De pronto dice: "Vosotros sabéis que a un varón judío no les es lícito entrar en la casa de un gentil. Pero el Señor me ha mostrado que a ningún hombre llame inmundo, por lo cual he venido sin replicar y ahora os pregunto: ¿Por qué me habéis hecho venir?" Se hace un silencio, los seis judíos que acompañan a Pedro desde Jope, esperan con impaciencia la respuesta. Entonces Cornelio explica porqué ha hecho venir a Pedro. No se hubiera atrevido a hacerlo venir porque sí; además él desconocía el lugar donde se encontraba Pedro. Quizás, ni siquie-



Cornelio postrado a los pies de Pedro.

ra sabía quien era Pedro. Cornelio le explica que le ha hecho venir porque un ángel de Dios se le apareció y le dejó ese mandato. "He obedecido de inmediato este mandato divino y ahora estamos aquí, esperando lo que tienes que decirnos."

Cuando Pedro oye esta explicación, queda asombrado; ahora comprende profundamente la visión celestial que ha tenido en Jope. "En verdad comprendo, dice, que Dios no hace distinción de personas, no distingue entre judío y gentil, sino que escucha a cuántos le temen y hacen justicia". Pedro comprende que el mismo Dios ha quitado la separación de siglos y siglos entre judíos y gentiles. Ahora, anuncia a todos los reunidos el Evangelio; les presenta al Señor Jesús, el Hijo de Dios, que vino a ésta tierra maldecida para llevar la ira de Dios sobre el pecado. Les anuncia que el Señor Jesús ha merecido para todos los suyos la salvación eterna por su pasión y muerte y les anuncia, también, que el Señor Jesús ha resucitado de los muertos y todos los que verdaderamente crean en Él recibirán el perdón de los pecados. En una palabra, Pedro les predica el camino de la salvación.

Podemos estar seguros de que tanto Cornelio, como los que con él estaban han estado escuchando con toda atención. Sin duda ha recibido una respuesta a las muchas preguntas que surgían en su corazón y que él no se podía responder. Ahora comprende que el Dios de Israel, el Dios santo y justo, ha sido satisfecho totalmente por la pasión y muerte del Señor Jesús y que, solamente por la fe en este Salvador, puede ser reconciliado con Dios. El Señor bendice las palabras de Pedro en el corazón de Cornelio y de todos los presentes y creen que Jesús también pagó por sus culpas. La alegría que llena los corazones de estas personas es indescriptible.

Mientras Pedro aún está hablando, el Espíritu Santo es derramado sobre todos los que escuchan y comienzan a hablar en lenguas extranjeras las maravillas de Dios. Lo mismo que ocurrió en el día del Pentecostés. Vuelve a ocurrir aquí. Con asombro, los judíos llegados a Jope, ven que el don del Espíritu Santo es concedido también a los gentiles y escuchan como estos "inmundos" paganos glorifican a Dios. Por todo ello ven que lo ocurrido es obra de Dios.

Cornelio y los suyos son bautizados en el nombre de Jesús. Pedro no regresa a Jope de inmediato, sino que atiende a la petición que se le hace, queda por algún tiempo en Cesarea y podéis imaginar lo que estuvo haciendo. Ya no hay diferencia entre judío y gentil. Lo que Dios ha limpiado ya no será inmundo en lo sucesivo. Han sido para Pedro y sus compañeros unos días inolvidables. Ya Simeón, había dicho en el Templo que el señor Jesús sería luz y revelación para los gentiles y esta profecía se cumple ahora. Dios ha dado conversión y salvación también a los gentiles.

Hechos 11: 1-8

¡Qué maravillas! ¿Has ido a los gentiles? ¿Has vivido con ellos, has comido y bebido con ellos? Ya sabes que no deben hacerse estas cosas. "Algunos judíos en Jerusalén acusan ardientemente a Pedro. Se han enterado de que Pedro ha visitado al centurión romano Cornelio, y esto los ha molestado. Según ellos, Pedro no debería haber hecho esto.

Pasado algún tiempo, Pedro había salido de la hospitalaria casa de Cornelio en Cesarea y se había dirigido a la iglesia de Jerusalén. Le acompañan los seis judíos de Jope. Los había llevado con él intencionadamente para que puedan ser testigos ya que ellos han visto lo ocurrido.

Apenas llega a Jerusalén es acusado. ¿Por qué los cristianos en Jerusalén no aprueban lo que Pedro ha hecho? Los judíos de Jerusalén aún no comprenden que la barrera existente durante siglos entre los judíos y gentiles ha sido quitada. Se habían acostumbrado a esta separación y creían que siempre sería así. Es verdad que un gentil podía aceptar la religión judía, pero en tal caso, tenía que ser circuncidado. Ya sabéis que la circuncisión fue establecida en los días de Abraham. Estos judíos de Jerusalén no comprendían que ya no era necesaria la circuncisión. Por eso, Cornelio y su familia no han sido circuncidados, sino bautizados.

Por eso acusan a Pedro, pensando que ha obrado así por su cuenta. Con miradas penetrantes esperan con curiosidad la respuesta que Pedro les va a dar. La esperan para ver si la pueden disculpar. Quizás Pedro se temía esto y, por ello, se hace acompañar por los seis judíos de Jope.

“¿Creéis que he ido por mi cuenta a ver a Cornelio?”, comienza diciéndoles Pedro. “Pues no es así, ha sido Dios quien me lo ordenó.” Entonces Pedro relata a la iglesia de Jerusalén la visión que el Señor le había mostrado. Les dice cómo un gran lienzo, lleno de toda clase de animales limpios e inmundos, descendía del cielo y cómo el ángel del Señor apareció a Cornelio y le ordenó que mandara venir a Pedro desde Jope. “Sí”, continúa, “cuando estaba hablando a éstas personas, todos fueron llenos del Espíritu Santo, de tal forma que hablaban en lenguas extranjeras”. Pedro les hace comprender que no ha sido él quien ha derribado la pared intermedia entre judíos y gentiles, sino que ha sido obra de Dios. “Juzgad, vosotros mismos”, termina diciendo “¿si yo podía oponerme a la obra de Dios? Yo no podía resistir la dirección del Espíritu Santo”.

Los acusadores de Pedro nada pueden responder a esto y habiéndolo escuchado dicen: “Estamos de acuerdo”, y dieron gloria a Dios. Ahora comienzan a comprender algo del cambio que se está realizando y dicen: “También a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida”

Y aún sigue ocurriendo así, porque nuestros antepasados fueron gentiles y sin embargo, Dios ha plantado su Iglesia en nuestro país.

Muchos hijos de Dios han sido ya sepultados en este mismo territorio nacional y aún, hoy día, la Iglesia de Dios sigue existiendo en nuestra patria. Y también para nosotros la puerta de la Gracia esta abierta. No malgastéis ese tiempo de la Gracia de Dios. Cada domingo el mensaje de la Gracia de Dios es predicado por los siervos de Dios, que os anuncian que aún hay posibilidad de ser salvos. No desoigáis la voz del Señor que os llama, porque si hacéis esto el remordimiento atormentará vuestras almas eternamente, será como un gusano que nunca muere.

Capítulo 106

UN REY SOBERBIO ES AVERGONZADO

Hechos 12: 1-2

Hay un gran abatimiento en la iglesia de Jerusalén. Más aún, la Iglesia del Señor de esta ciudad está de luto. ¿Por qué? El apóstol Jacobo, hermano del apóstol Juan, ha sido muerto. Súbitamente, cuando nadie contaba con ello, su vida ha sido cortada. ¿Ha muerto de un accidente? ¿Una enfermedad repentina y grave lo ha llevado al sepulcro? Nada de esto, ha sido decapitado. ¿Decapitado? ¿Cómo es posible? ¿Quién lo ha hecho? ¿Ha sido el Sanedrín? No, esta vez la persecución no ha partido de los judíos, sino del rey Herodes.

El asesino de Juan el Bautista se llamaba Herodes, pero éste ya murió hace tiempo y ahora reina un sobrino suyo, llamado también Herodes. Y este Herodes es también perseguidor de los seguidores de Jesús, el Nazareno. ¿Por qué hace esto? Herodes desea ser bien aceptado por los judíos y él sabe que los judíos y, sobre todo, sus príncipes odian a los seguidores de este Nazareno con un odio mortal. Pues bien, él va a tratar de agradarlos un poco. Pero no va a perseguir a los miembros comunes de la Iglesia, no; apresaa a los apóstoles, a los maestros, a las columnas de la Iglesia de Dios.

Ha hecho detener al apóstol Jacobo y ha ordenado matarlo a

espada. Pero para el mimo Jacobo esto no era nada malo, pues inmediatamente fue trasladado de esta penosa vida a la gloria eterna. Su muerte no significó un prolongado sufrimiento. Fue sólo un momento, bastó un golpe de espada y todo acabó. Ahora ya está eternamente con su querido Maestro, con su Salvador, que lo compró con su Sangre, Sin embargo, para la iglesia de Jerusalén ha significado una triste pérdida, han sido privados de su amado maestro y, por tanto, hay dolor y luto en la Iglesia.

Herodes, el cruel asesino, se ríe burlescamente. Los principales de los judíos lo apreciarán. Y efectivamente, cuando los miembros del Sanedrín conocen la noticia, sienten cierto aprecio por Herodes. Ellos no habían vuelto a hacer daño a los apóstoles, pues tenían muy presente que un ángel del Señor había librado a los apóstoles de la cárcel. Pero si Herodes lo hace, a ellos les parece bien, le quedarán muy agradecidos y cuanto más apóstoles mate, mejor. Es verdad que no lo han hecho ellos mismos pero sin embargo, se alegran de la muerte de Jacobo y, por ello, también se hacen culpables de este cruel asesinato delante del tribunal del Señor.

Hechos 12: 3-5a, 6

Días después, la Iglesia del Señor es conmovida por una nueva noticia. Con la rapidez de un rayo corre por toda la ciudad la noticia de que Pedro está en la cárcel. Cuando Herodes comprobó que con la muerte de Jacobo había agradado mucho a los judíos, decidió también matar a los otros discípulos. Por esta razón hace encarcelar a Pedro, pero, como en aquellos días se celebra la fiesta de la Pascua, decide esperar a que pasen los días de la festividad para después matarlo. Se encargará muy bien de que el preso no escape; para ello, ordena que sea guardado celosamente y cuatro guardias, cada una compuesta por cuatro soldados romanos, vigilan la cárcel donde Pedro es encerrado. ¿No teme Herodes la ira de Dios? No, no sirve al Dios de Israel y no teme su ira.

Esta acción asusta a la Iglesia; de nuevo un apóstol les ha sido arrebatado ¿matarán a todos? ¿Qué pueden hacer para liberar a Pedro de la cárcel? Ven que es imposible, la guardia armada custodia celosamente la cárcel, las puertas de hierro están firmemente cerradas, dentro de la misma cárcel hay más soldados. Si intentan librar a Pedro no tendrán ningún éxito. Tal vez podrían acudir a Herodes y suplicarle que liberase a Pedro, pero... no les haría caso, y además, correrían el riesgo de ser también ellos apresados.

¿Hay alguna solución? Sí, existe una solución y sólo puede venir de lo alto. Lo único que pueden hacer por su amado Pedro es orar. Orar al Dios todopoderoso, por su salvación y liberación. Muchas oraciones se elevan al Altísimo. Leemos que: "la Iglesia hacía sin cesar, oraciones a Dios por él". No hacen una o dos oraciones, sino que oran sin cesar, continuamente. Pero... parece como si Dios no escuchara sus oraciones.

Pasa un día y otro, y Pedro sigue encerrado. Pasan los días de la Pascua y Pedro va a ser matado. Ya sólo pasará una noche en la cárcel porque al día siguiente, Herodes llevará al apóstol ante el pueblo y lo condenará a muerte. Sólo unas horas lo separan de la muerte. No hay posibilidad de escapar. Durante esta última noche Herodes ordena que Pedro sea vigilado estrechamente; además de las guardias exteriores cuatro por cuatro, se ordena que dos soldados duerman en la misma celda que Pedro. Dos cadenas se atan a las muñecas y pies de Pedro y en el otro extremo son atados a las muñecas de un soldado de tal forma, que si Pedro se mueve, las cadenas harán ruido y despertarán a los dos soldados romanos. Herodes ha tomado sus medidas, el preso está seguro, no podrá escapar. Esta noche, el rey se acuesta tranquilo.



Hechos 12: 7-12a

Ha llegado la noche, los habitantes de Jerusalén duermen tranquilamente, nada enturbia el silencio de la noche. Sin embargo, algunas personas no duermen, son los guardias que

vigilan la cárcel donde Pedro está encerrado, vigilan porque les va en ello sus propias vidas.

Pedro está sentado, sudando, temblando. ¿Creéis que es así? ¿Pensáis que Pedro está nervioso y lleno de miedo? Os equivocáis. Pedro duerme plácidamente; pero ¿puede dormir estando a una hora de la muerte? Sí, duerme tranquilamente. ¿Estaríais vosotros tranquilos si supierais que sólo os quedan unas horas de vida? Supongo que no. No podríais resistir el miedo y el temor. Sin embargo, Pedro, duerme tranquilamente, como si estuviera en su casa. ¿Sabéis por qué es posible?

No tiene miedo a la muerte, porque sabe que sus pecados han sido perdonados por la pasión y muerte del Salvador y sabe que cuando le quiten su vida, su alma entrará en la gloria eterna. Ha puesto su vida en las manos del Señor y la paz llena su alma, es la confianza del creyente en Dios. No sabe cómo van a terminar las cosas, sin embargo, una paz celestial ha hecho desaparecer todo temor. Por esto Pedro puede dormir en la hora del peligro. ¡Qué feliz es Pedro! ¿Verdad?

Los dos soldados romanos a los que Pedro está unido por las cadenas también duermen, y duermen porque saben que el preso no se puede mover sin que ellos sean despertados, por tanto, no necesitan quedarse despiertos. Los soldados que hacen guardia afuera están vigilantes, no duermen.

Repentinamente la oscura celda se ilumina claramente, un ángel desciende. El mensajero celestial toca a Pedro en el costado y éste se despierta. "Levántate pronto", le dice y, sin decir nada, el apóstol obedece. Las cadenas caen de sus manos, los soldados de la celda duermen tan profundamente que no se aperciben de nada de lo que ocurre. "Cíñete y áptate las sandalias", dice el ángel. Pedro hace esto como en un sueño, no sabe si sueña o no. Por fin el ángel le ordena: Envuélvete en tu manto y sígueme. Entonces las puertas se abren ante ellos por sí solas, la mano de Dios rompe los pesados cerrojos y cerraduras. El ángel sale fuera y Pedro sigue al mensajero celestial. Pasan ante los guardias y estos no ven nada; la mano del Señor les hiere con ceguera. De nuevo hay un milagro de la omnipotencia divina.

Detrás de Pedro las puertas se van cerrando, así van pasando por las diversas guardias sin que nadie se dé cuenta de lo que ocurre. Sus ojos han sido velados de tal modo que no ven nada. Pronto llegan ante la puerta de hierro que conduce a la calle y también esta puerta se abre imperceptiblemente para ellos. Un momento y... están en la calle. El ángel anda con Pedro durante unos momentos y cuando cruzan una calle el mensajero celestial vuelve a quien le envió. Pedro queda solo, está libre.

¡Si los guardias supieran que están vigilando una cárcel vacía!

Como si se tratara de un sueño. Pedro ha seguido a su compañero celestial, pero ahora que está solo en la oscuridad de la noche, vuelve en sí. Ahora comprende que no se trata de un sueño o de una visión, sino que es una realidad que está fuera de la cárcel. ¿Qué hacer ahora? No puede quedarse aquí, pues sus enemigos volverían a apresarlo. Reflexiona durante unos minutos y decide ir a la casa de una tal María. Esta mujer era la madre de Juan Marcos, probablemente hermana de Bernabé (Colosenses 4:10). Acerca de Bernabé ya os narré algo en el capítulo 98. Pedro sabía que frecuentemente, la Iglesia se reunía en esta casa y decide ir allí. Prudentemente se encamina a la casa de esta mujer.

Hechos 12: 5b y 12-19

Durante esta noche muchos miembros de la Iglesia del Señor están reunidos en la casa de María, la madre de Juan Marcos. Abatidos, están sentados... una noche, y su querido apóstol Pedro será llevado a la muerte por sus enemigos... Parece como si el Señor no escuchara sus oraciones. Ah, si pudieran ayudar a Pedro liberándolo de la cárcel... pero ellos saben que es imposible. El esfuerzo humano no puede hacer nada y, por ello, ardientes oraciones suben hasta Dios. Sólo el Señor puede salvar a su maestro de la muerte segura. No están desalentados, no renuncian a la oración, por el contrario, persisten en ella.

Lentamente van pasando las horas, la noche va avanzando, pero no se acuestan, no podrían dormir. La preocupación impregna sus corazones.

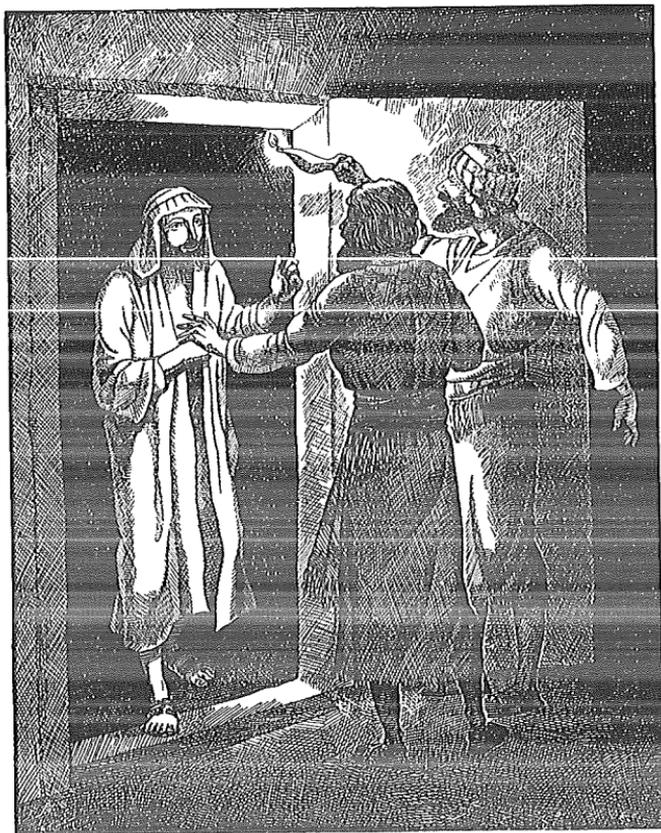
De pronto todos se sobresaltan; han oído golpear la puerta de entrada y se miran unos a otros con temor ¿Qué pasará? Es media noche y no esperan a nadie. ¿Serán sus enemigos? ¿Se habrá enterado Herodes que están reunidos en esta casa? ¿Habrá denunciado alguien la reunión? ¿Habrá enviado el rey soldados para arrestarles a todos? No lo saben. De nuevo vuelven a golpear la puerta. Hay que ver quien llama. Una muchacha llamada Rode, con gran temor se acerca a la puerta y pregunta: "¿Quién es?" Desde fuera una voz baja responde, ella reconoce la voz y un brote de alegría aparece en su rostro.

Ya sabéis quién es este visitante nocturno, ¿verdad? Pedro está a la puerta y desea entrar. Por la alegría y el nerviosismo, Rode se olvida de abrir la puerta y hace quedar fuera a Pedro y sale corriendo para decir a los demás: "Pedro está a la puerta de la entrada". Todos la miran asombrados "¿Pedro? Eso es imposible, estás equivocada, dicen incrédulamente" mientras menean sus cabezas con tristeza. "No me equivoco", insiste Rode. "Oí claramente su voz. Es él, podéis creerme."

Durante días habían estado rogando al Señor por la liberación de Pedro y, ahora que el Señor da esta liberación no lo creen. Temen engañarse, no se atreven a creerlo, porque si no es verdad la decepción será mayor y dicen: "Es su ángel", con lo que quieren decir, el Señor habrá enviado un ángel a Pedro a la cárcel para consolarlo, para protegerlo antes de morir. Ahora este ángel "custodio" llama a la puerta para anunciarnos ésto, Mientras discuten entre ellos, Pedro sigue golpeando la puerta.

Pues si es verdad lo que dice Rode, algunos se apresuran a la puerta y, por fin, abren. Sin demora, Pedro entra. Verdaderamente es él, pero ¿cómo es posible? Todos hablan a la vez en medio de gran confusión, le hacen toda clase de preguntas. Pedro, que no se puede hacer entender, dice con la mano que

guarden silencio. Por fin, se hace un silencio total. Pedro relata lo ocurrido esa noche; como el Señor le ha enviado un ángel que lo ha sacado de la cárcel, como las puertas se fueron abriendo por si mismas y los guardias no se enteraron de nada. Naturalmente Pedro no puede quedarse en Jerusalén. Sería peligroso, por ello antes de amanecer, sale de la ciudad, pero antes, les encarga que hagan saber esto a los demás y, sobre todo, a Jacobo, el autor de la epístola, que se encontraba en otro lugar esa noche.



Pedro, libertado de la cárcel, va en busca de los discípulos

No sabemos dónde se dirigió Pedro, pues la Biblia no nos dice nada. Es posible que los miembros que estaban reunidos en casa de María no se marcharan a dormir, pues si antes no pedían dormir por la tristeza, ahora no pueden dormir por la alegría.

Maravillosamente el Señor ha liberado a Pedro del poder de Herodes. Sus muchas oraciones no han sido en balde, el Señor las escuchó... a su tiempo. Que esta historia sea un estímulo para todos en la persistencia en la oración. Tenemos la tendencia a dejar la oración cuando el Señor no nos contesta inmediatamente; sin embargo, quiero aconsejaros que no hagáis esto. No os desalentéis porque aparentemente Dios no nos escuche. No olvidéis que no tenemos derecho a nada. Suplicad al Señor, sobre todo, la acción indispensable del Espíritu Santo. ¡Qué privilegio si el Señor escucha nuestras oraciones!

Comienza a amanecer; los soldados a quienes Pedro estaba atado despiertan y, asustados y consternados, ven que el preso ha desaparecido. Es un misterio. Con gran miedo llaman a los guardias que están fuera de la celda, estos abren rápidamente la puerta y con gran asombro se miran. Ninguno de ellos se ha enterado, ni ha visto nada. Pronto Herodes se entera de que su preso ha desaparecido a pesar de todas sus medidas. Se irrita terriblemente y hace venir ante él a los guardias y ordena a sus soldados que busquen a Pedro. Pero los soldados después de mirar por todas partes no encuentran a Pedro. Felizmente, Pedro, ya ha salido de Jerusalén, de lo contrario lo habrían vuelto a apresar.

Cuando Herodes conoce que no encuentran a Pedro interroga a los guardias. Está furioso porque su malvado propósito no ha tenido éxito. ¿Y qué dirán los principales de los judíos?. Los guardias no han podido aclarar qué ha ocurrido con Pedro, ellos han vigilado celosamente y no han visto ni oído nada, pero Herodes no cree en sus declaraciones y los manda encarcelar. Ceba su ira en los guardias inocentes y él mismo se marcha de Jerusalén a Cesarea, pues allí no lo molestarán los principales de los judíos. Allí no oírás sus palabras desdeñosas. Podéis estar seguros de que este fracaso ha humillado hasta el polvo el orgullo de Herodes.

Capítulo 107

UN REY SOBERBIO ES CITADO POR DIOS

Hechos 12: 20

Los habitantes de Tiro y Sidón andan por las calles con rostros sombríos, hablan en grupos, pero no están alegres... La alegría que generalmente reina en estas dos ciudades ha desaparecido. Todo está triste y sombrío. Porque Tiro y Sidón están sumidas en grandes dificultades. ¿Por qué? Existe la amenaza de una guerra y ello significa luto y tristeza, pobreza y escasez.

Herodes que fue nombrado rey del país de Canaán por el César romano, proyecta atacar a estas dos ciudades. Para las ciudades de Tiro y Sidón esto entrañaba un doble peligro ya que eran ciudades comerciales. Desde tiempos remotos los habitantes de estas ciudades se dedicaban a la navegación y en sus alrededores apenas existía la agricultura. El trigo y el aceite que necesitaban para su sustento diario, tenían que comprarlo en el país de Canaán. Desde los días de Salomón venían haciéndolo así.

Por la Biblia sabemos que Salomón necesitaba de madera de cedro para la edificación del Templo. Los cedros crecían en el monte del Líbano y este monte estaba en el país de Tiro. Hiram, rey de Tiro, hizo un pacto con Salomón para proveerle

de madera de cedro y, a cambio de esta madera, Salomón le proveía de trigo y aceite. ¿Sabías esto? Pues bien, desde entonces las cosas seguían así y ahora también recibían los alimentos del país donde Herodes reinaba. Por tanto si Herodes les declaraba la guerra no podrían importar el trigo y el aceite del país de Canaán y, como consecuencia, en Tiro y Sidón se desencadenaría el hambre, miles de personas se sumirían en el hambre y la miseria, otros caerían en la lucha y las ciudades perecerían. Por esto los habitantes de Tiro y Sidón están llenos de temor.

Los ayuntamientos de estas dos ciudades estudian los medios posibles para evitar la catástrofe que se avecina. Piensan enviar una comisión a Herodes para suplicarle la paz, quién quizás le escuchará. Poco tiempo después los embajadores de Tiro y Sidón llegan a Cesarea y piden ayuda a Blasto, que es uno de los camareros mayores de Herodes. Hablan con este poderoso cortesano y él promete interceder por ellos ante el rey. Herodes piensa que es el más alto honor, que estas dos ciudades poderosas vengan humilladas a suplicarle la paz. Este acto adula su soberbio corazón que arde de orgullo. Herodes piensa que le tienen mucho miedo y ahora que vienen suplicándole tan humildemente la paz, accederá a sus deseos y no les declarará la guerra. Se dirigirá públicamente a ellos y los dejará ir en paz. Hace anunciar el día que los recibirá, en la Biblia podemos leer: “un día señalado”, es decir, este día fue fijado de antemano.

Hechos 12: 21-23

En Cesarea existía un gran teatro y, es muy posible que este teatro fuera el lugar señalado para celebrar la ceremonia. Los embajadores de Tiro y Sidón, al alborear de ese día, ya están preparados. Gran parte del pueblo de Cesarea también ha venido para escuchar el discurso. Todos sienten gran curiosidad. De pronto el murmullo de miles de voces enmudece, se hace silencio total. ¿Cuál es la causa? El rey entra en el inmen-

so edificio y soberbiamente se dirige al asiento destinado para él. En esta ocasión. Herodes, se ha adornado con sus vestiduras reales, en las que brillan los bordados de plata que las adornan, los rayos del sol se reflejan en la blanca plata...



Herodes herido por un ángel

Todos siguen con su mirada al rey, mientras se encamina a su trono. Apenas se sienta comienza a hablar. ¿De qué ha hablado? No lo sabemos ya que la Biblia no nos lo dice, pero podemos estar seguros de que ha sido un discurso en que se ha auto enlazado, se ha dado honor a sí mismo, se ha alabado a sí mismo

como un buen rey, que benévolamente va a acceder a las súplicas y no hará la guerra a Tiro y Sidón. Él les será clemente.

El discurso es escuchado en un total silencio y, apenas ha terminado, la numerosa multitud le aclama acaloradamente. La multitud clama: "Voz de Dios, y no de hombre". ¿Lo oís? El pueblo le da honores divinos. Herodes oye estas palabras y en su rostro aparece una sonrisa de felicidad, es más de lo que esperaba. Su corazón se hincha de orgullo. El pueblo le adora como a Dios y él lo admite. No prohíbe que pronuncien palabras tan impías y no hace callar a este insensato pueblo, al contrario consiente y se deleita en ello.

Súbitamente su rostro se vuelve tremendamente pálido, se encoge y grita, el sudor brota de su frente, su rostro sigue palideciendo. El pueblo sale del teatro y es posible que el rey sea llevado a su palacio. ¿Qué ha ocurrido? Podéis leerlo: "Al momento un ángel del Señor le hirió". Cuando este príncipe impío acepta el honor divino que el pueblo le da, Dios intervino y castigó al soberbio rey. Un ángel le hirió y cayó mortalmente enfermo. En la Biblia podemos leer que: "expiró comido de gusanos". Por eso se encogió el rey y gritó tanto, porque los gusanos en sus entrañas le causaban tan intenso dolor que era insoportable. Dios quiso hacerle sentir que no era un Dios, sino un hombre débil y pequeño.

No sabemos cuanto tiempo vivió, pero durante ese tiempo no ha tenido un momento de descanso, el dolor tan terrible no lo ha dejado conciliar el sueño, su cuerpo era de tal forma atormentado que, quizás, ha dado gritos. Poco tiempo después, murió, ya no podía hacer la guerra. Fue citado ante el formidable Tribunal de Dios. Para él, el tiempo de la Gracia había pasado. El crimen del inocente apóstol Jacobo, que fue decapitado por él y sus otros crímenes llenarán eternamente su alma de remordimiento y pesadumbre. En el día del juicio, su cuerpo también será resucitado, pero, entonces, el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos.

Dios es celoso de su honor y no se deja burlar impunemente. No se lo permite a Herodes, pero tampoco, el Juez justo, lo soportará en nosotros. Pensad seriamente en ello.

Capítulo 108

PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Hechos 9:26-30 y 11:19-30

Muy lejos, al norte de las ciudades de Tiro y Sidón, estaba ubicada la gran ciudad de Antioquía, que en aquellos días era una metrópoli. Allí se iniciaban los grandes caminos y las caravanas hacia el oriente. Antioquía era la tercera ciudad en importancia del inmenso imperio romano, sólo dos ciudades eran más grandes que ella. Antioquía no tenía puerto de mar, estaba un poco más tierra adentro; su ciudad marítima y portuaria era Seleucia, algo así como un arrabal de Antioquía. Si miráis el mapa impreso en este capítulo, lo veréis. En esta región habitaban muchos judíos y tenían una gran sinagoga en Antioquía.

Cuando la iglesia de Jerusalén fue dispersada, muchos cristianos fueron de Jerusalén a Antioquía y allí predicaron al Señor Jesús. Leemos esto en Hechos 11:21: “Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor”. Así se organizó en Antioquía una iglesia cristiana floreciente. Cuando los apóstoles en Jerusalén supieron esto, enviaron a Bernabé a esta nueva iglesia, quien emprendió viaje a Antioquía y llegando allí, comenzó a predicar el Evangelio, y el Señor bendijo esta predicación, pues de nuevo, muchos fueron converti-

dos por el Señor, de tal manera que la congregación de Antioquía llegó a ser demasiado grande para Bernabé solo.

Le era imposible realizar toda la obra por sí mismo y decidió recurrir en busca de ayuda. Para ello, primeramente parte hacia Tarso. ¿Por qué viaja precisamente a Tarso? ¿Quién de vosotros recuerda quién nació en Tarso? Saulo, el perseguidor de la iglesia de Jerusalén, que fue convertido por Dios en el camino a Damasco. Esto ya lo narramos en el capítulo 103. Al final de este capítulo, dijimos que Saulo, al que en adelante llamaremos Pablo, huyó de Jerusalén a Damasco, después que lo descolgaron en una canasta por la muralla de la ciudad.

Sin embargo, la gente en Jerusalén no creía que este cruel perseguidor se había convertido de verdad. No se atrevían a recibirlo en sus círculos. Entonces Bernabé tomó consigo a Pablo y lo presentó a los apóstoles, y entonces éstos lo aceptaron y admitieron en su círculo. Los judíos de Jerusalén quisieron matar a Pablo, porque predicaba audazmente en el Nombre de Jesús y trataba de convencer a los judíos "griegos" de que Jesús el Nazareno era el verdadero Mesías. Cuando los hermanos, quizás los mismos apóstoles, se enteran de que los judíos "griegos" quieren matar a Pablo, advierten de ello al valiente predicador y lo llevan a Cesarea. Desde aquí, Pablo viajó solo a su ciudad natal, Tarso.

Bernabé sabía que Pablo estaba en Tarso y, por esta razón, fue hasta allí para buscarlo. Muy pronto le encuentra y, juntos, vuelven a Antioquía. En lo sucesivo, Pablo ayudará a Bernabé en la iglesia de Antioquía, pues existe gran abundancia de trabajo. Cuando hubo una gran hambre en la región de Cesarea, la iglesia de Antioquía envió a Pablo y Bernabé con dinero a Jerusalén para que los apóstoles pudieran emplearlo en ayudar a los pobres. Pero como la gran iglesia de Antioquía no podía prescindir mucho tiempo de ambos predicadores, éstos volvieron cuanto antes.

La iglesia de Antioquía aumentaba más y más en número y el Señor despertaba dones y ministerios, como maestros y también algunos profetas. Tal vez el inicio de este capítulo es

un poco complicado, pero era necesario esta introducción para que conozcáis la situación de la iglesia de Antioquía y comprendáis mejor lo que sigue.

— — — — —

Hechos 13: 1-12

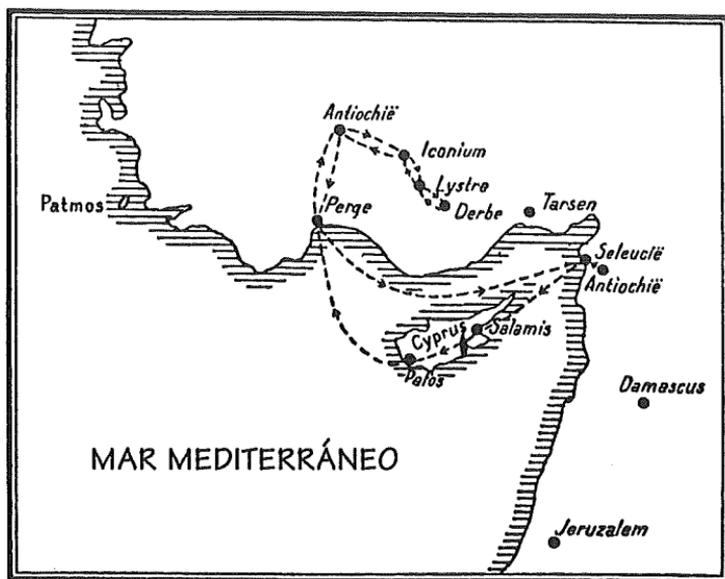
Un día tres hombres salen de la metrópoli de Antioquía camino de Seleucia, el arrabal de Antioquía. ¿Quiénes son? Ya los conocéis. Uno es Bernabé, que ya hace tiempo trabaja en Antioquía, el segundo es Pablo, que fielmente ayuda a Bernabé, y el tercero es Marcos, un sobrino de Bernabé. La madre de Marcos era María, a cuya casa fue Pedro cuando fue liberado por el ángel, en la cárcel. ¿Por qué salen de Antioquía? ¿Dónde van? El Espíritu Santo ha llamado a Pablo y Bernabé para realizar una obra especial. Tienen que ir al mundo pagano para anunciar por todas partes el Evangelio a los paganos. Son escogidos por Dios para realizar la obra misionera. Marcos, el sobrino de Bernabé, marcha con ellos para ayudarlos en el trabajo. Por esta razón han salido de Antioquía y han emprendido este viaje.

¿Adónde ir? El mundo pagano es muy extenso. Bernabé propone ir primero a la isla de Chipre, es la isla donde él ha nacido. Pablo y Marcos no tienen nada en contra de esta propuesta y así comienzan muy animados su primer viaje misionero. Vamos a viajar con ellos para ver lo que sucede en este viaje.

De Antioquía se dirigen al puerto de Seleucia, donde encuentran un barco dispuesto para salir. Se embarcaron y muy pronto zarpan con rumbo a la isla de Chipre. Después de un viaje próspero llegan a Salamina. Aquí hay una sinagoga de los judíos, y en ella, los "misioneros" predicán al Señor Jesús. Desconocemos por cuanto tiempo permanecieron en la ciudad de Salamina, pero después de un período más o menos largo, salen de Salamina y, atravesando la isla de Chipre, llegan a la ciudad de Pafos, que está al lado opuesto de Salamina.

En Pafos vive un procónsul romano, llamado Sergio Paulo. Este procónsul se entera de que tres misioneros han llegado a la ciudad y quiere saber qué es lo que estos tres hombres tienen que anunciar, así pues, hace venir a Pablo y Bernabé ante él para oír la Palabra de Dios. Con todo énfasis, Pablo y Bernabé predicán el Evangelio a este procónsul pagano. Le anuncian al Señor Jesús, el Hijo de Dios, que vino para salvar a los pecadores perdido. Estas palabras producen una impresión tremenda en Sergio Paulo.

Pero, mirad, de pie, muy cerca del procónsul, hay un hombre en cuyo rostro se dibuja el descontento, sus ojos brillan maliciosamente y en sus labios hay un rictus burlón. Cuando ve que el procónsul escucha atentamente las palabras de Pablo y Bernabé y que cree esta predicación, dice en tono insultante: "No tienes que creer a estos extranjeros, oh procónsul, te están engañando. Este Jesús, del cual hablan, no es el Hijo de Dios,



El primer viaje misionero de Pablo

era el hijo de un sencillo carpintero de la desaparecida aldea de Nazaret. Estos hombres tratan de embaucarte". Pérfida es la lengua de este hombre, ¿verdad? Pero ¿de quién se trata? Es un judío, mago y falso profeta, llamado Elimas.

Este Elimas tenía una gran influencia sobre el procónsul Sergio Paulo. Probablemente conseguía grandes ganancias allí. El procónsul estaba subyugado por su influencia y creía por completo cuanto él decía. Ahora, ante el anuncio del Evangelio por parte de Pablo y Bernabé, en lo más profundo del alma de este procónsul pagano se origina un sentimiento de respeto y veneración por la Palabra del Señor. Siente que lo que dicen estos hombres es verdad. Elimas, el mago, se da cuenta de esto y se asusta, pues si ocurriera esto, perdería toda influencia y el procónsul no lo volvería a escuchar. Por esta razón trata de ridiculizar las palabras de Pablo y Bernabé, para apartar a Sergio Paulo de la fe.

Satanás le incita a calumniar a Jesús el Nazareno. El procónsul escucha las palabras insultantes de Elimas y, en su corazón, surge la duda... ¿Será verdad lo que dice Elimas? ¿Tratarán estos hombres de engañarlo? Inquisitivamente mira a los extranjeros... Pablo percibe que hay lucha en el alma del procónsul pagano, es la lucha entre la mentira y la verdad. En su alma eleva una oración a Dios pidiéndole ayuda. ¿Vencerá Satanás? Su súplica es escuchada en el cielo y una alegría celestial llena el corazón de Pablo, que es colmado por el Espíritu Santo.

Clavando sus ojos en Elimas con una mirada llena de indignación, le dice: "Oh hijo del diablo, lleno de todo engaño y de toda maldad. Tratas de trastornar los rectos caminos del Señor, pero el Señor te castigará y serás ciego por algún tiempo". El procónsul romano, lleno de asombro, mira a Pablo; después dirige su mirada a Elimas y... lo ve, sucede tal como Pablo ha dicho. El mago judío extiende las manos y, palpando, trata de encontrar la puerta. Este judío mentiroso se ha vuelto ciego. En la Biblia leemos: "E inmediatamente cayeron sobre él oscuridad y tinieblas". Tiene que ser conducido de la mano, ha sido un gran castigo para él, pero este juicio se lo ha merecido.



Elimas, el encantador, es cegado

Este suceso produce una tremenda impresión en Sergio Paulo y se da cuenta de que Pablo y Bernabé no son unos impostores, sino que, por el contrario, el impostor es Elimas. La duda se aleja de su alma... pero, leed lo que está escrito de él: "Creyó, maravillado de la doctrina del Señor". El diablo, una vez más, fue vencido. Jesús el Príncipe de la vida, demostró ser más fuerte que el príncipe de las tinieblas. Podemos estar seguros de que los misioneros se gozaron grandemente. Esto les daba fuerzas y ánimos para continuar la obra.

Hechos 13: 13

Lentamente un barco se aproxima a la costa de Asia Menor. En el horizonte se divisa la ciudad de Perge. En la cubierta de proa tres hombres están de pie; como ya comprendéis, se trata de Pablo, Bernabé y Marcos. No se quedaron en la ciudad de Pafos, en Chipre, sino que tomaron un barco que se dirigía rumbo a Perge. Probablemente la despedida de Sergio Paulo ha sido muy cordial. Ahora, allí de pie, miran el país que está delante de ellos. Muy pronto desembarcarán y proseguirán tierra adentro... ¿Qué les espera allí? No lo saben, pero tienen mucho ánimo y confían que el Señor los acompañe.

Con alegría viajan a un futuro desconocido, lleno de peligros... No, Pablo y Bernabé no tienen miedo. ¿No tienen miedo? No es de la misma opinión el tercer hombre que viaja con ellos. Marcos, el compañero de Pablo y Bernabé, también ve el país lejano y desconocido, pero él sí tiene miedo. Es peligroso viajar, todo este trabajo está lleno de peligros... ¿No les harán daño los gentiles de las ciudades por las que pasen? ¿Serán asaltados por los bandoleros? No está muy seguro, al pensar esto, Marcos se asusta. ¿Volverá, algún día, a ver a su madre? Su madre, ¡qué lejos está! Ella está segura en Jerusalén y, él navegando sobre las olas del Mar Mediterráneo, camino de un futuro desconocido, un futuro lleno de peligros y amenazas.

No, Marcos no está alegre, está asustado. Suspira por volver a Jerusalén. Desea ardientemente estar con su madre y decide no ir más lejos. Desde Perge se volverá. Poco tiempo después, el barco atraca en Perge y los tres hombres de la cubierta de proa salen del barco y, entonces, Marcos dice que desea regresar a Jerusalén. Por la historia vemos que Pablo se opone a ello. No le parece bien que Marcos los abandone ahora. Pero Marcos insiste. Bernabé no dice nada al respecto, pues Marcos es familiar suyo. Por fin, Pablo y Bernabé deciden continuar la obra los dos solos y Marcos regresa a Jerusalén. ¿Tendría paz en su corazón?

Capítulo 109

PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Hechos: 13: 12-52

Marcos se volvió, abandonando a Pablo y a Bernabé, ¿Queréis volveros también vosotros, o acompañamos a Pablo y Bernabé? Viajemos pues. Pablo y Bernabé no se quedan en Perge, sino que siguen hacia el norte hasta llegar a la ciudad de Antioquía. Naturalmente no se trata de la misa ciudad de Antioquía de la que habían salido. Esta ciudad de Antioquía era mucho más pequeña que la metrópoli de la que ellos venían. Sin embargo, en esta ciudad de Antioquía también vivían muchos judíos e incluso, tenían una sinagoga.

Cuando llega el día sábado, los dos misioneros se dirigen a la sinagoga y se sientan allí. El principal de la sinagoga lee en primer lugar la ley y, después, una parte de los libros de los profetas. Después de la lectura de la ley, el principal de la sinagoga pregunta a ambos extranjeros si tienen algo que decir. Sin demora, Pablo se levanta, alegre por la oportunidad que se le brinda. Comienza su discurso, recordando a los judíos que escuchan la maravillosa historia del pueblo judío; cómo hace muchos siglos, Dios los libró de Egipto y los condujo al país de Canaán, y cómo aquí el Señor

cuidó de ellos, les dio jueces en los tiempos de guerra y, después, reyes.

Pablo los conduce a que presten atención a David. "Pues bien", dice Pablo, "de la descendencia de David nació el Señor Jesús, como anunciaron los profetas". Estas profecías han sido cumplidas con la venida del Mesías. Entonces relata cómo el pueblo judío entregó a este Jesús, el Hijo de David, al procurador romano Poncio Pilato; les narra cómo Jesús fue entregado a la maldita muerte de cruz, pero también, cómo resucitó de la muerte.

Ahora este Jesús vive y está en el cielo, adonde subió. "Ah, dice Pablo, por este Jesús vuestros pecados pueden ser perdonados". Derramó su Sangre hasta la muerte por pecadores culpables. Creed, pues, en éste Salvador y no lo rechazéis. Si le menospreciáis, el juicio de Dios vendrá sobre vosotros y seréis condenados. Con mucha seriedad les habla, amonestándolos a que crean y dejen la incredulidad. Los judíos lo han escuchado con mucha atención, pero cuando salen del culto, no se ponen de acuerdo entre sí. Algunos creen y siguen a Pablo y Bernabé. Otros menean la cabeza con desprecio y se marchan no creyendo las palabras de la salvación.

Al sábado siguiente se reúne una gran multitud. Está presente casi toda la ciudad. ¿Por qué? Los gentiles habían rogado a Pablo y Bernabé que les hablasen el Evangelio y ellos estuvieron de acuerdo. Por toda la ciudad se extiende la noticia de que los dos predicadores les van a hablar y todos quieren estar presentes, todos quieren escuchar la predicación.

Todos los que pueden se dirigen al lugar donde los misioneros van a predicar.

¿Deseáis, vosotros, de igual forma ir al culto? O ¿vais a regañadientes? ¿Vais porque vuestros padres os obligan a hacerlo? Si es así, estos gentiles os dan el ejemplo que, quizás os haga sentir vergüenza,

Cuando Pablo comienza a predicar se hace un gran silencio y la multitud escucha la predicación de Pablo. Esta religión es muy diferente al culto idolátrico de sus templos.

De pronto, el silencio absoluto es perturbado irrespetuosamente. Unas voces se alzan gritando: "No creáis a estos extranjeros, os están engañando." ¿Quiénes son los que gritan? Son algunos de los judíos que el sábado pasado escucharon la Palabra de Dios. Son judíos incrédulos. Cuando se dan cuenta de que casi toda la ciudad se ha reunido para escuchar a Pablo y Bernabé, se enfurecen, no lo pueden soportar y tratan de contradecir a Pablo y ridiculizar sus palabras, que no son otras que la Palabra de Dios.

Así blasfeman de las buenas nuevas el Evangelio. Entonces, Pablo y Bernabé se dirigen a estos judíos y les dicen: "Os hemos anunciado a vosotros primero el mensaje de la salvación y vosotros lo habéis rechazado. Pues bien, nosotros nos vamos a los gentiles, porque también para los gentiles hay posibilidad de salvación. A ellos también les será anunciado el Evangelio. El Señor Jesús nos ha ordenado que a ellos también les anunciemos las palabras de vida.

Cuando la multitud escuchó esta audaz respuesta se alegró mucho y se regocijaron. Muchos, gran número de ellos, fueron convertidos a Dios. En la Biblia podemos leer: "Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna". El número de los elegidos será completado, no sólo con los judíos, sino también con los gentiles, y muchos glorificarán a Dios para siempre.

El Espíritu Santo obraba en el corazón de muchos gentiles, abandonaban sus ídolos y abrazaban la fe del único Salvador, Jesucristo. No sólo los habitantes de la ciudad de Antioquía, sino también muchos de toda aquella provincia, creyeron la Palabra del Señor. De esta forma, en Antioquía se organizó otra gran iglesia cristiana.

Pero... el príncipe de las tinieblas no descansaba... Llenaba a los judíos de ira y enfado y ellos, a su vez, incitaban a los principales de la ciudad contra Pablo y Bernabé. Decían a los gobernantes que eran unos revolucionarios que incitaban al pueblo a resistir al César... Los gobernadores creyeron estas mentiras y se proponen detener a los dos predicadores.

Cuando los dos misioneros se enteran de sus intenciones, abandonan rápidamente la ciudad y prosiguen su viaje, llenos de alegría y sin ningún temor. Dios ha bendecido ricamente su predicación y ¿a quién van a temer? Si Dios está con ellos ¿quién estará contra ellos? Miradlos, siguen caminando al futuro desconocido.

Hechos 14: 1-6

Hay un silencio absoluto en la sinagoga de Iconio. Todos escuchan sin respirar las palabras de dos hombres extranjeros. Esos dos predicadores, como ya os imagináis, son Pablo y Bernabé, que salieron de la ciudad de Antioquía cuando los gobernantes de aquella ciudad se proponían apresarlos. Siguieron su viaje y han llegado a Iconio. También en Iconio hay una sinagoga de los judíos y ellos se han dirigido a ella y ahora están predicando “el camino de la salvación” a una multitud numerosa, que ha venido a la casa del Señor. Con respecto les anuncian al Señor Jesús, que vino para lograr la salvación de los pecadores perdidos. En la sinagoga también había muchos griegos, que eran gentiles, pero habían aceptado la religión judía.

Cuando Bernabé y Pablo callan, se hacen unos momentos de silencio. Todos están meditando en lo que han oído... Más aún, el Espíritu Santo obra en los corazones de muchos y una gran multitud cree en el Señor Jesús. También hay muchos que no creen, rechazan al Señor Jesús y hablan con menosprecio del “carpintero de Nazaret”. Estos azuzan a los gentiles de la ciudad contra Pablo y Bernabé. Pero los dos misioneros no se desaniman por ello, antes al contrario, siguen predicando la Palabra de Dios en los días que siguen. El Señor concede que sean hechas muchas señales. La Biblia no nos dice qué clase de señales y maravillas fueron, pero podemos pensar que se trataba de sanidades, es decir, que

muchos enfermos e inválidos eran sanados en el nombre del Señor Jesús.

Sin embargo aquí también vemos la lucha entre la mentira y la verdad.

Los judíos incrédulos siguen blasfemando y consiguen reunir una gran multitud contra los audaces predicadores. Esta multitud furiosa y amenazadora grita palabras y amenazas. Probablemente se han congregado delante de la casa donde están alojados Pablo y Bernabé. Quieren apoderarse de los misioneros y apedrearlos. Los fieles judíos y gentiles miran con inquietud a esta multitud que está en la calle gritando y amenazando. Temen por las vidas de Pablo y Bernabé ya que la situación es muy peligrosa para ellos en Iconio.

Por consejo de los fieles hermanos, Pablo y Bernabé deciden huir, no deben exponer sus vidas al peligro deliberadamente. Sin embargo, su estancia en Iconio no ha sido en balde, como resultado de su predicación también aquí se ha establecido una floreciente iglesia. Clandestinamente salen de la ciudad y prosiguen su viaje. Mirad los dos misioneros caminando por sendas desconocidas. No sabemos si siguen las "vías" o caminos", que los romanos habían construido.

A lo lejos se ven las torres de la ciudad de Listra. Aquí, en esta ciudad, anunciarán la Palabra de Dios. Enseñarán a este pueblo que desconoce al Señor Jesús. ¿Cómo recibirán éstas palabras? ¿Qué les esperará? No lo saben, pero no hay temor en sus corazones. Están convencidos que la predicación no es cosa de ellos, sino de Dios y con esta convicción, al fin alegremente entran en la ciudad de Listra, atravesando las puertas de su muralla...

Hechos 14: 7-18

Escuchad. A lo lejos se oye un ruido, podemos distinguir que procede de un gran griterío. El ruido aumenta y una mul-

titud se acerca lentamente ¿Qué es lo que ocurre? Se acercan, a la cabeza de la multitud van unos bueyes mugiendo. En la cabeza de los animales han colocado coronas, hechas con hojas de robles. Tras los bueyes marchan unos sacerdotes cubiertos con blancas ropas y, a continuación, sigue una gran multitud que habla entre sí agitada y turbulenta. ¿De qué hablan? ¿Por qué están tan excitados? Oíd lo que dicen: "Dioses, bajo la semejanza de hombres, han descendido a nosotros". ¡Qué cosa más extraña! ¿Qué quieren decir con estas palabras? Sencillamente quieren decir que los dioses han descendido a la tierra y ahora todos quieren ofrecerles sacrificios. Los solemnes y ceremoniosos sacerdotes vestidos de blanco, matarán los bueyes para los sacrificios y el humo de las víctimas se elevará a lo alto.

¿Los dioses han descendido? ¿Dónde están? Venid conmigo y los veréis. Muy cerca de la ciudad de Listra está el suntuoso templo de Júpiter, el principal dios de la ciudad pagana. Se acercan a las puertas de este templo o, quizás, también, es posible que estén a las puertas de la ciudad. Los sacerdotes lo preparan todo. Muy pronto las nubes de humo subirán en honor de los dioses, que han descendido. Pero, ¿dónde están esos dioses? Vedlos allí, de pie. Esos dioses son... unos hombres sencillos, que miran con confusión y asombro en sus rostros lo que se está haciendo... Esos dos hombres son Pablo y Bernabé, los dos predicadores del Evangelio.

Con miradas llenas de respeto, pero al mismo tiempo llenas de superstición, la multitud los mira fijamente... Los sacrificios cruentos serán hechos en su honor, pues la multitud los toma por dioses. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Ha ocurrido un milagro y toda la ciudad de Listra está alborotada, todos hablan de ello. Un cojo de nacimiento, que jamás había dado un sólo paso, ha sido curado milagrosamente en un momento.

Cuando Pablo y Bernabé entraron en la ciudad y comenzaron a predicar el Evangelio, vieron a este hombre sentado al lado del camino; probablemente estaba pidiendo limosna. Las palabras de los predicadores habían impresionado pro-

fundamente el alma de este inválido. De pronto, Pablo, le dice en alta voz: "Levántate derecho sobre tus pies." Y este hombre, oyendo el mandato, saltó y anduvo; todos pudieron verlo y, ahora, los habitantes de Listra, pensaban que Pablo y Bernabé eran dioses que habían descendido a la tierra en la apariencia de hombres. A Bernabé lo llaman Júpiter y a Pablo Mercurio. Júpiter y Mercurio eran dos ídolos que adoraban en Listra. Pobres gentiles ciegos, no sabían otra cosa y ahora quieren dar honores divinos y ofrecer sacrificios a estos dos predicadores.



Pablo y Bernabé impiden que se ofrezca el sacrificio.

Pablo y Bernabé se lanzan entra la multitud diciendo: "No lo hagáis, no hagáis ésto. No somos dioses, solamente somos dos hombres, nada más que eso. Somos personas como vosotros. Precisamente hemos venido para anunciaros al único y verdadero Dios del cielo y de la tierra. Doblad las rodillas y creed en Jesucristo."

La multitud escucha con asombro. Algunos insisten en sus deseos de hacer sacrificios, a pesar de las palabras de Pablo y Bernabé. Difícilmente Pablo y Bernabé consiguieron calmar a la multitud. La Biblia nos dice: "Difícilmente lograron impedir que la multitud les ofreciera los sacrificios". Por fin, prestan atención a las amonestaciones de los extranjeros. Algunos creen en la Palabra de Dios, otros no, pero el sacrificio no se lleva a cabo, de lo cual Pablo y Bernabé se alegraron. Habían podido impedirlo.



Hechos 14: 19-28

Nuevamente un ruido confuso llega a nuestros oídos. Vamos a ver qué sucede. De nuevo hay una multitud congregada, gritando y vociferando. ¿Otra vez quieren realizar sacrificios? No, en esta ocasión una multitud frenética por la ira, arroja piedras contra un hombre que está indefenso en medio de ella. Este hombre es... Pablo. Las piedras que le arrojan golpean su cabeza, su cuerpo, sus pies. De repente, Pablo se desploma, cae al suelo. ¿Está muerto? Así parece, ha quedado rígido, no se mueve. Está inmóvil en el suelo, unos hombres cogen su cuerpo, lo arrastran por las calles y lo llevan fuera de las puertas y lo arrojan al ampo. Allí las fieras se encargarán de devorarlo.

¿Por qué apedrearon a Pablo? Pocas horas antes los habitantes de Listra lo querían adorar como a dios y ahora lo apedrean. ¿Por qué este cambio? Los judíos incrédulos y enemigos de la fe, de las ciudades de Antioquía y de Iconio, de los que antes hablamos, habían seguido a Pablo y Bernabé. No podían soportar la idea de que el Evangelio también fuera predicado en Listra e incitaron a los habitantes de esta ciudad contra los dos misioneros. Dijeron al pueblo que Pablo y Bernabé eran unos impostores, unos revolucionarios. Los gentiles incrédulos oyeron estas mentiras y dieron crédito a estas falsas acusaciones e indignados y furiosos, apedrearon a Pablo. No sabemos dónde estaba Bernabé, pero de todas formas, sabemos que él no fue apedreado.

¡Qué bajeza la de estos judíos! ¿Verdad? No pueden soportar que a los gentiles les sea anunciado el camino de salvación. Ahora, se han salido con la suya. Pablo ha sido apedreado y está muerto. Al menos, así lo creen ellos. Haciendo muecas se marchan y también la multitud a la que han incitado. Muy pronto todos están en sus casas y Pablo queda sólo, tendido en el campo... No será así, prudentemente y con mucha cautela se acercan unos hombres. Con miradas llenas de misericordia miran al fiel predicador. Se trata de algunos discípulos, habitantes fieles, convertidos por el Señor. Dios ha bendecido la predicación del Evangelio de Pablo y Bernabé en sus corazones. En la Biblia podemos leer: "que lo rodearon". También ellos piensan que Pablo está muerto y van a sepultarlo con gran tristeza en sus corazones.

En ese momento, el cuerpo de Pablo aparentemente muerto, se mueve, alza los ojos, y ante el gran asombro de los discípulos se levanta, está restablecido por completo. Esto es también una maravilla. Habían pensado que Pablo estaba muerto, pero se habían equivocado. No estaba muerto. El Señor quitó el dolor y devolvió a Pablo las fuerzas perdidas. Podemos imaginar el gran gozo que todos han experimentado. Juntos vuelven a la ciudad. Sin embargo, Pablo y Bernabé deciden no permanecer por más tiempo en ese lugar, la ciudad de Listra se ha convertido en un lugar peligroso para ellos. Salen de la ciudad y se dirigen a Derbe, ciudad cercana a Listra. Su estancia en Listra no ha sido en vano, pues también aquí, se ha establecido una iglesia cristiana. La Palabra de Dios nunca vuelve vacía.

De lo realizado en Derbe poco sabemos, la Biblia nos dice que predicaron el Evangelio e hicieron muchos discípulos. Como vemos, en esos días gran número de personas eran convertidas, ¿verdad? En cada ciudad donde llegan los misioneros el Señor bendecía su predicación en el corazón de muchos.

No sabemos el tiempo que permanecieron en Derbe, pero poco tiempo después, Pablo y Bernabé deciden regresar a su lugar de partida. Salen de Derbe y vuelven a Listra, de aquí parten a Iconio, luego a Antioquía y después, a Perge. En todas

estas ciudades se habían establecido iglesias; ahora, en esta segunda visita, se constituyeron ancianos en cada iglesia, los cuales fueron confirmados en sus ministerios por Pablo y Bernabé. Al regreso también predicaron en Perge, también aquí anunciaron la Palabra. Después tomaron un barco que los llevaría de nuevo a Antioquía. En su viaje de regreso no visitaron Chipre, bordearon las costas de esta isla y muy pronto llegaron a la gran ciudad de Antioquía, desde donde habían iniciado este su primer viaje misionero.

Estos dos audaces predicadores tienen muchas cosas que contar a los demás y, efectivamente, lo hacen. Reúnen a la iglesia y les cuentan las maravillas de Dios y cómo muchos gentiles han creído en el Señor Jesús como su Salvador, por la obra del Espíritu Santo. De regreso a Antioquía pueden descansar de tan largo viaje. Durante un tiempo quedan en la metrópoli de Antioquía, trabajando de nuevo en esta iglesia. Pablo y Bernabé están, una vez más, "en casa".



Hechos 15: 1-35

Ahora vamos a hablar del viaje que Pablo y Bernabé van a realizar a Jerusalén para asistir a una asamblea con los apóstoles en esta ciudad.

Los judíos convertidos por Dios exigían que los gentiles que habían creído, tenían que ser circuncidados antes de ser reconocidos como miembros de la Iglesia. Sobre este tema se había originado una gran discusión, pues Pablo había dicho que esto no era necesario. La asamblea de Jerusalén trató de este tema y, en esta asamblea, efectivamente, se dio la razón a Pablo. Allí se decidió que los gentiles no necesitaban ser circuncidados, solamente deberían abstenerse de los alimentos santificados a los ídolos.

En esta asamblea de Jerusalén se trataron otros varios temas, pero como todo ello resulta un poco complicado, de momento, vamos a quedarnos aquí y no os olvidéis de lo que hemos dicho.

Capítulo 110

==== "PASA Y AYÚDANOS" ====

Hechos 15: 36-40

"Vayamos a ver cómo están nuestros hermanos. Visitemos las iglesias en las que estuvimos en nuestro primer viaje misionero", le dice Pablo a Bernabé. Bernabé acepta y se dispone a viajar por el mundo de los gentiles. Se hacen preparativos para un largo viaje.

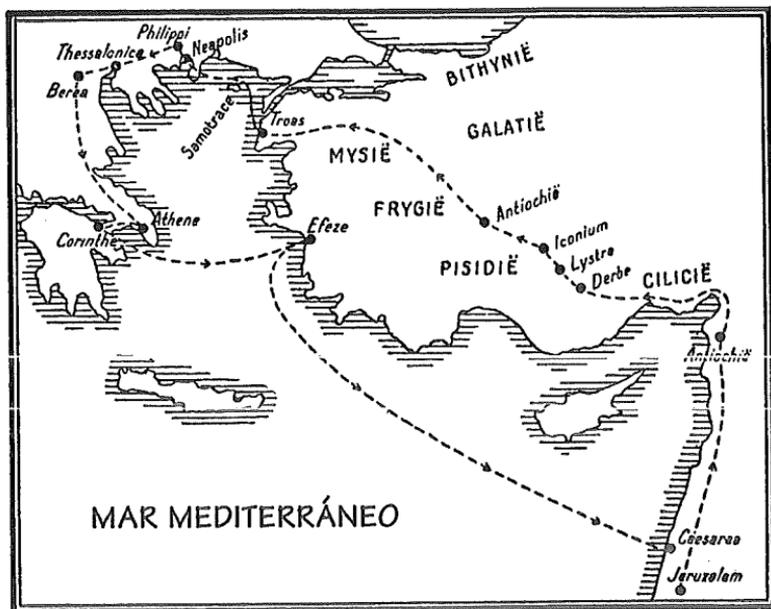
"¿Sabes qué haremos?" propone Bernabé, "tomaremos a Marcos para que nos acompañe y ayude." Pablo niega con la cabeza de forma rotunda. "En el puerto de Perge se separó de nosotros", objeta Pablo "no lo haremos.. Entonces nos abandonó y, por ello, no nos acompañará ahora"

"Yo deseo que Marcos nos acompañe", sostiene Bernabé con obstinación.

"No", responde Pablo con aspereza. Los dos predicadores se enfrentan. Bernabé quiere, a toda costa, imponer su voluntad, pero Pablo sigue negándose a ello. "Entonces irás solo" dice Bernabé enojado. "yo tomo a Marcos y no hablemos más de ello".

Bernabé se marcha con expresión airada, busca primero a su primo Marcos y los dos se embarcan rumbo a la isla de Chipre. Es una lástima que aquella unión tan eficaz termine con esta discusión entre los dos fieles predicadores. Podéis

estar seguros que Pablo, en su corazón, sentía una profunda aflicción. Sin embargo no marcha solo, sino que toma a Silas para que lo acompañe. Salen, encomendados por los hermanos a la Gracia del Señor. En Hechos 15: 32 leemos que Silas era un profeta y predicaba la Palabra de Dios.



El segundo viaje misionero de Pablo

Pablo y Silas se preparan para el viaje; en esta ocasión Pablo no irá a la isla de Chipre ya que Bernabé se ha dirigido a ella. Pablo viaja por tierra. Podéis consultar el mapa impreso aquí y ver en él el itinerario seguido por Pablo, marcado por la línea negra. Dejan la ciudad de Antioquía y comienza el segundo viaje misionero de Pablo. ¿Los acompañamos?

Hechos 15: 41 y 16: 1-18

Primero visitan las iglesias que están en las ciudades de Derbe, Listra, Iconio y Antioquía; Pablo ya estuvo en ellas en su primer viaje misionero. Ahora, nuevamente, predicán en estas ciudades.

En Listra encuentran un joven creyente, que se llama Timoteo y que se une a ellos como compañero de viaje.

Cuando dejan Antioquía, Pablo quiere dirigirse por el camino de la izquierda, que conduce a la ciudad de Efeso, pero no se le permite. ¿Quién se opone a ello? ¿Silas o Timoteo? No, la Palabra de Dios nos dice: "Les fue prohibido por el Espíritu hablar la palabra en Asia" ¿Por qué? El Señor no se lo permitió. Algunos comentaristas dicen que Pablo se puso gravemente enfermo, pero, la realidad es que la Biblia no nos dice nada acerca de ello. Sea como fuere, la verdad es que Pablo descubre que no puede ir a Efeso y obedece a la voz del Señor.. Entonces intenta seguir el camino de la derecha y llevar la Palabra de Dios a la provincia de Bitinia. Pero tampoco les es permitido; "el Espíritu Santo no se lo permitió". ¿Por qué? Pablo no puede contestar, pero obedece. Viajan en línea recta y finalmente llegan al puerto de Troas. ¿Debe evangelizar aquí? ¡No! Pablo no comprende nada de lo que ocurre. Podéis estar seguros que ha estado orando al Señor para que le muestre el camino a seguir, seguro que ha preguntado, "Señor, ¿qué debo hacer?" ¿Dónde deseas que vaya? Ojalá que el Señor le conteste, para que sepa cual es su voluntad.

Hechos 16: 9-15

El día ha declinado, ya es de noche, los habitantes de Troas duermen; también Pablo y sus acompañantes se han acostado, pero Pablo no puede dormir; piensa en lo que ha de hacer. Quizá está orando al Señor para que le muestre donde deben

ir. De pronto el Señor le muestra una visión. Troas está en la misma costa del mar, frente a ella, al otro lado del mar se encuentra Macedonia.

En la visión que el Señor da a Pablo aparece un varón, el cual le ruega "Pasa a Macedonia y ayúdanos" Macedonia está situada en Europa, Pablo comprende que esta visión es la contestación del Señor, es una señal divina por la que se le da a conocer donde ha de ir. En Europa todos son gentiles, excepto algunos judíos que viven en ella, y ahora Pablo decide ir a aquel país para evangelizar. La visión es clara y el ruego conmovedor, y Pablo no duda en que Dios le indica el camino hacia un país desconocido.

A la mañana siguiente, Pablo cuenta a Silas y a Timoteo lo ocurrido durante la noche. Inmediatamente los misioneros deciden emprender el viaje. Se apresuran a ir al puerto y buscan un barco que los conduzca a Macedonia. Poco después surcan las aguas, un futuro desconocido les espera pero no temen, porque ellos saben de la Gracia de Dios. Al día siguiente desembarcan en Macedonia, el viaje ha sido muy próspero, el viento les ha sido favorable. Ahora están de pie en suelo extraño. Llenos de ánimo emprenden el viaje por tierra y poco después llegan a la ciudad de Filipos ya que no era muy larga la distancia desde el puerto a Filipos.

Cuatro extranjeros entran a través de las puertas de la ciudad. Los habitantes de la ciudad no saben quienes son. No saben que esos cuatro hombres vienen para ayudarlos. No saben que Dios es misericordioso para con ellos. No conocen al Dios del cielo y de la tierra, porque sirven a los ídolos y, sin embargo, ese Dios les manda ayuda para salvarlos del oscuro poder del paganismo. No sé si os habéis dado cuenta que hemos dicho "cuatro hombres", ¿quién es el cuarto acompañante? Cerca de Troas Lucas se ha unido a ellos y los acompaña. Lucas es un doctor, es decir, médico; al parecer Pablo no era muy fuerte y le puede ser de ayuda.

La ciudad de Filipos es la capital de Macedonia. Cerca de la ciudad corre un río y junto al río se reunían a orar los judíos

con los gentiles que se habían convertido a la religión judía. Parece ser que los judíos de Filipos no tenían una sinagoga. ¿Por qué? Algunos dicen que porque en esta ciudad vivían muy pocos judíos; otros creen que el gobierno de Filipos se lo había prohibido. Sea lo que fuere, el caso es que los judíos residentes en la ciudad celebraban sus cultos fuera de la ciudad, a las orillas del río.

Un domingo los misioneros acuden junto al río. Allí hablan a las mujeres, están sentados cerca de ellas y les predicán el Evangelio. Una de aquellas mujeres escucha con suma atención, las lágrimas corren por sus ojos, no le pasa desapercibida ni una sola palabra y oye que también para ella hay posibilidades de salvación. ¿Quién es esa mujer? Leedlo en la Palabra de Dios. Se llama Lidia y es vendedora de púrpura. Es una mujer gentil que ha entrado en contacto con los judíos y ha oído hablar del Dios Todopoderoso de Israel. Los hechos del Dios de Israel le han causado tan profunda impresión que ha decidido servir a Dios y, para ello, ha aceptado la religión judía. La Biblia nos dice que "servía a Dios". Ya no sirve a los ídolos, no le satisface; ahora sirve con respeto y admiración al Dios viviente, y anhela conocerle.

Ahora, este día de reposo, esos cuatro extranjeros cuentan que el Señor Jesús ha venido para salvar a los pecadores. Ella escucha que el Señor Jesús ha muerto para hacer salvo y feliz a su pueblo para siempre jamás. Dios abre su corazón para que pueda creer esas palabras, el Señor le da la fe salvadora, de manera que, por esa fe, puede recibir al Señor Jesús como su Salvador. Una paz y extraña alegría descienden a su alma y es bautizada, sus pecados han sido lavados por la Sangre del Señor Jesús.

"¿Me acompañan?", pregunta a los cuatro extranjeros. Parece que éstos no se deciden de inmediato, porque leemos que los tiene que forzar, es decir, que tiene que insistir una y otra vez. Entonces, Pablo, Silas, Timoteo y Lucas, acompañan a Lidia a su casa. Es seguro que ella los habrá alojado y cuidado con gran afecto, pues el amor de Dios a inundado su alma y también quiere demostrar ese Amor a los "enviados" de ese

Dios. Así obró el Señor para que fueran alojados los misioneros. Lidia fue la primera que, en Europa, fue convertida por Dios. Buen principio para los misioneros ¿verdad?.

Hechos 16: 16-24

En la ciudad de Filipos, al igual que ocurre hoy en nuestras ciudades, había una gran cárcel para recluir a los criminales y delincuentes. Que el Señor os guarde para que nunca tengáis que ser recludos. Vayamos y entremos mentalmente en ese oscuro edificio de Filipos. Las gruesas puertas se van cerrando tras nosotros con fuertes cerrojos, para que los prisioneros no puedan escapar, ya que si lo hicieran el carcelero sería ejecutado. El carcelero nos conduce hasta el calabozo más interior. Parece una horrible caverna, oscura y sucia. Oímos el tintineo de las cadenas. En ese calabozo han sido encarcelados dos hombres que no pueden estar sentados porque sus pies han sido fuertemente apretados entre dos pesadas vigas. Un par de argollas en esas vigas se cierran exactamente sobre sus tobillos y de esta forma, se ven obligados a estar boca arriba de espaldas sobre el duro y frío suelo. Esta prolongada postura es un verdadero martirio, el dolor es insufrible. Únicamente los peores y más peligrosos delincuentes son colocados en "el cepo" y generalmente gritaban y se retorcían por el inaguantable dolor.

Aquí en la cárcel oscura y sucia y apresados al "cepo" están estos dos hombres. Cuando llega la noche el carcelero duerme plácidamente porque sabe que no pueden escapar. Sin embargo, esos dos presos no duermen sino que siguen echados en esa molesta y dolorosa postura. Pero... ¿Quiénes son esos dos hombres? ¿Homicidas, bandidos? No, ni mucho menos, esos dos hombres son... Pablo y Silas. ¿Cómo es posible? ¿Han robado o matado a alguien? Nada de eso ¿Por qué, pues han sido encarcelados? Escuchad.

En Filipos vivía una muchacha muy infeliz ya que estaba

endemoniada; un espíritu inmundo la había poseído. La Palabra de Dios dice que tenía “un espíritu de adivinación”, es decir, que esa joven, por el espíritu de adivinación decía la “buenaventura” a las personas que acudían a ella y de esta forma ganaba mucho dinero. Pero ese dinero no era para ella puesto que ella era esclava de unos señores de Filipos y cuanto ganaba tenía que entregarlo a sus amos. Ellos no tenían ninguna compasión de ella; al contrario, se sentían muy satisfechos de que su esclava pudiera adivinar. De esa forma ellos se enriquecían cada vez más.

Un día, aquella esclava ve a Pablo y a sus acompañantes y camina tras ellos diciendo: “Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, los cuales os anuncian el camino de salvación”. ¿Habéis oído bien? Los habitantes de Filipos no sabían quienes eran aquellos cuatro extranjeros y sin embargo el Diablo lo sabía muy bien. Eran siervos del Dios Altísimo. El Diablo usó a esta pobre muchacha para darlo a conocer. Día tras día la muchacha seguía por las calles gritando detrás de ellos. Pablo lo oyó y su alma se llenó de compasión, ésto le hacía sufrir por la suerte de esta esclava. Leemos que Pablo se enojó. Esto no quiere decir que Pablo se enfadara con la muchacha, no, sino que no necesitaba la ayuda del Diablo. De pronto se vuelve y dice: “Cállate, muchacha”. No, Pablo no dice eso; el texto en realidad nos dice: “Te mando, en el Nombre de Jesucristo, que salgas de ella”. No castiga a la muchacha, sino al Diablo que había entrado en ella. El espíritu inmundo la dejó libre al pronunciar Pablo esas palabras por la fe.

La joven esclava fue liberada, una gratitud profunda llena su alma, pero... ya no puede adivinar, porque el espíritu de adivinación la ha abandonado. De ahora en adelante no podrá ayudar a los que vienen a ella, ya no les podrá decir la “buenaventura”, ya no podrá ganar más dinero. Los amos al enterarse se han enfadado con la esclava, es posible, incluso, que le hayan pegado. No sólo se enfadan con la esclava, sino que también se enojan con Pablo y sus compañeros; en lugar de alegrarse por que su esclava ha sido sanada, se enfadan; en lugar

de regocijarse por la felicidad de la joven, tratan de vengarse, pues por culpa de esos extranjeros ya no ganarán más dinero.

¿Sabéis que van a hacer? Acusarán falsamente a los extranjeros, incitarán al pueblo contra ellos y tratarán de convencer al pueblo que esos extranjeros son unos sediciosos. Leed lo que dicen: "Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad". De la frase "Siendo judíos", podemos deducir que los judíos no eran muy bien considerados en la ciudad de Filipos. El pueblo cree las falsas acusaciones y miran con hostilidad a los extranjeros y los insultan airadamente. El tumulto aumenta poco a poco hasta el extremo de que han de intervenir las autoridades y los magistrados de Filipos hacen arrestar a Pablo y a Silas. Parece ser que Timoteo y Lucas no están junto a ellos, ya que de lo contrario también habrían sido arrestados.

Los magistrados ordenan que Pablo y Silas sean azotados. Rasgan las ropas de los misioneros y sus espaldas desnudas son azotadas sin piedad hasta que por sus cuerpos corre sangre que brota de las heridas abiertas por los crueles azotes. Después los llevan a la cárcel y ordenan al carcelero que los guarde con toda seguridad; éste los conduce al calabozo más interior y asegura sus pies en el cepo.

Ésta es la razón por la cual Pablo y Silas están en la cárcel. No han hecho ningún mal, antes al contrario han realizado un bien, han salvado a una infeliz muchacha de las zarpas del Diablo, y ahora están con sus espaldas heridas y sangrantes sobre el frío suelo de piedra, imposibilitados de moverse.

— — — — —

Hechos 16: 25-34

Es medianoche, los habitantes de Filipos duermen y también duerme el carcelero. En el edificio reina un silencio de muerte. Pero... oíd... De pronto suenan unos salmos. Los presos se despiertan y escuchan. ¿Quiénes cantan? ¿No sufren un horrible e insoportable dolor? Una alegría celestial llena sus almas y

por eso no sienten los dolores. Cantan en honor del Señor. Sí, si el amor de Dios llena nuestros corazones también nosotros podremos cantar aún en medio de las mayores angustias.



"No te hagas ningún mal."

De repente el suelo tiembla y se agita, las puertas de la cárcel se abren, un gran terremoto hace agitarse a todo el edificio. El carcelero se despierta y de un salto se levanta horrorizado; ve que todas las puertas están abiertas y piensa que está perdido, que todos los presos se habrán escapado y a él lo matarán. Desesperado y no sabiendo qué hacer saca la espada e intenta matarse; Pablo lo descubre y le grita: "No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí." "No tengas miedo, porque ni uno solo de los presos ha huido." El carcelero oye estas palabras y cree que Pablo dice la verdad. La impresión es tan fuerte sobre el carcelero que se da cuenta que esos dos presos no son delincuentes.

Pide una luz, se prostra a sus pies y los saca fuera del oscuro calabozo, y allí les pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" El carcelero pagano no puede comprenderlo. Ha trata-

do a esos presos con la máxima crueldad y entonces se dá cuenta del mal que les ha hecho.

Pablo y Silas no se vengan, al contrario, le predicán el camino de Salvación, le dicen que para él también hay posibilidad de salvación por la Sangre expiatoria del Señor Jesús, el Salvador. Allí, a medianoche, evangelizan a ese hombre. Entonces el carcelero lleva a Pablo y a Silas a su casa y cuidadosamente les lava y venda las dolorosas heridas. También acuden los demás miembros de la familia y a todos se les anuncia el camino de la salvación. El Señor bendice la predicación en los corazones del carcelero y su familia y los convierte, y esa misma noche son bautizados. Después prepara una comida para Pablo y Silas porque una alegría inmensa llena sus corazones, pues ha sido una noche inolvidable para él y toda su familia.

Ya véis, cómo son los caminos del Señor; son maravillosos. Cuando el Señor convirtió a Lidia, todo fue calmada y quietamente. Ahora el Señor ha usado un terremoto que ha hecho temblar todo para convertir al carcelero. Realmente Pablo y Silas no han ido en vano a Macedonia. Aquel varón macedonio de la visión le había dicho: "Pasa y ayúdanos." Efectivamente, Dios ha ayudado por medio de sus enviados... Lidia, la joven endemoniada, el carcelero y aún otros muchos han sido salvados de la oscuridad del paganismo; han sido ayudados no sólo para un período de su vida terrena, sino también para la eternidad.

Actualmente hay muchas personas que no conocen el Evangelio y también ellas nos dicen: "Pasa y ayúdanos." Nosotros somos unos privilegiados, Dios nos ha dado su Palabra. Quizas diariamente en nuestras casas se lee esta Palabra, cada domingo los siervos de Dios nos predicán el camino de la Salvación. Es un gran privilegio. Sin embargo, ¿no sentís compasión por tantos y tantos que aún vagan por el camino de las tinieblas? ¿No os compadecéis de esos pobres ciegos? ¿Sí? Entonces debéis ayudarlos. ¿Cómo? Dando testimonio del Señor, invitándolos a ir a la Iglesia, sosteniendo las obras de evangelización, de muchas maneras. Es una buena manera de gastar vuestro dinero. Dios lo bendecirá.

Capítulo 111

== “EL DIOS NO CONOCIDO” ==

Hechos 16: 35-40

A la mañana siguiente algunos guardias se acercan a la cárcel, son los encargados de mantener el orden en la ciudad. Hacen el mismo trabajo que los policías en nuestros países modernos. Los magistrados los han enviado a la cárcel. A su llamada el carcelero les abre la puerta y les pregunta qué desean; ellos responden que Pablo y Silas deben ser puestos en libertad ya que así lo han ordenado los magistrados de la ciudad.

El carcelero se llena de alegría cuando recibe estas noticias y alegre se apresura adentro para informar a sus huéspedes de que son libres. Qué gran alegría para Pablo y Silas, ¿verdad? Cuando menos lo esperaban reciben la noticia de su libertad y ya pueden salir como hombres libres. Pero... Pablo muestra disconformidad y dice: “No, así no. Nosotros somos ciudadanos romanos y ayer se nos azotó en público, no investigaron si nosotros éramos o no culpables; se nos hizo una ofensa.” Los guardianes se asustan cuando oyen eso, con gran sorpresa miran a Pablo y a Silas. ¿Estos extranjeros son romanos? No lo sabían. Pablo continúa: “Volved a vuestros jefes y decidles que ellos mismos han de venir para comunicarnos la libertad.”

Sin pérdida de tiempo los guardias vuelven y transmiten el mensaje a los magistrados. Cuando oyen esto los magistra-

dos temen, porque han obrado muy imprudentemente. El haber ordenado azotarles puede causarles dificultades, pues si Pablo y Silas los acusan ante el emperador, ellos no tienen excusas. Rápidamente se apresuran en ir a la cárcel y ofrecen sus excusas a los dos hombres. Leemos en la Palabra de Dios: "Y viniendo, les rogaron." Personalmente conducen a los dos misioneros fuera de la cárcel y después les piden con toda amabilidad que salgan de la ciudad. Sin embargo, Pablo y Silas no se precipitan; primero van a casa de Lidia, la que cuidó de ellos tan gentilmente, se despiden de ella y de sus otros amigos y posteriormente salen de la ciudad de Filipos.



Hechos 17: 1-10

"Oíd vosotros, varones judíos; Jesús de Nazaret es realmente el Mesías. Quizás no lo creáis ya que Él fue crucificado. ¿Si hubiera echado fuera a los romanos, si se hubiera hecho coronar rey entonces lo creeríamos, verdad? Pero si Jesús hubiera hecho eso de ninguna manera sería el Mesías. Tenía que morir. Leed con atención a los profetas, ellos lo habían predicho todo. Pero Jesús no está muerto, porque Él ha resucitado. Él vive. El es el Rey de Israel que fue prometido desde hace mucho tiempo. Podéis estar seguros de ello." Así habla Pablo en la sinagoga de Tesalónica. Es el tercer sábado consecutivo que trata de convencer a los judíos de que Jesús es el Cristo.

Como antes hemos dicho, Pablo salió de Filipos y viajó hasta Tesalónica, ésta era una ciudad muy comercial en la que vivían muchos judíos. Allí, al menos, tenían una sinagoga. Durante la semana, Pablo, trabajaba arduamente para ganarse el sustento diario no sólo para él, sino también para sus compañeros (1a. Tes. 2:9) Hacía tiendas de campaña, oficio que había aprendido en su juventud y ahora le venía bien. Sin embargo, parece que no ganaba lo suficiente para mantenerse porque los creyentes de Filipos le enviaban, de vez en cuando, algún dinero (Filp. 4:16) Quizás,

recibía ese dinero de Lidia y del carcelero. En Tesalónica, Pablo y sus compañeros se hospedaban en casa de un tal Jasón.

El día de reposo, es decir el día del Señor, el domingo, Pablo no trabajaba. Ese día iba a la sinagoga y predicaba a Cristo. Esta predicación fue bendecida por el Señor y algunos judíos creyeron y también varios griegos, que antes habían aceptado la religión judía. De esta forma, también en Tesalónica se formó una gran congregación. Pero los judíos que no creyeron se enfadaron, ellos no podían creer que ese Jesús de Nazaret, despreciado e insultado, fuera el Mesías. No quisieron examinar las escrituras de los profetas, antes al contrario incitaron a los demás a una rebelión, acusaron falsamente a los dos misioneros y por todas partes iban diciendo que Pablo era un rebelde que incitaba al pueblo contra los romanos.

Ante esto los habitantes de Tesalónica se asustaron, porque si llegaba a oídos del emperador ésta noticia, serían castigados y entonces preguntan: "¿Dónde están esos hombres?" No quieren exponerse por "un par de rebeldes". Los judíos incrédulos rieron irónicamente y les contestaron: "Se hospedan en casa de un tal Jasón". Por todas partes sonó el grito: "Vamos a buscarlos allí." Una furiosa multitud se moviliza, entran en casa de Jasón y buscan a Pablo y a Silas, pero no los encuentran en ninguna parte. Furiosos por su fracasado intento arrastran a Jasón y a algunos hermanos y los sacan de casa llevándolos ante los magistrados de la ciudad.

Cuando los magistrados de la ciudad preguntan a Jasón si es verdad que sus huéspedes son unos rebeldes, él los tranquiliza diciendo que no deben temer nada del Rey Jesús. No hará ninguna rebelión, pues el Rey y Príncipe de la vida está en el cielo. Los magistrados no comprenden estas palabras, pero se dan cuenta de que no deben temer nada de los extranjeros y que no son unos rebeldes. Por ello liberan a Jasón y a sus amigos, los cuales vuelven rápidamente a casa y aconsejan a Pablo que huya porque los judíos incrédulos tratarán nuevamente de molestarle.



Hechos 17: 10b-12

Los dos misioneros han salido de Tesalónica camino a Berea y aquí predicán en la sinagoga de los judíos. También les prueban por la Palabra de Dios a estos judíos que Jesús de Nazaret es el Cristo. Después de escuchar a Pablo, los de Berea dicen: “Esta bien, ahora nos marchamos a casa, pero examinaremos tu predicación, la estudiaremos de acuerdo con las Escrituras.” Y, efectivamente, hacen lo que han prometido, en sus casas buscan las Escrituras de los profetas, diariamente examinan las Escrituras y... Sí, así es, Pablo tiene razón; han de aceptar que es verdad lo que Pablo les ha dicho.

No habían hecho así los judíos incrédulos de Tesalónica, pero sí lo hacen los de Berea. El Espíritu de Dios bendice en sus corazones esta investigación y muchos creen sinceramente en el Señor Jesús. También muchos griegos, hombres y mujeres, son convertidos por Dios. Así los dos predicadores trabajan en Berea y sus corazones están rebosantes de alegría y gratitud, porque ellos han sido instrumentos útiles para muchos. Pero... el Diablo no está ocioso. Escuchad.



Hechos 17: 13-14

“Mirad, allí están predicando esos embaucadores y rebeldes”, suenan las voces de algunos judíos llegados de Tesalónica. Siguen diciendo “Varones, no creáis a esos engañadores, os comprometen. Si el emperador se entera, entonces...”

¿Por qué han viajado los judíos de Tesalónica hasta Berea? Han oído que el Evangelio también es predicado en Berea y no pueden soportarlo. Rápidamente han corrido a Berea y ahora azuzan a la muchedumbre contra los fieles predicadores. Su odio se centra, especialmente, contra Pablo. Los habitantes de Berea dan crédito a las insidiosas palabras de los judíos de Tesalónica; parece que son una amenaza, pues puede producirse una rebelión. Los judíos creyentes temen por la vida de

Pablo y le piden que se marche y algunos de ellos lo conducen hacia Atenas, pero Silas y Timoteo se quedan en Berea.

Hechos 17: 15-34

Un hombre vaga por las calles de la gran ciudad de Atenas. Visita la vieja ciudad con muchos y hermosos edificios y sus numerosos templos. La ciudad está llena de templos paganos y de ídolos. Ese hombre es... Pablo. Pablo no está cómodo, se siente completamente solo. Por ellos ha enviado aviso a los creyentes de Berea, los que le enviaron a Atenas, para que envíen también allí a Silas y a Timoteo. Ahora espera la llegada de sus compañeros.

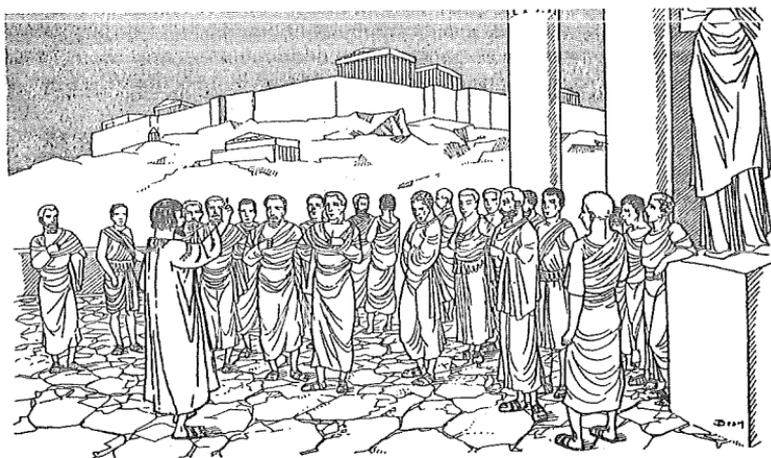
Pero él no está ocioso, diariamente predica en la sinagoga de los judíos y, no sólo en la sinagoga, sino también en el mercado trata de convencer a los habitantes de Atenas para que crean en el Dios viviente. "¿Qué disparate dices? ¿De qué estás hablando...? No sabemos lo que quieres decir", le dicen algunos atenienses. "Ven con nosotros."

Debéis saber que en Atenas hay una colina cercana a la plaza, en esa colina se reunía el tribunal de la ciudad y se llamaba el Areópago. Allí conducen a Pablo y le dicen: "Háblanos ahora extensamente acerca de la religión que tú predicas." Una grande y curiosa multitud se ha reunido, muchos hombres eruditos están entre ella. La multitud se tranquiliza y se hace un silencio profundo pues todos desean escuchar lo que ese extranjero tiene que decir. En medio del silencio se escucha una clara voz: "Atenienses, paseando por vuestra ciudad he visto que sois muy religiosos, que servís a muchos dioses. También he visto un altar en el cual estaba esta inscripción: "Al Dios no conocido". Supongo que, por temor a que hubieras olvidado a algún dios habéis construido ese altar. Pues bien, al Dios que vosotros adoráis sin conocerle, a ese es a quien yo os anuncio.

Pablo está en pie, no teme, su alma está llena de gozo porque puede predicar al Dios vivo. En silencio escuchan los ate-

nienses, muy atentos para no perder ni una sola palabra. Pablo continúa: "Vosotros, por ignorancia, servís al Dios no conocido. Pero ese Dios es el Creador, que ha hecho el cielo y la tierra. El ha hecho las estrellas, las nubes, las plantas, los árboles, ha hecho todas las cosas. También ha creado a los hombres y los sostiene. Varones atenienses, creed en ese Dios único, porque El ha establecido un día en el cual vendrá, sobre las nubes del cielo, para juzgar con justicia. Sí, el Señor Jesucristo, que ha resucitado vendrá a juzgar a todos los hombres."

Hasta aquí no se ha interrumpido el silencio, pero cuando Pablo habla estas palabras, comienzan a burlarse de él. "¿Resurrección...?" "Es una estupidez... es absurdo... eso no puede ser..." Unos se marchan con una sonrisa burlona en los labios, otros dicen: "Ya te escucharemos acerca de ésto en otra ocasión." Todos se marchan. ¿Nadie ha creído a la predicación de Pablo? Sí, afortunadamente, pero no muchos. Únicamente algunos son convertidos por Dios. No se quedó Pablo mucho tiempo en esta ciudad, muy pronto abandona Atenas y marcha hacia Corinto.



Pablo predica en el Areópago

Hechos 18: 1-22

No muy lejos de Atenas estaba la gran ciudad de Corinto; era una ciudad grande, comercial y rica, donde vivían muchos judíos. Pero Corinto era, por desgracia, una ciudad impía. Los habitantes de Corinto no servían al Señor, vivían en los pecados más atroces, pese a que el Señor la había bendecido en abundancia. La mayor parte ni siquiera conocía a Dios.

Pablo llega a esta ciudad mundana y llena de diversiones malsanas. El Señor dirige a Pablo a casa de un judío, un tal Aquila; éste se ganaba la vida haciendo tiendas de campaña, Pablo, con alegría y sorpresa, le dice: "También ese es mi oficio." "¿Sabes lo que haremos? Trabajaremos juntos y así yo me ganaré también la vida." Día tras día los dos hombres están sentados en el taller desde la mañana a la noche. Aquila está casado, su esposa se llama Priscila; así pues, viven los tres en compañía.

Todos los días de reposo, Pablo, iba a la sinagoga judía y predicaba el Evangelio tratando de convencer a los judíos de que Jesús de Nazaret es el Cristo. Algunos judíos creyeron, pero los más de ellos no, estos calumniaban el Evangelio y trataban de poner en ridículo la predicación de Pablo. Es muy posible que Pablo se sintiera muy triste. Casi siempre los judíos se convertían en sus enemigos por causa del Evangelio. Por fortuna los dos compañeros de Pablo, Silas y Timoteo, llegaron pronto a Corinto. Ahora Pablo no se siente tan solo, porque sus fieles colaboradores están de nuevo junto a él.

Vuelve a predicar lleno de ánimo que Jesús es el Mesías, pero la enemistad de los judíos incrédulos va en aumento. "Bien", dice Pablo: "Si no me queréis escuchar, les predicaré la Palabra a los gentiles." Desde este momento, Pablo lleva el mensaje del Evangelio a ciegos e ignorantes gentiles. Su predicación es bendecida en muchos corazones por el Espíritu de Dios, de tal modo, que se forma una gran comunidad en Corinto.

Esto llena de celos a los judíos incrédulos, su exasperación llega al colmo y tratan de hacer imposible la vida a Pablo. Una noche el Señor se aparece a Pablo en visión y le dice: "No temas,

sino habla, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad”, dice la orden del Señor, y Pablo, obediente, se queda año y medio en esta ciudad predicando todo el tiempo. Finalmente crece la envidia y el odio de los judíos y arrestan a Pablo y lo conducen delante de Galión, el procónsul romano. Sin embargo, el procónsul no quiere escuchar las acusaciones de los judíos y los hecha del tribunal. Pablo puede continuar predicando la Palabra de Dios; precisamente en esta ciudad impía mucha gente se ha convertido al Señor. Cuán grande es la Gracia de Dios. Hay posibilidad de salvación aún para el pecador más grande.

Pasado año y medio de su estancia en Corinto, Pablo se despide de sus muchos amigos y se marcha, quiere pasar en Jerusalén la fiesta de Pentecostés, y para ello emprende el viaje con tiempo suficiente. Se embarca y llega a Éfeso donde permanece muy poco tiempo. Los judíos le piden que se quede más tiempo, pero, dado que desea pasar la fiesta de Pentecostés en Jerusalén, no accede a ello, pero les promete que volverá.

Por mar viaja hasta Cesarea y desde allí, por tierra, va directamente a Jerusalén, donde pasa la fiesta de Pentecostés. No sabemos cuanto tiempo permanece en Jerusalén, pero desde aquí viaja hasta Antioquía, la ciudad desde la que emprendió su viaje y ahí termina su segundo viaje misionero. Pablo ha pasado por muchas dificultades durante este viaje, pero el Señor lo ha guardado en todas partes y lo ha devuelto sano a Antioquía.

Capítulo 112

“DIANA O CRISTO”

Hechos 18:23

Hechos 19:1-12

En Asia Menor, en la costa occidental, está situada la gran ciudad de Efeso, tiene un bello puerto y la ciudad está construida sobre las colinas. Antiguamente en esta ciudad había un hermoso templo, era el templo de Diana. ¿Diana? ¿Quién es? ¿No lo sabéis? Si pudierais preguntárselo a los habitantes de Efeso, ellos os lo dirían con todo detalle, y no solamente ellos, sino también los de las ciudades más lejanas os podrían hablar de Diana. De todas las ciudades alrededor de Efeso miles de personas acudían a Efeso para la celebración de las fiestas en honor de Diana, que duraban todo el mes de mayo.

“Si” diréis, “pero aún no sabemos quién es Diana”. Bien, escuchad: Diana era una diosa falsa de la gran ciudad de Efeso; en el centro mismo del grandioso templo dedicado a ella se custodiaba la imagen de esta diosa falsa. En Efeso y por todas partes se contaba y, más aún, se creía, que esta imagen de Diana había caído del cielo. Unos sacerdotes la encontraron y ahora la custodiaban en este magnífico templo. Como podéis imaginaros esta historia que contaban los sacerdotes no era más que una patraña, una mentira, porque la imagen de Diana no había caído del cielo, ni mucho menos, pero de esta forma, era engañado el ignorante pueblo de Efeso.

En Efeso también había muchos magos y adivinadores. ¿Os acordáis que en Samaria había un mago que se llamaba Simón y que en casa del procónsul Sergio Paulo también vivía otro mago llamado Elimas? Hablamos de ellos en un capítulo anterior. Pues bien, había muchos magos. Los efesios eran muy supersticiosos, casi en todas las casas había un “templito” de plata. Estos pequeños templos de plata eran reproducciones del gran templo de Diana, y eran hechos por un platero llamado Demetrio. Este, junto con otros plateros, hacía estos adornos a millares y con este negocio se enriquecía.

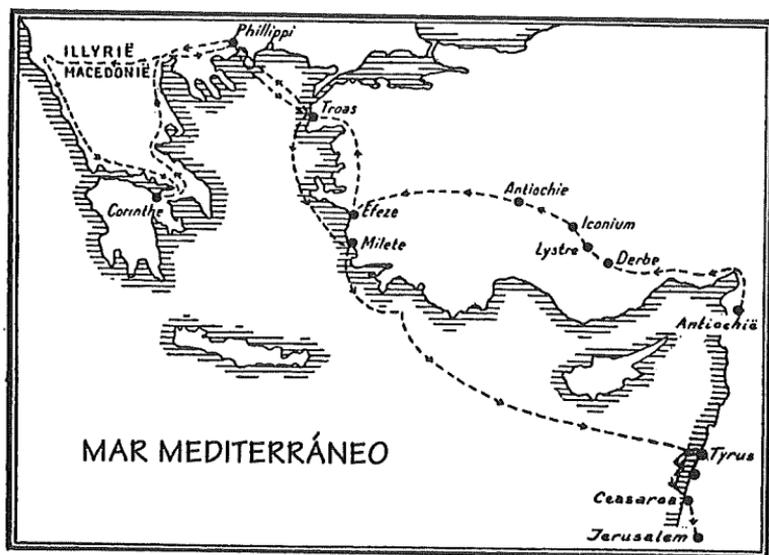
Cuando los habitantes de las ciudades vecinas de Efeso acudían allí casi siempre compraban alguno de estos templos para llevarlos como recuerdo a sus casas. También miles de efesios llevaban una medalla de plata colgada al cuello donde estaba reproducido el templo de Diana; era considerada como una medalla mágica y creían que esas medallas podían librarlos de cualquier desastre, mal o enfermedad. También Demetrio y los otros plateros fabricaban estas medallas.

Muchos hombres de Éfeso se dedicaban también a escribir voluminosos libros sobre las artes mágicas. Por todo ello podéis imaginaros que la ciudad de Éfeso estaba llena de superstición. No conocían otra cosa y por tanto creían sinceramente en las artes mágicas y toda clase de supersticiones. Realmente tendríamos que compadecer a esos pobres e ignorantes efesios.

Un día llegan a Éfeso unos extranjeros. ¿Eran unos viajeros que venían a adorar a Diana y comprar un templo o una medalla mágica? En esta ocasión no se trataba de servidores de la falsa deidad, esos hombres eran siervos del Dios viviente, del Dios del Cielo y de la tierra. ¿Quiénes son ellos? Supongo que ya lo sabéis, ¿verdad? Esos viajeros son Pablo y sus compañeros. ¿Pablo? ¿No estaba en la gran ciudad de Antioquía? ¿No se quedó descansando del segundo viaje misionero? Es cierto que Pablo llegó a Antioquía, pero no se quedó allí, muy pronto emprende de nuevo el viaje al mundo de los gentiles. El Señor lo ha llamado a ese ministerio. Nuevamente hay un mapa impreso en este capítulo para que podáis seguir la ruta del tercer viaje misionero.

Primeramente, Pablo visita las congregaciones que había fundado en el primer viaje misionero. ¿Recordáis los nombres de esas ciudades? Os mencionaré solamente algunos: Derbe, Listra, Iconio, Antioquía, en el Asia Menor. Durante el segundo viaje misionero, Pablo quiso ir a Éfeso, pero el Señor no se lo permitió; pero, ahora en este tercer viaje, el Señor se lo permite y Pablo llega a Éfeso. Predicará la verdad en esta ciudad llena de mentira y engaño, predicará el Evangelio en esta ciudad llena de superstición. En Éfeso predica durante tres años. ¿Es bendecido su ministerio? Escuchad.

Los tres primeros meses predica en al sinagoga judía, pero la mayoría de los judíos no cree en su predicación. Llega un momento en que los judíos se oponen a la predicación de Pablo y entonces, éste se va a los gentiles. También aquí, en Éfeso, Pablo ha trabajado laboriosamente para ganarse la vida; no ha querido vivir a costa de los demás, sino que ha preferido ganarse el sustento fabricando tiendas, y también, de esta forma, ha podido sustentar a sus compañeros. En el tiempo libre se dedica a la predicación.



El tercer viaje misionero de Pablo

Pablo no sólo predicaba, sino que por medio de él, el Señor obró grandes señales y prodigios en esta ciudad. Muchos enfermos e infelices, muchos endemoniados fueron sanados. No eran artes mágicas, eran milagros que se efectuaban en el Nombre de Jesucristo. Incluso se llegó a que tomaran el delantal de Pablo, es decir, un mandil que llevaba puesto para realizar su trabajo, como el que a veces llevan entre nosotros los zapateros, carpinteros u otros trabajadores, y este delantal lo ponían sobre los enfermos y estos eran sanados. Otras veces, tomaban el pañuelo con el que Pablo se secaba el sudor y lo ponían sobre un endemoniado y el espíritu diabólico salía del endemoniado. Por todo ello en toda la ciudad de Efeso se hablaba de Jesús de Nazaret. Ahora los efesios distinguían la diferencia entre las artes mágicas que practicaban sus magos y las maravillas que se hacían en el Nombre de Jesús.

Los magos cobraban dinero por ejercer sus artes, pero Pablo no quería recibir por ello ni un sólo céntimo. Él trabajaba para ganarse la vida, si bien es verdad que un predicador del Evangelio no debería tener necesidad de trabajar, ya que deberá recibir el sustento de la congregación en la que trabajaba. Pero Pablo, nunca quiso recibir nada y ello lo hizo con intención.

En toda la ciudad se hablaba de Pablo con estimación y respeto, muchos creyeron en el Señor Jesús, muchos, por medio del Espíritu Santo, le recibieron como su Salvador. El alma de Pablo se llenaba de alegría cuando oía que Dios había convertido a muchos, pues su predicación no estaba siendo en vano.



Hechos 19: 13-17

“Os conjuramos por Jesús, el que predica Pablo, que salgáis de él.” Ante ellos hay un endemoniado. Con sus ojos salvajes, el infeliz mira ante sí, está poseído por el Diablo, pero tiene suerte, ahora será liberado, ahora le viene la salvación. Pero... escuchad. “Os conjuramos por Jesús, el que predica Pablo, que salgáis de él.” ¿Quiénes dicen esto? Ante el endemoniado hay siete hombres

y tratan de expulsar al Diablo de este pobre infeliz. ¿Saldrá? ¿Quiénes son esos siete hombres? Leedlo en la Biblia: "Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes." Decían que eran exorcistas, pero no era verdad; eran hombres impíos que habían oído que Pablo podía sanar a los endemoniados en el Nombre de Jesucristo y ellos pensaron, "Vamos a ensayar ese truco también." Ahora están ante el endemoniado tratando de expulsar al espíritu inmundo que hay en él, pero ¿qué ocurre?

El endemoniado los mira con ojos airados y salvajes, cierra sus puños y rechinando los dientes de su boca salen estas palabras: "A Jesús conozco, y sé quien es Pablo; pero vosotros ¿quiénes sois? Es el Diablo quien ha pronunciado estas palabras. ¿Qué sucede? El endemoniado se abalanza sobre los siete hombres, los zarandea, les rasga las ropas, les pega y ellos, gimiendo de dolor y de miedo, huyen de la casa desnudos y heridos. ¿Por qué el Diablo ha desobedecido? Muy sencillo, cuando Pablo decía: "En el nombre de Jesús, sal de él", Pablo lo hacía con fe, pronunciaba esas palabras por fe, pero esos engañadores no hicieron el exorcismo por fe, sino con el único fin de hacerse famosos; sólo buscaban satisfacer su orgullo y sus apetencias. Tratan de abusar del Nombre y todo les salió mal, incluso, reciben una formidable paliza, y si no hubieran huido, seguramente el Diablo los hubiera matado.

Pronto este suceso se extiende por toda la ciudad y los siete hijos de Esceva son el "hazme reír" de todas las gentes; sin embargo, el Nombre de Jesús es mencionado con respeto. También el Señor usó este suceso para convertir a muchos y hubo un gran temor en todos, porque comprendieron que nadie podía burlarse de Jesús.

Hechos 19:18-22

Grandes llamas se alzan al aire. ¿Llamas? ¿Dónde? ¿Está ardiendo el templo de Diana? No, no es eso lo que sucede. ¿Qué ocurre, pues? Los efesios han preparado un gran fuego en la plaza

y queman sus libros. ¿Qué libros? Sus libros de artes mágicas. Han sido convertidos por Dios, sus ojos han sido abiertos, han comprendido el engaño de los magos y han reconocido al Señor Jesús como su Salvador. ¿Qué van a hacer ya con sus libros de artes mágicas? Nada, ya no les sirven para nada en absoluto, ni siquiera tratan de guardarlos, no los quieren en sus casas y menos aún venderlos porque podrían dañar a otros; lo mejor es quemarlos y en esa acción están ocupados los efesios, en quemar sus libros impíos.

Por todas partes llegan con los libros; uno sube calle arriba con un montón de libros, otro llega por otra calle, uno más se divisa a lo lejos. De esta forma, miles de libros son quemados. En la Biblia se nos dice que el importe de los libros quemados fue de cincuenta mil piezas de plata, lo que equivaldría a mucho dinero. De ello podemos fácilmente deducir que los efesios habían sido convertidos de verdad y temían sinceramente a Dios, pues de lo contrario difícilmente habrían hecho eso.

Una pregunta: ¿Tenéis vosotros libros malos en casa? Si es así, quemadlos. Hay libros muy buenos que podéis y debéis leer, pero en nuestros días también proliferan muchos libros dañinos. Si tenéis algún libro de esos, no los déis a nadie, podría hacerle mucho mal, como ya han hecho mal a tantos jóvenes y adultos; lo mejor es destruirlo. Hay miles de libros buenos y muy útiles que podéis leer, hacedlo.

Hechos 19: 23-40

En su tienda el platero Demetrio está con ceño fruncido y enojado. Su tienda está vacía, cada día entran menos personas. Sus estanterías están repletas de templos y medallas mágicas pero vienen pocos compradores y la mercancía se amontona; se pasa el día sin hacer nada, antes estaba muy ocupado todo el día, pero... ahora... ¿Qué ocurre?

En Éfeso la Palabra de Dios ha sido predicada y muchos han creído en el Señor Jesús, y por esta razón, las ventas de templos y medallas de Diana han descendido mucho. Los efe-

sios han quemado sus libros de artes mágicas y tampoco quieren comprar templos ni medallas de Diana. Han dicho: "Fuera trastos." Pero no sólo Efeso, sino también las ciudades de alrededor han sido evangelizadas y muchas personas han dejado de creer en Diana y ahora creen en Jesús de Nazaret.

Demetrio está indignado por esto, sus ventas son escasas, los clientes cada día son más escasos y si las cosas siguen así su negocio se hundirá. Amenazadoramente murmura entre dientes: "Hay que poner fin a esta situación", y a grandes pasos sale de su tienda. ¿Dónde va...? Sigámoslo... Llama a todos los plateros de Éfeso y a sus ayudantes y les advierte del peligro que les amenaza si las cosas siguen así. Serán desacreditados, su negocio se vendrá abajo y empobrecerán, y sus familias se hundirán en la miseria. Los ojos de todos se encienden, las mejillas enrojecen de ira e indignados comienzan a gritar: "Grande es Diana de los efesios."

Como podemos comprender no todos los habitantes de Efeso han sido convertidos a Dios, también, en Éfeso, hay muchos gentiles inconversos y éstos oyen el griterío de los plateros y no saben de que se trata, pero llevados por la curiosidad acuden de todas partes. Por toda la ciudad cunde el desorden; unos dicen una cosa, otros otra, pero la mayoría no sabe lo que pasa. Sin embargo, Demetrio y los demás plateros saben muy bien lo que ocurre y deciden valerse hábilmente de la confusión reinante, para saciar el odio contra los extranjeros. Tratan de encontrar a Pablo, pero fracasan porque no lo encuentran en ninguna parte. Entonces cogen a dos compañeros de Pablo y los arrastran al teatro, donde se celebran las fiestas. Uno de los compañeros de Pablo, un tal Alejandro, trata de apaciguar al pueblo. Hace señas con la mano, pero no lo quieren escuchar, no le dan ocasión para que hable. Durante dos horas permanecen gritando: "Grande es Diana de los efesios."

Por fin se va calmando el violento clamor, alguno que otro grito suelto se escucha, pero enseguida se calla y se hace un profundo silencio. ¿Por qué? Mirad, allí está en pie, el escribano de la ciudad de Éfeso y hace señas con la mano. La agitada multitud comprende que quiere decir algo, sienten curiosidad y lo escuchan con atención.

“Varones efesios”, así habla el escribano “¿Por qué gritáis así? Todos sabemos que Diana es grande, pero, dejad de gritar, porque si se entera el emperador de lo que está ocurriendo aquí, pensará que se trata de una rebelión y nos castigará severamente a todos. Sed prudentes; si Demetrio tiene algo que decir o si realmente tiene acusaciones que hacer, que acuda al Tribunal y lo denuncie. ¿No es eso lo más acertado? De esta forma, corremos peligro de ser juzgados como rebeldes.” La multitud escucha estas palabras en profundo silencio y dicen para sí: “Tiene razón.” Afortunadamente la multitud escucha al escribano de la ciudad y cada uno se marcha a su casa y pronto la calma vuelve a la ciudad.

Éfeso era ya demasiado peligrosa para Pablo y, por tanto, sale de la ciudad. ¿Lo ha vencido el Diablo? ¿Ha sido en vano el trabajo de Pablo? No, en Éfeso se ha establecido una congregación muy próspera. Otros continúan el trabajo de Pablo. Timoteo ha sido predicador en esa comunidad durante mucho tiempo y, más tarde, el apóstol Juan ha predicado durante años en esa congregación. No sólo en Éfeso, sino también en las ciudades de alrededor se han formado congregaciones, como las siete iglesias de Asia Menor de las que se nos habla en Apocalipsis capítulo 2 y 3, que podéis leer. El trabajo de Pablo no ha sido en vano. Dios ha bendecido muy ricamente su predicación. La Palabra de Dios nunca será predicada en vano sino que siempre dará sus frutos.

Los efesios tuvieron que escoger entre la imagen muerta, de madera o piedra de un ídolo, y el Señor Jesús que vive para siempre. Tuvieron que escoger entre Diana o Cristo. Muchos, por la Gracia, hicieron la mejor elección. También nosotros tenemos que elegir entre servir al Señor o a los ídolos de nuestro tiempo.

¿Hay en nuestro tiempo también ídolos? Ciertamente que sí. El deporte es uno de ellos, por él, muchos violan el día de reposo, el día del Señor; los juegos, por causa de los cuales otros pisotean el día del Señor; los cines son otro ídolo en el que muchos destruyen sus almas. Sí, también nosotros tenemos que elegir: Diana o Cristo, es decir, tenemos que elegir entre servir al Señor o a los ídolos de nuestro tiempo. Como hace tiempo dijo Josué a los israelitas, así os digo: “Escogeos hoy a quien sirváis.”

Capítulo 113

EL ÚLTIMO VIAJE DE PABLO A JERUSALÉN

Hechos 20: 1-6

Pablo ha dejado la ciudad de Éfeso en la que estuvo predicando durante tres años. Como consecuencia del tumulto provocado por Demetrio tuvo que marcharse antes de lo previsto.

Durante meses ha proseguido su viaje. Seguir a Pablo en sus viajes tal vez os resulte un poco pesado, ya que tendríamos que mencionar muchos nombres de ciudades y pueblos. Por otra parte, sabemos muy poco de este viaje, la Biblia no lo describe muy extensamente. Sin embargo, mencionaremos los hechos más destacados.

Desde Éfeso Pablo viaja hasta Troas. Como recordaréis, en el viaje anterior aquí en Troas, tuvo la visión del varón macedonio, que le dijo: "Pasa y ayúdanos." Desde Troas, en una nave, cruza a Filipos, donde vivían Lidia y el carcelero, ¿verdad? Viaja a través de toda Macedonia y, finalmente, viene a Corinto, donde predicó la Palabra de Dios durante un año y medio en su segundo viaje misionero. Durante tres meses se queda en Corinto.

Pablo tiene la intención de volver a Jerusalén para celebrar allí la fiesta de Pentecostés y por ello se dispone a embarcar directamente al país de Canaán. La enemistad de los judíos incrédulos no ha disminuido, al contrario, lo acechan y tratan de matarlo; tal

vez intentaron arrojarlo al agua para que se ahogara, no lo sabemos, pero lo cierto es que esto hace cambiar a Pablo sus proyectos y en lugar de embarcarse, se vuelve por tierra a Filipos, donde permanece cinco días y celebra la fiesta de la Pascua. Después se despide de la congregación y cruza de nuevo hasta Troas.

Hechos 20: 7-13

En el aposento alto de la casa de uno de los cristianos de Troas se ha reunido la congregación. Reina un profundo silencio, porque todos escuchan la predicación de Pablo. El fiel predicador partirá al día siguiente. Es la última vez que Pablo estará con ellos, se despide de la congregación de Troas. Han celebrado la Santa Cena, pero el culto no ha terminado con esta celebración, sino que Pablo sigue predicando. Las horas van pasando, ya han tenido que encender las lámparas. La Biblia dice: "que alargó el discurso hasta la medianoche." Todos guardan silencio, pero en medio del profundo silencio suena de vez en cuando un leve ronquido. Uno que se queda dormido. ¿Quién es?



Eutico se duerme durante la predicación

Mirad, allí en la ventana está sentado un joven que se llama Eutico. Probablemente se ha sentado en la ventana para que le dé mejor el fresco viento de la noche, porque allí hace calor. Durante un buen rato ha estado luchando contra el sueño, pero finalmente, el sueño lo ha vencido y ahora cabecea en la ventana. Es peligroso porque podría caerse; sin embargo, nadie lo despierta, están todos tan atentos a la predicación de Pablo que nadie se ha dado cuenta de que Eutico se ha quedado dormido.

Eutico dobla la cabeza más y más y, de pronto, ocurrió. En un momento pierde el equilibrio y se cae de la ventana desde el tercer piso. Un grito agudo y bronco rasga el silencio, inmediatamente después un golpe sordo se oye y entonces reina el silencio. Todos se sobresaltan con gran consternación; algunos corren abajo y allí encuentran a Eutico inmóvil; preocupados se inclinan a él y... ya es demasiado tarde porque Eutico está muerto, la caída desde la ventana ha sido mortal. Levantan el cuerpo sin vida del joven y lo introducen en la casa, todos están emocionados.

También Pablo ha bajado. ¿Terminará esta noche de una forma tan dramática? No. Desde el alma de Pablo una oración sube hasta el Trono de Dios, una oración pidiendo Su ayuda; y una paz extraña desciende al alma de Pablo quien está seguro de que Dios ha oído su oración y dará su ayuda. En ésta fe, Pablo se echa sobre el joven y... "No os alarméis, pues está vivo", suena confiadamente la voz de Pablo. No son palabras dichas para animar a los presentes, es la verdad. Dios volvió a Eutico de nuevo a la vida por medio de Pablo.

Éste sube la escalera y vuelve al aposento, los demás creen las palabras de Pablo y le siguen. Como la noche está muy avanzada toman una comida en común y Pablo sigue hablando durante un poco más de tiempo y al amanecer sale el fiel predicador.

Entretanto, Eutico se ha repuesto y cuando llegan a él está totalmente restablecido. El temor y la consternación han dado paso a una gran alegría. Ya Pablo ha marchado, pero el Dios de Pablo no se marcha nunca, ese Dios omnipotente y santo, jamás abandona a los suyos y en la Palabra de Dios leemos que: "fueron grandemente consolados."

Hechos 20: 14-38

No muy lejos, al sur de Éfeso, está el puerto de Mileto donde están juntos varios hombres. ¿Quiénes son? A uno de ellos lo conocéis bien, es Pablo. Ha salido de Troas y viajando en parte por tierra, en parte por mar, ha llegado a Mileto. Ha navegado pasando por delante de Éfeso, pero no se ha detenido allí, puesto que desea llegar a Jerusalén para celebrar allí la fiesta de Pentecostés. Sin embargo el barco se detiene durante unos días en Mileto, probablemente para cargar y descargar, lo que Pablo aprovecha para enviar un mensaje a Éfeso, rogando a los ancianos de la iglesia que vengan a Mileto para estar con él. Estos inmediatamente, se ponen en camino hacia Mileto. Ahora están todos reunidos, pero no están contentos ni alegres, al contrario, en sus ojos hay una expresión de tristeza. ¿Tristes? ¿Por qué? ¿No les causa alegría estar de nuevo junto a su amado maestro? Sí, pero.. ¿Qué pero?

Pablo les ha hablado con mucha gravedad, les ha dicho que va a Jerusalén, y también les ha dicho que no verán más su rostro. En Jerusalén será arrestado, presiente que algo le va a suceder, el Espíritu Santo se lo revela en su alma. No sabe qué será concretamente, no sabe quién lo arrestará, tampoco puede decir cómo terminará todo, pero, sin lugar a dudas, en Jerusalén lo esperan prisiones y tribulaciones. También presiente que es la última vez que se reúne con los ancianos de Éfeso, y por eso habla con tanta gravedad.

Les recuerda lo mucho que ha trabajado durante tres años, durante los que no ha dejado de anunciar "todo el consejo de Dios". No ha estado ocioso, pues incluso ha trabajado para ganarse el sustento, aunque eso no hubiera sido necesario ya que la congregación tenía la obligación de mantener a su maestro, pero él lo ha rehusado. Su estancia durante los tres años que ha estado en Éfeso no le ha costado nada a la congregación. Los ancianos asienten con la cabeza; sí, es verdad, efectivamente así ha sido. Pablo les advierte, también, que vendrán enemigos que tratarán de des-

truir la iglesia de Éfeso, y les amonesta a que estén vigilantes, ellos deben ser fieles hasta la muerte si fuera necesario.

El momento de separarse ha llegado, Pablo debe embarcar ya que el barco está listo para zarpar. Todos se ponen de rodillas y Pablo ora con todos por última vez. Ruega a Dios por aquella congregación, pide que el Señor dé fuerzas y ánimos a éstos ancianos en la hora del peligro; pone en su oración a esta iglesia delante del Trono de Dios, y con solemnidad suena el “amén” en su boca.

La oración los ha impresionado enormemente, solamente el llanto de los ancianos rompe el silencio ya que muchos rompen a llorar por la emoción. Están muy tristes, sobre todo porque se despiden de Pablo definitivamente y no lo volverán a ver sobre la tierra. Lo besan, lo abrazan. Después acompañan a Pablo hasta el barco. Las anclas han sido levadas y la nave va a la deriva lentamente y pronto surca las olas. Probablemente han estado saludando a Pablo con la mano hasta que ha desaparecido de la vista; y entonces los ancianos de Éfeso se vuelven a sus casas.



Hechos 21:1-7

Un barco llega a la gran ciudad comercial de Tiro. Podéis ver en el mapa que Tiro está en Palestina. Poco después el barco entra en el puerto y arriba al muelle. Algunos viajeros desembarcan, son Pablo y sus compañeros. Tras un próspero viaje han llegado a Tiro desde Mileto, donde se despidió de los ancianos de Éfeso. Durante el trayecto tuvo que cambiar a otro barco. El fin de su viaje es Jerusalén.

En Tiro también hay una comunidad cristiana y se hospedan en la casa de uno de los miembros de la comunidad. En Tiro se advierte a Pablo que no viaje a Jerusalén porque allí será arrestado, le esperan prisiones y tribulaciones. No sólo Pablo lo sabe, sino que el Espíritu lo ha revelado también a los creyentes de Tiro. Sin embargo, Pablo no escucha las advertencias. ¿Por qué no? El infatigable predicador pone su vida en las manos de Dios.

Una vez más quiere advertir a los incrédulos y obstinados judíos acerca del juicio que se acerca rápidamente. El amor por su pueblo lo mueve, y por ello en Tiro sólo se queda durante siete días.

Hay un barco en el puerto con destino a Cesarea, y Pablo se decide a embarcar en él. Desde allí irá, finalmente, a Jerusalén. Toda la congregación de Tiro, hombres, mujeres e incluso niños, lo acompañan, se arrodillan en la playa y Pablo ora con ellos dedicando esa congregación al fiel cuidado de Dios. Saluda a todos, les da las gracias por las amabilidades que ha recibido de ellos, se embarca y poco tiempo después el puerto de Tiro ha desaparecido de su vista.

Hechos 21: 8-20

En casa de Felipe, en Cesarea, hay una gran animación. Como recordaréis Felipe era uno de los siete diáconos en Jerusalén, pero ¿recordáis que Felipe predicó en Samaria con mucha bendición? Seguramente no habéis olvidado que fue enviado por el Señor al camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual era desierto, donde se encontró con el etíope. Pues ese mismo Felipe vive con sus cuatro hijas doncellas en Cesarea. También aquí vive Cornelio, el centurión de la Ciudad.

Felipe ha recibido unos huéspedes. ¿Quiénes son? Podéis adivinarlo, ¿verdad? Pablo y sus compañeros son los huéspedes de Felipe que han llegado a Cesarea desde Tiro y ahora están en casa de Felipe. Sus hijas son muchachas piadosas, y también leemos de ellas en la Biblia que profetizaban. Allí pasan días íntimos y a veces, hay un ambiente como pesado y tirante. ¿Por qué? Es cuando piensan en lo que sucederá a Pablo en Jerusalén, entonces todos están tristes, temen por la vida de Pablo.

Un día Felipe recibe a otro huésped, es un profeta de Jerusalén llamado Ágabo. Desde la capital judía va al encuentro de Pablo y lo halla en casa de Felipe. Pero, mirad que cosa más rara hace Ágabo. Toma el cinto de Pablo y con él se ata las

manos y los pies firmemente. Luego dice: "Esto dice el Señor: Así atarán en Jerusalén las manos y los pies de Pablo." Otra vez, Pablo recibe la advertencia de no viajar a Jerusalén; también los compañeros de Pablo, sus amigos más amados, tratan de persuadirlo para que se quede en Cesarea. "Pablo, quédate aquí", "no vayas a Jerusalén", le imploran con lágrimas en los ojos. Le quieren ahorrar el dolor. Pero, Pablo contesta: "Callad. No sólo estoy dispuesto a ser atado, sino también, si es necesario, a entregar mi vida por el Nombre del Señor. Yo voy a Jerusalén."

Cuando oye el tono de voz con que Pablo pronuncia estas palabras, comprenden que no pueden convencerlo. Pero saben que está en las manos del Señor y, con resignación, dicen: "Hágase la voluntad del Señor." Poco tiempo después, Pablo sale de allí y viaja por tierra hasta Jerusalén. Sin incidentes llega a la capital del pueblo judío y con esto ha dado fin a su tercer viaje misionero.

Al día siguiente va a casa del apóstol Santiago donde se han reunido los ancianos de la congregación de Jerusalén. Pablo les cuenta extensamente cuanto ha ocurrido en el mundo de los gentiles. Les cuenta cómo miles de gentiles han sido convertidos por Dios, por medio de su predicación. También les narra las muchas y grandes maravillas que han sido hechas, no para jactarse, sino para que Dios sea glorificado.

Todos escuchan con atención, sus corazones se llenan de alegría y gozo al saber que tantos paganos ciegos e ignorantes han recibido al Señor Jesús como su Salvador y Fiador. Todo es para la gloria de Dios y glorifican y alaban a Dios desde lo más profundo de sus corazones. Han sido horas íntimas, una alegría celestial ha llenado sus corazones. También los ojos de Pablo han brillado con una expresión de íntima alegría. El Señor ha querido usarlo como un instrumento útil para llevar a muchos hombres el mensaje de salvación. El que antes era un perseguidor, ahora es un medio en las manos de Dios y esto llena su alma de humildad y alegría. En Pablo hay gratitud, no orgullo.

Capítulo 114

EN PRISIONES Y TRIBULACIONES

Hechos 21: 26-40

“Vosotros, varones israelitas, ¡venid!” ¿Quiénes gritan así? De pronto se ha formado en el Templo un revuelo tremendo. Está cerca Pentecostés y hay una gran animación; muchos judíos han venido a la casa del Señor para traer sus sacrificios y vemos judíos de Judea, de Galilea, de muchas naciones han venido miles de judíos y prosélitos, también de Asia Menor, de Éfeso y de otras ciudades han venido a Jerusalén, porque es el lugar de reunión.

De pronto miran a un hombre que entra en el Templo, y en sus ojos brilla el odio. Cierran los puños, lo sacuden y zarandean con aspereza tras gritar a los otros judíos que están en el Templo: “Varones israelitas, venid, ayudadnos.” “Este hombre es peligroso, en todas partes habla afrentosamente contra el Templo y las leyes de Moisés. Además, ha profanado este lugar santo, haciéndose acompañar por griegos al Templo.”

La gente acude de todos lados, se hace silencio; el hombre es arrastrado fuera del Templo e inmediatamente cierran las puertas, temiendo que él pueda volver a entrar en la casa del Señor. Están rabiosos. Los judíos, ciegos de furor, azotan a este hombre, de todas partes caen puñetazos sobre su rostro, pecho y espalda.

Lo matarán. ¿Quién es ese hombre, que así es maltratado? Ya lo sabéis, ¿verdad? Es Pablo. Como ya describimos en el capítulo anterior. Pablo ha llegado hasta Jerusalén acompañado por algunos amigos, uno de ellos es Trófimo, un efesio convertido a Dios.

Pablo ha ido al Templo, y, precisamente, allí hay algunos judíos de Asia Menor, quizás, judíos incrédulos de Efeso, que reconocen a Pablo. Ahora pueden saciar en él la rabia que durante tiempo han ido acumulando. Lo acusan falsamente y llaman en su auxilio a los otros judíos.

Habían visto a Pablo y a Trófimo pasear por la ciudad, y ahora piensan que Pablo ha traído a Trófimo con él al Templo.

Con toda su fuerza lo golpean. Lo asesinarán como también mataron a Esteban hace años. ¿Perecerá aquí el fiel predicador? ¿Caerá víctima del odio ciego de los falsos judíos? No, Dios es soberano y cuida de la vida de su siervo.

Mirad allí, a paso ligero se acerca un destacamento de soldados romanos que se aproximan al lugar del tumulto. El campamento de los soldados romanos está cerca y a oídos del tribunal han llegado noticias de un tumulto en Jerusalén, por lo que inmediatamente ha ordenado a un centurión y sus soldados que acuda a ver qué sucede y así lo han hecho. Llegan a tiempo. Cuando los judíos ven a los romanos que se acercan, dejan de golpear a Pablo, ya que ellos no pueden matar a nadie sin la aprobación de los romanos. Enseguida los soldados se apoderan de Pablo y el Tribuno ordena que sea atado con cadenas, ya que piensa que se trata de algún criminal.

¿Quién es ese hombre y qué delito ha cometido? Pregunta a la multitud. De nuevo se desata un nuevo griterío, todos gritan y vocean a la vez; unos dicen una cosa, otros otra. El tribuno no comprende nada de lo que sucede, pero ve las miradas llenas de odio de los judíos, ve sus puños cerrados en actitud amenazante y siente el odio desenfrenado que muestran ante el preso. Todo esto inquieta al Tribuno, que teme que no le sea posible contener a la multitud enardecida y ordena que Pablo sea metido en la fortaleza.

Los judíos lo ven, y un gesto de disgusto aparece en sus rostros enrojecidos por la ira. ¿Escapará su presa...? Gritan impe-

tuosamente y siguen de cerca a los soldados, que vuelven a la fortaleza llevando al preso en medio de ellos. Siguen gritando: "Fuera con él", que es lo mismo que si dijeran: "Matadlo." Cuanto más se acercan a la fortaleza, tanto más rabiosos están, porque comprenden que si Pablo entra allí, no podrán arrebatarlo. Tratan de mezclarse entre los soldados romanos y arrebatárselo a Pablo, pero los soldados no les tienen miedo, están acostumbrados a verse en situaciones más difíciles que ésta y siguen caminando tranquilos en medio de la multitud rabiosa.

Cuando la multitud se abalanza contra ellos, toman a Pablo y lo levantan, y de ésta forma lo ponen en las escaleras de la fortaleza y, seguidamente se cierra la puerta detrás de Pablo. ¿Puedo hablar algunas palabras al pueblo?, pregunta Pablo al Tribuno en lengua griega. El Tribuno romano lo mira sorprendido. "¿Sabes griego?", le pregunta con asombro "¿No eres ese homicida egipcio, que encabezó una rebelión, no hace mucho?"

Hacía algunos meses que un egipcio dijo que expulsaría a los romanos; unos miles de judíos lo creyeron y siguieron tras él, pero todo terminó en nada y los rebeldes fueron derrotados miserablemente. Ahora Lisias, así se llama el Tribuno, pensaba que Pablo era ese egipcio rebelde. Temía que se produjera una nueva rebelión y por eso pregunta a Pablo: "¿No eres tú ese peligroso egipcio?" "No", contestó Pablo, "yo soy judío de Tarso, te ruego que me permitas hablar durante unos momentos al pueblo." El Tribuno accedió a la petición de Pablo, quien se vuelve y hace señas con la mano a la multitud. Los judíos ven que quiere decir algo, el salvaje griterío se va apagando poco a poco y se hace un profundo silencio, sienten curiosidad y desean escuchar atentamente lo que pueda decirles.

Hechos 22: 1-29

"Varones hermanos y padres", así comienza Pablo. ¿Lo escucháis? A esos irrespetuosos judíos los llama "varones her-

manos". Además Pablo les habla en lengua hebrea, la lengua que todos pueden comprender bien. El silencio se hace más profundo y Pablo continúa narrándoles su vida. Es judío, nacido en Tarso, instruido a los pies de Gamaliel. ¿Gamaliel? Sí, lo conocen muy bien, en toda Jerusalén es conocido y respetado Gamaliel; no sabemos si entonces aún vivía, pero sea como fuere este maestro judío no había sido olvidado aún.

Posteriormente Pablo cuenta cómo fue convertido en el camino a Damasco. En este camino el Señor se le ha aparecido. Les describe que fue cegado por una luz celestial y que más tarde recibió la vista por medio de un tal Ananías. Cuenta que el Señor le ha ordenado predicar el Evangelio a los gentiles. La numerosa multitud ha escuchado atentamente en el más profundo de los silencios, pero, cuando Pablo dice estas últimas palabras, comienzan de nuevo a gritar: "Fuera no conviene que viva más tiempo."

Las palabras de Pablo de que ha sido enviado a predicar a los gentiles los vuelve casi locos de furor; unos se quitan los mantos, llenos de indignación, y los lanzan violentamente al suelo, otros cogen tierra y la lanzan al aire. Gritan y vocean como



Pablo protegido por los soldados romanos

endemoniados y Lisias se asusta de esta violenta reacción. Apresuradamente hace entrar a Pablo y la puerta se cierra. Los judíos se marchan.

Con mirada recelosa, Lisias mira a Pablo, no se confía; probablemente no ha comprendido el discurso de Pablo, ya que éste ha hablado en lengua hebrea, y piensa sin embargo, que debe haber hecho algo malo, ya que de lo contrario, los judíos no estarían tan furiosos contra él. Desea saber exactamente que es lo que ha hecho Pablo.



Pablo protegido por los soldados romanos

“Azótalo”, ordena severamente al Centurión, “tiene que declarar su crimen. Azótalo hasta que confiese.” Lisias se marcha a sus habitaciones y el Centurión conduce a Pablo al patio para dar cumplimiento a la orden del Tribuno. Unos soldados romanos despojan a Pablo de sus ropas, y lo atan, toman el látigo y van a comenzar a azotarle.

“¿Podéis azotar a un ciudadano romano sin ser juzgado antes?”, pregunta Pablo serenamente al Centurión, y éste se

asusta cuando oye que Pablo es romano, ya que un romano no podía ser azotado impunemente. Se apresura a Lisias y dice: "¿Sabes que este hombre es romano?" Cuando Lisias oye estas palabras se asusta también, apresuradamente corre al patio y pregunta a Pablo: "¿Eres romano?" "Sí" es la respuesta de Pablo. "Yo soy romano también", informa Lisias, "pero he comprado la ciudadanía romana por una gran suma de dinero"; Pablo contesta: "Yo lo soy de nacimiento." Inmediatamente Lisias ordena que Pablo sea desatado, y desde ese momento Pablo es tratado de modo muy distinto por Lisias. Era un privilegio para Pablo tener la ciudadanía romana, lo que le había guardado de muchas adversidades más de una vez.

Capítulo 115

== “UN ATENTADO FUSTRADO” ==

Hechos 22:30

Hechos 23: 1-11

Mirad, se han reunido los importantes miembros del Sanedrín, del concilio judío ¿Esperan? ¿Qué esperan? Han sido convocados por Lisias, el Tribuno romano. Ya sabéis que Lisias fue quien envió a los soldados romanos para que arrebataran a Pablo de las manos de los judíos, cuando lo golpeaban a la entrada del Templo.

Lisias aún no sabe por qué los judíos están airados contra Pablo y quieren investigarlo, por eso ha convocado a los miembros del concilio. Estos han llegado y ahora esperan la entrada de Lisias y del preso. No necesitan esperar mucho.

Cuando todos están presentes hace su entrada Lisias seguido de algunos soldados romanos que conducen a Pablo. Ahora que el tribuno conoce que Pablo tiene la ciudadanía romana está obligado a velar por la seguridad del preso, por eso ha tomado sus medidas.

Pablo está en pie delante del concilio judío. Nadie abre la boca, pero siente el odio con que lo rodean, ve ese odio salvaje en sus ojos amenazantes, lo lee en sus labios apretados. Se hace un silencio pesado, un silencio lleno de amenazas. Ninguno le pregunta nada.

Podemos comprender que Pablo se enfadara, no merecía esa humillación. Esas palabras indignadas se vuelven contra Pablo y se le pregunta con reproche: “¿Insultas al sumo sacer-

dote de Dios?", cuando Pablo escucha ésto, inmediatamente se retracta de sus violentas palabras, se excusa: "No sabía que era el sumo sacerdote, porque si lo hubiera sabido no habría dicho esas palabras, ya que Dios ha ordenado en sus leyes que no podemos maldecir a un príncipe de nuestro pueblo." ¡Qué ejemplo da Pablo a ese sacerdote injusto! De nuevo el silencio se hace patente, y todos esperan lo que Pablo va a decir.

Otra vez Pablo se hace cargo de la reunión, porque sabe que el concilio se divide en dos bandos, uno formado por los fariseos y el otro por los saduceos. Como sabéis los saduceos no creían en la resurrección de los muertos, no creían en los ángeles ni en los demonios; no creían en el infierno, ni en el cielo; para ellos el muerto quedaba siempre muerto. Cuando una persona moría, todo terminaba; según ellos, no había distinción entre un hombre y un animal. Los fariseos, por el contrario, sí creían en la resurrección de los muertos, creían en el cielo y en el infierno, también en los ángeles y en los demonios. Ambas partes estaban enfrentadas irreconciliablemente en estas doctrinas y Pablo lo sabe y hábilmente hace uso de ello.

Exclama: "Varones hermanos, yo soy un fariseo, y porque creo en la resurrección de los muertos, estoy aquí." Un gran rumor se produce al escuchar estas palabras. Los fariseos gritan: "Este hombre no es culpable, no ha hecho nada malo, y si un espíritu o un ángel le ha hablado, entonces no podemos hacerle ningún mal, porque de lo contrario, trataríamos de luchar contra Dios. Los sacerdotes a su vez claman: "Es culpable, porque es un engañador." Ningún ángel ha podido hablarle, porque los ángeles no existen. Trata de burlarse de nosotros.

"Si existen los ángeles" replican los fariseos airados. "No existen los ángeles" contestan los saduceos. Los miembros del concilio se miran los unos a los otros llenos de rabia y odio, falta poco para que los fariseos y saduceos lleguen a las manos. Lisias, el Tribuno romano, contempla el violento espectáculo con la más grande de las sorpresas. "¿Son éstos los príncipes del pueblo judío?, piensa. Una sonrisa despectiva aparece en el rostro del orgulloso romano. Teme que, en su ciego odio, los saduceos puedan matar a Pablo y

llama rápidamente a los soldados, quienes toman a Pablo, y a una seña del Tribuno lo sacan de la tumultuosa asamblea y lo conducen de nuevo a la fortaleza. Lisias tampoco desea presenciar por más tiempo esa caótica asamblea y sale con sus soldados.

Sigue sin saber qué es lo que Pablo ha hecho, pero, al menos, ya está seguro de una cosa, ese hombre no es un criminal, no es un peligro para los romanos. Comprende que de lo que se trata es de discusiones acerca de su religión; sin embargo, el no tiene que hacer nada con esos problemas y no quiere tratar a Pablo con severidad, al contrario. Es posible que Pablo pueda moverse con cierta libertad dentro de la fortaleza.

Seguro que Pablo está triste, pero en la noche, el Señor se le aparece y le anima: "Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma. Te guardaré y evangelizarás en Roma."



Hechos 23: 12-22

Un grupo de judíos están de pie y juntos discuten en voz baja con agitación. Tal vez, eran los judíos de Asia Menor, pero no podemos asegurarlo. Durante sus discusiones hay un brillo airado en sus ojos. ¿Qué discuten? Escuchad. Traman un complot para matar a Pablo. Sí, se conjuran, prometen con juramento, que no comerán, ni beberán hasta que hayan dado muerte a Pablo. Juran de modo solemne.

Acuden a algunos miembros del concilio y les comunican lo que traman. Les dicen: "Debéis ayudarnos. Convocad al concilio mañana y preguntad a Lisias si quiere conducir a Pablo de nuevo delante del consejo judío. Nos cuidaremos muy bien de que no llegue jamás al consejo, lo mataremos en el camino." Los miembros del concilio lo aprueban de inmediato. Como podéis comprender, es una vergüenza lo que estos principales sacerdotes están tramando, cuando lo que debieron hacer fue rehusar, tajantemente el plan diabólico que les proponían, pero... no lo hicieron.

Los conspiradores, que eran más de cuarenta, se marchan con risa sarcástica, van pensando que matarán a Pablo en el camino. No pueden callar sus pensamientos y mientras caminan siguen hablando del tema; van tan absortos en la conversación que no se dan cuenta de que un muchacho camina tras ellos y oye todo lo que van diciendo. Cuando el muchacho oye lo que planean se llena de temor. Ha oído que están hablando de Pablo, que planean matarlo. También escucha como tratan de hacerlo, su corazón comienza a latir apresuradamente, y se dice para sí mismo "No sucederá." ¿Quién es ese muchacho? Es un sobrino de Pablo. Sabéis que una hermana de Pablo, casada, vivía en Jerusalén; pues ese muchacho es el hijo de la hermana de Pablo, es sobrino de Pablo.

¿Sabéis qué hace sabiamente este muchacho? Corre a la fortaleza de los romanos, llama a la puerta y cuando un soldado le abre, pregunta si puede hablar un momento con Pablo. "Sí, pero sólo un momento", contesta el soldado romano y conduce al muchacho hasta Pablo. "Tío", habla agitadamente el muchacho, "los judíos tienen intención de matarte." Después le cuenta todo lo que ha escuchado de los conspiradores. El apóstol comprende que su vida está en peligro, porque como Lisias no se entere de la conspiración, accederá al ruego de los judíos, y si es así, entonces, está perdido. En esos momentos un Centurión pasa junto a ellos, Pablo lo llama y le dice: "Conducid a este muchacho ante Lisias el Tribuno", el Centurión dice: "Acompáñame", y conduce al muchacho ante Lisias.

El Centurión informa al Tribuno que Pablo le ha llamado y le ha pedido que trajera al muchacho ya que tiene algo muy importante que decir. Lisias observa al muchacho con mirada escrutadora y le pregunta con amabilidad: "¿Qué me tienes que decir?"

"Algo importante", responde el muchacho. Lisias lo toma de la mano y lo conduce a un lugar retirado y entonces le dice: "Ahora, cuéntame lo que tienes que decir. Nadie nos oye aquí." El muchacho comienza: "Señor, los judíos, más de cuarenta hombres, han tramado un complot para matar a Pablo. Mañana te rogarán que llesves a Pablo ante el concilio otra vez para poder ser interro-

gado. Pero no los creas, señor, porque en el camino los conspiradores matarán a Pablo. Se han juramentado, bajo maldición, a no comer y no beber hasta que hayan dado muerte a Pablo."

Lisias ha escuchado el relato con preocupación. "Eres un muchacho valiente", anima al muchacho y hasta, quizás, le ha dado unas palmadas de aprobación en la espalda. "Pero, escucha ¿Deseas que maten a tu tío? Supongo que no", "Claro que no, señor", responde el muchacho. "Pues, bien, no debes contar absolutamente a nadie lo que has oído y me has dicho", dice el Tribuno. "No hablarás de esto a nadie." ¿Me lo prometes?" "Sí, señor, no lo hablaré con nadie", prometió el muchacho. "Márchate y no abras la boca." El muchacho sale de la fortaleza romana con una sonrisa alegre y esperanzadora.

Podemos estar seguros de que a nadie ha contado lo sucedido. ¿Sois, también, vosotros capaces de callar cuando es necesario? Algunos parece que no pueden callar nunca, siempre tienen algún cuento que llevar a unos y otros. Sin embargo, quisiera aconsejaros que aprendáis a callar cuando es necesario hacerlo, porque, de lo contrario, muchas veces os pesará después.



Pablo advertido por su sobrino del complot de los judíos

Hechos 23: 23-35

El sol se ha puesto y la noche ha extendido su oscuro manto, se hace el silencio en Jerusalén, las calles están vacías y desiertas. En aquel tiempo, como no había faroles, nadie salía de noche por la calle después de la puesta del sol, a menos que fuera algo realmente necesario. Pero... escuchad. La puerta de la fortaleza se abre y las fuerzas militares romanas abandonan la fortaleza, se oyen las pisadas de los caballos y el paso retumbante de muchos soldados. ¿Qué pasa?

Cuando Lisias se entera por el sobrino de Pablo que los judíos habían tramado un complot contra la vida de Pablo, Lisias llama dos de sus centuriones y les ordena preparar las fuerzas militares. No quiere tener por más tiempo a Pablo en Jerusalén, porque sabe que una rebelión de los judíos puede ser peligrosa. Es mejor conducir a Pablo a Cesarea, y dejarlo a la custodia del gobernador Félix, éste podrá atender mejor y con más seguridad el asunto.

Escribe una carta a Félix en la que describe todo lo que ha sucedido. Cómo salvó a Pablo de manos de los homicidas judíos, cómo lo hizo comparecer ante el concilio judío. Escribe, con toda sinceridad, que según su opinión Pablo es completamente inocente. También informa al gobernador de que ha sido avisado de un complot judío y por esa razón envía a Pablo, que es ciudadano romano, para que Félix juzgue el caso.

El traslado de Pablo a Cesarea no debe hacerse de día, porque los judíos podrían impedirlo a toda costa. Los judíos no deben saberlo hasta que Pablo esté seguro, y por eso Lisias hace conducir a Pablo por la noche, así nadie sospechará nada. ¿Veis cómo Lisias es muy prudente? Todo está preparado y las fuerzas militares, 470 hombres, abandonan el cuartel, llevando a Pablo entre ellos. En la Biblia leemos que: "era la hora tercera de la noche", es decir, sobre las nueve de la noche. Pablo va en una cabalgadura, algunos piensan que con esto quiere decir, un caballo ensillado.

Los judíos no sospechan que Pablo ha sido sacado en secre-

to. Durante toda la noche las fuerzas romanas hacen el viaje y cuando amanece, Pablo ya está muy lejos de Jerusalén. Entonces 400 soldados se vuelven por si son necesarios en la fortaleza. Solamente 70 jinetes acompañan a Pablo y lo conducen a Cesarea. El apóstol llega con seguridad a la ciudad. El centurión romano da la carta al gobernador Félix y Pablo es custodiado, de momento, en el pretorio. El Señor ha velado por la vida de su siervo.

A la mañana siguiente algunos miembros del concilio vienen a Lisias y le ruegan, aparentemente, con mucha sumisión, si permite que Pablo sea llevado de nuevo al concilio, así podrán investigar más detalladamente el asunto. Lisias sonríe irónicamente ante el ruego de esos hipócritas y contesta: "Hice llevar a Pablo a Cesarea al gobernador. El cual se ocupará de la causa." Una expresión de furor y de fracaso se marca en el rostro de los principales judíos, sin embargo, no hay remedio.

"Si queréis acusarle, tenéis que ir a Cesarea ante Félix", aconseja Lisias a los principales judíos, mientras contempla furtivamente los rostros de esos hipócritas mentirosos. Estos se marchan con las manos vacías. Pero, como podréis suponer, se han ido furiosos, su impía intención les ha salido mal. El astuto atentado contra la vida de Pablo ha sido frustrado. Y los conspiradores, ¿se murieron de hambre? Es de suponer que no, ya que, en caso de que la vida peligrara, el sacerdote podía librarlos de un juramento y, es lógico que así lo hiciera.

Capítulo 116

= “NO HOY, SINO MÁS TARDE” =

Hechos 24: 1-23

Varios hombres están en la sala de audiencias de Cesarea. Allí está el gobernador Félix sentado en el sillón judicial, ante él están de pie varios judíos de Jerusalén, entre ellos podemos ver al sumo sacerdote Ananías y a algunos miembros del concilio. También en la sala está un hombre sencillo, sus manos esposadas, y custodiado por algunos soldados romanos. Es un preso, quizás ¿un peligroso asesino? ¿Un homicida, ladrón o bandido? Nada de eso, ese hombre encadenado es Pablo. El apóstol fue enviado a Cesarea por Lisias para evitar su muerte a manos de los judíos. Pablo lleva cinco días en Cesarea.

Sus acusadores judíos han venido también a Cesarea, por eso, el gobernador romano está sentado en la sala de audiencias para ocuparse de esta causa. Los judíos llevan consigo a un abogado, un tal Tértulo; éste hablará en favor de los judíos y les representará. Cuando todos están reunidos, Félix hace una señal a Tértulo puede exponer las acusaciones que tenga contra Pablo. Tértulo no se hace repetir la señal dos veces y toma la palabra inmediatamente. Escuchad.

“Estamos muy agradecidos porque gracias a ti gozamos de gran paz y muchas cosas son bien gobernadas por tu prudencia” ¿Habéis oído? Comienza adulando al gobernador y lo hace

con toda intención ya que desea captar el favor del gobernador para con los judíos. Lo que dice es una completa adulación, pues no es esa la realidad. Félix no era un buen gobernador, era un hombre malo y cruel. Una vez finalizadas sus aduladoras palabras, Tértulo comienza a acusar violentamente a Pablo.

Refiriéndose a Pablo, dice con gran desprecio: "Este hombre es una plaga, promotor de sediciones entre todos los judíos." Trata de decir que Pablo instiga a los judíos contra los romanos, que los judíos serán llevados a la miseria por él, en definitiva, que es un hombre peligroso y, al mismo tiempo, un "cabecilla" de los seguidores de Jesús de Nazaret. Incluso han tenido la osadía de profanar el Templo de Jerusalén, llevando a unos griegos con él al templo. Es suficiente. Pablo es un rebelde, un hereje y un profanador, según él. El sumo sacerdote Ananías y los demás judíos asienten con la cabeza. Sí, sí, es la verdad. Están completamente de acuerdo con lo que dice Tértulo. Los judíos esperan que Félix les entregue a Pablo y si lo consiguen lo eliminarán, lo matarán.

Felix escucha tranquilamente esas graves acusaciones y hecha una mirada escrutadora. La duda viene a su corazón. ¿Será esa la verdad? Casi no puedo creerlo, Pablo no tiene cara de ser un criminal. De todos modos, decide tener cuidado. Cuando termina Tértulo, el gobernador hace señas a Pablo para que hable y le pregunta: "¿Qué puedes responder a estas acusaciones? ¿Es cierto cuánto Tértulo dice?"

Pablo ha escuchado las acusaciones falsas y ahora el gobernador le da una oportunidad para que se defienda. Pablo responde: "Nada de lo que Tértulo dice es verdad. Ha sostenido que soy un rebelde, pero no puede probarlo, es una gran mentira. Ha dicho que soy un discípulo de Jesús de Nazaret, esa es la única verdad que ha dicho. Sirvo al Dios de nuestros padres, creyendo que todos nosotros resucitaremos. Finalmente Tértulo me ha acusado de que he profanado el Templo, lo cual no es cierto, al contrario, he venido al Templo para hacer limosnas a mi nación y presentar ofrendas. Cuando iba al Templo me vieron algunos judíos de Asia Menor y ellos

fueron los que incitaron al pueblo contra mí. Esos judíos son los que deberían estar aquí para acusarme, si es que tienen algo contra mí."

Pablo ha hablado sosegada y tranquilamente, sabe que no es culpable y su conciencia de nada lo acusa. Se hace un silencio en la sala de audiencias, todos esperan ansiosamente la sentencia de Félix. ¿Qué hará? Él es el juez. Félix reflexiona sobre lo que ha oído. No da crédito a las graves acusaciones de Tértulo, presiente que Pablo dice la verdad y está seguro que Pablo no es culpable.

Siendo así, la cosa es sencilla para Félix; puede absolver a Pablo, ponerlo en libertad y soltarlo. Sí, esto debería hacer Félix, pero ¿lo hace? Debe pronunciar una sentencia, debe decidirse. Sin embargo, quiere dar una prueba de favor a los judíos, ve que los judíos tratarán de vengarse de él, quizás, hasta lo denuncien al emperador y entonces todas sus malas acciones serán puestas al descubierto. Félix no se atreve a soltar a Pablo, prefiere cultivar la amistad de los judíos; pero, por otra parte, tampoco se atreve a entregar a Pablo a los judíos, porque está seguro que si lo entrega, lo matarán, no quiere arriesgarse porque Pablo tiene la ciudadanía romana y si llega a oídos del emperador habrá confirmado su suerte.

¿Sabéis que hace? Trata de demorar la sentencia y ganar tiempo. "Sí, escuchad", dice, "aún no puedo decidir, necesito saber concretamente qué es lo que ha ocurrido. Lisias vendrá por aquí en breve y antes de pronunciar una sentencia quiero escuchar al Tribuno de Jerusalén. Cuando conozca toda la causa con precisión entonces decidiré." Los judíos están decepcionados, esperaban confiadamente que el gobernador les entregara a Pablo y no sucede así. No les queda otro remedio que volverse a Jerusalén y esperar.

Pablo queda preso, pero no es tratado como un criminal. Sus amigos de Cesarea tienen permiso para poder visitarlo. Recordemos que Pablo tiene muchos amigos aquí. Cornelio el centurión, y Felipe el diácono viven aquí y es muy posible que ellos hayan tratado y cuidado a Pablo con toda solicitud.

Hechos 24: 24-27

Un día sacan a Pablo de la cárcel y, probablemente, lo conducen al palacio del gobernador. Muy pronto, Pablo se encuentra ante el gobernador; junto al gobernador está sentada su esposa Drusila. ¿Su esposa? No, Drusila no es la esposa de Félix, en la Biblia leemos que era judía. Se había casado con otro hombre, al que había abandonado y ahora vivía con Felix. De todo esto resulta que Drusila era mujer mala. Felix no podía vivir legítimamente con Drusila, ni ella podía vivir legalmente con él, pero él consiente porque también es un hombre malo.

Ahora, Pablo está en pie delante de él, ha sido llamado por Félix. El gobernador y Drusila quieren saber qué es lo que Pablo predica y pregunta al apóstol si quiere contarles algo más acerca de su doctrina.

El fiel apóstol está dispuesto a ello inmediatamente y lo hace con gusto. Les cuenta la historia del Señor Jesús; les dice que el Señor Jesús ha venido a la tierra para salvar a los pecadores; les describe cómo el Salvador ha sufrido y muerto para obtener la gloria para su pueblo. También habla Pablo de la llegada de Cristo en las nubes del cielo. Entonces, el Hijo de Dios juzgará a los vivos y a los muertos. El apóstol sigue hablando de la justicia y del dominio propio.

Drusila está sentada allí, las palabras de Pablo, sus advertencias no causan la más mínima impresión a esta mujer mala. Quizás, no cree o no quiere creerlo.

Pero, Felix enrojece, en sus ojos se refleja una ansiosa expresión. ¿Justicia...? El no es justo, sino injusto. ¿Moderado...? Tampoco es moderado, no vive como debe vivir, vive ilegítimamente con una mujer, toda su vida está llena de una gran impiedad. Cuando piensa en ese cercano día del juicio se aterra y se inquieta en gran manera. Cree que ese día horrible vendrá irremisiblemente y... ¿Entonces? Entonces a él no le irá muy bien, su conciencia le acusa y se agita. Sin

embargo no quiere pensar en eso, quiere seguir viviendo su vida de placer, de fiestas y diversiones, pero... ¿Y el día del juicio? No, no quiere que esos pensamientos lo angustien y trata de echarlos fuera. Prefiere no seguir escuchando a Pablo y dice: "Pablo, ahora no tengo tiempo para escucharte más, ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré." Lo que hace Félix es muy peligroso; aplaza su conversión, no quiere dejar sus pecados, no quiere abandonar a Drusila, piensa que podrá hacerlo más tarde, otra vez, ahora no.

Miles de jóvenes y adultos también hacen lo mismo que Félix ha hecho, aplazan su conversión. Cuando escuchan una predicación se inquietan, se angustian, comprenden que serán condenados si siguen viviendo en sus pecados, se dan cuenta que deben convertirse, pero como Félix, también ellos dicen: "Fuera con esos pensamientos tristes y angustiosos; no, ahora no, más tarde." Más tarde le pedimos al Señor que les dé un corazón nuevo, se convertirán más tarde, piensan. Primero un poco de placer, un poco de diversión; lo aplazan y, siguen aplazándolo y... entonces, de pronto, viene la muerte y ya es demasiado tarde, ya no hay remedio.

Al igual que éstos, ¿lo aplazas, también, tú? Ten cuidado, es muy peligroso, la muerte nos puede llegar en el momento que menos la esperemos y si la muerte nos sorprende sin haber sido convertidos entonces seremos condenados por toda la eternidad. No digas para más tarde; recuerda que hoy es el día de Salvación, quizás no vuelva a existir posibilidad.

Félix lo aplaza también, y sigue aplazándolo. Sí, muchas veces hacía venir a Pablo, pero ya no volvió a hacerle hablar de Dios, del juicio, de la justicia. No quería oír hablar de ello. Ahora, en esta ocasión, habla a Pablo de dinero. ¿De dinero? Qué extraño, ¿no? Si el dinero no tenía nada que ver con el tema ¿por qué lo hace? Félix esperaba que Pablo le ofreciera dinero para que le concediera la libertad. Esto ocurría muchas veces. Félix sabía que Pablo tenía muchos amigos en Cesarea a los cuales Pablo podría pedir dinero y ya se encargaría Félix de administrarlo muy bien.

Félix no se anduvo por las ramas y mostró claramente a Pablo que si le daba dinero él podría ponerlo en libertad. Sin embargo, Pablo no accedió a ello, no estaba dispuesto a comprar su libertad porque él sabía que era completamente inocente y, por tanto, deseaba ser puesto en libertad de una forma honesta.

Así pasaron dos años. De pronto... Félix recibe una carta del emperador en la que se le ordena acudir a Roma. Los judíos lo han denunciado al emperador y, por ello, no podía continuar siendo gobernador, fue destituido. Con el corazón lleno de angustia deja Cesarea y emprende viaje a Roma, pero en lugar de libertar a Pablo, lo deja preso en la cárcel y se marcha.

Félix había dicho: "Ahora no, más tarde", pero ese "más tarde" no llegó nunca, pues al final murió como un hombre impío e inconverso y Drusila, esa mujer impía y mala, también se perdió poco tiempo después. Esta historia es una grave advertencia para todos nosotros. No digamos nunca: "No ahora, sino más tarde". Por el contrario, pedid al Señor cada día que os dé la Vida, que os dé un corazón nuevo. No "más tarde", sino "ahora".

Capítulo 117

==== "PABLO, ESTÁS LOCO" ====

Hechos 25: 1-12

"¿Quieres hacernos un gran favor?" Ante el nuevo gobernador, Festo están el sumo sacerdote y los más influyentes de los judíos. El gobernador anterior, Félix, había sido destituido y llamado a Roma para dar cuentas, porque los judíos lo habían acusado. El nuevo gobernador, Festo, había sido antes un esclavo, pero Nerón el emperador lo había nombrado gobernador en lugar de Félix. Este era un gran honor para un antiguo esclavo. Festo ha viajado directamente a Palestina. Primeramente fue a Cesarea, lugar donde estaría su residencia, y tres días después marcha a Jerusalén para conocer a los sacerdotes y a los principales de los judíos.

Los judíos aprovechan esta oportunidad para otra vez tratar de apoderarse de Pablo, por eso preguntan a Festo: "¿Quieres hacernos un gran favor?" "Entonces envía a Pablo a Jerusalén para que nosotros podamos interrogarlo aquí en nuestro concilio." Esperan ansiosamente la respuesta de Festo. Si lo consiguen, habrán ganado porque Pablo no llegará jamás vivo a Jerusalén. Lo matarán en el camino.

Sin embargo, Festo mira con indecisión cuando escucha este ruego. No, no está dispuesto a acceder a ese ruego, porque Pablo es ciudadano romano y tiene que velar por su seguridad. Por ello

responde resueltamente: "No es necesario hacerle venir aquí, en Cesarea está bien custodiado. Pronto volveré a esa ciudad, designad por tanto, a algunos hombres de vuestra confianza y enviadlos a mí y entonces se investigará esa causa en Cesarea." los Judíos se desilusionan, comprenden que Festo no accederá a su ruego y se deciden a viajar con el gobernador romano.

Durante diez días permanece Festo en Jerusalén, la capital judía, y después, acompañado de algunos judíos, vuelve a Cesarea. Al día siguiente hace llevar a Pablo ante sí. También los principales judíos están presentes y acusan violentamente a Pablo. Tratan de engañar a Festo y le dicen que Pablo es un rebelde, que ha profanado el Templo. Sin embargo, no pueden probar los delitos de los que le acusan. ¿Por qué? Porque no son ciertos. Están acusando al apóstol falsamente.

También ahora, Pablo recibe la oportunidad de defenderse. Dice a Festo que los judíos lo acusan injustamente. Habla así: "No he pecado contra la ley de los judíos, no he profanado el Templo. Tampoco soy un rebelde, nunca jamás he hablado injustamente contra el emperador." Festo, que está allí sentado, percibe que Pablo dice la verdad, también se da cuenta del gran odio de los judíos contra el preso. No sabe cómo actuar en esta difícil causa. Ha sido nombrado recientemente y no le es agradable comenzar a actuar enfrentándose a los judíos, por lo que trata de ser agradable con ellos esperando que a él no lo puedan acusar como han hecho con Félix.

Entonces, pregunta a Pablo: "¿Tienes inconveniente en ir a Jerusalén para que tu causa sea tratada por el concilio allí?" La pregunta de Festo hace comprender a Pablo que éste está dispuesto a entregarlo a los judíos, y si lo hace, está perdido, así que Pablo contesta: "A los judíos no les he hecho ningún mal, como tu sabes muy bien. Si algún agravio o cosa digna de muerte he hecho, no rehusó morir; pero si nada hay de las cosas de que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo."

Antes de continuar quiero decirles algo. Los romanos y cuantos tenían la ciudadanía romana podían apelar a César en caso de necesidad. Esto significaba que nadie podía senten-

ciarlos, sólo el emperador podía emitir sentencia. Pablo comprende que Festo trata de tratarlo injustamente y, por esa razón, apela a César. Ahora, Festo no puede sentenciarlo, tampoco puede absolverlo, tiene que enviar a Pablo a Roma, donde el emperador mismo sentenciará a Pablo y decidirá.

El gobernador y los judíos, tras una apelación, saben que no pueden hacer nada más; seguramente, los principales judíos habrán descargado sobre Pablo miradas llenas de odio, pero tienen que volverse a Jerusalén con las manos vacías. Su astuta intención de matar a Pablo en el camino ha fracasado una vez más.

Hechos 25: 13-27

Hechos 26: 1

Festo ha recibido a unos huéspedes que lo acompañarán durante unos días. Son el rey Agripa y su hermana Berenice, que han venido para felicitarlo por su nombramiento de gobernador. Quieren al mismo tiempo conocerlo ya que la provincia sobre la que es gobernador Festo y el territorio sobre el que Agripa gobierna, están el uno al lado del otro. Durante unos días, el rey Agripa y su hermana Berenice se quedan como invitados de Festo y se celebran varias fiestas.

Un día, Festo dice a Agripa que el gobernador Félix dejó preso en el pretorio a un tal Pablo. Para mí, es un caso difícil, dice Festo, porque en un principio, pensaba que se trataba de un rebelde o un homicida, pero no se trata de eso, he descubierto que se trata de temas de religión judía. Algo sobre un tal Jesús, que vivió hace algunos años y que los judíos dicen que ha muerto, pero Pablo sostiene que vive. Cuando pregunté a Pablo si quería ir a Jerusalén para ser juzgado allí, apeló al tribunal de César. Ahora espero una ocasión favorable para enviarlo allí. Pero es un caso difícil, ya que no sé qué he de escribir concretamente al emperador, porque las acusaciones que los judíos aducen contra él no son ciertas. Cuando el rey

Agripa oye el nombre de Pablo, levanta sorprendido la cabeza, sin duda que ha oído hablar mucho de Pablo, pero no lo conoce. Por eso pregunta inmediatamente: "¿Podría oír a ese hombre?" "Claro que sí" contesta Festo, "le oirás mañana."

Muchos hombres se reúnen en el pretorio al día siguiente. Festo ha invitado a los tribunos, a los diferentes oficiales del ejército romano y a los hombres principales de la ciudad para que estén presentes. Todos los invitados se han sentado y entonces, Festo ordena que traigan al preso. Pablo entra en la gran sala; es probable que esté encadenado, posiblemente unido por cadenas a algunos soldados romanos, de modo que le sea imposible escapar. Los ojos de todos se dirigen a él, algunos lo miran con desprecio, otros con una sonrisa sarcástica. Pero en los ojos de Agripa no hay ni odio ni burla, al contrario, Agripa examina a Pablo con interés. Este es el hombre de quien tanto se habla, piensa. Es el hombre a quien los judíos tanto odian.

En el salón se hace un silencio profundo. Festo rompe el silencio y dice: "Rey Agripa y todos los presentes, aquí está en



Pablo ante Agripa y Festo

pie ante vosotros un hombre cuya muerte es requerida por los judíos. Sin embargo, he investigado minuciosamente la causa y no encuentro nada por lo que culparlo, no ha hecho ningún mal por el que se le pueda condenar a muerte. Pablo ha apelado a César, pero no sé que acusaciones he de escribir al emperador. Por eso me alegra que todos hayan venido y, sobre todo, me alegra que el rey Agripa esté entre nosotros; él podrá ayudarme a redactar la carta." De nuevo se hace silencio; Pablo también calla, es un preso y necesita una señal para poder hablar. Cuando Festo termina de hablar, Agripa dice a Pablo: "Se te permite hablar por ti mismo, puedes defenderte." La tensión aumenta, todos sienten curiosidad por lo que este hombre sencillo pueda decir. Escuchad, vosotros, también, queridos lectores.

Hechos 26: 2-32

"Me tengo por dichoso, rey Agripa, de que me permitas que me defienda de las muchas acusaciones de los judíos." El apóstol habla claramente. No está nervioso, el Señor le quita todo temor. Además Pablo sabe que Agripa lo comprenderá, porque el rey conoce la religión judía. El reconoce las costumbres de los judíos, conoce la vida de los judíos.

Entonces Pablo cuenta que es judío, hijo de un fariseo, que él mismo ha vivido como fariseo desde su juventud. Describe que ha perseguido a los discípulos de Jesús de Nazaret; también informa cómo ha visto al Señor Jesús yendo camino a Damasco. Pablo dice: "A medio día el cielo fue abierto y me rodeó una luz, que sobrepasaba el resplandor del sol. No era una alucinación, oh rey, sino una realidad, porque oí una voz que me llamaba por mi nombre. El Señor Jesús me habló allí y me envió a predicar el Evangelio a los gentiles. Eso es lo que he hecho desde ese momento. No he sido desobediente, sino que he comenzado a predicar. Por ésta razón los judíos se han enojado contra mí, ésta es la causa por la cual me odian y por ello,

sencillamente, quieren matarme. Sin embargo, el Señor me ha guardado y los judíos no han conseguido su propósito."

"También ahora puedo hablar sobre ese Jesús. Era necesario que padeciese, pero El no ha quedado sujeto a la muerte, sino que ha resucitado y vive para guardar e interceder por los suyos; también vive para recoger su Iglesia de entre los gentiles en todas partes. Por eso les anuncio la posibilidad de salvación, puedo predicarles que Jesús es la Luz para revelación a los gentiles.

Todos escuchan atentamente y también Festo ha escuchado. Sin embargo, cuando Pablo dice que el crucificado, que Jesús, ha resucitado, una burlona expresión se refleja en sus ojos. No lo cree, eso es absurdo. "Estás loco, Pablo", grita, "te has vuelto loco. Has leído tantos libros que tu inteligencia se ha oscurecido. Ningún hombre en su sano juicio puede dar crédito a ese absurdo." Pablo escucha estas burlonas palabras y con gran seriedad mira al gobernador y le dice con convicción: "No estoy loco excelentísimo Festo. Te digo la verdad. Lo que digo no son las palabras de un loco, sino palabras muy cuerdas."

Festo no comprende nada, pero el rey Agripa lo comprende muy bien. Agripa sabe que los profetas han anunciado que pasarían todas esas cosas, y recuerda lo que ha pasado, años atrás, en Jerusalén. Ha oído hablar del gran Profeta de Nazaret, que hacía tantas maravillas. No, el rey Agripa no dice que Pablo está loco. Por eso, Pablo vuelve su mirada de Festo al rey y dice con toda sinceridad: "El rey sabe que no digo cosas absurdas. El rey sabe que todo ha acontecido así. ¿Crees oh rey Agripa a los profetas?"

Las palabras de Pablo ha causado una impresión muy profunda en el ánimo del rey. Cuando Pablo pregunta al rey si cree a los profetas, se da cuenta de que el rey duda y entonces trata de animarlo para que conozca al Señor Jesús como su Salvador, por eso le dice: "Yo sé que crees en los profetas." El rey se impresiona con estas palabras y en su alma se libra un violento combate, un combate entre su conciencia y un falso pudor. La voz de la conciencia dice: "Sí", la voz de su falso pudor, le dice: "Un rey no puede hacerse cristiano, no puede reunirse con los despreciables nazarenos." Hay una tempestad en el alma de Agripa. Pero...

¿Qué se nos dice de él? ¿Se habrá burlado también? No, no puede, no quiere burlarse. Sin embargo, es muy orgulloso y altivo, se avergüenza, reconoce intelectualmente que lo que Pablo dice es verdad. Por eso, precisamente, es responsable de sus actos.

Contra la voz de su conciencia, dice: "Por poco me persuades a ser cristiano." ¡Qué respuesta más horrible! "Por poco", pero, "por poco" no existe, ha de ser "sí" o "no." Ha de ser todo o nada, pero "por poco" es imposible. Pablo lo sabe y dice: "Quisiera Dios que, no por poco, sino por mucho, te rindieras al Señor Jesús. Y no sólo tú, sino todos los aquí presentes."

El rey se levanta después de estas palabras, los demás siguen su ejemplo. Pablo es retirado. El rey y Festo se separan aparte un momento y Agripa dice: "Este hombre no es culpable. Podía ser puesto en libertad si no hubiera apelado a César. Pero, ahora, tenéis que enviarlo a Roma."

"Por poco". Esta es la gran lección de esta historia. ¿Cuántos jóvenes y adultos hay que no se hacen cristianos "por poco" Todo aquel que escucha el Evangelio, que siente que es la verdad, que siente en su ánimo la realidad de un juicio venidero, a veces tiene la conciencia intranquila. Por poco se hacen cristianos. Pero les da vergüenza hacerse cristianos. Hacen callar su conciencia, y poco a poco desaparece su inquietud. Incluso, algunos se burlan de todo esto, pisotean las llamadas de Dios y esto sí que es peligroso. ¿Hacéis esto alguno de vosotros?

No os burléis del Evangelio, de la predicación de la Palabra de Dios. No os burléis de las acciones del Espíritu Santo, para que un día la puerta de la Gracia no se cierre para vosotros definitivamente. Es verdad que una fe histórica, una fe intelectual no es suficiente para ser salvos, es el Espíritu Santo el que tiene que darnos un corazón nuevo, el que puede regenerarnos. Pero, aún con eso, no despreciéis la Palabra de Dios, no olvidéis que "la fe viene por el oír." Rogad al Señor que Él bendiga la predicación y lectura de Su Palabra en vuestros corazones, pedidle un corazón nuevo. Es necesario, es indispensable, y os aseguro que cuando lleguéis a conocer al Señor Jesús como vuestro Salvador personal, seréis sumamente felices.

Capítulo 118

LIBRADO DE NECESIDAD Y DE MUERTE

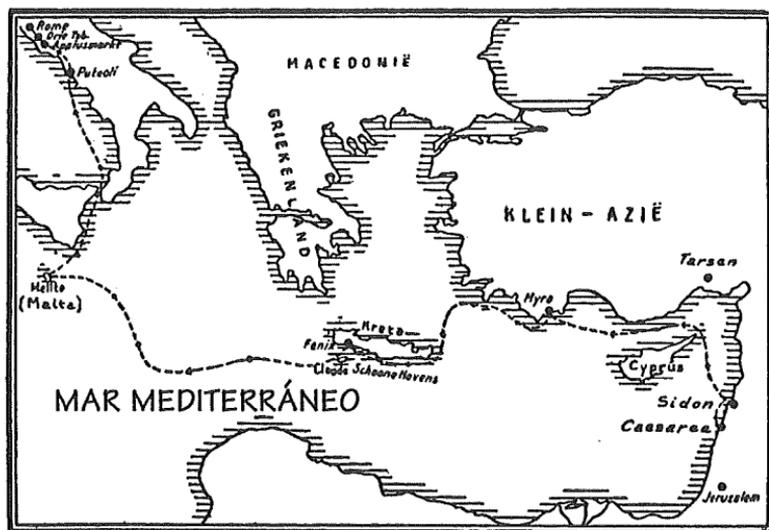
Hechos 27: 1-13

Un barco está a punto de zarpar del puerto de Cesarea. Los marineros están muy ocupados en los preparativos para el viaje. Cuando al fin todo está listo, la pasarela es retirada, las maromas se sueltan y el barco se aleja lentamente del muelle saliendo del puerto y muy pronto avanza surcando las aguas del Mar Mediterráneo. En aquellos tiempos no existían máquinas ni motores y los barcos eran de vela. También este barco, que acaba de salir del puerto de Cesarea, es de vela. No navega rápido porque el viento le es contrario.

Un hombre mira fijamente a la costa, absorto en sus pensamientos, sus ojos muestran una expresión de tristeza. ¿De quién se trata? Tal vez, algunos de vosotros ya lo sabéis. Efectivamente, ese hombre es el apóstol Pablo que va en dirección rumbo a Roma, al emperador. Desde luego, no viaja como un ciudadano libre, va preso. Había apelado a César y el gobernador Festo lo envía, con otros presos, a la inmensa capital romana. Julio, un centurión, junto con sus soldados, conduce a los presos a Roma. Pablo va en el barco que acaba de abandonar el puerto y los acompañan en el viaje Lucas y los otros compañeros de Pablo.

El barco se dirige rumbo hacia el norte. Al día siguiente arriban al puerto de Sidón. Sidón está más al norte de Cesarea (podéis verlo en el mapa). Mientras el barco queda en el puerto, el centurión, Julio, permite a Pablo desembarcar para visitar a sus amigos. No se hace así con los presos, pero Julio trata a Pablo con cierta delicadeza. ¿Sabe Julio quién es Pablo? ¿Ha hablado Cornelio, que también es centurión, con Julio? No lo sabemos.

Pablo agradece la atención de Julio, y visita a sus amigos en Sidón por última vez. Se habrán alegrado de la visita y habrán cuidado a Pablo con mucho cariño, dándole incluso alguna cosa para el viaje. Aunque Pablo es tratado amablemente por Julio, sin embargo sabe que debe estar en el barco a su hora; quizás lo han acompañado algunos soldados, de todos modos Pablo llega al puerto con tiempo y el viaje continúa. Pero no avanzan muy rápidamente, porque el viento sigue siendo contrario. Por esta razón el piloto del barco decide navegar entre la isla de Chipre y Asia Menor, de esta forma aprovecharán la corriente del agua; aquí el agua corre siempre hacia el oeste.



Viaje de Pablo a Roma

A lo lejos, a mano izquierda, Pablo ve la costa de Chipre, donde estuvo en su primer viaje misionero. A su mano derecha ve los montes de su patria, pues recordáis que Pablo había nacido en Tarso ¿verdad? ¿Qué habrá sentido Pablo en su alma? Sin duda, lo maravillosos que han sido los caminos de Dios para con él.

Sin incidentes llegan al puerto de Mira, donde han de cambiar a otro barco, que los llevará a Italia, donde está Roma, que es el fin de su viaje. El viento comienza a soplar con fuerza y el capitán se decide a navegar a lo largo de la costa sur de la isla de Creta para, de esta forma, tratar de amainar el viento. El viaje está resultando más largo de lo que Julio había pensado.

Llega el otoño y en esta estación del año suele haber grandes tempestades, sobre todo en esta zona. Esto preocupa al centurión romano. Por fin llegan a un lugar llamado "Buenos Puertos". Sí, el lugar se llamaba "Buenos Puertos", pero, en realidad, el puerto no era tan "bueno", ya que era un puerto muy abierto. Sin embargo, no muy lejos había un puerto magnífico donde el barco estaría más seguro si comenzaban las tempestades.

Continuar navegando hacia Italia no era posible; el otoño ya estaba muy avanzado y se aproximaba el invierno y por ello deciden invernar en la isla de Creta. Sin embargo deciden navegar hasta Fenice, porque tiene un magnífico puerto. "Yo no haría esto en vuestro lugar. Os aconsejo que os quedéis aquí, porque el viaje no prosperará, al contrario, nos expondremos a mayores peligros." ¿Quién ha dicho eso? ¿Escucharán ese consejo? Oíd al capitán del barco. No, dicen el capitán y el timonel, seguiremos. Deciden arriesgarse porque ese puerto está cercano. "Adelante, entonces", dice Julio, el centurión, confía más en el capitán y en el timonel que en ese sencillo preso llamado Pablo, pues, efectivamente, Pablo fue quien les hizo la advertencia de no seguir navegando. Pero, los expertos marineros saben mejor lo que tienen que hacer, que no el preso judío. ¿Verdad?

Estos lobos de mar tienen un conocimiento del mar que Pablo no tiene. Por esta razón decide Julio navegar más allá. Sí, piensa, el capitán y el timonel tienen razón. Aún era el viento contrario, pero de pronto se vuelve del sur, una razón más, ya

no tienen el aire contrario, sino a popa. Menos mal que no han escuchado a Pablo. Ahora podrá llegar al puerto de Fenice, allí el barco estará más seguro, y cuando llegue el invierno con sus fuertes tempestades no los podrá dañar.

Hechos 27: 14-20

Un refulgente relámpago rompe el aire y lo ilumina todo por un momento. Seguidamente retumba un gran trueno; poco después otro relámpago y el trueno resuena en las oscuras y verdes olas del Mar Mediterráneo. El viento silba. ¿Viento...? Es un huracán. Grandes olas se levantan por todas partes. Hay una gran oscuridad, grandes y negras nubes corren impulsadas por el fuerte viento. El mar brama... Ha comenzado un temporal.

El barco se balancea como un cascarón en medio de esa gran masa de agua; las olas azotan los costados del barco con gran ruido, se levantan como un alto monte de agua, las olas caen sobre la cubierta y arrastran al agua cuanto hay allí: Las enfurecidas olas chocan una y otra vez contra el barco, haciéndolo balancear como si de una nuez se tratara. Las personas en la nave ven todo aquello con ojos llenos de terror. Están calados por las olas y el agua torrencial que cae sobre ellos. Sus rostros muestran el terror y el cansancio, están al límite de sus fuerzas, no son capaces de hacerse con el barco. He de decirlos que en el barco van doscientas setenta y seis personas.

¿Qué hace este barco en medio de la tormenta? ¿Por qué está ahí? ¿Por qué no está seguro en un puerto? En pie, en cubierta, está un soldado, el agua salada del mar resbala por su uniforme... "Si hubiera escuchado...", murmura, "Si hubiera hecho caso." Si "hubiera", si "hubiera", pero ya es tarde. No ha escuchado y ahora están en medio del más grande de los peligros. ¿Quién es ese soldado? Naturalmente Julio, el centurión romano, que conduce a Pablo y a otros presos a Roma. No escuchó la advertencia de Pablo y ahora están en medio de una atroz tempestad.

Aquel vientecillo del sur no sopló por mucho tiempo; enseguida el viento se volvió, aumentó, se formó una gran tempestad y los truenos comenzaron a retumbar siniestramente. Trataban de llegar al puerto de Fenice, pero el intento no les salió bien. Si potentes máquinas o motores hubieran impulsado el barco es posible que hubieran llegado, pero... entonces no se conocían, eran velas y un barco de vela no podía navegar contra la tormenta. Comprenden lo desesperado de la situación y deciden dejar el barco a la deriva, aunque de esta forma, el barco se separa cada vez más de la isla de Creta.

Por dos semanas duraba la tempestad sin amainar en su fuerza. Han hecho cuanto han podido; han echado las anclas para tratar de sujetar el barco, han tirado gruesas maromas, han bajado las velas, han tirado al agua todas las cosas innecesarias a fin de aligerar el barco de peso, todo inútil. Ahora temen que el barco vaya a estrellarse contra algún arrecife de la costa de África o que algún otro peligro les amenace. Ni una sola vez ha aparecido el sol durante este tiempo, ni siquiera un rayo ha atravesado las nubes, ni una sola estrella se ha mostrado durante la noche. Sólo el fulgor violento de los relámpagos rompía la negra oscuridad.

Ya dura trece días la tempestad. ¿Dónde están? Los marineros no lo saben, se encogen de hombros desalentadamente y no pueden dar una contestación; no lo saben, tampoco pueden adivinarlo. ¿Comer? No tienen ocasión de preparar nada, ni tampoco tienen ganas. ¿Quién piensa en comer cuando la muerte está cerca? ¿Dormir? ¿Quién se atreve a dormir cuando de un momento a otro el barco puede hundirse? Los ojos de todos reflejan el agotamiento y el cansancio. El desaliento se ha apoderado de todos. ¿Salvarse? No piensan en eso. Esperan solamente el fin, que puede llegar de un momento a otro, y ese fin será... la muerte en el mar.

— — — — —

Hechos 27: 21-40

De repente se oye una fuerte y clara voz: "Varones, escuchad otra vez, tenéis que escucharme. Os advertí que no nave-

gáramos más lejos, pero no hicisteis caso de mis palabras, por esa causa corremos peligro de muerte. Pero ya ha pasado todo; no temáis, no os entreguéis al desaliento, tened buen ánimo. Ninguno se ahogará, nos salvaremos todos."

¿Quién habla? Es de nuevo Pablo. También su rostro refleja el cansancio y el agotamiento; también ha pasado días difíciles, pero ahora, en sus ojos brillan de nuevo la fuerza y el ánimo. Con estas palabras anima a estos hombres cansados y desesperados. Todos le escuchan.

Pablo continúa: "Esta noche un ángel de Dios ha estado conmigo y me ha dicho que no me ahogaré, sino que tengo que llegar a Roma y, no sólo yo, sino también todos los que están en el barco serán salvos. Yo sirvo al Dios que envió al ángel, ese Dios es más poderoso que la tormenta y que las bravas olas del mar. Ese Dios es el creador del cielo y de la tierra; ese Dios es todopoderoso para salvarnos y Él lo hará. Yo creo en ese Dios. Por cierto, el barco y toda la carga se perderá, pero nosotros todos nos salvaremos."

¿Escucháis el tono alegre de su voz? ¿Alegre? ¿Cómo puede estar alegre? La tormenta sigue fuerte, las olas rompen bruscamente contra el barco y... ¿esto es para estar contento? Sí, Pablo habla sabiendo que su confianza y su fe están en Dios, y que Él es fiel en el cumplimiento de sus promesas.



El naufragio de Pablo.

En los rostros cansados y abatidos de la tripulación se refleja la duda. ¿Será posible que lleguen todos salvos a tierra? Ven que las altas olas siguen azotando el barco y el huracán sigue bramando y esto hace pensar que no se salvará ninguno de ellos. Sin embargo miran a Pablo y ven su rostro confiado y alegre y, entonces, la esperanza vuelve a sus corazones.

Lentamente pasan las horas, llega la noche, es la decimo-cuarta noche. De repente, escuchando, todos levantan la cabeza, no pueden ver nada porque no se ve "un burro a tres pasos", pero escuchan algo. Un murmullo poderoso llega hasta ellos, es superior al bramido de la tormenta y del mar. ¿Qué es? Los marineros lo saben bien, conocen perfectamente ese rumor, es el murmullo poderoso del oleaje. ¿Oleaje? Sí, aquellos de vosotros que vivís cerca del mar lo sabéis muy bien; quizás, quienes viven lejos del mar no saben de que se trata. Pues bien, cuando las olas llegan a la costa o se estrellan contra los arrecifes, se forma una masa de agua en movimiento en la que las olas se rompen, a esto se llama oleaje y los marineros lo conocen muy bien, saben que están cerca de tierra, pero esto también entraña un peligro.

¿A cuanta distancia están de tierra? No pueden saberlo porque no se ve nada. Para ello echan la sonda en el mar, es decir con una cuerda a la que han atado un pesado plomo, miden la profundidad del agua; poco después vuelven a repetir la operación y comprueban que el agua tiene muy poca profundidad. Inmediatamente el capitán ordena echar las anclas y cuatro pesadas anclas son lanzadas al agua y el barco queda asegurado. Es posible que se hayan preguntado si las anclas se fijarían o si se romperían las cadenas, como suele ocurrir muy a menudo, pero afortunadamente las cadenas no se rompieron. Ahora esperan, esperan con gran ansiedad que llegue el día. La Biblia nos dice: "Y ansiaban que se hiciese de día." Los minutos les parecen horas, las esperas siempre se hacen interminables.

Pero... ¿Veis esos marineros? Tratan de bajar una pequeña lancha, es un bote y quieren echarlo al mar. Quizás algunos les preguntan: "¿Qué hacéis? Y ellos han respondido: "Largaremos aún más anclas para que el barco quede más seguro",

pero no es cierto, no se fían de las palabras de Pablo, ésta es la verdad, y quieren huir en el bote. Pablo se percata de sus intenciones y dice: "Si esos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros", dice dirigiéndose a Julio, el centurión. Éste se asusta y ordena a los soldados que intervengan. Algunos soldados acuden con espadas desenvainadas y con un par de golpes echan el bote al agua y rápidamente es arrastrado por la corriente del mar. Los marineros lo ven desaparecer, ahora no les queda más remedio que quedarse en el barco.

¿Por qué ha impedido Pablo que dejen el barco? Posiblemente Pablo conocía que necesitaban a esos marineros. ¿Por qué? Quizás eran marineros muy expertos que podrían dirigir la operación de salvamento de los demás tripulantes y pasajeros. No se podía prescindir de ellos.

Después de una larga y angustiosa noche, por fin, llega la mañana. La luz del sol queda aún nublada por las espesas nubes, sin embargo, ya se puede ver algo. "Varones", ordena Pablo, "no habéis comido nada durante días. Debemos tomar alguna comida, porque de lo contrario muchos morirán de agotamiento." Organiza y lo gobierna todo. Él mismo da ejemplo, toma pan, cruza sus manos y, nos dice la Palabra de Dios: "Y dió gracias a Dios en presencia de todos."

Pablo ¿no es aún pronto para dar gracias? ¿No crees que es muy prematuro? ¿Dar gracias... Por qué? Aún no os habéis salvado. Sin embargo para Pablo no es prematuro, da gracias por el alimento y, por fe, da gracias por la salvación futura. Después comienza a comer y todos los demás siguen su ejemplo. Nueva esperanza llena sus corazones, se ponen de buen humor. Cuando la comida ha finalizado ya se ha hecho completamente de día y a dos pasos de ellos ven la costa de una isla. No saben de qué país se trata, pero ven que hay una ensenada, es decir, una especie de playa. Tratarán de llevar el barco hasta la ensenada, si sale bien, entonces podrán correr por la playa. Se levantan las anclas, el timón que había sido atado se suelta, levantan una vela y navegan al encuentro del país desconocido. Navegan al encuentro de su salvación. ¿Salvación?

Hechos 27: 41-44

Un violento choque hace vibrar el barco. Ese inesperado choque hace que la tripulación ruede por la cubierta. Todos se asustan. Ahora se ahogarán. ¿Qué ha pasado? Su deseo de llevar el barco a esa ensenada se ha malogrado, el barco ha encallado en un lugar poco hondo. La parte delantera del barco queda inmóvil, pero la popa se abre debido a la violencia del mar, la fuerza del agua la está rompiendo.

“Mataremos a los presos para que ninguno de ellos escape” se dijeron entre sí los soldados romanos. Algunos echan mano a sus espadas... pero Julio, el centurión, ha escuchado los comentarios de los soldados y comprende que si lo hacen también matarán a Pablo y no puede permitirlo. De modo más severo y firme ordena a los soldados que no hagan eso, y ellos obedecen volviendo sus espadas a las vainas; no se atreven a desobedecer la orden tajante de su centurión.

Mientras tanto, el barco con gran crujido se ha roto, la popa desaparece en las olas. Parece que ha llegado la perdición de todos, pero es lo contrario, de repente el mar se cubre de tablas, vigas, cajas, toda clase de pedazos del barco que ha naufragado, y a ellas podrán asirse. Por orden de Julio, saltan al mar los que saben nadar y llegan hasta la playa. Los que no saben nadar son salvados asidos a las maderas del barco; unos se agarran a unas tablas, otros a una viga, algunos se suben en las cajas, todos son empujados por las olas hasta la playa donde son esperados por los primeros que saltaron. Todos se agrupan en la desierta playa.

Cuando parece que ya no ven a nadie más, cuentan, y Julio pregunta que cuantos hay. “Doscientos setenta y seis”, es la contestación. Julio mira con sorpresa a Pablo, porque, en efecto, se han salvado todos. Ninguno se ha ahogado, todos han llegado sanos a tierra. Dios, el Omnipotente, ha cumplido Su promesa. Quién confía en Dios no será jamás confundido, nunca será avergonzado.

¿Servís, también vosotros a este Dios?

Capítulo 119

= PELEANDO LA BUENA BATALLA =

Hechos 28: 1-9

Ya están los náufragos en un país desconocido, tiritando de frío y, naturalmente, empapados hasta los huesos. Además llueve a cántaros. Quizás, una pregunta surge en la mente de muchos y... Ahora ¿qué? Por fortuna, algunos habitantes de la isla llegan a ellos. Si estaban presentes en la playa cuando el barco aún no había naufragado o si llegaron posteriormente, no lo sabemos. Por ellos los náufragos se enteran que están en una isla, cuyo nombre es "Melite". Esta isla es conocida actualmente con el nombre de Malta. Está cerca de Italia.

Los habitantes de Melite se compadecen de estos hombres empapados y ateridos de frío y hacen un gran fuego para que se calienten y sequen sus ropas. Todos rodean ansiosamente el fuego, estirando sus manos hacia él. Esto los anima por completo. Luego se ponen a recoger leña para ir echando al fuego con el fin de que no se apague. Pablo recoge algunas ramas secas, hace un haz con ellas y las arroja al fuego.

De pronto se hace un gran silencio, las voces se apagan, todos miran al apóstol con rostros aterrorizados; una víbora, una culebra venenosa cuelga de su mano. Esta víbora había buscado refugio entre las secas ramas y ahuyentada por el calor se clavó en la mano de Pablo. También los habitantes de

Melite lo ven y comentan: Este hombre realmente es un homicida y la venganza le persigue por el mal que ha hecho. Todos miran fijamente a Pablo esperando que de un momento a otro caerá fulminado por el mortal veneno. Sin embargo, lo que esperan no sucede. Pablo con un rápido movimiento, arroja la víbora al fuego. No siente ningún dolor, está sano. Dios guarda una vez más, a Su siervo. Dios destruye la fuerza de ese letal veneno de manera que esa mordedura no causa ningún mal a Pablo. Los indígenas se dan cuenta de la maravilla y los sobrecoge un miedo supersticioso hacia el extranjero. Piensan que es algún dios que ha llegado a ellos en forma de hombre.

Cerca del lugar donde el barco ha encallado, vive un hombre muy rico, es el habitante más importante de la isla, su nombre es Publio. Probablemente es el hombre que gobierna la isla. Este recibe a los doscientos setenta y seis naufragos en su casa de campo y los hospeda solícitamente durante tres días.

El padre de Publio estaba enfermo, postrado en cama con fiebre y disentería. La disentería es una enfermedad intestinal grave. Pablo se arrodilla junto a la cama y ora a Dios, el apóstol ruega al Señor por la curación de este hombre. Luego se levanta, impone las manos sobre el enfermo y éste se levanta completamente restablecido. Una vez más se efectúa una maravilla de la Omnipotencia de Dios. Este hecho se extiende rápidamente por toda la isla. Cuando los indígenas se enteran de esta maravilla, llevan todos sus enfermos e inválidos a Pablo, y todos son sanados de cualquier enfermedad que tuvieran. De esta forma el nombre de Pablo es pronunciado con respeto por todos los habitantes de la isla.

Durante tres meses permanecen en la isla. Lo que sucedió durante este tiempo no lo sabemos, pero, podemos estar seguros de que Pablo, durante este tiempo, ha predicado el Evangelio a los indígenas.

Hechos 28: 10-16

El invierno, con sus tormentas y fríos, ha pasado; ya se acerca la primavera y, por tanto, el tiempo de la partida está cercano. En el puerto hay un barco de Alejandría que ha pasado allí el invierno, en él embarcan y la última etapa del viaje a Roma ha comenzado. Los habitantes de Melite han provisto de lo necesario a los náufragos y los habrán despedido amistosamente cuando el barco se hizo a la mar.

El resto del viaje sigue sin ningún incidente. No será necesario nombrar todos los lugares por donde pasaron para no causaros cansancio, pero, si lo deseáis, podéis verlos en el mapa del capítulo anterior. En el puerto de Puteoli dejan el barco, y Julio, el centurión romano, decide seguir el viaje hasta Roma por tierra. Desde Puteoli a Roma había una buena calzada romana, que había sido construida por uno de los emperadores romanos.

En Roma hay una buena congregación cristiana, y cuando los hermanos se enteran de que Pablo está cerca, algunos creyentes salen a su encuentro. Ya los creyentes de Roma habían recibido en una ocasión una carta de Pablo, la Epístola a los Romanos. Cuando encuentran a Pablo en el Foro Apio y Tres Tabernas lo acompañan hasta Roma.

En aquellos días, Roma era la ciudad más hermosa del mundo entonces conocido. En ella había ricas casas magníficamente amuebladas, grandes palacios, numerosos templos de mármol blanco, y Roma entera parecía un jardín. Allí estaba el gobierno, allí latía el pulso del grandioso imperio romano. Miles de extranjeros venían a contemplar la belleza de la ciudad, cuya fama se extendía por el mundo entero. Pero también la impiedad había llegado a cotas insospechadas. La mayoría de los habitantes de Roma no tenían ningún temor de Dios. En esta ciudad es donde, ahora, entra el gran predicador del Evangelio.

Julio hace entrega de Pablo al prefecto militar, es decir al centurión de la guardia imperial. Pablo es tratado amablemente y con distinción, pese a que sigue siendo un preso. No es recluido en ninguna cárcel, ni oscuro y lúgubre calabozo. Se le permite alquilar una casa y en ella vive durante dos años. Solamente queda bajo la inspección de un soldado romano, el

cual se encarga de su custodia. Es realmente maravilloso cómo el Señor ha cuidado de Su siervo.

Hechos 28: 17-31

Un día, la casa en que Pablo vive se llena de hombres, hablan animadamente entre ellos. ¿Quiénes son? En Roma vivían infinidad de judíos, algunos historiadores dicen que los judíos de esta ciudad tenían siete sinagogas.

Cuando Pablo llegó a Roma estuvo descansando durante tres días del largo viaje y muy pronto envió un mensaje a los principales de los judíos con el ruego de que si querían venir a su casa, ya que, como estaba en condición de preso, no se le permitía acudir a la sinagoga. Inmediatamente los judíos acuden a ver a Pablo y fijan un día para reunirse. Ahora ese día ha llegado y se han reunido muchos en la casa alquilada por Pablo, quieren saber con exactitud qué es lo que Pablo predica.

Cuando Pablo comienza a hablar todos escuchan atentamente. Pablo trata de persuadir a los judíos de que Jesús de Nazaret es realmente el Cristo; les hace referencia a los profetas que han predicho todo, les hace ver que las profecías han sido cumplidas literalmente. Era necesario, dice, que el Cristo padeciera y muriera, porque de otra forma, no sería el Mesías. "Creed éstas palabras", insiste Pablo. El Señor bendice las palabras de Pablo en el corazón de algunos judíos y creen, pero la mayoría de ellos no creen, siguen sentados con sus rostros incrédulos y rechazo en sus corazones. En sus rostros se refleja una expresión burlona. ¿Ese Nazareno despreciado, que sufrió la muerte de cruz, es el Mesías? Absurdo, eso es imposible, eso no es cierto.

Pablo, nuevamente, los advierte contra su incredulidad y les dice que si siguen rehusando reconocer a Jesús como el único Salvador, se harán indignos del Evangelio y, si es así, entonces llevará la Palabra de Dios a los gentiles. Estos les precederán en el Reino de los cielos. Los judíos incrédulos se enco-

lerizan cuando oyen esto y abandonan la casa de Pablo malhumorados, teniendo gran discusión entre sí. Dos años permanece Pablo en Roma y durante ese tiempo predica el Evangelio a cuantos acuden a él. Predicaba abiertamente, es decir, con alegría. También esta predicación ha sido bendecida por Dios en muchos corazones.

Tal vez, algunos de vosotros preguntaréis: ¿Qué fue de Pablo? ¿Cuál ha sido el día del apóstol? La Biblia no nos cuenta mucho acerca de ello, pero de las Epístolas de Pablo podemos deducir algunas cosas. También algunos historiadores han escrito acerca de ello. Trataré de resumíroslo.

Posiblemente, es casi seguro, que después de dos años Pablo fue puesto en libertad. Posteriormente parece que ha hecho un gran viaje. Según algunos vino a España. Ya tenía Pablo intención de venir a España hacía tiempo, como podemos deducir de la Epístola a los Romanos 15:24, donde dice: "Cuando vaya a España, iré a vosotros."

De España ha marchado a las congregaciones de Oriente, allí estaban las iglesias que él instruyó en sus tres viajes misioneros. En el último viaje ha visitado Creta y allí ha predicado la Palabra de Dios, como podemos ver en Tito 1:5, donde escribe: "Por esta causa te dejé en Creta." También estuvo en Troas, la ciudad donde se le apareció el varón macedonio y donde más tarde Eutico se cayó de la ventana., como podemos deducir de 2a. de Timoteo 4:13, donde describe. "Trae, cuando venegas, el capote que dejé en Troas, en casa de Carpo." Este capote lo había dejado allí y ahora pregunta a Timoteo si quiere llevarlo consigo. De todo esto podemos concluir que ha visitado una vez más todas esas congregaciones.

Posteriormente ha sido de nuevo arrestado, no sabemos dónde, aunque algunos dicen que fue arrestado en Troas y otros, por el contrario, piensan que fue arrestado en Italia, pero con seguridad no se sabe.

Durante el gobierno del emperador Nerón estalló una horrible y sangrienta persecución contra los cristianos. En su segunda reclusión en Roma, Pablo ha escrito epístolas a varias congregaciones, fundadas por él. Pablo comprende que en esta ocasión no va a ser liberado y, por ello, escribe a Timoteo: "El tiempo de mi partida está cercano", quiere decirle que ya le queda poco tiempo, su muerte está cercana y, efectivamente, así sucedería.

El cruel emperador Nerón, que incluso hizo matar a su madre y a su mujer, hace matar también a Pablo, por orden suya Pablo fue decapitado. Dado que Pablo era ciudadano romano es por ello que fue muerto a espada, ya que la ciudadanía romana era considerada un honor, incluso hasta en la hora y en la forma de la muerte.

¿Ha sentido Pablo miedo ante la muerte? No, podéis estar seguros de que el miedo no lo ha atormentado. ¿Por qué no? Podéis leerlo en 2a. Timoteo 4:8, donde Pablo escribe que ha peleado la buena batalla, y poco después sigue diciendo: "Por lo demás hermanos me está guardada la corona de justicia." ¿Qué quiere decir con ello? Esa "corona de justicia" es la magnificencia eterna en el Cielo. Su Rey y Salvador ha adquirido un lugar para él allí con su preciosa Sangre.

En mi pensamiento veo a Pablo arrodillarse por última vez, juntar sus manos, su rostro sereno, lleno de consuelo y felicidad... Se acerca el verdugo... Un golpe seco y... Pablo ya está "Arriba". Pablo ha sido libertado para siempre, libertado de las miserias, dolor, libertado de cadenas. Ahora, por toda la eternidad cantará la gloria de ese Rey que lo ha rescatado con Su Sangre. Pablo resucitará para la eternidad feliz. También Nerón resucitará, pero éste para eterna maldición.

Queridos lectores: ¿Podéis decir, como Pablo, que os espera la corona de justicia? Solamente la recibiréis si aceptáis a ese Salvador por la acción del Espíritu Santo en vuestros corazones. O, quizás ¿preferís servir al diablo? Si es así, entonces también os perderéis con el diablo. Doblad vuestras rodillas y pedid al Señor que os libere de las cadenas del pecado y de la esclavitud. Entonces seréis verdaderamente felices.

Capítulo 120

= JUAN EN LA ISLA DE PATMOS =

Tal vez sintáis curiosidad por conocer cual ha sido el fin de los demás apóstoles. Mucho no puedo deciros, pero trataré de deciros algo al respecto.

Como ya sabéis, el apóstol Jacobo fue decapitado por orden de Herodes; ésto podéis leerlo en el capítulo 106 de este libro. En el capítulo anterior hemos visto que Pablo también fue decapitado por orden del emperador Nerón.

Al comienzo de los Hechos hemos hablado mucho de Pedro, fue él quien a la puerta del Templo, la Hermosa, dijo al cojo: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el Nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda," También fue él quien habló a Ananías y Safira, En la localidad de Lidia sanó a Eneas el paralítico, en Jope resucitó a Tabita o Dorcas. Cornelio el centurión, lo llamó a Cesarea y allí lo evangelizó y, por último, sabemos que fue puesto en libertad cuando Herodes lo tenía encarcelado; después poco leemos acerca de Pedro.

Algunos dicen que también realizó grandes viajes misioneros en los que llevaba consigo a su esposa, podéis leer I Corintios 9:5. Según algunos historiadores Pedro estuvo en Mesopotamia, el país donde siglos atrás había vivido Abraham. Pero esto no puede asegurarse con certeza.

Parece que Pedro ha visitado Roma y según algunos historiadores, ha sido martirizado allí el mismo día que el apóstol

Pablo. Pedro no fue decapitado, ya que no tenía la ciudadanía romana, y por ser judío fue crucificado. Cuentan que antes de su muerte, Pedro rogó a los soldados romanos que no lo crucificaran con la cabeza hacia arriba como lo fue Jesús, ya que él no se consideraba digno de morir como su Maestro después de haberle negado tres veces y, por esta razón, pidió ser crucificado con la cabeza hacia abajo. De esta forma, Pedro entró en la gloria eterna. No puedo contaros más acerca de Pedro ya que no existen otros datos fidedignos. El apóstol Andrés, hermano de Pedro, cuentan que también fue crucificado, parece ser que la cruz usada para crucificar a Andrés tenía forma de "aspa" por lo que, actualmente, se habla muchas veces de "la cruz de San Andrés".

Felipe, el apóstol, parece ser que fue encadenado a una columna y allí lo dejaron hasta que murió de hambre. Bertolomé y Mateo (el publicano, que antes se llamó Leví) también han sufrido el martirio, al igual que Tomás y Tadeo. Parece ser que Tomás fue martirizado cuando fue a evangelizar a los salvajes paganos de la India.

Jacobo, el que escribió la epístola llamada de Santiago, ha sido muerto en Jerusalén. Los judíos lo llevaron a lo alto del Templo y desde allí lo arrojaron al vacío y se estrelló. Como sabéis había dos apóstoles que se llamaban Jacobo, pues bien, los dos fueron muertos en Jerusalén, el primero fue decapitado por orden de Herodes y el segundo arrojado desde lo alto del Templo. Os lo repito para que os quede bien claro.

Matías, el apóstol que fue escogido después de la Ascensión del Señor Jesús, según algunos historiadores, fue apedreado y después decapitado. Simón Celotes, al parecer, también sufrió el martirio.

Como veis casi todos los apóstoles han sufrido el martirio, unos antes, otros después, pero todos ahora gozan del Trono de Dios. Están para siempre con su Maestro, que les había preparado un lugar en el Reino celestial. En el gran día del juicio se levantarán y entonces, por los siglos de los siglos, glorificarán a su Rey en cuerpo y alma. Pero, hay un apóstol sobre el que os puedo contar algunas cosas más.

Apocalipsis 1

En el Mar Mediterráneo, al norte de la isla de Creta, está la pequeña isla de Patmos; no es muy grande, cruzarla longitudinalmente no nos llevaría más de tres horas y atravesarla en su anchura, no más de dos: La mayor parte de esta isla son rocas áridas y duras. Parece ser que antiguamente crecieron allí muchas palmeras, pero ahora no hay ninguna. En esta pequeña y solitaria isla hay un hombre. ¿Qué hace allí? Por ninguna parte se divisa barco alguno, de modo que no puede abandonar la isla pero... ¿Quién es ese solitario? Es el apóstol Juan.

Después de Pentecostés hemos leído muy poco acerca de Juan, y sin embargo, él es el apóstol que sobrevivió a todos los demás. Sabemos que Pablo fundó iglesias en Asia Menor, pero después fue hecho prisionero y martirizado. Juan ha estado en Efeso y allí ha predicado durante muchos años, ha estado allí como pastor y maestro. Ha pastoreado las siete Iglesias de Asia Menor.

También aquí se han levantado persecuciones contra las iglesias. Algunos historiadores escriben que los crueles paganos trataron por todos los medios de matar al apóstol Juan, sin conseguirlo. Dicen que en una ocasión sumergieron a Juan en una olla de aceite hirviendo y no sintió ningún dolor, ni sufrió daño, lo mismo que les sucedió a los tres jóvenes que fueron arrojados al horno ardiente por Nabucodonosor. Vemos que el Señor ha guardado a este apóstol de una forma maravillosa.

Pero cuando accedió a ser emperador del imperio romano el cruel Domiciano, se convirtió en un infatigable perseguidor de los cristianos. No quería que en sus dominios existiera ni un solo cristiano, y trataba de exterminarlos a todos. Durante el gobierno de este emperador Juan fue deportado a la pequeña y apartada isla de Patmos, y por esta razón, Juan se encuentra en esta isla.

Un día, el día del Señor, un domingo, Juan pasea por la solitaria isla; quizás mentalmente estaba en Efeso, donde antes

había predicado y ahora ya no podía hacerlo. Ahora vaga inútilmente por esta inhabitada isla. ¿Inútilmente? No, al contrario, aquí el Señor le muestra una visión.

Juan escucha tras de sí una voz, ¿Cómo es posible?, ya que se encuentra sólo en esta isla. Se vuelve asombrado para ver quien es el que habla y ve siete candeleros de oro, es decir, siete lámparas de oro. Entre esos candeleros ve una figura de Hombre; está vestido con una ropa larga, una túnica, la cual tiene ceñida con un cinturón de oro. La cabeza y cabellos de este Hombre son blancos como la nieve, sus ojos brillan como una llama de fuego, sus pies son semejantes al bronce bruñido, es decir, al bronce refulgente como en un horno, su voz se asemeja al correr de un gran río. La Biblia dice que era "como estruendo de muchas aguas."

Este hombre tenía en su mano derecha siete estrellas, de su boca salía una espada aguda y su rostro brillaba como el sol a medio día. Juan siente la presencia de Dios. Un brillo celestial y una gran gloria se esparce alrededor y Juan cae como muerto a tierra.

En esos momentos, ese Hijo de Hombre, extiende su mano y toca a Juan. Escuchad lo que dice: "No temas. Yo soy el primero y el último. Estuve muerto, más he aquí que vivo por los siglos de los siglos." El Señor Jesús, por medio de esta visión, muestra a Juan las cosas que han de suceder desde este momento hasta el día en que Jesús vuelva en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Ordena a Juan que escriba todas estas cosas en un libro y Juan así lo ha hecho. Se trata del último libro de la Biblia: el Apocalipsis de San Juan. Es un libro difícil de entender, pero trataré de resumirlo.



Apocalipsis 2 y 3

Primeramente Juan ha de escribir un mensaje del Señor a las siete iglesias de Asia Menor. El Diablo las tentará en su intento de destruirlas. Toda clase de errores se introducirán en ellas. Juan debe advertir a estas congregaciones y hacerles un

llamamiento a la conversión y, en caso de que no se conviertan y vuelvan a su primer amor, los juicios del Señor vendrán sobre ellas. La luz de la Palabra de Dios les será quitada. Y así ocurrió, esas comunidades algunos siglos después desaparecieron. Los turcos llegaron y conquistaron Asia Menor y, hasta ahora, la fe de Mahoma reina en esas tierras.

Apocalipsis 12

El Señor Jesús revela a Juan que vendrán tiempos horribles antes del día del juicio. El Diablo tratará de devastar la Iglesia de Dios, el príncipe de las tinieblas se enfurecerá cada vez más contra el pueblo de Dios.

Por ejemplo, Juan ve a un dragón rojo que persigue a una mujer. Este dragón representa a Satanás y la mujer es la imagen de la Iglesia de Dios. El dragón rojo persiguió a la mujer. Siempre ha sido así, y así será hasta el último día. ¡Cuántos mártires han sido muertos por la fe! Muchos países han sido regados con la sangre de los mártires. Si el gran Rey no hubiera protegido y guardado a su Iglesia, ésta ya habría sido barrida de la faz de la tierra.

Apocalipsis 6

El Señor revela a Juan que vendrán guerras, pestes, hambres, Juan ve un caballo blanco, y sobre él, un jinete que lleva un arco en la mano y una corona sobre su cabeza. Esto significa que la Palabra de Dios se extenderá sobre toda la tierra. A todos los pueblos les será llevado el Evangelio, no a todos a la vez, sino que a unos llegará antes y a otros más tarde.

Seguidamente Juan ve un caballo bermejo, y al que lo monta le fue dado poder para quitar la paz de la tierra. Este caballo bermejo hace referencia a las persecuciones y a las san-

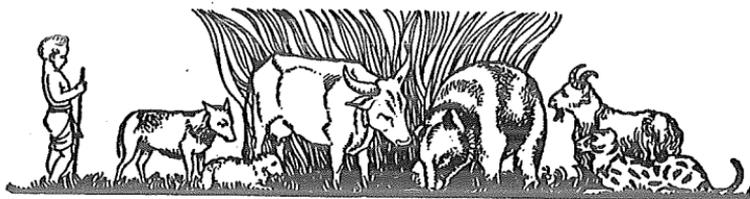
te del cruel emperador Domiciano, Juan vuelve a Éfeso y aquí predica aún durante algunos años, hasta que siendo ya muy anciano no podía predicar.

Un día se hizo llevar a la iglesia y allí habló solamente unas palabras: "Hijitos, amémonos cordialmente unos a otros." Sosegada y serenamente, Juan ha entrado en la gloria eterna a una edad muy avanzada. El Señor lo ha librado del martirio.

Amigos míos ¿Ansiáis la llegada del día del Señor, de ese gran día del Señor? O por el contrario, ¿Tenéis miedo de que llegue? Ese día, sin embargo, llegará, llegará de repente, cuando menos lo esperemos, cuando nadie lo espere, y todos tendremos que presentarnos ante el Tribunal de Cristo; todos sin excepción. Aquellos que sigan inconversos tendrán miedo, tendrán gran temor y gritarán: "Piedras cubridnos. Montes caed sobre nosotros." Sólo hay dos caminos: la vida y la condenación.

No sigáis viviendo indiferentes, el día del Señor vendrá, podéis estar completamente seguros de ello, vendrá muy pronto. Ahora aún estamos en el tiempo de la Gracia y hay posibilidad de salvación. Pide al Señor que te conceda el don de la salvación. ¿O ya conoces al Señor como tu Salvador personal? Sabed que el Señor Jesús nunca abandonará a Su pueblo, lo llevará con Él a la gloria eterna. Allí "No habrá más noche, y no tienen necesidad de luz y de lámpara, ni de luz de sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos." (Apocalipsis 22:5).

FIN



"Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará." (Isaías 11:6)

Acerca del autor: Johan Vreugdenhil fue toda su vida maestro de escuela de Ensañanza General Básica en la Escuela Protestante Libre de Kampen, al Este de Holanda. Deseoso de que los niños conocieran la Biblia y consciente de que algunas de sus partes pueden resultar poco interesantes para los lectores jóvenes, inició la costumbre de empezar cada día la clase con una historia bíblica y para ayudar a los maestros de las otras clases, empezó a escribir las historias para que pudieran leerlas a los alumnos.

El autor de esta obra falleció en la década de 1970 pero en todas las escuelas protestantes de Holanda, los maestros empiezan la jornada con una clase de Historia Bíblica, hasta el día de hoy.

Acerca de la obra: Estas Historias Bíblicas traducidas a diversos idiomas forman una colección de ocho volúmenes y es una obra de fácil lectura y muchos maestros de Escuela Dominical lo usan para sus clases.

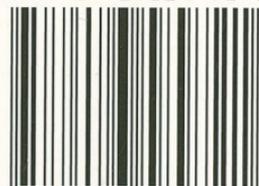
Los volúmenes del 1 al 4 corresponden al Antiguo Testamento y con los del 5 al 8 se completa el Nuevo Testamento. Cada capítulo del libro viene precedido de la cita bíblica a la cual corresponde la narración.

Estas Historias Bíblicas, escritas originalmente en holandés han sido traducidas a diversos idiomas y usadas con gran provecho espiritual entre la juventud.



EDITORIAL  PEREGRINO

ISBN 84-86589-72-X



9 788486 589721